SCARLETT O'CONNOR



El enigmático Salón de Té de Lady Harriet



SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2025

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

La vida es algo demasiado importante como para hablar de ella en serio.
Oscar Wilde.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Domar a un libertino

Serie Prometheus

Síguenos en las redes sociales

- Cuenta oficial de Scarlett O’Connor
- Cuentas de Lune Noir

Otras obras de Scarlett O’Connor

- Serie Señoritas de Shakespeare
- Tú, mi deuda pendiente
- Serie Señoritas Americanas
- Serie Señoritas británicas
- Serie Familia Evans
- Serie Floreros y Canallas
- Serie Caballeros desdeñados
- Serie Corazones de Escocia
- Contemporáneo
- Serie Shell Island
- Contemporáneo

Otras obras de La editorial Lune Noir

Capítulo 1



Inglaterra, 1863.

Qué maravilloso era ser él, pensó Jacob Bourke al levantarse esa mañana. Estaba a solas en la alcoba, no porque no hubiera compartido la noche, sino porque su amante de turno se había marchado tal como lo habían acordado. Noches de pasión, días de trabajo. Nada de reclamos, de cortejos, de mentiras. Mutuo acuerdo, mutuo placer.

—Buenos días, señor Bourke —lo saludó Harry, su ayudante de cámara. Traía consigo los artículos de tocador, el aceite para el cabello y la jofaina con agua fresca. Jacob se desperezó con una sonrisa, fue hacia la ventana y descorrió las cortinas para dejar que el sol londinense se colase por los cristales.

—¿Has visto?, Londres parece Roma, ¿hace cuánto tenemos este clima tan favorecedor? Sol, brisa fresca... ¡Hasta huele mejor! —se sorprendió. Harry asintió sin comentar nada.

Se decía que Londres estaba cambiando, que la atmósfera era otra. En parte se debía a los primeros cambios en las condiciones laborales de los menos favorecidos, habían salido un par de leyes sobre la cantidad de horas a trabajar y la situación de los niños en las fábricas y minas, pero también se rumoreaba otro asunto. Una epidemia de felicidad. Así como en las novelas oscuras de las hermanas Brontë el clima oscuro acompañaba al drama, en Londres parecían haberse mudado a una obra de Jane Austen, donde el paisaje invitaba a las caminatas campestres, los picnics y... el matrimonio.

Claro que de eso el señor Bourke no sabía nada.

Aún.

—Por eso le sugiero que luzca su traje de verano, señor.

—Mmmm —dudó Jacob. Las prendas de verano le hacían ver más moreno de lo que era, lo cual solía ser considerado un defecto en Inglaterra. No era noble, su fortuna había iniciado con los negocios de su padre en las colonias; el tono dorado de su piel despertaba cierto resquemor, algunos hasta sugerían que era mestizo... y dado el comportamiento de su madre en los tiempos en el que lo gestó, él podría encontrarse entre esos desconfiados.

—Si suda se verá peor —terminó por convencerlo Harry.

—Tiene razón. Además, no hay comentario en esta tierra que pueda arruinar mi buen humor. ¿No soy acaso el hombre más alegre de Londres?, ¿ese con el que todos quieren pasar un buen momento?, ¿la alegría de la fiesta?

Harry no sabía si su señor ironizaba o si realmente tenía ese ego. Lo cierto era que se trataba de una combinación de ambas. Jacob soltaba aquello con cierta dosis de sarcasmo, claramente no se otorgaba tanto mérito; no obstante, sí era cierto que se había esforzado mucho en construir esa fachada. Podía no considerarse así, pero sabía que el mundo lo veía de esa manera gracias al esfuerzo que había puesto en levantar su imperio de hedonismo.

Vistió con las prendas de verano sugeridas, lucía como esos excéntricos ingleses que se adentran en las pirámides de Egipto, y dio por zanjado el asunto.

—No hay tiempo que perder, la noche demanda demasiado del día. —Ese era su lema. Para que cada noche fuera perfecta, era necesario trabajar mucho cuando el sol estaba en alto.

Modistas, sastres, orfebres, músicos, trabajadores, doncellas... Un ejército de empleados al servicio del placer. Porque la fiesta era solo la cumbre del gozo, y como un buen orgasmo, el resultado dependía del juego previo.

Ese era su negocio, ese imperio era el que lo había coronado como «el rey de la noche». Era el dueño de un salón de juegos y espectáculos de oferta variada; uno en el que podías hallar funciones burlesques, salones de apuestas, espacios de baile... Cualquier actividad destinada al divertimento. Además, en la órbita del salón «La Nueva París», se hallaban cientos de otros negocios redituables: Las meretrices de madame Cocó; las joyas del señor Peterson, las preferidas de las amantes; los lujosos vestidos de la señorita Jackson, también elegidos por las costosas amantes; los no tan lujosos vestidos pero sí llamativos de madame

Turet, que empleaban las actrices y cantantes; la whiskería del señor Platten, que proveía las mejores bebidas para el paladar de los presentes; las compañías teatrales que pujaban por un espacio en el escenario de «La Nueva París»... Y esa red se ramificaba más y más, cada modista necesitaba sus costureras; los orfebres, sus ayudantes; las compañías teatrales sus trabajadores...

Todos en conjunto trabajando a favor del placer y... por supuesto, del bolsillo de Jacob Bourke. Él era quien los reunía, los contactaba y los hacía florecer. Por eso, tenían un importante acuerdo comercial, Jacob les enviaba clientes y ellos le pagaban una comisión. Las ganancias se multiplicaban... el negocio del hedonismo no tenía fin. Los hombres casados eran tacaños, pensaban en las herencias para sus hijos, en mantener el hogar, en ampliar el patrimonio... Los hombres libres, en por el contrario, entregaban su dinero a cambio de un sinfín de propuestas para el goce.

—Desayunaré en mi despacho —le anunció a Harry y abandonó la alcoba con dirección a su destino favorito de la casa.

Ni bien ingresó a su templo sagrado denominado despacho fue directo a abrir las cortinas de la habitación. Desde allí veía la fachada de «La Nueva París». Los trabajadores estaban limpiando las evidencias de la noche anterior, para que reluciera a la siguiente. Harry trajo café, pan, tocino, queso y huevos revueltos, y lo dejó a solas. Sabía que su señor ocuparía las horas de la mañana en los documentos y por la tarde empezaría su labor de visitar proveedores o supervisar espectáculos. Podía ser que fuera el rey de la noche, el jefe del hedonismo, pero Harry no podía evitar preguntarse si Bourke disfrutaba de las mieles que generaba. Salvo sus amantes, con quienes mantenía un intercambio placentero, sí, pero más bien fisiológico, rara vez se lo veía a él gozar, bailar, deleitarse con una puesta en escena...

Lo que a Jacob parecía generarle placer era saberse dueño de un imperio. O tal vez no, quizá nunca se había detenido a pensar esa pregunta. ¿Cuándo lo haría?, si se iba a la cama a la madrugada y se levantaba a la misma hora que abrían los bancos.

—Problema de él —dijo Harry, cerrando la puerta. Jenny, una de las criadas, rodó los ojos en mutuo entendimiento. Ellos no tenían de qué quejarse, si bien Bourke era un jefe exigente, no se trataba de uno cruel, ni tacaño, ni excéntrico... mientras hicieran su trabajo, recibirían una jugosa paga.

Jacob se sentó en su butaca de piel marrón, con el sol a sus espaldas. Cogió el abrecartas, posó sus pies en el borde del escritorio y se dispuso a leer la correspondencia. Como era de esperarse, no había ninguna de índole personal. Facturas, pagos, balances y...

Malas noticias.

Frunció el ceño. Debía ser una excepción, ¿cómo que el ingreso por comisión de Peterson había bajado un quince por ciento?

—Hmmm... —La apartó para analizarla en más detalle después. Cogió la de la señorita Jackson. Abrió los ojos con desmesura—. ¡Qué demonios! —La comisión de la señorita Jackson había bajado un veinticinco por ciento—. ¿Qué rayos sucede?

Como los balances eran mensuales y, a su vez, recuperaban las comisiones del mes anterior, la caída en las comisiones correspondía a un periodo de dos meses. Estaban en mayo, entonces el problema se había iniciado en marzo. O, al menos, complejizado. ¿Qué demonios había cambiado? Cogió otra misiva, y otra, y otra... Los porcentajes eran variados, solo una cosa se mantenía constante... ¡Su imperio se derrumbaba!

—¡Mi mañana no puede empeorar! —exclamó y cerró las cortinas. El hermoso sol ya no le parecía un buen compañero, sino una burla.

Pero, oh, mi querido señor Bourke... ¡No debe decir eso jamás en voz alta! El destino es guiado por un ser con un sentido del humor retorcido, a quien le gustan los desafíos.

Su mañana podía empeorar.

Y mucho.

—Señor Bourke —llamó a la puerta Jenny, con voz temblorosa.

—¿Qué sucede?

Pues lo que sucedía era que Harry intentaba evitar el ingreso forzado de una mujer a la casa, Jenny había corrido por el pasillo hasta advertir a su señor, la invitada inesperada se habría paso como un vendaval.

—¡Salte por la ventana! —exclamó Jenny.

—¿Qué? —Jacob no entendió. Jenny abrió los brazos hasta cubrir todo el umbral de la puerta con su cuerpo.

—¡Escóndase debajo del escritorio! ¡No!, en el armario mejor. Yo... Yo me sacrificaré por usted, señor. —Y con un dramatismo propio de una obra teatral y

con un grito que los guerreros escoceses hubieran envidiado, Jenny abandonó su posición de escudo y se lanzó sobre el corredor como un último soldado dispuesto a salvar a su rey.

¿De qué?

—¡¿Qué demonios sucede?! —gruñó Jacob y se asomó al corredor. Entonces, la vio.

Hizo lo que Jenny le había recomendado. Abrió la ventana, cruzó la pierna por el alféizar y...

—No lo hacía tan cobarde, señor Bourke —dijo la señorita Gray, al tiempo que lo cogía por la chaqueta de verano y lo regresaba a su despacho.

—Lo intenté, señor —se disculpó Jenny, sonrojada por el esfuerzo. Jacob vio que en su mano aferraba la peineta de la señorita Gray. Harry, por su parte, estaba con sus cabellos canos despeinados y sin aliento.

—Han dado lo mejor, no puedo pedir mejores guerreros que vosotros, mis amigos —respondió Jacob, sumándose a la puesta en escena, e hizo un saludo militar antes de caer rendido (en el sentido más estricto de la palabra) sobre su silla de piel marrón.

—Oh, venga ya. Tráeme un café a mí también, Harry —ordenó la recién llegada.

—¡Ni se te ocurra, Harry! —replicó el dueño de casa. La señorita Gray, porque pese a su entrada edad y sus incipientes canas era una señorita aún, se encogió de hombros y se sirvió un café en la taza de Jacob. Cogió una tostada, un tenedor, y colocó una ración de huevos sobre un extremo. La llevó a la boca, la mascó y degustó con placer. Sorbió el café antes de soltar:

—Está algo frío...

Esa era la señorita Gray, siempre una queja, nada en el mundo la complacía. Tenía en sus facciones las señales inequívocas de una vida de desagrado e insatisfacción. Lucía el cabello peinado hacia atrás, tan tirante que le borraba las arrugas del rostro. No contaba con demasiadas, al fin de cuentas las edades entre Jacob y Vivian Gray eran cercanas. Jacob se acercaba a los cuarenta, y ella los superaba apenas. Era de porte delgado, enérgico, y gesto adusto. En esos momentos estaba algo despeinada, porque Jenny había intentado detenerla de la peineta, pero sus cabellos parecían domados por pura fuerza de voluntad. Nadie se atrevía a desafiarla, ni siquiera su anatomía.

Nadie excepto Jacob.

Jacob era su enemigo natural. Mientras Vivian usaba su lugar en el periódico para imponer una rígida moral en la sociedad, Bourke hacía lo que estaba en sus manos para quebrantarla. Nada le gustaba más que desafiar a esos estirados, y estirada era el adjetivo perfecto para describir a la señorita Gray.

—Ya me ha arruinado el desayuno, la mañana... ¿qué más quiere arruinar?, ¿la vida de alguno de mis clientes?, ¿el trabajo de alguno de mis proveedores? Ahórrese y ahórreme el mal trago, señorita, mis labios están sellados. No seré la fuente que confirme sus prejuicios.

La cantidad de veces que la señorita Gray había difamado a sus clientes habituales era inconmensurable. La muy taimada podía pasar horas asechando en las puertas de «La Nueva París» hasta ver salir a tal lord con su amante para poder publicar en el periódico el cotilleo que le arruinara la vida. Podía interpretarse como solidaridad femenina si no fuese igual de cruel con sus congéneres, había delatado amantes, hijos fuera del matrimonio, bastardías, problemas financieros... Lo que fuera que alimentase el morbo social.

Lo peor: vendía. Vendía a raudales. Porque dos cosas nutrían como nada a los infelices, el placer rápido que ofrecía Jacob Bourke y la certeza de que siempre hay alguien peor que vendía Vivian Gray. Los dos hacían negocios de la infelicidad, con la diametral diferencia de que Jacob la paliaba con placer... Vivian, con más desdicha.

—No tengo ninguna intención de arruinarle la mañana... —Cogió una de las misivas. Jacob se la arrebató de las manos—. Lo que intento es mejorarla. Veo que ya le han llegado las hermosas noticias. Pues a mí también.

—Estará contenta, imagino. Al parecer menos caballeros les obsequian vestidos y joyas a sus amantes.

Vivian se sentó de un salto en el escritorio, un gesto tan ajeno a ella que sorprendió a Jacob. Estaba ante la verdadera Vivian, no la estirada moralista, sino una astuta mujer de negocios. La moralidad no era su identidad, ¡era su producto!

—No sea necio, si los hombres dejan de tener amantes, ¿de qué rayos escribiré?, ¿de lo feliz que es Lord Yale en su nuevo matrimonio? ¡Eso no vende! —Terminó el café frío de un sorbo, apoyó la taza sobre el escritorio como si fuese

un trago de ginebra. Jacob le hizo señas a Harry y Jenny de que se marcharan, podía en esa ocasión lidiar con Vivian sin mayores altercados.

La mujer bajó del escritorio y dio un rodeo por el despacho. Reparó en cada detalle, los libros, el globo terráqueo, el reloj a cuerda y el de arena ... Un lugar demasiado masculino para ella.

—¿Y qué debo hacer si lord Yale es feliz con su esposa?, ¿seducirla?

—Ja-ja. Ya quisiera, no podría...

—Me ofende. —Lord Yale no era apuesto, Jacob... Bueno, él tenía su encanto. Moreno, alto, fornido. Podía no poseer los rasgos delicados que estaban de moda, pero su porte atraía a las mujeres.

—*Desoféndase*, porque no es nada personal. Aunque no le encuentre ni una pizca de atractivo, ni usted ni nadie podrá separar al reciente matrimonio Yale.

—Suena como alguien que lo ha intentado —dijo Bourke y se estremeció. ¡Esa mujer era capaz de todo!

—Desconfío de quienes aparentan estar enamorados, siempre tienen deudas y a eso se debe el repentino amor.

—Lord Yale necesitaría ocho generaciones de mala administración para tener deudas.

—¡Exacto! ¿Entiende el problema? —manifestó Vivian, con las manos en alto.

—No, no lo entiendo.

—¡Que ese hombre se enamoró de verdad! ¡Se e-na-mo-ró! ¿Lo entiende ahora?

—Vale, perdí un cliente rico. Lo entiendo, pero...

—¿Y el señor Zucker? ¡También casado!

—Bueno, es lo que hacen los americanos cuando vienen a Inglaterra, buscar una esposa con título y...

—¡Con una institutriz se casó! —Vivian alzó la voz. Se acercó a Jacob, lo cogió de las solapas del chaleco y lo zamarreó—. ¡Con una institutriz!

—Suélteme... —Se zafó del agarre. Se alisó las arrugas de la ropa.

—¡Hay una epidemia de matrimonios felices en Londres! —Abrió las cortinas, el sol se coló por entre ellas y los hizo parpadear—. ¡Mire!, ¡mire! —se enardeció, le hizo girar la silla, cogiéndola por el respaldo—. ¡Londres brilla!

Jacob se cubrió los ojos con el antebrazo. Años después se escribirían historias de vampiros haciendo el mismo gesto y mostrando los dientes ante la amenazante luz.

—Tanto como una epidemia... —intentó minimizar.

Vivian dio otro rodeo, contaba con más información. Además de una en común con Bourke: sus comisiones habían bajado. ¡Nadie leía su sección amarillista del periódico!

—¿Sabe cuál es el problema con las personas felices? —inquirió la mujer, no esperó a la respuesta—. ¡Que no se meten en la vida ajena!

—Y eso es malo porque...

—¡Porque no leen mis artículos! Las ventas caen más y más. Pero... También las suyas, ¿no es así, señor Bourke?

Pues sí, era exactamente así. No lo admitiría, no a ella.

—Siempre surgen nuevos hombres infelices que deseen complacer amantes, señorita Gray. Desde que el mundo es mundo...

—Y desde que lady Harriet abrió su salón de té, el mundo no es mundo, en Londres brilla el sol y los matrimonios son felices. ¡¿Acaso se ha perdido el norte?!

La señorita Gray tenía razón. ¡Se había perdido el norte!

—¿Quién demonios es lady Harriet?

—Nuestra enemiga en común.

—Usted y yo no tenemos nada en común —sentenció Jacob, asqueado. Se puso de pie, Vivian retrocedió. Había olvidado lo imponente que era ese hombre. Él, en cambio, no olvidaba lo traicionera que era la señorita Gray. Confiar en ella era como confiar en una serpiente, cuando te distraes, clava sus colmillos y te deja su marca venenosa en la piel.

—Ahora sí.

—Ni ahora, ni nunca. No sé quién es lady Harriet, no sé qué demonios es su salón de té, pero si ella es mi enemiga, lo averiguaré yo. Y si debo vencerla, la venceré yo. Lo único certero para usted, señorita... —dijo, avanzando sobre ella. Vivian retrocedió, un paso, otro... creyó que quedaría atrapada entre la madera de la puerta y el cuerpo del hombre.

No iba a admitirlo, pero la idea no le desagradaba tanto. Carraspeó y regresó la atención al hecho de que él estaba más cerca de matarla que de foll...

La puerta se abrió a sus espaldas y Harry y Jenny aguardaban a por ella para acompañarla a la salida.

—Lo único certero —repitió él— es que usted y yo nunca seremos aliados. ¿Fui claro? —No aguardó respuesta, cerró la puerta. Sus fieles criados se encargarían de despachar a Vivian Gray, él...

Él tenía un asunto que investigar. ¿Qué sucedía en el enigmático salón de té de lady Harriet?

Si existía una persona que entendiese la mente de un libertino y, por tanto, supiese qué demonios sucedía, ese era Patrick Peel, su mano derecha. Patrick fue su aliado principal; Jacob sabía de negocios y era portador de la filosofía del hedonismo. La práctica, por el contrario, le pertenecía a Patrick. Él sabía lo que los libertinos querían, por qué estaban dispuestos a pagar exorbitantes sumas y qué, en cambio, los espantaba. Llevaba una vida destinada al placer, nada lo sacaba de ese camino, y, además, era lo que Jacob intentaba aparentar con su pulida imagen: un imán para otros libertinos.

Todos los hombres de Londres y alrededores que querían destinar su existencia al goce sabían que debían contar con Patrick entre sus amistades. Siempre estaba al tanto de las modas, conocía los mejores lugares y su creatividad no parecía tener fin. En cuanto Jacob comenzó con su negocio, supo que Peel debía ser su aliado. Claro que Peel no tenía un penique, se gastaba todo en mujeres, juego y placer, pero lo compensaba con su saber. Bourke no dudó en otorgarle un porcentaje de la sociedad. De hecho, la relación que ellos tenían contaba con la misma dinámica que la de Jacob con los proveedores: la de hombre de influencia. Hacían publicidad, empujaban a la gente a consumir en ciertos locales y dejar de consumir en otros... Eran formadores de moda.

Hasta ahora. Porque al parecer, la nueva moda no era ser un granuja, sino ser un ejemplar y enamorado marido fiel.

¡Qué horror!

Jacob abandonó su despacho, que aún olía a los polvos de la señorita Gray, y cruzó a la acera de enfrente. Las puertas de «La Nueva París» estaban abiertas de par en par y el agua caía como una catarata por su escalinata de mármol principal. Los criados de buenas familias que por allí pasaban intentaban asomar sus narices al interior, vislumbrar una porción de ese antro del pecado.

Algo que no conseguirían con facilidad. Una vez atravesada la puerta principal, un enorme y lujoso vestíbulo te daba la bienvenida; allí se dejaban los abrigos y se recibía la primera copa de champán, la de cortesía. El espacio estaba alfombrado y recubierto de madera; una segunda puerta, esta vez acristalada con vitreaux, separaba este espacio elegante del verdadero salón. Hasta allí llegaría el conocimiento de los curiosos; para saber —y ver— más, debías pertenecer. Algo que solo podía hacerse por invitación de algún miembro o mediante el pago de una membresía al mismísimo Jacob Bourke. Muchas veces esa membresía era una cosa de caballeros, un pago simbólico, porque lo que le daba dinero a Jacob era tener entre sus miembros a otras personas de influencia. En otras ocasiones era la forma de mantener la exclusividad.

Ser *alguien* era el verdadero poder en Inglaterra. Más que el dinero, el título o el conocimiento, la fama era la moneda de cambio. De nada valía lo demás si no conocías a las personas adecuadas. Y ellas... todas ellas... pasaban por «La Nueva París».

Hasta ahora.

Patrick se encontraba en las butacas frente al escenario. Delante, unas cuatro mujeres en calzones, corsé y pezoneras efectuaban una danza divertida al son de la música que otras damas vestidas de frac hacían sonar zapateando sobre la madera. La danza coordinada, combinada con esos atuendos, y, por supuesto, la belleza de esas damas generaba un efecto hipnótico en cualquiera que lo mirara. Y ese no era el clímax, Jacob lo sabía muy bien, luego entraría al escenario una cantante de ópera en una gran carroza y su voz se sumaría a los zapateos haciendo que a los presentes se les erizara la piel.

El espectáculo era grandioso. Priovona, la cantante de ópera, cantaba tanto para la reina como para ellos, era una puesta en escena tan exclusiva como escandalosa. ¡Perfecta!

—Patrick, tenemos un problema —dijo Jacob, dejando caer su trasero junto a su socio y amigo.

—¿Qué problema podemos tener? ¡La vida es maravillosa! —respondió Patrick y se inclinó hacia adelante cuando las mujeres hicieron lo mismo. Sus pechos cayeron por el efecto de la gravedad, solo los corsés los sostenían, y el valle entre ellos era una invitación a los hombres a perder la cordura. Peel estaba dispuesto a volverse loco por ellas.

Jacob lo golpeó en la nuca, Patrick se mordió la lengua, la cual casi escapaba de su boca para babear como un perro.

—¡No lo digas en voz alta! Eso hice yo esta mañana y llamé a la señorita Gray con el pensamiento.

Patrick se estremeció.

—¡No hables de esas cosas, me arruinas el espectáculo!

—Pues tenemos que hablar de esas cosas... Las comisiones están en caída y, según la señorita Gray, eso se debe a una epidemia de matrimonios felices en Londres.

—Oh, ya veo... —Patrick se reclinó sobre la butaca, subió las piernas en el respaldo de la de delante y abrió los pies lo suficiente para ver a las mujeres entre ellos. Jacob era un aguafiestas cuando hablaba de negocios, por eso él podía montar una empresa y Peel no. Peel estaba allí para el control de calidad de la mercadería. ¿Cuál sería su próxima conquista? Esperaba que fuera la cantante de ópera, pero lo tenía difícil. La mujer recibía las atenciones de los libertinos más ricos de Inglaterra, él solo podía brindarle placer y su atractiva apariencia. Era un adonis, tanto mujeres como hombres se volteaban a mirarlo, era imposible no quedar prendado de sus rasgos perfectos.

Excepto uno. Bourke veía en él un medio de comercialización. ¡Qué aburrido!

—¿Qué ves? Sabes que debes mantenerme al tanto de esas cosas, es tu parte del trabajo y recibes una cuantiosa suma en comisiones por el resultado. ¿Debo recordarte que, si las comisiones bajan, tus ingresos también?

—¡Siempre habrá nuevos libertinos, Bourke! Qué importa que hayamos perdido a cuatro más...

—¡¿Cuatro?! —Jacob se puso de pie de golpe. Su exclamación alteró la coreografía y las muchachas cayeron enredadas entre sus pies. Patrick se incorporó, no perdería la posibilidad de socorrerlas. ¡Qué maravillosa era la vida! Jacob le impidió llegar a su destino, lo cogió de la chaqueta. La diferencia de corpulencia hizo a Peel volar por los aires y caer de pie delante de su socio, amigo y, en esos momentos, cabreado jefe—. ¿Cuáles cuatro hemos perdido?

—Brer Guinness, Raymond Swan, David Clive y, ahora, se rumorea que Mark Levenson se comprometió...

—¡Quéééé! Dime que bromeas. Dime que te has complotado con Gray para hacerme una broma pesada. Los perdonaré, juro que los perdonaré, pero solo si ahora mismo admiten que me están tomando el pelo.

—Eres un exagerado... —Patrick suspiró, las damas habían abandonado el escenario, era en vano seguir practicando con tantas distracciones. Solo conseguirían estar cansadas y heridas para el espectáculo de esa noche—. Ya se cansarán de sus esposas y regresarán. Los hombres tienen amantes desde el inicio de los tiempos, y ¿sabes?, también las mujeres. Cuando un hombre deja el hogar tras las faldas de una dama, un caballero está en la puerta ansioso de ocupar el lugar. Tú sabes hacer dinero de este flujo de personas...

—¡Este flujo de personas se está convirtiendo en un estanque! Un estanque llamado «matrimonios felices». ¿Y me dices que tú lo sabías?

—Bueno, claro. ¿Quién no se ha enterado de que Brer Guinness se ha casado?

—¡Yo! —Alzó las manos Jacob. Patrick lo ignoró.

—Fue la noticia de todas las columnas de cotilleo...

—¿Parezco alguien que lee las columnas de cotilleo?

Patrick volvió a ignorarlo.

—Fue curioso que justo cayera en brazos de una viuda mayor que él, estuvo en boca de todos, hasta que Londres se aburrió del tema. Vale, ella tenía cinco años más que él e hijos del matrimonio anterior, y él ahora es un padre feliz de tres niños que no son suyos y compró una casa de campo porque el aire es mejor para ellos... y...

—Aguarda. —Jacob soltó una risotada—. Aguarda, aguarda... Estamos hablando de personas distintas. —Soltó el aire, aliviado—. Pensé que te referías a Guinness, nuestro Guinness... Brer... Pero veo que hablas de otro y...

Patrick arqueó las cejas.

—Sí, Jacob, hablo de *nuestro* Guinness. Aunque decir que es nuestro, nuestro...

—No puede ser. ¡Cómo es posible un suceso semejante!

—Mmm... ¿del mismo modo que Raymond Swan retomó sus estudios porque se enamoró de la señorita Bluejack, quien es hija del famoso biólogo, y como quería estar a la altura de su amada dejó la vida de juego y despilfarro

para abocarse a los libros y conformar juntos un matrimonio de respetados científicos...?

Bourke solo parpadeó. Primero, de manera rápida; luego, lentamente. Lo siguiente que sucedió fue que metió la mano en el bolsillo de su pantalón y se pellizcó un testículo.

—Auch... —No, no estaba soñando. Esas cosas habían sucedido de verdad. En Londres brillaba el sol y había una epidemia de enamorados. ¿Qué faltaba?, ¿qué cayera la monarquía? ¡Nah!, eso no pasaría jamás, pero quizá si sucediera que un heredero a la corona se enamorara de una actriz, demitiera al trono y le dejara el puesto a su hermano en principio menos preparado, que probara su valía en un suceso histórico sin precedentes y que diera a luz a una de las reinas más importantes de Inglaterra del próximo siglo... ¡Ya cualquier cosa podía suceder si la gente empezaba a enamorarse!—. Necesitamos saber con qué lidiamos, Peel.

—Ya sabemos con qué lidiamos. Y si la señorita Gray te hizo una visita, tú también. ¡Esa mujer no puede contener su lengua ante la necesidad de soltar un cotilleo!

—En eso estamos de acuerdo —coincidió Jacob—, y como no pienso permitir que ella tenga más información que yo... ¡Tú te encargarás de averiguar lo que debamos sobre el asunto!

—¿Te refieres al salón de té de lady Harriet?

—¡Por supuesto que me refiero al salón de té de lady Harriet! Irás allí, te infiltrarás y averiguarás qué clase de brujería hace esa mujer para que Guinness pase de libertino a padre del siglo, y Swan de Casanova a científico...

—Y olvidas a Clive que ha emprendido un viaje con su nueva esposa porque ambos aman la arqueología y a Levenson que escribe cuentos infantiles, porque....

—¡Suficiente! —Se cubrió los oídos con infantil exageración—. ¡Me hieres, me lastimas, Peel! Ve allí y averigua qué demonios sucede, cómo podemos volver a recuperar nuestros clientes. Y ten cuidado... ¡No bebas nada de lo que te den! Empiezo a sospechar que esa tal lady Harriet los envenena hasta provocar el delirio en ellos. —Entornó los ojos con suspicacia.

Patrick supo que era en vano discutir, cuando Jacob tomaba esa postura, era terco como una mula... Como una mula terca. Claro que prefería quedarse a ver

cómo las muchachas ensayaban el siguiente acto, era el mejor, una de ellas terminaba completamente desnuda detrás de los abanicos de plumas de las demás. Suspiró. ¡Tendría que deleitarse luego! Ahora tenía una misión que cumplir, una misión que le traería aparejadas las correspondientes comisiones, se recordó.

—Sin dinero, no hay amantes —se dijo en voz alta, para animarse.

—Sin dinero, no hay nada de nada —corrigió Bourke—, por eso iré a hablar con mi administrador. Espero que esto no implique hacer recortes en el salón —rogó en voz baja y ambos se marcharon, dejando «La Nueva París» con su resplandor incipiente.

Capítulo 2



Una hermosa y soleada mañana. ¡Perfecto! Las actividades al aire libre no tendrían que ser canceladas. Ni bien abandonaba la comodidad de la cama y sus pies entraban en contacto con la alfombra, lady Harriet se encaminaba, con prisa y sin pausa, hacia la ventana. Apartaba las cortinas y contemplaba el cielo. Siempre sonreía cuando el sol asomaba en el horizonte sin indicios de tormenta, era sinónimo de buen augurio.

—¡Un buen día para enamorarse! —exclamó, sonrió y giró sobre sus talones —. ¿Qué opinas, Susan? —Le habló a su doncella, quien no lucía como tal. No vestía un uniforme de servicio doméstico, sino un elegante y discreto vestido azul. La realidad era que la palabra «doncella» no bastaba para describir todas sus funciones. Lo correcto sería decir asistente personal, mano derecha, confidente, amiga.

—Opino que lady Beatrice estará feliz, lleva días planeando un picnic con el señor Tahari. —Se acercó a Harriet y le entregó un vestido en tono damasco con flores bordadas con hilos de color rosa, verde y plata—. También opino que es el día ideal para lucir este vestido.

Lady Harriet tenía otros planes en mente. No le agradaba ser el centro de atención, pretendía pasar desapercibida ante los ojos de sus invitados. Le gustaba desarrollar su rol de anfitriona desde una presencia distante, al fin de cuentas, ella no era la verdadera protagonista en aquellos encuentros. Un vestido verde musgo con algunos detalles en la pechera era más que suficiente.

Elegancia y mesura en su máxima expresión. Cogió del guardarropa el vestido seleccionado, lo apoyó sobre su cuerpo y se observó en el espejo contiguo.

—Creo que con este será suficiente —aseveró con un movimiento de mentón. Ella y su reflejo estaban de acuerdo, ¡bien! No había más que pensar. Susan se lo quitó de las manos, lo regresó al guardarropa y lo reemplazó por el vestido en tono damasco con flores.

—No, dudo que sea suficiente para Madame Dubois. —Susan, le recordó el acuerdo establecido con la modista.

La mujer intentaba hacerse nombre entre las mujeres de la nobleza y la aristocracia inglesa, y lady Harriet era su carnada perfecta. Le confeccionaba vestidos con diseño exclusivo y telas importadas para que los luciera ante su clientela. A cambio, los auxiliares textiles de la mujer elaboraban y cosían novedosos diseños en cortinas y mantelería para decorar su salón de té. Cambiaban la decoración cada mes para brindar una constante sensación de versatilidad y calidez en las instalaciones. Sin importar las estaciones del año, bajo el techo de la casona Ruthven, en el condado de Effingham, siempre era primavera. Mejor dicho, en el salón de té de lady Harriet siempre era primavera, la estación perfecta para que las mariposas aletearan en el aire y en los estómagos. ¡La estación favorita del amor!

Porque sí, el amor, para hacerse presente, necesitaba del escenario perfecto. Colores, aromas, sabores, sonrisas en complicidad y caricias por debajo de la mesa. Cuando todo eso sucedía, ocurría la magia. Pues el amor no se busca, el amor se encuentra. Aparece ante nosotros cuando le brindamos un lugar en el cual presentarse. Y lady Harriet Ruthven era una especialista a la hora de convocar a ese maravilloso invitado. Era una extraña versión de cupido, pero sin alas, ni flechas, ni pañal. Era un ángel del amor de cabellos castaños y vestido ... Mmmm, color damasco con flores bordadas.

—Y si madame Dubois lo pide... —Harriet se resignó. Cogió el vestido y se contempló ante el espejo. Se haría un peinado trenzado y recogido. Ah, y no se pondría polvo cosmético en las mejillas. Si su cuerpo no podía pasar desapercibido, su rostro lo haría.

—Madame Dubois lo obtiene —finalizó Susan. Sin más demora, la ayudó a quitarse su ropa de dormir. No había ni un minuto que perder, los días soleados eran los más concurridos.

—Ah, por último, pero no menos importante, la señora Hazel, me ha dicho que en cuanto estés lista, vayas a verla —le informó mientras avanzaban por el corredor de la primera planta. Susan, con cuaderno en mano, le recordaba el cronograma del día a Harriet—. No estaba de muy buen humor —agregó al tiempo que cerraba su cuaderno. La solicitud de la señora Hazel había sido el último punto de su informe diario.

—¿Hubo algún problema?, ¿discutió con Pierre otra vez? —Era lo habitual, no le sorprendía, solo quería conocer los motivos de la disputa para hallar la tregua perfecta para ambos.

—No, para variar, hoy no han discutido —bromeó Susan. Lady Harriet se detuvo antes de poner el pie en el primer peldaño de la escalera.

—Pues no lo digas ni en broma, no vaya a ser que, por culpa de truncar la rutina, el cielo despejado, de repente, se nuble. —No era dada a las supersticiones, pero... La clave del éxito era la armoniosa rutina. Cuando todo funcionaba como debía, el resultado siempre superaba lo esperado.

—No te preocupes, ya los conoces, en cuestión de minutos hallaran una razón para discutir. —Cogió a Harriet por los hombros y, con delicadeza, la instó a bajar la escalera. Ella bajó a la par—. Creo que hubo un inconveniente con las entregas de los proveedores. —Era lunes, recibían las provisiones para toda la semana.

—¿Dime, por favor, que no se ha puesto a contar los crisantemos secos otra vez? —La señora Hazel era demasiado extrema, si el tiempo se lo permitía, contaba uno a uno los artículos recibidos. ¡Oh, pobre de aquel que se atreviera a entregarle un pedido con faltantes! Mejor dicho, pobre de ella. Era Harriet la que tenía que lidiar con las quejas de la mujer, y, luego, dependiendo el caso, reclamar a su proveedor o disculparse con este.

—No, la oí balbucear el nombre del señor Platten, seguido de un improperio y una maldición.

—¿Una maldición breve o extensa? —preguntó con inquietud. Si la maldición era extensa, existía una razón de peso para preocuparse.

—Me marché ni bien empezó a maldecir, pero creo que maldijo a sus ancestros y... —Susan apretó los labios para contener las ganas de reír—, y a todas las generaciones venideras.

—Oh, de ser así, bien merecidas se tiene las maldiciones —afirmó lady Harriet, últimamente, el señor Platten, fallaba con el pacto comercial establecido, le entregaba la mitad de los artículos solicitados—. Tendré que hacerle una visita en persona, anótalo en la agenda, Susan.

Se detuvieron antes de ingresar a la cocina para que esta tomara nota en su cuaderno, y las maldiciones de la señora Hazel resonaron en los oídos de ambas. Se miraron, el señor Platten había sido desplazado... Pierre Dupont había recuperado el papel protagónico. Harriet y Susan sonrieron.

—Sin duda, hoy va a ser un día maravilloso —exclamó Lady Harriet al tiempo que se adentraba en la cocina. En ese preciso momento, un croissant recién horneado surcaba el ambiente como una condenada flecha. Harriet la capturó en el aire—. Auuchhh... —Estaba caliente. La sopló—. ¿Quieres? —le preguntó a Susan. Esta asistió. Harriet la partió a la mitad y le entregó una de las partes a su asistente—. Ten cuidado, está recién salida del horno.

Soplaron, mordieron, masticaron y se entretuvieron con el espectáculo mañanero. El maestro pastelero francés, Pierre Dupont, contra la señora Hazel, la cocinera oficial de la casona Ruthven. ¿Quién ganaría? Al otro lado de la cocina, se encontraban los hermanos Girard, Alain y Amelie, quienes eran los encargados de recibir a los miembros del salón de té. Pese a haber arribado a la casona junto al señor Durand y expresar su fiel lealtad a él, Amelie no podía evitar arengar por la señora Hazel. Era una cuestión de solidaridad femenina. Así que ahí estaban los hermanos, haciendo la apuesta de cada día... Dupont versus Hazel.

—¡No se atreva a poner un dedo más sobre mis croissants! —bramó furioso Pierre—. ¡O le juro que... que...! —titubeó. Por supuesto, si le daban a elegir, le estrujaría el cogote como un pavo, pero no era ético.

—¿Qué?, ¿qué haría? —lo provocó, se cruzó de brazos. Pierre miró en derredor, sus ojos se detuvieron en la bandeja de muffins ingleses que reposaba en una de las mesas. Alzó una ceja, sonrió—. ¡No, no, ni se le ocurra! —le alertó la mujer.

Pierre cogió un muffin inglés y lo apretó entre sus manos.

—¡Una víctima por otra! —exclamó. Los croissants eran de su elaboración. Los muffins eran una elaboración de la señora Hazel.

—Oh, no, usted se lo ha buscado... —Hazel se arremangó, resopló, cogió sus manoplas de tela, enfundó sus manos, y cogió la fuente caliente con los croissants.

—¡No! —gritó Pierre. La maldita desquiciada arrojaría toda la fuente al piso.

—¡Tarde, señor Dupont, esto será una masacre!

Pierre estaba preparado para la guerra. Sabía cómo devolver el ataque. Cogió la bandeja con tocino horneado y rebanado.

—¡Pues, una masacre será! —gruñó entre dientes apretados.

Para suerte del tocino y de los bollos de pastelería francesa, Harriet intervino cuando terminó de masticar su trozo de croissant.

—¡Suficiente por hoy! Bajen las armas... —Se acercó a ellos, se ubicó en medio de la línea de fuego. Ninguno de los dos le hizo caso, continuaban con las armas en lo alto—. Señora Hazel, perdónale la vida a esos croissants. Que, dicho sea de paso —Miró de soslayo a Pierre, le guiñó el ojo—, están deliciosas. —El hombre alzó el mentón con satisfacción en dirección a la cocinera.

—¡Patrañas! —protestó Hazel. Agitó la fuente, los croissants danzaron de un lado al otro.

—Baja eso, Hazel —le ordenó con amabilidad Harriet.

—Que primero baje el tocino —reclamó la mujer a modo de mediación.

—¡Primero los croissants! —Pierre se mantuvo firme.

Harriet alzó las manos para evitar el desastre. Por supuesto, la masacre no sería tal, no desperdiciarían más comida. Pero mantendrían la provocación hasta que ella le pusiera fin. Solo así los dos se considerarían satisfechos. Ni ganadores ni perdedores, satisfechos. Esa era la dinámica de cada mañana entre ellos. Amelie y Alain resoplaron, la apuesta había sido en vano. ¡Al diablo! Se marcharon en silencio, tenían asuntos de los que ocuparse, y allí, en la cocina, se había terminado el espectáculo.

—Les recuerdo que hoy es lunes, y saben muy bien lo que eso implica. —Trabajo a dos manos para todos—. Tenemos nuevos miembros y muchas actividades organizadas, así que, por favor, a la cuenta de tres... tocino y croissants abajo. —Los labios de la señora Hazel se movieron, querían emitir su reproche—. ¡Abajo y sin queja alguna! —Miró a Pierre, este asintió. Miró a Hazel, también lo hizo—. Uno... dos... ¡Tres! —finalizó. La fuente de horno y la bandeja

regresaron a sus lugares—. De acuerdo, ahora díganme, ¿cuál fue el motivo de disputa?

—Pues que este... este individuo —masculló entre dientes Hazel—, pretendía inmiscuirse en asuntos que no le son propios.

—¿Qué asuntos? —Le preguntó a Hazel, pero miró a Pierre. Fue este el que respondió.

—¡El desayuno! —exclamó el hombre—. ¡Oh, qué pecado el mío! —se mofó.

—Sí, lo es, el desayuno del hogar Ruthven queda bajo mi dominio y control —Hazel sacudió el dedo al aire, lo blandió como una espada—, las ladies de esta casa desayunan con muffins ingleses, no con esa bollería de pacotilla que usted prepara. Usted ocúpese de sus asuntos...

Y esos asuntos correspondían al menú del negocio familiar. ¿Cuál? Un selecto salón de té con miembros igual de selectos y actividades privadas y secretas aún más selectas. La casona del condado tenía dos usos: la primera, albergar a las mujeres Ruthven. Tres en total: una viuda y dos solteronas. En segundo lugar, era el punto de encuentro de quienes deseaban dejar de lado las barreras y normas sociales con el propósito de hallar... ¿El amor? ¿Un compañero? ¿Una cómplice de vida? Las palabras «maridos» y «esposas» no les hacían justicia. Algo casi mágico sucedía. ¿Acaso el destino habitaba en aquel lugar? ¿Las hadas del amor se escondían tras los setos del jardín? ¿Hechicería, quizás? Daba lo mismo; los resultados pesaban más que la duda. El rumor crecía y se expandía como un misterio discreto por todo Londres. Una vez que ponías un pie en aquel enigmático salón de té, nadie salía de allí con el corazón intacto, ¡para bien, por supuesto!

Pierre Dupont se ocupaba de elaborar los bocadillos y tentempiés que se ofrecían a la sofisticada clientela. Desde la más alta y adinerada burguesía hasta la élite de la nobleza hacía uso de las instalaciones del salón de té de Lady Harriet. Por tanto, se requería un experto en el arte culinario para satisfacer a esos paladares. La señora Hazel, en cambio, se mantenía ajena a esos menesteres y se ocupaba del menú familiar, muy distinto del estilo francés del chef pastelero. De no ser porque compartían espacio físico, es decir, la gran cocina del condado, sus caminos y sus temperamentos dispares no se cruzarían. Pero lo hacían, cada mañana se cruzaban en disputas infantiles. Los dos estaban a un par de años de cumplir cincuenta. Ante el resto del mundo, se comportaban

como adultos responsables. Sin embargo, cuando no había testigos, se comportaban como dos malditos críos rebeldes.

—En defensa de Pierre —Harriet carraspeó antes de continuar, podía sentir la mirada ardiente de Hazel en su nuca—, ha sido tía Poppy quién le ha pedido los croissants...

—¡Eso mismo le he dicho, pero no me ha creído! —exclamó Pierre. Fulminó con la mirada a su enemiga acérrima.

—Nada de lo que salga de su boca entra a mis oídos —argumentó muy orgullosa de sí la señora Hazel.

—¡Señora Hazel, por favor! —Harriet le obsequió un gesto de desaprobación con la mirada—. Es muy temprano para discusiones, más aún con el estómago vacío...

Pierre se apresuró, fue hasta la fuente con los croissants horneados, cogió uno y se lo entregó.

—Aquí tiene, milady...

Hazel lanzó una servilleta de tela a la cabeza del lamebotas de Dupont. Él masculló una maldición entre dientes y se la lanzó de vuelta.

—Gracias, Pierre. —Harriet tenía una premisa de vida: Jamás despreciar una pieza de bollería caliente. Bueno, tenía otras premisas más, pero esa era funcional al momento. Mordió y masticó con gusto, luego exhaló—. Una vez establecida la tregua...—Tanto Pierre como la señora Hazel chasquearon la lengua. Nunca había tregua entre ellos—, podemos ir a lo importante... Me has llamado y aquí estoy —le dijo a Hazel.

—¿Te he llamado? —Ya ni lo recordaba.

Harriet se volvió en busca de Susan, continuaba junto a la puerta.

—Platten —Se limitó a decir Susan. El nombre bastaba para poner en perspectiva la razón del problema.

—¡Platten! —repitieron a coro Pierre y Hazel. El tono de fastidio fue evidente en ambos. Se miraron, refunfuñaron a la par. Al parecer, tenían un enemigo en común: el distribuidor de bebidas—. Es la cuarta vez que le solicito un Armagnac, una botella, solo una mísera botella... —Alzó el dedo, estaba realmente indignado. Lo utilizaba para la preparación de su tarta tibia de manzanas y la crème brûlée—, ¿qué tan difícil puede ser conseguirlo? Encima pretende venderme gato por liebre, como si yo no supiera distinguir un coñac de

un aguardiente de uva —carcajeó. Hazel lo imitó—. ¡Malnacido! —masculllaron entre dientes en perfecta coordinación.

—Y a ti, Hazel, ¿qué te debe el señor Platten? —La mujer se encargaba de la solicitud y la recepción de mercadería para el salón de té. Cuando existía un faltante, se le crispaban los nervios—. Tres wiskis, un brandy, un licor de naranjas, y diez botellas de champaña.

Harriet se volvió hacia Susan, intercambiaron miradas. La cita con el señor Platten era impostergable, en cuanto tuviese unos minutos libres debería presentarse en la licorería. Su asistente evaluó la disponibilidad dentro de la agenda semanal, hizo una marcación a media mañana del jueves. Pues sí, «Salón de té» era la referencia socialmente correcta, pero la clientela visitaba el salón por la extensa y variada carta de menú que ofrecían, y estas incluían todos los antojos vedados de las damas. Adiós té y limonada, bienvenido brandy a cualquier hora del día. ¡Y sin disimularlo! El té de flor de crisantemo, al igual que la camomila, se convertían en una maravillosa infusión relajante. Pero saben qué es aún más relajante... un té de crisantemo con una buena medida de brandy. O coñac... o ron. ¡Lo que sea que les apeteciera! Y saben qué resulta más relajante todavía, beber té con coñac a plena luz del día ante la mirada de los demás sin ser juzgada por tal comportamiento. No, esperen, saben qué es mucho mejor... beber tu bebida de preferencia y compartirla con el compañero adecuado mientras charlas y ríes con él sin las miradas de las matronas atravesando tu nuca.

—Con respecto a lo demás, ¿algún faltante? —preguntó mirando de reojo la anotación de Susan que se había acercado a ella para obtener su aprobación. Harriet asintió.

—No, solo que... —carraspeó Hazel— Pierre, se tomó el atrevimiento de reemplazar los filetes de atún por la pesca del día. —No lo juzgaría por ello, hasta ella sintió el feo olor del atún, no duraría ni dos días, se echaría a perder antes.

—Milady, el bacalao estaba más fresco.

—Confío en su criterio, Pierre —Miró a Hazel, la conocía lo suficiente como para lidiar con sus celos antes de tiempo—, en el criterio de ambos —sentenció a modo de cierre—. Continúen con lo suyo, yo me ocuparé del señor Platten.

La sola mención del hombre hizo sonreír con satisfacción a ese par de enemigos. Cuando abandonaron la cocina, Harriet se dirigió a Susan:

—Toma nota de Platten...

—Yo lo he hecho —la interrumpió Susan sin comprender a lo que se refería.

—No me has dejado terminar la oración, toma nota, cuando queramos dar por finalizado un conflicto entre esos dos, la palabra clave es... —Alzó una ceja con picardía.

—¡Platten! —rio Susan. El enemigo en común los convertía en momentáneos aliados.

Antes de iniciar la jornada laboral, sin importar cuán complicada esta se presentara, no pasaba por alto la primera comida del día. El desayuno era imprescindible, pero no tanto por el hecho de llenar el estómago, sino por...

—Oh, dichosos los ojos —exclamó tía Poppy al verla llegar con tan encantador vestido—, veo que por fin te has decidido a ser tú también un miembro más de tu club del amor.

—Pues ves muy mal, tía, te recomiendo que vayas a visitar a un médico especialista en ojos —Harriet tomó asiento en la silla ubicada en la cabecera de la mesa. Susan también tomó asiento, compartía el desayuno con las ladies de la casa.

En la casona Ruthven, la consagrada ama y señora del lugar era lady Harriet. Aunque no era la heredera formal y legal del condado, se encargaba de su administración. Su primo, Thomas Ruthven, el legítimo heredero en línea sucesoria masculina, estaba más interesado en su carrera profesional. Prefería surcar los mares como capitán de la Marina británica antes que heredar un condado y pudrirse en el sofá. Delegó la responsabilidad del condado en un representante legal y en su prima. No solo le cedió el condado, sino también el cuidado de su madre, lady Esme, viuda de Phillip Ruthven, para que tuviera compañía y no se dejara vencer por la soledad y la tristeza.

¿Tristeza? ¡Ja! Nunca antes lo había pasado tan bien. ¿Extrañaba a su esposo? Pues sí. Pero eso no quitaba el hecho de que estuviera disfrutando de su segunda etapa vital de la mejor manera posible junto a su sobrina y su cuñada Poppy.

—Lo he hecho y me ha indicado unas gafas... —Lady Poppy cogió la servilleta de la mesa y la desplegó sobre la falda—. Dicho sea de paso, es un médico joven,

nuevo en la ciudad... bastante atractivo. ¡Y soltero! —soltó como detalle final mientras se lanzaba a la caza de un croissant.

—Mira tú, qué maravilloso hallazgo, tía... Invítalo al salón. —Harriet optó por un muffin inglés. La señora Hazel espiaba desde la puerta de la cocina. No quería decepcionarla.

—Podría invitarlo a la casa también —sugirió con picardía Poppy.

—¿Buscas esposo, tía? —La provocó Harriet sabedora de la intención de Poppy, no desistía en su lucha de hallarle un esposo. Era el colmo, la celestina de Londres, no hallaba un esposo para sí misma—. De ser así, dímelo, Lord Ford siempre me pregunta por ti.

Lady Esme, que había cogido su taza de té dispuesta a beber, volcó la infusión sobre el plato cuando se sacudió por la carcajada que abandonó su boca. Mencionar a lord Ford era como clavarle una puñalada a Poppy. Lo detestaba. La había cortejado cuando era una debutante, pero luego cambió de opinión, cortejó a Lady Sophie Butter, y se casó con ella. La lady murió a los diez años de matrimonio, y luego del luto correspondiente, el lord volvió en busca de su primera candidata. Una vez al mes, le enviaba flores o chocolates a Lady Poppy.

—¡Que la boca se te haga a un lado! Gracias, me encuentro muy a gusto con mi soltería.

—Somos dos, tía —rebatió Harriet. Sorbió el café de su taza.

Lo había intentado. No estaba en sus planes seguir los pasos de su tía. Pero, debido a la mala salud de su padre, se perdió la etapa de fiestas y eventos de debutantes. Mientras las jóvenes damas de la alta sociedad eran cortejadas, ella pasaba las noches en vela junto a la cama de su padre. Quedó huérfana de madre a los doce años y de padre a los veintiuno. Para cuando intentó volver a vincularse con la sociedad e iniciar su vida, se topó con un gran muro de hastío y desgana. ¡El cortejo! ¿Existía algo más estructurado que eso? Nadie podía conocer a su otra mitad de esa manera, con mil ojos y oídos alrededor, tratando de ser espectadores, metiendo sus narices, opinando y juzgando. ¡Oh, no! ¡No pueden rozarse las manos! ¡No pueden susurrarse cosas al oído! ¡Esa proximidad entre cuerpos es un pecado!

En aquel entonces, Harriet no pudo evitar pensar que las relaciones eran una gran absurdo: «Si no rozo mi mano con la suya, ¿cómo sabré si su contacto

me resulta agradable? Si no me susurra al oído, ¿cómo sabré si su voz eriza mi piel?».

Al demonio todo. Las normas y lo que se esperaba de una dama. Dijo «basta» para sí, pero ese «basta» no incluía a todas las demás, ¿verdad? Así nació la idea que revolucionó el mercado matrimonial de la ciudad. Si te vas a casar con alguien para toda la vida, hazlo conociendo cada uno de los matices de esa persona. Conoce sus gustos, miedos, debilidades, anhelos y planes de futuro. Hazlo por tu propia decisión. Y así se gestó la idea de su salón de té, el enigmático salón de té de Lady Harriet Ruthven.

—¿A qué se debe el atuendo? —preguntó finalmente Lady Esme, para romper el clima silencioso repentino. Lucía un vestido precioso y muy llamativo, no era común un atuendo así en su sobrina—. ¿Algún evento en particular?

—No, solo negocios —Harriet miró a Susan, le dio el pie para que continuara, ella pretendía masticar con calma su panecillo con mantequilla.

—Dubois intenta capturar la atención de las clientas del salón con sus nuevos diseños.

—O sea, te has convertido en su modelo —Esme concluyó.

—Sí, por primera y última vez —dijo entre dientes Harriet haciendo una pausa en la masticación.

—Como sea, te deseo buena suerte —agregó su tía. Tanto Harriet como Poppy, la miraron—. Buena suerte intentando evitar la mirada de los miembros masculinos —Sonrió sobre el borde de su taza. Sorbió el té. Harriet era una hermosa muchacha que se esforzaba demasiado en ocultar sus bellos atributos, bastaba un vestido a tono con su piel y su cabello castaño para hacer que luciera despampanante.

Harriet resopló. Cogió una lonja de tocino con su mano, engulló la pieza completa y se lamió los dedos. Luego, se incorporó de repente.

—Lo siento por madame Dubois, iré a por mi vestido verde —proclamó golpeando la mesa con las palmas.

—Milady, negocios son negocios —le recordó Susan.

—¡Rayos! —bufó Harriet, y regresó su trasero a la silla. Se masajeó las sienes, era lo que hacía cuando se forzaba a pensar. Exhaló con fastidio. Al cabo de un minuto, sonrió—. Tía Poppy, ¿todavía tienes ese chal de seda con arabescos?

—¿Te refieres al chal que tu padre me trajo de la India? —Harriet asintió—, ¿en tono rojo con arabescos dorados?, ¿ese chal imposible de combinar con... con algo? —Poppy lo usaba de forma decorativa sobre su cama, nunca lo había utilizado, no era acorde a la moda inglesa—. Sí, ¿por qué? —preguntó con espanto. Podía imaginarse la idea que pasaba por la cabeza de su sobrina. Podía imaginarla con el chal y ese vestido. ¿Acaso pensaba asistir a una fiesta circense? ¡Cielo santo!

—¡Lo quiero! —dijo golpeando la mesa con las palmas una vez más y tomando impulso—. Negocios son negocios, pero las reglas de esos negocios las impongo yo. —Miró a su asistente, Susan coincidió. Todo siempre se llevaba a cabo bajo los términos y condiciones de Lady Ruthven. Luciría el vestido, bien, con eso bastaba. El trato se cumplía. Lo demás, incluso el ridículo forzado, quedaba a criterio y elección de la dama.

Harriet hizo palmas al aire. Suficiente charla, era tiempo de ponerse a trabajar. Susan masticó con rapidez el bocado que tenía en la boca y sorbió té para que este se deslizara por su garganta, todo esto mientras cogía su cuaderno de notas y se incorporaba dispuesta a seguir los pasos de Harriet. Juntas abandonaron el salón comedor.

—Definitivamente se quedará soltera. —Poppy exhaló con resignación. Y la resignación solo sería compensada con otro... otro croissant. Cogió otra pieza de bollería francesa, estaban todavía tibias, lo que hacía que estuviesen más sabrosos.

—Sí, soltera... —Lady Esme regresó la taza a la mesa, pese a tener un hijo que se preocupaba por su bienestar, no podía evitar pensar que una vez que fue viuda, solo le quedó el recuerdo de su matrimonio y una asignación mensual para vivir. Si hubiese tenido una hija mujer, todo hubiese pasado a manos de un hombre. Quizás un primo lejano de su esposo, vaya uno a saber—. Soltera... pero financieramente independiente —agregó Esme. Cogió también un croissant.

Se miraron. Arquearon las cejas. Asintieron.

—¡Touché! —concluyó Poppy alzando el croissant al aire. Esme hizo lo mismo. Croissant contra croissant, así hicieron un brindis—. ¿Crees que el señor Tahari le propondrá matrimonio a Lady Beatrice?

—Yo creo que sí, ¿apostamos?

—Apostemos... —coincidió Poppy y aprovechó la oportunidad—. Yo apuesto mi chal...

—De ser así, deja, prefiero perder.

Capítulo 3



Patrick no había regresado a «La Nueva París» desde la tarde en que se marchó con la intención de descubrir la verdad que se ocultaba tras las puertas de ese salón de té. Las notas que solía enviar con uno de los muchachos para informar sobre sus averiguaciones acerca del lugar se fueron espaciando hasta desaparecer por completo. Jacob revisó en su despacho las que había recibido. El sol alumbraba, una vez más, el cielo de Londres. La cantidad de flores y de zonas verdes se extendía por los adoquines y coloreaba la ciudad. Bourke estornudó; no recordaba ser alérgico al polen, pero aquella cantidad resultaba contraproducente para el ser humano... Todo en exceso resultaba contraproducente para el ser humano: un exceso de flores, un exceso de calor... Un exceso de matrimonios felices.

—¿Alguien puede pensar en nosotros, los libertinos? —se quejó, repasando las misivas. La más importante era aquella datada una semana atrás: «Logré entrar, este lugar no es como piensas, Jacob». Eso era todo. Las siguientes notas eran aún más enigmáticas:

«No tiene nada que ver con nuestro negocio».

La del día posterior ya empezó a preocupar a Jacob: «Tu negocio seguirá en pie, aquí se cuece otra cosa».

Tu negocio..., Patrick ya dejaba de usar el pronombre posesivo «nuestro». Y «Aquí se cuece otra cosa», ¿qué demonios se cocía? ¡Para eso lo había enviado! Jacob empezaba a sospechar que su amigo estaba secuestrado y que esas misivas tenían un mensaje en clave, un grito de auxilio disfrazado de notas ingenuas.

—Pero ¿qué intentas decirme, Peel? —Frunció el ceño con concentración, tratando de descifrar el mensaje oculto. Pero lo único que se mantenía oculto era el enigma del salón de té de Lady Harriet. ¿Qué sucedía en ese lugar?, ¿por qué los hombres que entraban allí salían enamorados, dispuestos a una vida de matrimonio feliz?

Jacob se estremeció. Tendría que averiguarlo por sus propios medios, era evidente que cualquier hombre más débil que él, cualquier congénere con una pizca de creencia en el amor era seducido por el hechizo de esa bruja del demonio. ¡Pero no podía olvidarse de Patrick!, si a él lo secuestraran, aunque fuera bajo la fachada de libre albedrío, querría que su amigo lo rescatara. ¡Era lo mínimo que podía hacer!

Con esa determinación, olvidó las facturas pendientes —aún sus números no estaban en rojo, pero lo estarían si la clientela seguía en descenso— y se encaminó hacia la ciudad. Debió vestir su traje de lino y su sombrero de ala ancha.

—¿Usará el carruaje, señor? —preguntó Harry, que muchas veces gustaba de ocupar un rol más importante. A falta de mayordomo, él hacía las tareas de buena gana. Por supuesto que Bourke le pagaba por ese extra.

—Es eso o sudar como un condenado —se quejó Jacob.

—¿Tal vez una calesa? Eso le permitirá disfrutar del buen día.

—¡Qué buen día! Mi amigo está secuestrado, aunque el sol brille. Y, además, ¿cómo vamos a reconocer los buenos días si todos son igualmente soleados? ¡Se necesitan las tormentas para valorar las estrellas!

—Hoy se ha levantado hecho un filósofo, señor. Veo que los buenos días lo inspiran... —Jacob clavó sus ojos castaños en los de su ayudante. Este alzó las manos en gesto de rendición—. Solo le hacía notar que no todo es tan malo, señor.

—Gracias por su optimismo —gruñó—. Carruaje cerrado, no quiero ni brisa, ni sol... ¿por qué sabe qué traen la brisa y el sol? ¡Insectos!, ¿alguien ha pensado en eso? No, claro que no, porque se le dice optimista a los incautos y cínicos a los realistas. ¡Ya los quiero ver cuando este calor haga salir a todas las ratas de la ciudad!

—Retiro lo dicho, señor... No se ha levantado filosófico, sino cascarrabias —masculló Harry, mientras se apresuraba a preparar el carruaje. ¡Él juraba que

esa mañana estaría de mejor ánimo! De hecho, todos lo estaban. La única que compartía el humor con Bourke era la cocinera, porque no conseguía con ese clima montar la nata, pero la reemplazó por la crema de vainilla y almidón, y su temperamento se iluminó como el cielo de esa mañana. Esperaba que su señor encontrara pronto la vainilla que le faltaba o se iba a agriar de tanto refunfuñar.

Jacob aguardó en el vestíbulo; su piel ya había adquirido dos tonos más de moreno desde que ese clima se había convertido en algo habitual. Empezaba a llamar la atención en una ciudad donde el sol ponía rojos a los demás.

Una vez dentro del carruaje, le indicó a Fineas, al cochero que se dirigiera al piso de soltero de Peel. Estaba en la zona lujosa de Londres, no muy lejos de allí. Prefería ese espacio, desde el que podía observar «La Nueva París» y estar al tanto de cualquier problema. Muchas veces, cuando se iba a dormir, el lugar seguía trabajando, y no eran pocas las ocasiones en las que un criado tenía que despertarlo para ponerlo al corriente de algún asunto. No imaginaba renunciar a tal comodidad solo por el estatus que brindaba vivir en un barrio mejor, residencial y rodeado de nobleza. Al menos hasta entonces. Ese trabajo lo hacía Patrick: se rodeaba de la flor y nata de la sociedad y, con su apariencia de dandi, seducía a los posibles clientes. ¿Qué haría él si Peel se retiraba? Se estremeció. Claro que podía ocupar ese papel, al principio del negocio lo hacía, pero no se le daba tan bien. Su energía era más... ¿masculina?, ¿rústica? Muchos querían imitarlo, sobre todo su aire de superación, de hombre de mundo que ha alcanzado el cinismo que lo caracteriza a base de experiencias, pero esos no eran los clientes que más pagaban. Los que más lo hacían eran los que querían imitar a Patrick, con sus atuendos coloridos, su buen gusto para la moda, las mujeres y los manjares... Era Peel al que invitaban las damas a sus salones pese a su mala reputación, el que se granjeaba las miradas permisivas de la sociedad y consideraban sus vicios como meras excentricidades.

¡Necesitaba a Peel!

Hasta ahora no había conseguido localizarlo en su piso de soltero. Al menos, no lo hicieron los criados que envió y empezó a sospechar que su viejo amigo lo evitaba.

—Prefiero la teoría del secuestro —murmuró. El cochero le indicó que habían arribado y Jacob le dio órdenes de aguardar unos minutos, si no salía, podía buscar un sitio mejor para aparcar y descansar hasta que se liberara.

Se preparó mentalmente para cualquier escenario: que Patrick estuviera amordazado, que su amigo le cerrara la puerta en las narices, hallarlo sin vida... Llamó blandiendo el aro de bronce de la puerta y aguardó, impaciente.

La puerta se abrió y el mismísimo Patrick, vestido con ropa de caza, le dio la bienvenida. Antes de que Jacob pudiera indagar en la ausencia y la falta de información, su amigo y socio se lanzó feliz hacia él, palmeándole la espalda.

—¡Bourke! ¡Qué alegría verte!

—Vivo en el mismo sitio de siempre... —recriminó a modo de respuesta. Patrick no se ofendió, rio sin más y lo hizo entrar.

—Lo sé, amigo, lo sé. ¡Pero hay que ver cómo se nos escapan las horas cuando uno las disfruta! Siempre me digo, «iré antes de que caiga la noche» y la noche me encuentra tan absorto en nuevas actividades...

—¿Y esa no fue siempre tu vida, Patrick? —preguntó. Su amigo lo condujo a su pequeña sala. Lo instó a sentarse en su butaca preferida y, pese a lo temprano de la hora, le ofreció un coñac.

—Hablo de otra clase de entretenimiento... —Peel guiñó el ojo, en complicidad. Jacob arqueó las cejas. ¿Desde cuándo su amigo recurría a eufemismos para hablar de follar?, ¿y desde cuándo ese entretenimiento le faltaba en «La Nueva París»?

—Espero que no sea un entretenimiento que le lleve clientes a otro negocio —masculló Jacob. Bebió un sorbo de coñac, se tranquilizó, su paladar detectó que era el alcohol de su proveedor de bebidas. Al menos eso no había cambiado, su amigo seguía comprando a los socios comerciales de «La Nueva París».

—Ya te he dicho que no... —Patrick volvió a reír, tan feliz que, en lugar de aparentar un dandi, parecía un jovenzuelo—. No tienes de qué preocuparte, hombre, el salón de té no tiene nada, pero nada... ¡Pero nada! —remarcó con énfasis— que ver contigo.

—¿Entonces, por qué demonios me quita los clientes? Y al parecer... los amigos...

—¿Cómo vas a perderme de amigo? ¡Claro que no! Y como eres mi amigo, te alegrarás por mí...

—Oh, no... No dirás lo que creo que dirás...

—¡Pues sí, he conocido a la indicada, Jacob! —dijo Patrick elevando los brazos al cielo como si alabara la benevolencia de Dios. Bourke hizo lo mismo, solo que

su clamor fue de piedad a la deidad.

—¿Qué te han hecho, Patrick?, ¿te han intoxicado, torturado, extorsionado...? Lo que sea, te ayudaré. Saldremos de esta... —Lo cogió de los hombros y lo sacudió, el coñac que sostenía su amigo se le derramó en la chaqueta. En lugar de una queja, Peel exclamó:

—Alegría, alegría... —mientras se limpiaba el alcohol con las manos—, reguemos este buen momento con una buena bebida.

—¡Estás poseído! ¿Sabes?, cuando mi padre estaba en América escuchó sobre el asunto, yo creí que eran supersticiones, pero por lo visto es verdad... El demonio se adueña del alma de una persona y le conduce a hacer cosas indecibles...

—¿El demonio me obliga a casarme?, ¿por iglesia?, ¿por amor? ¡Eres tan ocurrente! Por eso eres mi amigo.

—Dejemos de lado tu matrimonio por un momento...

—Ni siquiera me has preguntado con quién me casaré...

—Con la mujer más hermosa de Londres, dudo que hayas cambiado tanto en una semana.

Patrick aplaudió y se dejó caer en su sillón.

—Tienes razón, mi buen amigo, tienes razón. ¡Es la mujer más hermosa que pisó esta tierra! Ya la conocerás, y si no estuviera tan seguro de nuestro mutuo amor, te advertiría con celos que te mantuvieras lejos de ella. ¡Pero lo nuestro es tan perfecto que un sentimiento tan banal, vil, terrenal como los celos no puede empañarlo... porque...!

—Ya basta... —Jacob compuso un gesto de asco, su amigo estaba hecho un romántico, y de los peores. Tan empalagoso que podía provocar ceguera por exceso de azúcar en sangre—. Hablaremos de ella luego, ahora ponme al corriente del salón de té.

—Como he dicho...

—No tengo de qué preocuparme... —completó Bourke, con hastío—, bien. No importa. Sacia mi curiosidad, solo eso, quiero saber... —reformuló su indagación —, quiero saber dónde ha hallado mi amigo a una mujer tan magnífica.

Sí, eso iba a funcionar. Los ojos de Patrick brillaron de alegría.

—Te lo diría encantado, mi buen amigo, pero no lo entenderás.

—¿Disculpa?, ¿me tratas de tonto?

—¡Claro que no!, sabes que admiro tu inteligencia, eres un hombre hábil y culto —lo decía en serio, sin matiz irónico—, pero el salón de té es algo que entiendes aquí... —se señaló el pecho—, no aquí —completó llevando el índice a su sien.

—Pues inténtalo —ordenó. Patrick miró su reloj de bolsillo.

—Lo haré más tarde, ahora tengo una cita.

—Patrick... —amenazó, perdiendo los estribos. Pero Peel estaba de tan buen humor que ni se percató del asunto.

—¡Tienes razón!

—Claro que la tengo.

—Este es el mejor momento para que la conozcas —se corrigió y sus mejillas se arrebolaron.

—Este es el mejor momento para que me expliques qué demonios sucede en ese condenado salón de té...

Patrick ya estaba de pie, caminando hacia la puerta, solo se volvió un segundo para preguntar:

—¿Tu coche o el mío?

—El mío... —respondió resignado Jacob y fue tras los pasos de su amigo.

Estaba tan absorto en los cambios producidos en su amigo que no preguntó a dónde se dirigían. A Jacob solo le atormentaba una cosa: el misterio en torno al salón de té. Ya no se trataba de sus clientes; en algo tenía razón Patrick: siempre existirían personas incapaces de amar. Y aunque sus ventas e influencia se vieran menguadas, el poder ya construido no terminaría por derrumbarse.

No, ya no se trataba de eso. Lo que lo empujaba era el enigma, el hecho de hallar un enemigo en un mundo que ya no presentaba desafíos para él. Su cinismo lo había preparado para afrontar cualquier adversidad: nada puede sorprenderte si siempre esperas lo peor de cada persona... o eso creía, porque ¿qué pasaría si esas personas dieran lo mejor de sí?

Abandonaron Londres y, entonces sí, Jacob volvió a la realidad, dejando atrás las cavilaciones.

—¿A dónde vamos?

—Oh... es una sorpresa...

—No me gustan las sorpresas —insistió. Peel carcajeó.

—¿Y quién dijo que la sorpresa era para ti?

El carruaje viró y se detuvo en el medio de... ¿la nada? Bien, quizá «la nada» era decir demasiado. Había un árbol en el medio del terreno y los pastizales tenían que contar como cosa, dado lo altos que estaban.

—¿Se ha roto el carruaje? —preguntó Jacob, como Patrick tenía puesta la vista en el camino, reiteró la pregunta al cochero.

—No, señor, aquí es donde su amigo me dijo que me detuviera.

—La próxima vez, me consultas a mí.

—Pero si usted me dijo que los llevara a donde dijera el señor Peel...

—¿Y siempre haces lo que se te ordena?

—Pues sí, señor, para eso me paga.

El cochero tenía un punto.

—La próxima vez use el sentido común, hombre.

—Pero me dijo que la próxima vez le consulte... Entonces, la próxima vez, ¿le consulto o uso el sentido común?

—Voy a quedar calvo —masculló Jacob y dejó el asunto con el cochero. No llegaría a buen puerto, porque lo cierto era que el equivocado era él. Tenía la cabeza hecha un ovillo, un ovillo con el que jugaba un gato y lo enmarañaba más y más. Y no sabía ni por dónde empezar a desenredarlo. Por fortuna, no tenía que empezar en ese preciso instante, porque Patrick exclamó:

—¡Ahí viene! —y, como un niño, corrió por la carretera. La puerta del otro carruaje se abrió antes de que se detuviera y de ella saltó una dama, sin miramientos, sin miedo a terminar bajo las ruedas. Ninguna tragedia aconteció, porque Peel estaba a su lado para cogerla en brazos y hacerla girar.

Jacob abrió los ojos desmesuradamente. La pareja reía y contenía el deseo de besarse. Una dama mayor asomó su nariz y los reprendió con dulzura:

—Esperen al altar —exclamó la señora. Ella descendió cuando el carruaje se detuvo por completo, con la misma sonrisa se volvió hacia Jacob—. Usted debe ser el señor Bourke, ¡qué gusto conocerlo al fin!

La señorita que estaba en brazos de Patrick hizo lo mismo:

—¿El famoso señor Bourke? ¡Qué grata sorpresa! —y fue a su encuentro, extendiendo la mano enguantada para que él la cogiera. La sonrisa de la mujer le impactó: por lo sincera y por lo... chueca. Tenía los dientes algo encimados los unos con los otros, lo que le daba a su sonrisa un toque pícaro, mas no bello.

—Veo que todos me conocen, pero yo no a ustedes —respondió, intentando esconder el malestar.

—Quería que fuese sorpresa —explicó Patrick a las damas—, hoy ha pasado por casa, preocupado por mi ausencia y me sentí en la obligación de presentar mi motivo. Jacob, ella es la señorita Hyacinth Anglich, Hyacinth, él es mi buen amigo, el señor Bourke. Y ella... mi adorada suegra, la señora Anglich.

¿Adorada suegra?, esa expresión no la había escuchado nunca.

—Aún no, señor Peel, aún no... Ya se lo he dicho, pase por el altar primero.

—En eso estamos, señora, pero me niego a apresurar el asunto. Hyacinth se merece el cortejo y que ni una lengua viperina se atreva a dudar de lo que nos une. Que con mi pasado...

—Su pasado es eso... pasado —insistió su *futura suegra*. Jacob no conseguía reaccionar, se dio cuenta de que aún sacudía la mano de Hyacinth entre las suyas y que la muchacha era demasiado amable para hacérselo notar. Por fin la liberó, y la mujer amplió más la sonrisa.

Mala decisión, cuando sus ojos se iluminaban, se le notaba que tenía un párpado más caído que el otro. No era para nada agraciada, y era imposible no notarlo. Su amigo había disfrutado de las mejores compañeras de alcoba, de las amantes más hermosas no solo de Europa, ¡del mundo!, pero caía rendido ante esa damita que, sí, basta de eufemismos: ¡era fea! Podía ser simpática, amable... tal vez inteligente... Pero ni el más amable de los seres de la tierra la definiría como bella.

Apenas podía hablar. Él, que era elocuente, se había quedado sin palabras. A nadie le importó, y no porque no le pusieran atención o lo apartaran del asunto, sino porque creían que así era él y así lo aceptaban.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó entonces Hyacinth, sacándole las únicas palabras que se le habían venido a la boca—. El mapa ha sido de lo más desafiante. ¡Me encantó! —La muchacha sacó un mapa lleno de enigmas, Jacob leyó la letra de su amigo en él.

—Sabía que lo descifrarías, eres tan lista... —agregó él embobado—. Ahora... —Le hizo dar la vuelta y, con un pañuelo de seda, le cubrió los ojos. La señora Anglich sonrió e hizo las veces de laxa chaperona, sin más, enredó su brazo en el de Jacob, que caía laxo y lo instó a seguir a la pareja.

No le habló, creyéndolo parco. No podía imaginar que lo que le sucedía era que estaba al borde de un ictus. Sus piernas se movieron sin intervención de su cerebro y siguió a la pareja hasta un punto en medio de los pastizales.

Lo que ante sus ojos cobró presencia lo dejó a él sin palabras y a Hyacinth al borde de un chillido cuando Patrick le quitó la venda de los ojos para revelar el más extraño obsequio:

—¡Un cañón! —dijeron tanto Bourke como Hyacinth a coro, pero en tonos distintos. El de él era de incredulidad, el de ella de la más abyecta felicidad.

—Claro, me has dicho que querías disparar uno. Pues... aquí no correremos riesgos.

La pareja se puso manos a la obra; Jacob observó la escena empezando a comprender. Su amigo no había pasado por el ejército porque su madre lo había impedido; había intervenido por él, temerosa de perder a su único y amado hijo. Eso le había granjeado el desprecio de su padre, que lo consideró siempre un pusilánime, y en rebeldía a este era que Patrick había desarrollado sus dones de dandi. Pero en secreto, algo que solo sabía Jacob, —y ahora al parecer también Hyacinth—, Peel había entrenado, estudiado y formado como un militar aficionado. Sabía de armas, de estrategia de guerra y no había batalla histórica que no se conociera al dedillo. Era su pasión oculta... una pasión compartida con esa dama que *ansiaba disparar un cañón*.

La señora Anglich aplaudía y se tapaba los oídos dependiendo de si estaban ante la explosión o ante el impacto. Jacob debió reconocer que la cita era mejor que cualquiera que hubiera tenido, hasta se divirtió dando horribles instrucciones de cómo usar ese anticuado cañón y regresaron cuando el sol se perdió en el horizonte.

Una vez en el carruaje, Patrick, nervioso, le preguntó:

—¿La apruebas?

Jacob quería bufar, gruñir, maldecir a la tal lady Harriet por arrebatarle a su amigo además de sus clientes. Pero no pudo, en esa ocasión el corazón habló antes que el rencor.

—Son el uno para el otro... tal para cual.

Patrick le brindó una gran palmada en la espalda como agradecimiento. Luego, agregó:

—Seguiré trabajando para «La Nueva París», eso no lo dudes. —Jacob sí lo hacía, un hombre casado no era el modelo a seguir por los libertinos—. Y perdón por creer que no lo entenderías. Ahora ya comprendes qué sucede en el salón de té y por qué no tienes nada que temer...

—Si piensas que lo de recién despeja el enigma, estás equivocado. Lo multiplica, ¿acaso disparan cañones en el salón de té?

Patrick rio, su carcajada fue sincera y amplia. Pero lo que más sorprendió a Jacob fue otra cosa: su amigo no confirmó ni negó que dispararan cañones en el salón de té.

¡Necesitaba más información! ¡Urgente!

Capítulo 4



No podía perder tiempo, «La Nueva París» lo necesitaría en unas horas, y sin Patrick el trabajo sería abrumador. No obstante, soltar el misterio no era opción, y enviar a otro *soldado* escondía el peligro de perderlo. Dejó a Peel en su casa y abrió la pequeña ventanilla que unía el lugar con el pescante.

—Es hora de que el capitán se hunda con el barco —dijo con exagerado dramatismo—. Fineas... —se dirigió a su cochero—, lléveme al Salón de té.

—¿Debo acatar su orden o emplear el sentido común?

Jacob rodó los ojos.

—¿Mi orden va contra el sentido común?

—Salvo que lo visto le haya hecho germinar un nuevo deseo de hallar el amor... pues sí, señor, va contra el sentido común.

—Lo voy a despedir —amenazó sin fuerza—. No germina en mí ningún *nuevo deseo*, porque nunca habitó un *viejo deseo*, Fineas. Eso me hace inmune a cualquier asunto que se cueza en esa cacerola llamada salón de té.

—Si usted lo dice... —Fineas se puso en marcha. Como los días eran largos y soleados, aún había claridad en el cielo. Las calles londinenses bullían de actividad bajo la resplandeciente luz anaranjada de un atardecer. Resignado, Jacob abrió la ventanilla y disfrutó de la brisa durante el trayecto. Lo cierto era que se había acostumbrado tanto a la noche y a que las pocas horas del día fueran grises, que el cambio le sentó bien.

Durante el viaje, pensó que tal vez Patrick tenía razón, quizá lady Harriet no era ninguna amenaza. Solo respondía a un golpe de suerte. ¡La mujer no podía

alterar el clima!, esa curiosa y soleada primavera había afectado el espíritu de los británicos haciéndoles creer en el amor, vendiéndoles la falsa imagen de que el matrimonio podía ser un picnic eterno en la ribera de un río. En cuanto volviera el invierno, las mujeres volverían a ver a los hombres como eran: unos cretinos. Y los hombres buscarían el cobijo vacío de una amante.

Sonaba mal, la verdad era así de cruda.

—No soy cruel, soy realista —se dijo cuando el carruaje viró hacia la entrada principal. De todos modos, el hecho de tener que repetírselo en voz alta le dio la señal de que tal vez no estaba tan convencido del asunto como creía. Empezaba a ver que no se diferenciaba tanto de Vivian Gray, los dos necesitaban que la gente fuera infeliz para hacer dinero.

La dicha, en Londres, era un acto de rebeldía. Y la primera subversiva era lady Harriet.

—Hemos llegado, señor Bourke —anunció Fineas.

—Aparca en la zona de coches, esto me llevará tiempo.

—Hmmm —fue la única respuesta del cochero. Como no tenía intenciones de gastar sus ansias combativas con el hombre, puesto que las necesitaba emplear contra su inesperada competencia comercial, pasó por alto el gruñido y bajó del carruaje de un salto.

La gran casona era magnífica. Tenía una arquitectura renacentista en la fachada, con unas columnas de estilo griego y arcos en las puertas y ventanas. Estaba pintada de blanco y Jacob se preguntó si los arquitectos estaban al tanto de que Grecia, en realidad, no había sido blanca, sino colorida. Era el tiempo lo que había arrancado de sus paredes el color.

Una enorme puerta de doble panel aguardaba abierta por los invitados. A los lados, dos grandes macetas con unos helechos tan verdes que parecían falsos. Los tocó, eran de verdad. Ese lugar clamaba *vida* a todo lo alto. Cuando atravesó las puertas, el impacto fue enorme.

El vestíbulo se asemejaba al de «La Nueva París». Una alfombra, un sitio para dejar los abrigos y una puerta acristalada, con vitreaux, impedía ver más allá. La diferencia era que, donde en «La Nueva París» prevalecían los colores oscuros: caoba, burdeos... allí brillaban los claros: las alfombras contaban con arabescos, las paredes con papel pintado en dorado y verde agua...

El impacto le hizo pararse en seco y mirar hacia la araña del techo. Esa sí era idéntica. ¡Se sintió ultrajado!, ¡él había diseñado su salón con mucho esmero y esa mujer... esa mujer... ¿le había copiado?! Lo dudaba, pero era mejor creerlo que admitir que las mentes geniales piensan similar.

—Buenas tardes, señor —Un extraño con acento escocés lo arrancó de sus pensamientos—, ¿puedo ver su invitación? —Extendió la enorme mano.

Jacob era un hombre corpulento, mas ese gigante se elevaba una cabeza y medio por encima de él y dos espaldas a cada lado.

—Si busca otro empleo... —salió de sus labios. Le vendría bien para cuando los hombres se peleaban por alguna amante.

—Nunca. ¿La invitación? —insistió el grandulón.

—No tengo, me han hablado del lugar y quería conocerlo.

—No puede entrar sin invitación —gruñó el gigante. Jacob empezó a impacientarse.

—Mire, solo quiero conocer el lugar y...

—No puede entrar sin invitación.

—Me han dicho que...

—No puede entrar sin invitación.

—Pero yo...

—No puede entrar sin invitación.

—Si no fuese tan evidente que me puede moler los huesos... —gruñó Jacob, apretando los puños a los lados.

—No puede entrar sin invitación.

—¡Demonios!, ¿sufre de un ictus?, ¿le pasa algo?

—No puede entrar sin invitación.

Jacob se acercó a la puerta acristalada a pedir ayuda, a ese hombre se le había soltado alguna pieza del cerebro, no tenía dudas. Puso la mano en la empuñadura de la puerta y sintió otra, enorme, pesada, amenazadora, en su hombro:

—No puede entrar sin invitación.

—¡Busco ayuda para usted, hombre! —dijo en su defensa.

—Keith, tranquilo —habló una voz suave, como si calmara a un animal salvaje—, si el hombre no tiene una invitación, pues una le enviaremos. Aquí siempre hay sitio para alguien más.

La mano se desprendió de su hombro y Jacob pudo volverse en dirección al origen de esa melodiosa voz. Bajo el umbral de la puerta, ahí estaba ella, con una canasta de flores silvestres colgada de su antebrazo, un sombrero de paja y un vaporoso vestido de tarde en colores pasteles... sin duda ella...

—Lady Harriet —balbuceó Jacob. ¡Joder! Esperaba que fuera una matrona, una mujer con el aspecto de Vivian Gray. No alguien como... así... como... Ella.

—Oh, estoy en desventaja —Sonrió, y entre las pocas nubes del cielo se abrió un claro. El sol la tocó como un aura divina—. Usted sabe quién soy yo y yo no sé quién es usted.

Dio un paso al frente, una bandada de aves emprendió vuelo y cruzaron el blanco del cielo. Bien, lo admitía, quizá esa mujer sí alteraba el clima. ¡Estaba ante una bruja!, una auténtica bruja.

—Ojalá trajera conmigo un crucifijo —murmuró.

—Lo he oído —gruñó el hombretón y su enorme mano volvió a su hombro.

—Es que soy un hombre de fe, tranquilo —dijo, una vez más, en su defensa y avanzó hacia la hechicera—. Soy Jacob Bourke, milady, a sus servicios.

—De eso nada. Si usted está aquí, quien está a sus servicios soy yo... —sonrió ella, depositando la canasta en la mesa auxiliar al ingreso. Cada movimiento lo cautivaba más y más. ¡Era la mujer más hermosa que hubiese visto jamás!, pensó, espantado.

Y dos cosas más invadieron a su mente de inmediato para salvarlo: una, que siendo lady Harriet tan hermosa su amigo se había enamorado de la señorita Hyacinth Anglich; dos, que en realidad no era tan bonita.

¡Era su magia!, de eso se trataba. Lady Harriet lanzaba hechizos, como buen hombre racional que era, que basaba sus apreciaciones en la ciencia, la lógica y el racionalismo, podía concluir sin miedo a equivocarse que... ¡Esa mujer era una bruja!

A sus servicios..., la mente de Jacob volvió a caer en el embrujo y se desvió por otros pensamientos. La mano de Keith se aseguró de que no se desviara del sendero del bien.

—Muy bien, señor Bourke —dijo Harriet, extendió su mano enfundada con un guante de jardinería y rio de su descuido. Se lo quitó y volvió a extender la mano, en esa ocasión, con su piel blanca e inmaculada al descubierto—, ¿cómo

ha llegado aquí?, ¿quién le ha dado el dato? Nos manejamos por estricta recomendación.

—Patrick Peel —respondió, porque si confesaba que la primera en hablarle de ella era Vivian Gray, estaba seguro, la mano de Keith terminaría de sacarle el hombro de lugar.

—Oh, Patrick y Hyacinth... Claro, acompáñeme. —La mujer lo rodeó y Jacob pudo aspirar su aroma a césped recién segado y flores silvestres. Su cabello castaño, recogido con un moño poco elaborado quedaba a la altura de su nariz, y su figura de reloj de arena danzó a su lado.

Jacob intentó analizarla con mirada objetiva, en realidad Harriet no tenía nada de especial: sus ojos castaños no eran de ningún color de castaño particular, eran de lo más ordinarios. Su rostro era algo anguloso para ser femenino. Sus labios no eran llenos, tampoco finos, eran... comunes. Su cuerpo no era ni delgado, ni relleno... ¿Entonces?

Ya lo descubriría, en cuanto la mujer abriera esas puertas acristaladas, él presenciaría la prueba científica de que la magia existe y estaban ante el embrujo de una hechicera.

—¡Harriet! —Una mujer entrada en años llegó sin aliento y detuvo a la dama antes de que revelara su secreto—. ¡Harriet, detente!

—¿Tía Poppy?

—¡No lo dejes pasar! —La mujer se sostuvo de la puerta. Tenía las mejillas arreboladas, el cabello enmarañado y apenas podía hablar de corrido.

Harriet se volvió y apoyó la espalda sobre la puerta acristalada, como si con ella cubriera su propia vida.

—Disculpe... ¿qué he hecho? —Jacob se defendió de antemano.

La recién llegada no respondió en su dirección, sino en dirección a su sobrina.

—Es el dueño de «La Nueva París», no viene aquí por... ya sabes... lo que hacemos aquí...

—¡Pero sí quiero saber! —clamó él.

—Viene a arruinar nuestro salón de té.

—¡No vine a tal cosa! —exclamó con falsa ofensa.

—¿Es verdad, señor Bourke? —preguntó Harriet, con el ceño fruncido en su dirección. Él miró esa expresión, tratando de encontrar sus defectos, si no los

hallaba, se volvería loco.

—No, claro que no...

—¿No es usted el dueño de «La Nueva París»?

—Sí, eso sí...

—¿Y viene aquí por recomendación del señor Peel?

Miente... miente... miente..., clamó su cerebro. Falló.

—Vale... por recomendación lo que se dice recomendación... no... perooo...

El porte de Harriet cambió por completo. Tía Poppy se dejó caer en una silla de cortesía que allí se encontraba. Otra mujer se sumó al cuadro.

—Es igual a la señorita Gray... —dijo la recién llegada, que resultó ser la tía Esme.

—¡Ey, no hay necesidad de ofender! Puede que mis intenciones fueran... comerciales. ¿Pero compararme con Vivian Gray? Semejante ofensa merece un paso por tribunales —respondió en su legítima defensa.

Lady Harriet lo escrutó, su estudio duró un minuto.

—Bien, Keith, puedes soltarlo —ordenó, y el grandulón quitó la mano de su hombro. Jacob se dio cuenta de que había cambiado su gravedad, ahora la tierra lo atraía menos que antes—. Le creo que no sea de la calaña de Gray...

—Sus palabras me halagan —soltó, irónico. La mujer ladeó la cabeza.

—Pero aquí tenemos un código muy estricto de ingreso. O se viene por recomendación, cosa que no ha sucedido, porque Peel no lo ha recomendado... O pasa por el proceso de selección. Y dado que no creo que quiera atravesar dicho proceso, le deseo muy buenas tardes... —Miró hacia el cielo—. Casi noche.

Casi noche. ¡Él tenía que estar en «La Nueva París» en menos de media hora!

—Pasaré por el proceso de selección —dijo y se sorprendió de sus propias palabras—. O le pagaré lo que me diga.

—No es un asunto de dinero...

—¿No? —carcajeó, cínico. Mala elección. Las tres mujeres clavaron en él sus ojos de fuego—. Lo siento, lo siento... Puro altruismo —pero el tono sarcástico no abandonó sus labios.

—Altruismo no, pero el amor no es cosa de dinero, señor Bourke.

—Yo no estaría tan seguro, ¿sabe lo que cuesta un ajuar?, ¿conoce a cuánto se elevan algunas dotes?

—Eso es el matrimonio, no el amor.

—¡Pero si hasta estamos de acuerdo en algo! Matrimonio no es sinónimo de amor, usted lo que hace aquí es la labor de celestina, y engaña a las personas...

—¿Yo engaño a las personas? —Harriet lo rodeó de nuevo, él giró a la par de ella para no romper el contacto visual—. ¿Usted que promueve la traición en el matrimonio es el honesto y yo, que hablo de amor, la mentirosa...?

—Yo no promuevo la traición en el matrimonio, sino la sinceridad. Las bodas son acuerdos comerciales, el negocio y el placer nunca se llevaron bien.

Harriet entornó los ojos.

—Podría estar de acuerdo con usted, si no fuese que falla en el primer punto. El matrimonio no tiene por qué ser un mero acuerdo comercial, y una vez que se sale de esa lógica, el amor puede entrar en juego.

—Veo que sabe mucho de matrimonio, ¿cuántas veces se ha casado?

Se lamentó de sus palabras ni bien salieron de su boca, Harriet alzó el mentón, mantuvo la compostura, pero era evidente que tocaba un tema sensible. Ella, que había encontrado tantos compañeros de vida para los demás, jamás había hallado el propio.

—¡Esto se terminó! —exclamó tía Poppy—. Usted no es bienvenido aquí.

—Está bien, tía —respondió Harriet, con una entereza encomiable—. Si el señor Bourke quiere conocer nuestro salón de té, y pasa la selección, podrá hacerlo. Sin dudas le hace falta una dosis de amor para curar tanto cinismo. —Los dos arquearon las cejas al unísono, no se lo creían ni ellos—. Tía Esme, ¿traerías uno de los formularios?

—¿Formulario?

La sonrisa de Harriet fue toda la respuesta que recibió. Tía Esme abrió un cajón de la mesa del recibidor y cogió una hoja previamente escrita con una cuidada caligrafía. Se la extendieron y él la cogió, empezó a leer hasta que una carcajada brotó de su pecho:

—¿Pasatiempos, comida preferida?, ¡¿Qué pienso de las obras de Jane Austen?!, ¿Es Cumbres Borrascosas una novela romántica? ¡Claro que no, es gótica!

Las tres mujeres se miraron ante su respuesta, él se sintió como un niño con su institutriz nuevamente.

—¿Acaso respondí mal? —se oyó preguntar.

—De hecho, no... —confirmó Harriet, con un gesto entre resignado y sorprendido.

—¿No esperaba que respondiera bien?

—No, la verdad que no.

—¡Igual tiene que responder en el papel! —insistió tía Esme, molesta por el acierto del hombre. Esa pregunta la había puesto ella, cansada de que se romantizara la relación de Catherine y Heathcliff. Para ella, que alguien considerara que amor era desterrar el muerto para abrazarlo era una barbaridad.

—Esto es un sinsentido... —Extendió la hoja vacía—. No pienso completar este despropósito.

—Entonces, se quedará con la duda. —Harriet se sabía ganadora de esa batalla.

Muy bien jugado, milady, muy bien jugado. No le había negado la entrada, había demostrado ser abierta de mente y darles oportunidades a todos y, con eso, dejado en claro su punto: no somos lo mismo.

La exclusividad del salón de té no se debía al dinero, al poder, a las relaciones... era una cuestión de actitud. No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado.

—Sí, lamentablemente me quedaré con la duda... —Jacob hizo una reverencia, giró sobre sus talones y agregó—: Mi salón me espera, que tengan muy buenas y apacibles noches.

Las damas saludaron a su vez. Él abandonó la casona. No escuchó las palabras de tía Poppy.

—Síguelo, Keith, no es de los que se rinden.

Y no lo era. Jacob avanzó por el camino y, unos metros después, se impulsó a la carrera. Entraría por la puerta trasera y descubriría qué demonios pasaba allí adentro. Sus zapatos se movieron veloces sobre el suelo hasta que...

Hasta que dejaron de tocar el suelo.

—¡Qué demonios!

—No puede entrar sin invitación —repitió el escocés, mientras lo cogía del fundillo de los pantalones y de los hombros a la vez.

—¡Momento!, momento... Le pagaré, si me suelta le pagaré... yo...

—No puede entrar sin invitación —gruñó una última vez Keith y lo lanzó dentro de su carruaje. El cual no se había movido del camino de ingreso.

—Sentido común, ahora lo entiendo —dijo Fineas, por a través de la ventana del pescante. Se tocó la sien—. Era en vano aparcar, ¿lo ve?, no seguí su orden y acerté.

—Conduce, joder.

—Y ahora seguiré su orden. ¡Ya lo entiendo! Lo ve, señor Bourke, soy muy listo.

—¡Está despedido!

Fineas no lo oyó, o, si lo hizo, aplicó el sentido común. Su señor no iba a despedirlo por tener razón. Era hora de volver a «La Nueva París» y olvidar todo ese molesto tema del salón de té de lady Harriet.

Capítulo 5



La noche anterior había sido agotadora; se acostó al alba, cuando el sol empezaba a asomar en el horizonte. Sus clientes habituales no notaron el cambio: las amantes iban hermosamente vestidas, las joyas refulgían bajo las lámparas de los techos, la soprano cantaba con belleza y las bailarinas danzaban al compás perfecto de la música. Las bebidas variadas llenaban los vasos, los crupieres cobraban sus propinas cuando la racha era buena y soportaban con estoicismo los insultos cuando los perdedores se alzaban...

Una noche más en «La Nueva París», con la salvedad de que, para que todo saliera tan perfecto, Jacob tuvo que andar sin parar por los corredores ocultos del salón e incluso servir él mismo algunas bebidas. Y Jenny tuvo que remendar el vestido de una de las amantes más bellas de Londres. ¡Todo era un caos!

El señor Platten había entregado el ochenta por ciento de las bebidas solicitadas, con la promesa ineludible de entregar el resto en la semana y hacerle un descuento por las molestias ocasionadas. Al principio sonaba bien, si no fuese porque Lord Grandson quería beber vodka ruso esa noche y, además, no cualquiera, sino uno del que solo quedaba un fondo en la botella. ¿Formaba parte ese vodka de la entrega? Ja, ja. Eso sería creer que el destino estaba del lado de Bourke. Así que Jacob tuvo que recurrir a su carisma y a una copa del mejor ron cubano para doblegar la voluntad de Grandson y hacerle creer que ya no quería vodka, sino ron. Por supuesto, para mantenerlo en ese estado hasta que no pudiera diferenciar la ginebra del agua, tuvo que ser él mismo quien lo invitara a las copas y las sirviera como un cantinero de élite. Mientras lo hacía, vio que la señorita Johan luchaba con su vestido de terciopelo negro, un vestido

que había cosido la modista Jackson. ¡Eso nunca sucedía con una prenda de Jackson! Hizo señas a Jenny para que se ocupara del vestido de la amante más hermosa de Londres y averiguara qué había sucedido.

Al parecer, Jackson no daba abasto con los pedidos y tenía nuevas asistentes trabajando en su taller, de modo que la gran señorita Johan había sido derivada a una de ellas. ¿Acaso Jackson no entendía el valor de esa dama? ¡Johan podía poner a babear hasta al zar de Rusia y necesitaba estar siempre espléndida! Sus compañeros la compensaban con fortunas en obsequios a cambio de que ella se viera perfecta junto a ellos. Fortunas de obsequios que compraban en la red de influencia de Bourke.

—¡Demonios! —despertó esa mañana con los huesos adoloridos y la cabeza hecha un torbellino de pensamientos. No había descansado nada, las pocas horas de sueño conseguido estuvieron plagadas de sueños molestos, de vestidos que se rompían, botellas vacías y un nuevo terror lanzado por su inconsciente: la soprano desafinaba.

Eso no iba a suceder. Lo sabía, pero a la suerte había que ayudarla, y como no era de los que madrugaban, tendría que conseguir otra forma de que Dios se acordara de él. Por ejemplo: trabajando el doble en las horas que estaba de pie.

Sin pérdida de tiempo salió de la cama. Se higienizó con el agua de la noche anterior y vistió con premura; Harry entró sin ser llamado, le bastó con sentir los pasos de su señor en la madera para deducir que estaba de pie...

Y de mal humor.

—Señor...

—Me espera un día infernal si deseo no tener una noche del mismo modo —gruñó. En silencio, Harry cogió el traje del día, pero no le ayudó a ponérselo, tampoco hizo observaciones sobre la incipiente barba de su señor, la cual asomaba por su mentón oscureciéndole la mandíbula.

Le sentaba bien, mas no era apropiado. Le otorgaba esa imagen de pirata que Bourke siempre intentaba disimular. El hombre no dio más rodeos, esperaba ponerse en marcha de inmediato, abrió la puerta y dio de lleno con Jenny:

—¡Huya! —dijo la criada. Jacob no esperó esta vez a escuchar los motivos, había aprendido con la primera vez. Giró sobre sus talones, fue hacia la ventana y abrió el pestillo. La rama de un árbol le valdría de escalera. Brincó, sus huesos

de treintañero crujieron en el movimiento, y consiguió con una agilidad no cercana a la de antaño cogerse de la rama para disminuir el impacto. Sus piernas quedaron a un metro y medio del suelo, distancia aceptable...

Para un Bourke de veinte años. Porque para el de treinta (y tantos) fue suficiente para que su tobillo se resintiera.

—¡Demonios!

—Solo uno, señor Bourke, solo uno... —dijo Vivian asomando de la ligustrina.

¿Cómo rayos lo hacía esa mujer? Parecía salir de los adoquines, asechar tras cada árbol, tener ojos en cada pájaro —si era carroñero, mucho mejor—. Nada escapaba de su asedio.

—No se menosprecie, usted vale por todo el infierno —respondió Jacob, efectuando una descoordinada reverencia. A Satanás es mejor tratarlo bien. Ignoró el dolor de su tobillo y se enderezó. Le crujieron las costillas—. ¿Qué me costaba morir mientras dormía? —murmuró como lamento. Vivian no oyó eso último.

—Cuando Dios no atiende, hay que llamar al diablo, ¿no es así?

—No.

—En tal caso, ¿qué tal anoche? —preguntó Vivian con una sonrisa ladeada.

—Fantástica, como siempre —mintió.

—¡Venga ya, hombre! —se molestó la mujer, paciencia era su segundo nombre. «Poca», el primero—. Sé muy bien qué le han fallado los proveedores, ¿y sabe por qué?

—Iba justo a reunirme con ellos, pero la puerta de mi alcoba se ha trabado, debí salir por la ventana y ahora estoy atrapado en un sitio peor. ¿Me permite? —la rodeó con una leve cojera. En el ingreso de su casa, pasando la reja negra forjada, se encontraba Fineas aguardando por él con su carruaje de dos caballos, cerrado para evitar que esa brillante primavera alcanzara al oscuro invierno que habitaba en su señor.

Vale, tenía que dejar de regodearse en el sufrimiento; algo que sería posible si se alejaba de Vivian Gray, porque en esos instantes era puro sufrimiento. Se estremeció.

—Le ahorro el viaje...

—No, gracias...

—La señora Jackson está haciendo el ajuar de Lady Kimberly... Que se casará casi sin anuncio de compromiso con el señor Quaker...

No... no piques el anzuelo... no caigas en la trampa... Camina, camina...

—¿El señor Quaker? —¡Mierda! Jacob se mordió la lengua, la curiosidad había matado al gato. Vivian sonrió.

—Pensé que sabría, teniendo en cuenta que se ha acercado ayer al salón de té de Lady Harriet, donde los dos enamorados se han conocido, y dado, además, que Quaker es su cliente... —Carraspeó—. Oh, lo siento... *era* su cliente.

Jacob quería chillar como un niño. No se volvió hacia Vivian, no le daría el triunfo de ver la expresión de su rostro.

—Señor Bourke... —insistió Vivian—, haga alianza conmigo, averigüemos los secretos de Lady Harriet y destruyámosla. Después podrá seguir odiándome tranquilamente.

Sonaba tentador, un pacto con el diablo... Pero el diablo nunca devuelve las almas que se lleva. Jacob dio un paso cojo más en dirección a su coche, alejándose de la tentación.

—Tal vez no solo recupere a sus clientes, también a su amigo —pinchó con saña Vivian. Jacob cerró los ojos, la mujer creyó que, porque Bourke se había detenido en su andar, había conseguido una victoria. Nada más lejos de la realidad. Jacob se volvió hacia ella y en sus facciones ya no se reflejaba el gesto infantil de unos minutos atrás, sino la más honda amenaza. Vivian podía ser un ejército de demonios, pero, cuando se lo proponía, Bourke podía ser el rey del inframundo.

Con su apariencia de pirata, sus ojos negros refulgiendo, masculló:

—Si se mete con Patrick la destrozaré... la haré picadillo, la meteré en un frasco, viajaré hasta una tierra remota en la que haya cocodrilos y los alimentaré con sus restos putrefactos...

Vivian no consiguió esconder el estremecimiento; pero no se amedrentaba fácil, era una mujer que había arruinado a los hombres más poderosos de Inglaterra sacando a relucir sus trapos sucios, no le temía a la mera amenaza de ese pirata del que se decía que era bastardo.

—Puede intentarlo, señor Bourke, pero yo ganaré. La moral siempre gana —alzó el mentón.

—¿Moral, usted? —Jacob ladeó la cabeza y alzó las cejas—. Me reiría si no me doliera tanto la espalda. —Sin darle espacio a réplica, retomó su andar hacia el carruaje.

—O está conmigo o está contra mí, señor Bourke... Y sabe lo que eso significa, todos tienen secretos, hallaré los suyos como hallaré los de Lady Harriet y los destruiré.

No merecía réplica. Si destruía a la lady, le haría un favor. Si creía que él tenía secretos que lo avergonzaran, se equivocaba, su pasado estaba más que asumido. Sin embargo, lo que más tranquilidad le transmitió de esa amenaza fue que, mientras se centrara en ellos dos, dejaría a Patrick Peel lejos de su asecho.

Y Patrick se merecía ser feliz.

—¿De dónde coños ha salido ese pensamiento altruista? —gruñó subiéndose al coche. Fineas pensó que le hablaba a él y respondió:

—Del sol. Todos somos mejores personas cuando brilla el sol.

—Todos menos la señorita Gray —Suspiró—. Tendré que asegurarme de infiltrar a alguien en la redacción del periódico si no quiero sorpresas —Volvió a suspirar—. ¿Cuánto falta para que comience a llover de nuevo en la ciudad? —susurró y se escondió en el carruaje.

Madame Dubois, nombre francés, ¿origen?, quién sabía. A Jacob no le importaba, entendía que un nombre llamativo era necesario en el mundo de los negocios. Si deseabas ser chef o modista, necesitabas sonar francés. Si ansiabas ser profesor o institutriz, era mejor un nombre alemán. Y si lo que te apetecía era abrirte camino en el mundo de las artes, era mejor que tu apellido sonara italiano. Él no ponía las reglas, se valía de ellas.

Apariencia, apariencia, apariencia... Así era el mundo.

Hasta la aparición de lady Harriet, claro. El sol brillaba y la gente era feliz por fuera y por dentro. Como fuera, aún había algo de sentido en el mundo y las modistas que se querían abrir camino debían emplear un apellido francés y aceptar los trabajos de personas influyentes. O sea: él.

Fineas detuvo el carruaje en la callejuela que daba a la tienda de Dubois. Había otro coche aparcado al final del camino, pero a Jacob no le molestó. Se alisó su traje de tres piezas, se aseguró de que sus zapatos no estuvieran sucios,

cogió su sombrero y bastón —del cual se valió para disimular su reciente cojera— y se encaminó a la tienda. El letrero dorado sobre la puerta era un detalle elegante, por lo demás, parecía una casa más de la zona. Dubois aún no daba el gran salto; esperaba ser él su propulsor.

Abrió la puerta y una campanilla amarrada en ella se sacudió, produciendo el característico tintineo de las tiendas. Al menos de aquellas que eran atendidas por sus propios dueños. El interior estaba iluminado y repleto de espejos que lo reflejaban como en una de esas tétricas atracciones de feria.

—Buenas tardes, caballero, ¿en qué puedo servirle? —le dio la bienvenida una muchacha joven.

—Busco a madame Dubois.

—¿Alguna orden pendiente?, ¿algún pedido en especial? —preguntó la muchacha, cogiendo una libreta de piel y una pluma.

—Negocios. ¿Es usted madame Dubois?

—Oh, no. Soy su asistente. —La muchacha sonrió.

—¿Asistente? —Eso ya no le gustaba. No, señor. Una asistente es algo que se contrata cuando el negocio crece... crece demasiado para estar bajo el mando de una única persona.

—Pero las cuestiones de *negocios* —enfatizó la palabra, casi soltando un guiño— las administra ella en persona. Le informaré que usted está aquí... —Dejó la frase al aire, aguardando por la presentación del hombre. Bourke soltó el aire, no era así como se esperaba esa reunión. Pero no era de los que se rendían fácilmente, de modo que rebuscó en su chaqueta hasta alcanzar una de sus tarjetas personales y se la extendió a la muchacha. La joven la cogió y lo invitó a sentarse en una de esas sillas Luis XVI que le resultaban tan incómodas. Dada la caída de esa mañana, tendría que bastarle y se sentó con un quejido impropio de él.

—Me estoy volviendo viejo —murmuró.

—Y amargado... —acotó otra voz, él se volvió hacia la mujer que hizo tamaña observación. No la conocía, sin embargo, ella parecía conocerlo a él muy bien.

—¿Disculpe?

—Lo disculpo —dijo la mujer, con una sonrisa—. Nadie le puede negar el perdón a un hombre arrepentido.

Recién empezaba el día y ya le dolía la cabeza.

—¿De qué se supone que me arrepiento?

—¿De qué se supone que se disculpa? —redobló la mujer.

—Fue una forma de decir... —Jacob se mordió el labio para no completar la frase con un improperio. Aunque el *jodeeeer* le quedó atragantado.

—En tal caso, retiro mi perdón y no lo disculpo nada. —Elevó el mentón y se perdió tras la puerta que daba a la zona de probadores. Jacob quedó aturdido. ¡El mundo se estaba volviendo loco!

Se puso de pie para averiguar a quién había ofendido cuando de esa misma puerta salió madame Dubois acompañada ni más ni menos que de... ¡Lady Harriet!

—Usted... —dijeron los dos a coro, al verse. Madame Dubois los miró sin entender, la dama que recién le había otorgado y arrebatado el perdón en dos segundos cruzó los brazos tras Harriet y lo miró desafiante.

—Estoy aquí por negocios —repitieron también al unísono, como respuesta a ese imperativo usted—. ¿Negocios?, ¿qué clase de negocios involucra a un...?

Allí los caminos verbales se bifurcaron:

—¿Un salón de té con una modista?

—¿Un salón de eventos nocturnos con una modista?

—¡Eso a usted no le incumbe! —clamaron las voces a la par regresando al sendero del eco.

—Milady... Caballero... No hay necesidad de discutir —intervino madame Dubois, temerosa de tener un escándalo en su pujante negocio—. Sin duda, podremos trabajar en conjunto.

Harriet arqueó las cejas, pero no dijo nada. Jacob, por el contrario, tenía mucho que objetar.

—Lo dudo, madame. Puesto que yo tenía un contrato con la señorita Jackson, y desde que Lady Harriet ha entrado en juego, la señorita Jackson ha desatendido sus obligaciones.

—¿Y la culpable es de lady Harriet? —inquirió la mujer de más temprano.

—Déjalo estar, Susan —La tranquilizó Harriet. ¿Así que Susan se llamaba?, pensó Jacob—. Es evidente que le ha sentado mal el desayuno. Nosotras hemos terminado aquí, debemos seguir con nuestros recados. Madame... —Hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta.

—No hay nada más cobarde que lanzar la piedra y esconder la mano, milady —la desafió él, cuando sonó la campanilla de la puerta al ser abierta por la lady —. ¿Niega que Jackson está atareada por uno de los encargos de esas parejas felices que usted arma?

Harriet se volvió hacia él. Desoyó a Susan que le advertía no caer en su juego verbal.

—No lo niego, ¡me alegro! Kimberly tendrá un hermoso ajuar de boda y Jackson una cuantiosa suma de dinero en su cuenta. Y como ve, hay espacio para todos, eso no menguó los ingresos de Dubois...

—Al contrario —dijo la aludida y Jacob la fulminó con la mirada. La modista alzó las manos en gesto de rendición y fingió revisar con su asistente la agenda de próximas visitas.

—Pues muy bien por Lady Kimberly, pero *su ajuar* dejó sin la mejor atención a la señorita Johan.

—¿Y eso también es mi culpa? —Harriet avanzó hacia él.

—¿De quién si no?

—¡De nadie! ¿Acaso no puede una costurera cometer un error?

—¡No cuando se le paga una fortuna!

—¿Ah sí?, ¿el dinero todo lo compra? —provocó Harriet. Susan tiraba de su mano, tratando de sacarla de allí. Si había que partirle un bastón por la cabeza a Bourke, era mejor que lo hiciera ella, no su lady. Más allá de la laxitud de la vida que llevaban, lo cierto era que la reputación de Harriet era su carta de presentación, era la razón por la que el salón de té era tan respetado.

—Claro, no la hacía tan ingenua.

—Pues cuando su dinero le compre un unicornio, podrá comprarle también la perfección y otras cosas inexistentes. De momento, el dinero compra solo lo material. Y cosas materiales son justamente lo que he venido a adquirir esta mañana, así que, si no le importa, lo dejaré con su mal humor y sus negocios.

—Y la palabra en la boca —completó Susan, incapaz de no meter el dedo en la llaga.

¡Era la segunda vez que Lady Harriet lo vencía! Eso no podía suceder, la vio atravesar la puerta, dejando el sonido del tintineo tras ella y se debatió entre hacer lo que había ido a hacer: negocios con madame Dubois o ir tras la dama a por la revancha.

Como era un hombre muy racional, frío, comedido, mesurado... ¡todo un hombre moderno!, hizo lo que cualquier persona adulta haría. Cogió aire, contó hasta diez, lo soltó lentamente...

¡Y fue tras ella!

Fineas corría su coche para dejarle paso al de lady Harriet cuando Jacob abandonó la tienda. Tenía un puro entre los labios, y para sorpresa del señor Bourke, Keith Duncan, quien hacía las veces de cochero de la dama, también.

—Has fraternizado con el enemigo... —le recriminó Jacob. Lady Harriet pasó junto a él y le sonrió satisfecha antes de girar en la calle principal.

—Señor Bourke, ¿no cree que esté llevando esto demasiado lejos? —Fineas le entregó un puro y Jacob lo encendió, resignado. Su cochero tenía razón, claro que sí; sin embargo, no contaba con un detalle especial. A Jacob Bourke no le sentaba bien el rechazo. Y no se trataba de lo normal, pues a nadie le sentaba bien una patada en el trasero, era algo un poco más hondo. Algo que no le apetecía analizar en esos momentos. Dio una pitada a su puro y soltó el humo lentamente.

—La señora Dubois puede esperar, es evidente que no priorizará a mi clientela teniendo la de ella. Iré a hablar con el señor Platten por el tema del vodka.

Se subió al carruaje y dejó la ventanilla abierta para no tener que deshacerse del puro. No solía fumar, salvo contadas ocasiones, cuando algún cliente en especial insistía en ello y no le quedaba más remedio que compartir algunas pitadas. Tal vez por eso, por la falta de costumbre, el efecto del cigarro lo calmó y le permitió pensar con claridad.

Era difícil competir con un ajuar, entendía a la señorita Jackson, no obstante, necesitaba recordarle su acuerdo y cuánto se había beneficiado de él. Por otro lado, en asuntos menos felices, decidió que se valdría de los favores con el señor Kennedy, cliente de «La Nueva París», para infiltrar a alguien en la redacción del periódico en el que publicaba Vivian Gray. Suponía que Lisa, una antigua acompañante devenida en señora respetable tras el matrimonio con un comerciante, sería la indicada para la tarea. Le preocupaba el daño que podía hacer Gray a su amigo Peel; no era la primera vez que se ensañaba con él. A Gray le molestaba que la gente fuese feliz o, simplemente, como pasaba en «La

Nueva París» no fuesen felices, pero disfrutaran de un descanso de tanta desdicha. No, esa mujer consumía el dolor de las personas como su néctar. Era una abeja del mal.

El coche se detuvo y Jacob oyó la voz de Fineas; no hablaba con él, lo hacía con otro cochero. Con uno con acento escocés y modales algo hoscos.

—Todo Londres está en las calles, ¿verdad? —comentaba Fineas—, habrá que ver cuándo salimos de este embotellamiento.

Jacob asomó su cabeza por la ventanilla contraria, al asomarse, su frente chocó con otra.

—¡Auch! —clamaron a la par. Lady Harriet había tenido la misma magnífica idea.

—¿No ve lo que hace? —le recriminó Jacob.

—Yo me asomé primero —respondió ella, aireada. Sus cuerpos asomaban más y más por fuera de las ventanillas.

—¿Ahora le importa quién llega primero? No pareció ser relevante cuando me robó a la señorita Jackson.

—Yo no le robé a la señorita Jac...

Un caballo pasaba por entre los carruajes, un jinete, aprovechando la flexibilidad que le daba su montura, se adelantaba por aceras y huecos para sobrepasar el embotellamiento. Jacob, al ver que el insolente jinete se dirigía a ellos, advirtió:

—Métase en el carruaje, milady.

—Usted a mí no me da órdenes —rebatió, ofendida por el tono imperativo de la comanda. Jacob actuó por instinto, bajó de su carruaje y empujó a la lady por la ventanilla. Luego debió pegar su cuerpo al coche de la dama para que el caballo no lo arrollase a él.

A Bourke le nació un tornado de improperios, que soltó sin medir las consecuencias. Se acordó de la madre, el padre y el tutor del jinete.

—¿Es usted del norte? —oyó la voz de lady Harriet, su aliento le rozó la nuca y lo hizo estremecer. Ella volvía a asomar su cuerpo por la ventanilla, pero tras hacer esa mera observación y comprobar lo sucedido, se dedicó a imitarlo y de sus femeninos y dulces labios salieron insultos que harían sonrojar al mismísimo Satán—... y preste atención por dónde anda que no tiene los ojos de adorno... —y finalizó con un nuevo diccionario de juramentos.

Jacob se alejó de la dama fingiendo espanto, lo cierto era que contenía la carcajada. Regresó a su carruaje sin dejar de mirarla.

—Al parecer, también usted es del norte.

—Yorkshire —especificó ella, regresando a su porte de dama.

—Mánchester —confirmó él.

Una vez dentro de sus coches, se miraron de soslayo. Intentaban ignorarse, pero cada vez que los cocheros avanzaban un palmo, volvían a detenerse y a quedar las ventanillas igualadas. Harriet decidió fingir que leía, pero Jacob notó que tenía el libro al revés.

Bien, no soy el único afectado, agradeció. Él, por su parte, pretendió tomar notas en su libreta. Pero, sin darse cuenta, la pluma escribió Lady Harriet, Yorkshire. Fineas y Keith parecían haber hecho migas, charlaban sobre las carreras del hipódromo. Susan intentaba entablar una conversación con su señora, quien contestaba con monosílabos.

La tensión entre ellos era palpable. Harriet no podía dejar de pensar que el señor Bourke le había salvado de recibir un buen golpe, pero no encontraba la forma de agradecerle. En general, era amable y siempre sabía cómo valerse en una situación social. Las odiaba, claro. Detestaba los formalismos, por supuesto. Era el motivo de su salón de té, sin dudas. Pero los conocía y los manejaba al dedillo, no despreciaba las reglas sociales por ser torpe, las detestaba porque eran prisiones para los corazones. Sin embargo, en ese momento, le hubiera encantado encontrar en ellas la respuesta apropiada para la acción del señor Bourke.

¿Tendría que obsequiarle bombones por el detalle?, ¿una botella de bourbon?

¿Por qué con ese hombre todo era tan complicado?

Por fin los carruajes comenzaron a moverse, alcanzaron la intersección entre dos calles y viraron… para el mismo lado.

Avanzaron… a la par.

Volvieron a girar… para el mismo lado.

Harriet y Jacob se miraron, primero con desconcierto, luego con entendimiento y, por último, con desafío.

—El señor Platten —leyeron el uno de los labios del otro.

—Oh, no, el señor Platten no —dijo Jacob—, el señor Platten es mío.

—Por Dios, señor Bourke, las personas no son de nadie.

—¿Dónde quedó eso de *llegar primero?* Pues créame, yo tomaba whisky cuando usted aún bebía solo leche.

—Ya he notado que... mmm... ¿cómo decirlo? Está entrado en años. Aunque es difícil adivinar su edad, no sé si es mayor o si solo lo ha avejentado la vida que lleva, pero...

—¿De verdad me ha dicho eso? —Jacob tenía la boca abierta, una mosca casi entra en ella.

—Como sea, no se trata de la edad en la que yo empecé a beber whisky...

—¿Usted bebe whisky?

—Sino de la de mis clientes.

—¡Tiene un salón de té! Perdone si sueno conservador, demasiado atado a las normas, pero hasta donde entiendo, lo que se bebe en un salón de té es... ¡té!

Una vez más ese sitio, al igual que su dueña, se le presentaba como un enigma. No podía imaginar a lady Harriet con un vaso de whisky en las manos, pero, si era honesto, tampoco la hubiera imaginado maldecir como un marinero y eso era justamente lo que había sucedido.

—No tengo por qué explicar mi negocio a quien no es capaz de entenderlo —rebatió ella y cerró la ventanilla en las narices de Jacob, dejándolo con la palabra en la boca.

Pero no con la derrota.

—¡Fineas! —ordenó por el pescante—, acelera la marcha, debemos llegar antes que Lady Harriet.

—¿Señor?

—¡Nada de sentido común! Órdenes de soldado —comandó. Miró de soslayo a Harriet, ya vería quién llegaría primero. ¡Esa mujer no le robaría el proveedor de bebidas! Joder, si él era el rey de la noche, era un absurdo perder en ese terreno. Solo pudo jurar a los cielos, a esos cielos siempre despejados, que, si Harriet le quitaba al señor Platten, él compraría todo el té de Londres.

Lady Harriet, al entender lo que hacía su adversario, le ordenó a Keith que lo imitara. ¡No le permitiría ganar! Susan estaba de acuerdo con esa nueva estrategia, desde que se había enterado de lo sucedido en el salón de té, el señor Bourke era su enemigo número uno.

Cada vez que Keith superaba a Fineas, Harriet sonreía y miraba hacia atrás, para vanagloriarse de su victoria parcial. Pero entonces veía pasar el rostro de su enemigo por su lado, cuando Fineas rebasaba a Keith y se acercaba a la meta.

Harriet se mordió el labio por la emoción cuando Keith consiguió virar en la siguiente esquina, ganándole un cuerpo completo a Fineas; el corazón le latía acelerado, la diversión se apoderaba de su cuerpo. Se tuvo que coger de las agarraderas para no zarandear en el interior de la cabina, Keith no tenía miedo a nada, ni siquiera a correr sobre los adoquines.

—¡Ay, milady, necesitaré un baño de asentaderas después de esto! —se quejó Susan.

—Pero debes reconocer que es divertido. —Harriet volvió a mirar hacia atrás. Asomó el rostro por la ventanilla.

El viento le desarmó el moño y el cabello danzó libre. Susan se apresuró a coger el tocado para que no se perdiera en el camino.

—No sé qué demonios le sucede a ese hombre con nosotras, somos un mero salón de té —protestó Susan.

La pregunta más importante era qué le sucedía a Harriet con ese hombre, por qué lo desafiaba. Ella, que al fin había alcanzado la paz con sus tías, tenía su vida, su objetivo, sus días llenos de amigos, encontraba en aquella batalla una emoción pocas veces sentida.

—Los hombres felices no tienen amantes, se casan con ellas. Los hombres felices no pagan por una dosis de hedonismo vacío... La felicidad es contraria a su negocio, Susan. La felicidad y el amor son los actos más revolucionarios en estos tiempos y él, aunque controvertido, escandaloso, osado... es más conservador de lo que cree. Quiere que sigan las cosas igual, porque ha conseguido su lugar en ese mundo gris.

—¿Y usted qué quiere, milady, vencerlo o traerlo hacia la luz? —le cuestionó Susan.

Harriet no supo qué responder; por un instante se imaginó al señor Bourke feliz y el corazón le galopó violento en el pecho. Entonces, vio que el carruaje del hombre tomaba un atajo.

—Vencerlo... —sentenció. Una verdad a medias, quería vencerlo en *esa* ocasión, quería ganar *esa* batalla—. ¡Keith, apúrate! Han tomado un atajo.

Keith le hizo caso y Susan maldijo, cogiéndose con ambas manos de la agarradera interna. Harriet, en cambio, decidió aferrarse a la ventanilla, buscando a su adversario en el paisaje. Miraba hacia atrás, esperaba verlo aparecer en cualquier momento, por eso, la voz masculina la tomó por sorpresa y la hizo chillar.

—¿Espera a alguien, milady? —preguntó el señor Bourke, su carruaje había conseguido dar una vuelta y llegar antes por el extremo opuesto de la calle. Sin aguardar a que ella respondiera, el señor Bourke se adentró en la tienda del señor Platten.

Harriet no aguardó a que Keith le abriera la portezuela y se lanzó tras los pasos de Bourke, una vez dentro, una mirada del señor Platten bastó para admitir que había perdido esa batalla, mas no la guerra.

—Lo siento, milady, pero nadie puede competir con la cantidad de alcohol que compra el señor Bourke —dijo el hombre, apenado.

—No se preocupe, ni tiene por qué desatender a ninguno, yo solo necesito lo básico...

—Eso sería té —intervino Bourke—, le recuerdo que tiene un salón de té.

—¿Le parece bien si sirvo café también? —preguntó Harriet, desafiante. Jacob fingió pensar.

—Sí, creo que también puede servir café, milady.

Ella rodó los ojos. Platten también.

—De todos modos, tengo su pedido listo, milady. Solo que no podré sumar vodka, ese lo ha comprado todo el señor Bourke.

—No se preocupe, mi intención no es emborrachar a mis clientes para que olviden que son infelices.

—No, solo lo suficiente para que se casen con la primera mujer que se les cruce... —replicó Jacob.

—¿Eso cree que hacemos?

—¿No es lo que hacen?

—Claro que no. —Harriet elevó el mentón.

—¿Entonces, ilumíneme?

La dama abrió los labios para exponer su secreto, fue Susan la que le cerró la boca empujando del mentón.

—Eso no le incumbe —respondió su asistente en reemplazo de su señora—, siga en su mundo, que nosotros seguimos en el nuestro.

¡Maldición!, cada vez que estaba por conseguir un extra de información, alguien salía al rescate.

—Señor Duncan... —Platten le señaló a Keith la caja con bebidas para el salón de té, era apenas una con una variedad de buena calidad, pero sin exceso—. Señor Bourke... —En su caso eran diez cajas y otras quince que esperaban ser entregadas a la brevedad. No, en ese territorio no había competencia.

Había ganado. ¡Al fin le ganaba una contienda a lady Harriet! ¿Por qué no se sentía tan bien? Sabía la respuesta, porque aún no había descifrado el enigma. ¿Qué hacían en ese maldito salón de té?, ¿por qué todos se enamoraban?, ¿qué influjo tenía esa mujer en los clientes?

Y, más importante aún, ¿por qué necesitaban tanto alcohol si eran un recatado salón de té? Mientras cargaban las cajas hizo algo que no pensó, ni quiso analizar. Cogió una de las botellas de vodka y, sin que lo vieran, la metió en la caja de ella. Él podía prescindir de una, ¿ella?, ¿conseguiría una nueva pareja de enamorados gracias a un vodka ruso y un conjuro?

Lo averiguaría, como que se llamaba Jacob Bourke que develaría el misterio en torno al enigmático salón de té de Lady Harriet.

Capítulo 6



Sin duda, el mundo estaba enloqueciendo, ¡y los londinenses fueron los primeros en caer presa de esa locura colectiva! No había otra explicación. Por supuesto, eso incluía a todos los miembros de ese salón de té que se negaban a compartir información con él. ¡Malnacidos! Un par de semanas atrás, esos mismos miembros eran visitantes habituales de «La Nueva París», y ahora se hacían los desentendidos, como si nunca hubieran puesto un pie en su salón nocturno.

Estaba claro que dicha locura se propagaba, en gran medida, a su propietaria y a cada uno de sus empleados. ¿Negarle el ingreso? ¿Colocarle una estampa imaginaria de miembro vedado en la frente? ¿En serio lady Harriet se atrevía a eso? ¿A él? ¡Ja! No, a Jacob Bourke nadie le negaba la membresía, ¡él lo hacía, él decidía quién sí y quién no! Esa lady tenía un error de conceptos, no conocía su lugar en la cadena alimentaria de Londres. Alguien tenía que ponerla en su sitio. ¿Cómo se atrevía a...? A... ¡A echarlo como si fuese un maldito maleante!

—Si hubiese sabido que continuaría con su descortesía, milady, me hubiese quedado con mi botella de vodka —masculló entre dientes. Estaba molesto, con él, por haber flaqueado ante ella. ¡Iluso! ¿Acaso creías que tu acto de bondad instalaría una tregua entre ambos?, ¿qué esa botella se convertiría en la invitación tan deseada?—. ¡Pues sí! —proclamó mirando el cielo por la ventanilla del carruaje.

Tosió una y otra vez, se atragantó con su propia saliva. ¡Maldición! Mientras su mente mantenía un monólogo de quejas constantes, su garganta se carcajeaba en cada punto de separación entre pensamientos. Hablando de

locura, cualquiera que pasara a su lado le atribuiría tal trastorno. Bufaba, resoplaba, se carcajeaba y reía sin motivo.

Para colmo, el gigantesco gorila escocés de lady Harriet se mantenía de pie junto a la puerta sin quitarle ojo. Parecía que lo olía. Corrección: no era un gorila, sino un gigantesco sabueso entrenado para reconocer su olor mucho antes de que se atreviera a poner un pie en el salón de té. Fineas aparcaba el carruaje en la acera, a más de doscientos metros de la puerta principal, y... En cuestión de segundos, ahí estaba el maldito sabueso escocés, asomando su hocico por la puerta.

Jacob estaba furioso, le ardían las mejillas por la ira contenida y por la tos nerviosa que lo invadió. ¿Cuántas veces lo había intentado? Dos, tres... Mierda, era la cuarta vez y con el mismo resultado. Es decir, ninguno. Cero. Nada. Todo seguía siendo un enigma. Uno que comenzaba a devorarle los sesos por las noches. En lugar de centrarse en su negocio y prestar atención a lord Weinbender y a su nueva amante, se pasaba el día creando escenarios imaginarios. Todos ellos tenían una única protagonista: Lady Harriet Ruthven. Lo bueno era que, en esos escenarios, él podía traspasar la puerta y... Y retorcerle el cuello a esa endiablada hechicera. No le cabía duda: la muy taimada elaboraba brebajes secretos y los mezclaba en las bebidas. O en los pastelitos. O en los canapés... O en... ¡diablos! Vio cómo Keith Duncan —por fin se había aprendido el nombre de su otro enemigo— descendía uno a uno los escalones de la escalera principal sin quitarle ojo. Es más, sus labios se movían muy lentamente y le enviaban un mudo mensaje.

Y no hacía falta ser un gran intérprete del lenguaje labiofacial para entenderlo. Era evidente:

—*No-puede-ingresar-sin-invitación...* —Por supuesto, acompañó esas mudas palabras con su mejor mirada de asesino profesional escocés.

En cualquier caso, una vez que estás en el juego, hay que jugar, ¿no? Se había dicho días atrás que a la tercera iba a la vencida. Claramente, no lo fue. La cuarta vez sí lo sería. Porque de algo estaba seguro: ¡no habría una quinta vez! Estaba dispuesto a desafiar a su enemigo como fuera. Esa tarde revelaría el condenado misterio.

Bajó del carruaje, se desabrochó los botones de la chaqueta con mucha lentitud y, con un brusco movimiento de manos, apartó la parte baja de la

chaqueta y metió las manos en los bolsillos del pantalón, sacando pecho. Con la postura más provocadora posible, alzó el mentón y le devolvió una mirada igual de amenazadora a Keith.

—Así es grandulón, no te tengo miedo... —dijo en tono bajo, moviendo los labios al mismo ritmo que los del hombre para que este también interpretara sus palabras. Keith Duncan se cruzó de brazos y sonrió—. Si crees que puedes detenerme... —Jacob subió la apuesta de su amenaza—, te equivocas.

El sabueso escocés tensó los músculos de su rostro, ladeó la cabeza, y repitió, en esa ocasión, en voz alta:

—No puede ingresar sin...

—Ya, ya... suficiente —lo interrumpió hastiado de la repetición constante—. ¿Acaso es lo único que sabes decir en este idioma?

—No, no, habla muy bien, señor —le susurró Fineas con la intención de quitarle esa idea equivocada. Él había mantenido una conversación bastante interesante con el hombre.

—A ti nadie te lo preguntó... —gruñó Jacob sin dispensar una mirada a su cochero, continuaba con el duelo de miradas.

—Invitación —completó Duncan poniendo su pie en el último escalón. Se detuvo allí como una gentileza para Bourke, si se lo proponía, con un par de zancadas estaría ante él, para regresarlo, ya sin gentileza alguna, al interior de su carruaje. Otra vez, cogiéndolo por los pantalones.

—Apréndete otra oración si quieres, esa no te está funcionando ni te funcionará conmigo —rio. Sí, hasta él mismo se estaba convenciendo de su actuación. ¿Cuál? La de creer que podría ganarle. Por eso eligió sus siguientes palabras en función de la pelea ganada en su mente. Solo en su mente—. Si quieres detenerme, tendrás que matarme —Y en ese preciso instante lo supo, en breve, estaría muerto. A menos que huyera antes de que Duncan diera un paso al frente—. ¡Mierda! —masculló cuando vio al escocés encaminarse hacia él mientras hacía crujir sus nudillos de las manos. Lo reconocía, había sido demasiado extremo. Era evidente que el grandulón escocés desayunaba hombres como él cada mañana. Una palidez repentina barrió en segundos el tono rojo furia de sus mejillas. Retrocedió un paso cuando Duncan avanzó otro más—. Volveré, te lo aseguro a ti y a tu querida lady, volveré —Jacob giró sobre sus talones y se subió al carruaje, golpeó el techo—. Fineas, vamos hombre, no

somos bien recibidos aquí. —Escuchó las carcajadas de Duncan. Asomó su rostro por la ventanilla y lo vio mover los labios repitiendo la misma frase de siempre. La ira volvió a tomar control de él, de sus mejillas, de sus pensamientos, y... de sus decisiones. ¿A él? , ¿rechazarlo? ¡Jamás!

—¿Regresamos a la casa, señor? —consultó Fineas antes de llegar a la primera intersección.

—No, dobla a la derecha, daremos un rodeo alrededor de la casona Ruthven...—resopló y se acomodó los cabellos con las manos.

—Señor, yo creo que lo más sensato sería regresar a casa. —Fineas comenzaba a preocuparse por el bienestar físico y mental de su jefe. Era un buen jefe, pagaba bien, sería una pena perderlo.

—¿Te he pedido sensatez, Fineas?

—No, pero con gusto se la daría. A falta de sentido común, algo que ya podemos considerar como un hecho, creo que le vendría muy bien...

—En eso tienes razón, es un hecho que ya no hay posibilidad alguna ni para el sentido común ni para la sensatez, esto es un camino de ida a la locura... ¡Si quiero mantener la cordura tengo que hallar una respuesta a como dé lugar! No habrá una quinta vez, no puede existir una quinta vez, ¿has oído? —dijo al borde del desquicio mental cuando se dio cuenta que Fineas había pasado por alto su indicación de doblar en la primera intersección—. ¿Qué haces? Te he dicho que dieras un rodeo...

—Señor, no creo que esté en su sano juicio, y si yo me dejara llevar por lo que me parece correcto, me dirigiría a «La Nueva París» sin pensármelo dos veces...

—¿Pero? —Jacob apoyó la mandíbula en la pequeña ventanilla que comunicaba la cabina con el pescante. Necesitaba un aliado. ¡Uno! Alguien que se sumara a su cruzada personal titulada: A la caza de la bruja... Esa que dirige un salón de té. ¡Lady Harriet Ruthven!

—Pero dicen que a los locos hay que darles la razón. —Fineas se resignó, si su jefe sucumbía a la locura, él lo cargaría a cuestas de regreso a la cordura.

—¿Quién lo dice?

—No lo sé, lo he oído por ahí. Como sea, doblaré en la siguiente intersección, para crear una distracción, la idea de que nos hemos marchado.

—Oh, ya veo, lo habías pensado desde un principio, ¿verdad? —reconoció entre risas nerviosas Bourke, luego se reprochó a sí mismo. ¿Por qué no lo pensé antes? ¡Distracción!

Pues no, Fineas no lo había pensado ni en un principio ni ahora, fue solo un recurso para tranquilizarlo.

—No nos verán llegar, señor, delo por seguro. —Maldición, esa parte del condado estaba llena de bifurcaciones en el camino. Tendría que avanzar hasta la siguiente manzana, coger la intersección hacia la izquierda, y luego a la derecha, para luego avanzar tres manzanas más, y volver a girar a la derecha para acercarse a la casa Ruthven. ¡Vaya pérdida de tiempo!

—Excelente jugada, Fineas —proclamó con un nuevo plan en mente. Distracción, de eso se trataba. Y de olor, porque claramente, a ese sabueso escocés llamado Keith Duncan, el olfato no le fallaba.

Sí, la clave era la distracción. Con una reformulación de vestuario. Como en una obra de teatro, si se quería dar paso al segundo acto, se debía de hacer los cambios pertinentes. Tanto de atuendo como de escenario.

—Señor Bourke, uno pensaría que es innecesario recordarle ciertas cosas, porque estas se notan a la legua...

—Ya cállate, Fineas, y dame tus pantalones.

El cochero resopló. Los dos estaban en la cabina, resguardados en esa intimidad con las cortinas de las ventanillas cerradas. ¿El motivo? Bourke estaba convencido de que el custodio de Harriet reconocía su olor; por tanto, si quería tener éxito en su plan de ingreso alternativo, no debía levantar sospechas... ni olores. Era imprescindible cambiarse de ropa. El problema era que Fineas no tenía la altura ni la contextura física de su señor; ¡todo le quedaba corto y ajustado! El borde inferior del pantalón apenas le llegaba al tobillo, ¡se le veían los calcetines, por Dios santo!

Y ni hablemos de los puños de la camisa y la chaqueta, ¡llegaban a la mitad del antebrazo! Los botones de la chaqueta no le cerraban debido a su espalda ancha; dos Fineas podían esconderse a sus espaldas y nadie se daría cuenta. ¡Así de evidente era la diferencia de cuerpos! ¡Al diablo! Él cumplía órdenes; que su señor agradeciera que optaba por comprarse ropa holgada para sentirse cómodo en su trabajo.

—No se olvide de los tiradores... —Se los entregó. La cintura del pantalón no le cerraba del todo, los tiradores sujetarían la prenda. Para Fineas era un accesorio de moda, para Bourke sería un recurso de supervivencia para esos pantalones tan... tan inadecuados.

—Perfecto —exclamó satisfecho mientras se los colocaba. Luego miró a su cochero a la espera de su visto bueno—. ¿Qué me dices? ¿Parezco o no parezco yo?

Fineas lo miró con pena. Casi le daba ganas de acariciarle la cabeza. La mirada de su señor ya no era la de antaño —llámese antaño a unas semanas atrás, antes de saber de la existencia de ese salón de té—; ahora, su mirada brillaba con un destello preocupante. Igual de preocupante que su apariencia. Cualquiera que se lo cruzara pensaría que era un hombre escapado de un hospicio que había robado la primera ropa que encontró por el camino. A eso había que sumar la barba cada vez más crecida y el cabello revuelto por el repentino ajetreo dentro de la cabina, que completaban el cuadro perfecto de un demente.

—No, señor, no se parece en lo absoluto a usted... —dijo con la tranquilidad de haber recibido su pago mensual esa mañana. Quizás mañana tuviese que buscar un nuevo empleo.

—¡Y tú tampoco, eh! —Le palmeó el hombro. Fineas lucía su traje de tres piezas de color petróleo. Decir que le quedaba grande sería una broma de mal gusto. Se tuvo que arremangar la tela en cada extremidad del cuerpo.

—Por suerte no hay un espejo cerca —murmuró el cochero sabedor de que su imagen se prestaba al ridículo. No quería ni el recuerdo en su mente. Lo mejor era olvidar que eso había sucedido.

—¿Qué? —Jacob no oyó con claridad lo que dijo.

—Que no hay cercas, señor —dijo cambiando de tema mientras descendía del carruaje. Miró en derredor, estaban en el ala este del terreno de la casona, casi en su extremo sur, dónde se hallaba la gran alameda que delimitaba el lugar. Jacob descendió a la par de él. Miró el mismo escenario natural. Sí, el asunto se presentaba un tanto complicado—. ¿Por dónde piensa pasar? —Fineas se rascó la barbilla.

—Por dónde pienso trepar, querrás decir —dijo con tono desafiante y victorioso—. Si hay algo que me caracteriza es mi capacidad de adaptación,

Fineas. Esto es un juego de niños para mí. —Estiró brazos, sacudió piernas, hizo crujir su espalda uniendo los omóplatos por detrás. Gimió cuando una vértebra hizo más presión de la esperada. Quedó inmóvil, en esa posición curvada hacia atrás. Respiró y exhaló con rapidez.

—¿Lo ayudo, señor?

Jacob negó con la cabeza, pero su brazo hizo lo contrario, buscó apoyo en el hombre. Fineas lo cogió de ambos brazos y tiró con fuerza, fue un movimiento rápido y brusco. Jacob volvió a gemir, en esa ocasión, el gemido sonó placentero. La espalda retomó su posición erguida. Le agradeció con un gesto de cabeza.

—Perfecto... ¿en qué estábamos?

—En que esto era un juego de niños... —carraspeó Fineas, desvió la mirada de su jefe para que este no viera su expresión de burla—, para usted.

—Y así será —Se alejó unos pasos, buscaba un punto de ingreso. Mierda, ¿desde cuándo las ligustrinas eran tan altas?—. Ya verás, solo es cuestión... cuestión... —Continuó bordeando la ligustrina y hablando, su tono era cada vez más alto debido a la distancia que se ampliaba más y más—, de hallar el recoveco perfecto... o trepar...

—¡¿Trepar?! No olvide su tobillo, señor —le recordó con un suave grito. Aunque no renguera, todavía lo tenía resentido desde aquel encuentro con Vivian Gray. De pronto, la figura de su jefe desapareció en la lejanía, había avanzado hasta el límite de la ligustrina, dónde se unía con la arboleda.

¡Por fin el misterio comenzaba a desvelarse! Lo confirmaba: lo que sucedía en ese lugar se escapaba de la lógica y del concepto de... amor ¡Patrañas, a otro con ese cuento! Lady Harriet no era más que una embustera bruja. Allí el amor no brotaba de la tierra para extenderse en forma de raíces a los pies de los selectos miembros de su club de té. ¡Eso era un acto de embrujo! ¿Y cómo lo sabía? Porque así es como se sentía en ese momento: atraído de manera casi magnética al epicentro de ese lugar. La música lo convocaba, las risas, el delicioso aroma floral... Y algo más. Mmm, ¿ese olor le resultaba familiar? Cerró los ojos e inspiró profundamente. La dulce fragancia que flotaba en el aire inundó sus pulmones. Exhaló lentamente y... Sonrió. Caramelo. Viajó a un recuerdo muy profundo de su mente: él de niño, riéndose en una feria de circo

con una manzana acaramelada en la mano. Se acordó del embrujo, se dio una bofetada fuerte y abrió los ojos.

—A lo tuyo, Bourke, tú sabes a lo que has venido... —Se motivó, lo idea de trepar comenzaba a resultar menos atractiva. Mejor dicho, imposible, porque ni bien introdujo la punta de su zapato en el interior del arbusto, no halló sostén alguno. Intentó enredar sus dedos para escalar con ayuda de las manos, y también falló. Era una estructura muy endeble, cuidadosamente podada, bella y estética por dónde se la mirase, pero frágil. ¡Al demonio! Intentó trepar igual.

Repetimos, frágil... para él.

Se mordió los labios para contener el grito; no quería delatar su presencia.

¡Mierda! Una lágrima producto del dolor contenido rodó por su mejilla. Podría jurar que vio estrellas cuando se estampó contra el suelo.

Al dolor del tobillo se sumarían muchos más. Muchos más. Cayó de nalgas al suelo, con un fuerte impacto previo de sus manos sobre el pavimento.

¡Joder, ¿se habría roto una muñeca?. Movió ambas manos haciendo círculos en el aire. No, no tenía nada roto. Dolía como mil demonios, pero no tenía nada roto. ¡Bien! ¿Y su trasero? Bueno, mejor ni pensarlo. Tendría que sentarse sobre cojines.

Existe una expresión que dice: «Un tropezón no es caída».

Y Jacob Bourke lo acababa de comprobar. No, un tropezón es una posibilidad, ¿cuál? La posibilidad de contemplar la vida desde un nuevo lugar, desde una nueva perspectiva...

—Para qué trepar cuando puedes reptar, Bourke —se habló a sí mismo. Justo ahí, frente a su nariz, al ras del pavimento, se abría una diminuta puerta ante él. De seguro, por allí se adentraban alimañas salvajes. La fauna autóctona del condado también se veía tentada a profanar el territorio sagrado de Lady Harriet. ¡Ja! Se lanzó cuerpo a tierra, con pecho, codos y antebrazos contra el suelo—. No puede entrar sin invitación —repitió en tono de burla mientras se arrastraba por esa abertura de la ligustrina. Jamás confesaría que su «nueva posibilidad» fue una pésima decisión, no sería necesario, los cortes y raspones que las ramas y hojas le estaban provocando en el rostro, lo harían. No importaba, su bello rostro podría sacrificarse en busca de la verdad. No duele, ¿no es así, Jacob?—. No, no duele... —dijo al escupir una hoja que había tragado. También un poco de sangre, pues una pequeña rama le había rasgado el labio—,

lo que duele es la mentira, el engaño —balbuceó. Volvió a escupir—. Cuando el embrujo que usted lanzó a sus miembros se desvanezca, también lo hará ese falso amor que usted les vende —Se detuvo cuando sintió que uno de los tiradores del pantalón se había enganchado—. ¡Maldición, tú y tu moda, Fineas! —Tiró con fuerza, se arrastró con ímpetu para desencajarse y... ¡Zaass! Exhaló con fastidio y resignación, su pantalón era libre. ¿Pero a qué costo? Sin duda, se había rasgado la tela.

Mas no importaba, porque veía la luz. Estaba al final del túnel... Oía las risas, la música. ¿Era una polca? ¡En pleno mediodía! ¿Estaban bailando?

Le quedaban apenas unos centímetros. ¡Ya casi, Bourke!, ¡ya casi llegas! La verdad es tuya...

Los rayos del sol impactaron directo en sus ojos, lo enceguecieron. Los cerró por un instante, luego parpadeó para habituarse a la luminosidad... ¡Las estrellas regresaron! Esas mismas que vio cuando se estampó contra el suelo minutos atrás. ¡No, esperen! Parpadeó con mayor rapidez... ¡Qué demonios! No eran estrellas, eran... eran pompas de jabón. Extendió la palma de su mano y una de estas pompas se reventó ni bien hizo contacto con su piel. Sí, pompas de jabón. Ese lugar era una maldita broma, ¿verdad? Quedó allí, tendido en el suelo, estupefacto.

De pronto, su alrededor se oscureció. Una voz familiar resonó en sus oídos:

—No puede ingresar sin una invitación.

—No, no otra vez. —Eso fue lo único que logró balbucear Bourke antes de que Keith Duncan volviera a cogerlo del fundillo del pantalón. Estuvo cerca... ¡Rayos! Estuvo tan jodidamente cerca. El puño del escocés se estampó en su rostro, y la oscuridad fue total.

Despertó muy lentamente, parecía que había dormido por semanas. De hecho, fue el dolor el que lo regresó al estado de consciencia. La mayor sensación de molestia la sentía en su boca. Sin abrir los ojos, palpó sobre sus labios, buscaba un espacio vacío. ¡Sin duda había perdido algún diente! Sí, recordaba todo. En especial, recordaba el puño del escocés a centímetros de él.

—No se preocupe, todavía conserva todos sus dientes —dijo una voz femenina. El tono empleado era de decepción.

—¿Todavía? —Jacob abrió los ojos y se ubicó en tiempo y espacio. Estaba en el vestíbulo de recepción del salón de té, en una de las sillas. Frente a él, la tía de Lady Harriet... ¿cómo era que la había llamado su sobrina en aquella ocasión?, ¿Paty? Mmm, no... Po... Poppy. ¡Esa!

—Sí, todavía los tiene, pero como que siga comportándose de esta manera —Tía Poppy estaba de brazos cruzados, mirándolo de pies a cabeza. Jacob Bourke había sido arrojado a esa silla como si fuese una bolsa de patatas. Para Poppy, en ese momento, ni una bolsa de patatas de descarte le haría honor al estado del hombre—, tendremos que recurrir a unos modos mucho menos cordiales.

—¿Menos cordiales? —Jacob quiso reír, no pudo, le dolía demasiado la boca —. ¡¿Que me haya desencajado la mandíbula con un golpe fue un gesto cortés?! —se masajeó el rostro.

—No, señor Bourke —Otra voz femenina y más familiar aún se sumó a ellos —, no haberlo denunciado a las fuerzas de la ley por invadir propiedad privada es un gesto cortés de nuestra parte...—Lady Harriet se ubicó junto a su tía, le susurró algo al oído. La mujer se ofuscó.

—¡No voy a dejarte sola con él! —protestó en voz alta, luego redujo el tono de su voz hasta convertirlo en murmullo—. ¿Quién sabe de lo que es capaz?

—Tía, apenas se puede mover... —continuó susurrando Harriet—. Lo único que no le debe de doler es el cabello. —Miró de soslayo a Jacob, este se acarició el cuero cabelludo. ¡Le dolía! Lo disimuló.

—Pues bien, se lo tiene merecido —bufó Poppy. Su sobrina le marcó el camino con la mirada, la invitaba a irse, deseaba estar a solas con su invasor. Antes de marcharse, la mujer lo fulminó con la mirada. Alzó el mentón con provocación.

—¿Su tía es oriunda de los bajos fondos de Londres? —preguntó con sorna Jacob cuando estuvieron a solas. ¡Vaya actitud la de la señora!

—No, de Yorkshire como yo. —Harriet le extendió el paño limpio y húmedo que había llevado consigo—. Tenga, hágase el favor de limpiarse el rostro... —Jacob cogió el paño con muy mala gana—. También, hágase el favor de olvidarse de todo y continúe con su vida.

—¿Que me olvide de qué? ¡No he visto nada! —exclamó enojado. Con él mismo, por supuesto. Fallaba una y otra vez.

—¡Exacto! Y sabe qué, señor Bourke, no hay nada para ver —le dijo en tono condescendiente Harriet. Lo que hizo que él ardiera por dentro.

—Vamos, deje de tomarme el pelo... —Intentó levantarse, pero un dolor punzante en su cintura se lo impidió. Apretó los labios, respiró y continuó—. ¡He oído una polca!

—¡Oh, vaya! ¿Acaso es la primera vez que la escucha? —Harriet no pudo evitarlo, el estado deplorable de Bourke era una invitación a tomarle el pelo. Aunque reconocía que lucía... Mmm, lucía bastante encantador, casi infantil. Cabello revuelto, mejillas sucias de tierra, y un atuendo improvisado que había sufrido las consecuencias de su pésimo plan de incursión forzada. Si hasta comenzaba a sentir pena por él.

—¡No, por supuesto que no! Pero jamás he oído una polca en pleno mediodía... —Lo más correcto hubiese sido decir, fuera de un salón de baile.

Harriet exhaló con dramatismo y se llevó las manos a la boca.

—¡Dios santo, no me diga usted que... que existe alguna ley o norma social que prohíbe tal cosa! ¿Una polca al mediodía? ¡Oh, herejía! —Harriet se cruzó de brazos ya sin ánimos de bromear. Resopló con fastidio—. Sabe, su insistencia ya se encuentra no solo en los límites de mi jardín —carraspeó—, sino también al límite de la obsesión. ¿Está obsesionado conmigo, señor Bourke?

—¡Sí!... —Tosió, cambió de respuesta—. ¡No! Con usted no, con su maldito negocio —concluyó.

Harriet se acercó a él. Jacob apoyó su espalda tanto como pudo contra el respaldo de la silla. Ella se reclinó, se aferró con las manos a ambos apoyabrazos haciendo de Bourke su prisionero. Le susurró a centímetros del rostro:

—De ser así, le recomiendo que cambie la dirección de su obsesión... en vez de obsesionarse con mi salón de té —Acortó aún más la distancia de sus rostros. Las narices quedaron casi pegadas—, en vez de obsesionarse conmigo —Harriet se lamió los labios con mucha lentitud. Jacob tragó saliva, el vello de la nuca se le erizó—, obsesiónese con su negocio —finalizó, le quitó el paño de la mano, le limpió la sangre seca en la comisura de su labio y se lo regresó. Luego tomó distancia de él—. Vamos a dejar bien en claro algo, señor Bourke, si en su cabeza está instaurada la idea de que yo le robo a sus clientes, se equivoca, no lo hago... ellos vienen a mí. ¡Recuérdelo! —Hizo una reverencia a modo de despedida, giró sobre sí decidida a poner fin al encuentro, sus clientes merecían su atención, no

la absurda terquedad de Bourke—. Señor Duncan... —llamó a su custodio que se encontraba al otro lado de la puerta a la espera de indicaciones—, su amigo personal quiere retirarse, por favor, acompáñalo.

—Con gusto, milady —Keith se hizo presente, crujió sus dedos, ladeó la cabeza a un lado y al otro con una sonrisa en los labios.

Jacob rodó los ojos. ¡No, no otra vez! Maldita Lady Harriet Ruthven... ¡Sí, la odiaría desde ese día hasta el último de su vida!

Inspiró calma. Exhaló venganza... y se dejó cargar por Keith Duncan. Mal no le vendría, reconocía que apenas podía caminar. Gracias, grandulón.

Capítulo 7



«Ellos vienen a mí», «ellos vienen a mí», «ellos vienen a mí». El eco de las palabras de Lady Harriet le provocaba una terrible migraña. Eso y los libros contables.

—¡Voy a quebrar! —se lamentó, al observar los números. Patrick puso los ojos en blanco, había decidido ir esa mañana a comprobar el estado del negocio y hacer su parte, que era, por supuesto, llevar nuevos clientes. ¡Y así lo había hecho! Dos jóvenes americanos que emprendían el viaje por el viejo mundo para ampliar sus horizontes habían tocado el suelo inglés unas semanas atrás, ansiosos de experiencias y vivencias. Tenían dinero y ganas de divertirse y habían dejado una buena porción de la fortuna familiar en «La Nueva París». Tal y como sucedía desde antes de que Peel entregara su corazón, los dos muchachos, influenciados por la apariencia y buenas formas del dandi, habían gastado un dineral extra en sastres, bebidas y amantes. Y eso, por supuesto, se veía reflejado en los ingresos del negocio y, por consiguiente, en la cuenta bancaria de Patrick y Jacob.

Él ya sabía en qué lo gastaría, ¡en la alianza más hermosa para Hyacinth! Era hora de dar el gran paso, de terminar el cortejo y brincar, a ciegas, al hermoso y sereno mundo de un hombre casado. ¿Jacob?, pues parecía no tener planes para el dinero, ni para nada que no fuese su nueva obsesión: Lady Harriet.

—Exageras, Bourke. Nuestras finanzas apenas se han movido, es cierto que ahora debes *compartir* tus proveedores, pero ya has visto que no es para tanto.

—¿No es para tanto? ¡¿No es para tanto?! —Jacob se puso de pie, dio un rodeo, se mesó el cabello y volvió a dejarse caer en la butaca. Vale, Patrick tenía razón, no era para tanto. Johan estaba encantada con el trabajo de madame Dubois, al tiempo que no dejó de hacerle encargos a Jackson. La competencia era buena para todos, para los clientes, para los negocios, para la vida... Y hacía tanto que nadie le competía en nada a Bourke que la novedad no le había sentado bien—. ¿Y cuando tú no trabajes más, quién me conseguirá clientes? Yo estoy viejo, tengo canas. ¿Sabes lo que me ha dicho tu amiga?

—¿Qué amiga?

—Lady Harriet.

—No es mi amiga, Jacob. Tú eres mi amigo, ella fue la más apropiada guía en el vasto mapa del mundo afectivo, pero llamarla amiga es demasiado.

—En el vasto mapa del mundo afectivo... ¿Te has tragado a un poeta y no me he enterado? ¡Claro que dejarás de trabajar para «La Nueva París»! ¿Qué pensará tu señorita Anglich de que estés rodeado de las amantes más hermosas, de un espectáculo de burlesque con damas casi desnudas, bebiendo alcohol, expuesto al placer cada noche?

—No le molesta. —Jacob ladeó la cabeza—. ¿Crees que no lo he hablado, Bourke? Fue de los primeros temas de conversación, mi dinero viene de aquí, «La Nueva París» fue un espacio que me resguardó y me mantuvo a flote cuando me sentía un bueno para nada. Hyacinth, por supuesto, lo sabe y lo acepta. Además, sabe que mi corazón le pertenece, solo temen los que están inseguros.

—¿Está al tanto de que babeabas por la señorita Prionova, nuestra cantante de ópera?

Patrick carcajeó.

—¡Claro que lo sabe! Y comparte mi admiración, me ha dicho que después de oírla cantar, ella también cayó en su encanto. Tal vez debería contratarla para que entone el Ave María en mi casamiento. ¿Qué piensas? —Fue el turno de Patrick de ponerse de pie con entusiasmo, comenzó a planear su boda.

Jacob se masajeó las sienes. Definitivamente, lo que sucediera en el enigmático salón de té estaba volviendo loca a la gente. Las palabras de Peel debían tranquilizarlo, pues estaban recubiertas de verdad. No abandonaría «La Nueva París» y, como si esa no fuese una excelente noticia por sí misma,

resultaba que no estaba en conflicto su matrimonio con su profesión. Algo que, en el fondo, Bourke temía. Quería demasiado a su amigo para inmiscuirse en su felicidad y estaba seguro de que en esa disputa entre el corazón de Hyacinth y el bolsillo de Peel, ganaría el amor.

Que no existiera tal disputa era un problema menos. También era cierto que sus finanzas no estaban tan afectadas después de todo. La realidad indicaba que debía soltar el asunto, enfocarse en su negocio y dejar el salón de té...

Tal y como Lady Harriet había *sugerido*.

Darle la razón a la dama le sentó como una patada de Keith en el estómago. ¡No, no y mil veces no! Los enigmas lo seducían y hasta no saber qué demonios sucedía allí, no podría soltar el asunto.

—No me estás escuchando —se quejó Peel.

—Claro que lo hago, hablabas de la señorita Anglich.

—Siempre hablo de ella...

—Al menos lo reconoces...

—Pero ¿qué decía?

—Sobre la boda.

—No —Patrick puso los brazos en jarra—, sobre lo que Hyacinth me ha dicho sobre ti y creo que tiene razón.

—¿Qué ha dicho?

—¿No era que me escuchabas? —replicó Peel, molesto—. Justamente eso, mi amada, astuta, lista y brillante Hyacinth se ha dado cuenta de por qué estás obsesionado con Lady Harriet.

—No estoy obsesionado con ella.

—Llevas semanas pensando solo en ella...

—Por el negocio, claro.

Patrick suspiró.

—Bueno —Alzó las manos el dandi—, si no estás obsesionado, entonces mi adorada Hyacinth está equivocada y es en vano que comparta contigo su errónea apreciación. —Fue hacia la zona de bebidas y se sirvió una medida de coñac. Era temprano para comenzar a beber, pero él era un hombre que hacía sus propias reglas. Tal vez empezaba el día con coñac y lo terminaba con café a contramano del mundo.

—Pues yo seré el juez, dado que su apreciación es sobre mí.

Peel rio.

—Eres tan transparente, que me sorprende no haberlo visto con mis propios ojos.

—¡No soy transparente! Soy enigmático, oscuro, el rey de la noche... —Se granjeó un gesto de cabeza ladeada de su amigo. No, no era transparente, había construido una fachada para el negocio, pero en su vida privada era un hombre sencillo. Ni siquiera ostentaba todo el dinero ganado.

—Bien, Hyacinth cree que te sientes amenazado por lady Harriet...

—¡Porque me quita los clientes!

—Porque habla de amor, Jacob. Los clientes van y vienen, lo que te aterra es que el mundo que bosqueja Lady Harriet sea tan real como el tuyo, que existan los dos en el mismo universo, el blanco y el negro, el ying y el yang, como dice la filosofía asiática, que no pueda existir uno sin el otro... ¿lo entiendes?

—No.

—Lady Harriet existe, su salón de té existe, porque existe la Nueva París. Y «La Nueva París» existe porque en el mundo habitan las ladies Harriet.

—Pues ya te lo he dicho, la señorita Anglich y tú son tal para cual. Ahora resulta que ambos están locos, al menos se harán compañía en el manicomio. —Se puso de pie, intentando dar por zanjado el asunto. No le gustaba para nada la dirección de esa conversación, Patrick era su amigo, lo conocía como nadie, y era el único sabedor de esa pequeña herida honda de la que nadie estaba al tanto.

—Si la vida fuese tan cínica como intentas verla, Jacob, «La Nueva París» tampoco tendría razón de ser. Allí van los corazones que no hallaron eso que sí existe, pero no han sido afortunados de encontrar. De allí el dolor, la necesidad de adormecer los sentidos unas noches, de encontrar consuelo en el placer. Si la vida no tuviera la otra cara, no existirían los decepcionados. No existirían nuestros clientes, Jacob. —Bourke se detuvo antes de dejar a su amigo con la palabra en la boca, entendía el mensaje entre líneas: él, Jacob Bourke, era un decepcionado—. Hacemos un buen trabajo, amigo, somos tan necesarios como lady Harriet. Y entre tantos decepcionados, lady Harriet encontró su sitio, volver a hacerlos creer en el amor, abrir el cielo a la esperanza, es la fuerza contraria, la ley de Newton de la vida, acción y reacción.

—Me corrijo, no te has tragado un poeta, te has comido a un filósofo... y de los franceses. La próxima, prueba con un alemán.

—¿Mi Hyacinth está equivocada? El sarcasmo es una respuesta por sí misma.

Jacob cogió el pomo de la puerta, dispuesto a irse y dejar el tema ahí. Sí, estaba decepcionado y no le sentaba bien que su amargura se dejara entrever hasta para los ojos de una casi extraña como era la señorita Anglich. ¿De verdad le había alcanzado con las pocas conversaciones compartidas para revelar algo tan profundo en su corazón? La idea de hallarse tan desnudo ante la mirada ajena lo incomodaba. Sin embargo, se detuvo:

—Quizá yo no sea un pensador, tal vez sea un simple hombre de negocios, Patrick, pero cuando todas esas bodas fracasen, cuando el brillo de la pasión empiece a opacarse y la cínica verdad sea lo único que salga a la luz, esos hombres vendrán a raudales a mi salón, buscando llenar el vacío que esas falsas expectativas dejaron en ellos.

—¿Y acaso eso no te haría millonario? —preguntó Peel, sabiendo que Jacob era mucho más que un ambicioso hombre de negocios. Que «La Nueva París» respondía a algo más profundo que la necesidad de dinero.

—Nadie quiere hacerse rico así, Patrick, nadie quiere ver el mundo arder solo para hacerse millonario en medio de las cenizas.

—Vivian Gray sí, y por eso la has echado a patadas.

—Tengo asuntos que atender —respondió Jacob, evasivo.

—No eres cínico —le dijo su amigo, cuando ya no podía verlo. Bourke estaba en el corredor—, eres tan soñador como ella... como la tampoco tan enigmática Lady Harriet.

Las palabras de su amigo resonaron en su cabeza mucho tiempo después de que hubiera abandonado el despacho; la idea de que en «La Nueva París» no vendían solo hedonismo, sino que, al igual que su némesis, Lady Harriet, hacían un servicio a la comunidad.

Con la salvedad, claro estaba, de que su servicio se fundamentaba en la realidad: el amor verdadero no existía, o, si lo hacía, era tan escaso que aspirar a él era una quimera. En cambio, Lady Harriet timaba a la gente, le vendía que ese amor podía encontrarse y era más común de lo que la vida había demostrado hasta el momento.

La misión de Jacob, así lo pensaba él, era probar esa farsa. Punto. Era el verdadero servicio a la comunidad. Por eso, mientras Jenny hacía las veces de

ama de llaves y Harry daba órdenes que no le competían, Bourke se centró en su libro de clientes.

—Vale —aceptó de mala gana—, has acertado con Patrick, pero él es fácil. Patrick siempre quiso hallar el amor —le dijo a su enemiga a la distancia—, tenía el corazón abierto de par en par y es más bueno que el pan y el agua, ¿quién no caería rendido ante él? No obstante... los demás...

Un nombre de su cartera de clientes pareció estar escrito en rojo: Lord Turnour.

Turnour era la última *adquisición* del salón de té.

—O el último robo —rectificó Jacob. El joven hijo del conde no tenía pasta de marido, de eso estaba seguro. De hecho, pensó Bourke antes de pasar a la acción, le haría un favor a Lady Harriet al recuperarlo en sus líneas.

«Ellos vienen a mí», claro que sí, pero también a mí. Y ese era el punto. Turnour volvería a «La Nueva París», era un libertino de pura cepa. Su padre lo había intentado casar en más de una ocasión con las candidatas más dotadas de Inglaterra y fracasado rotundamente. A Turnour no solo le gustaban las mujeres, le gustaba el alcohol, el juego, las experiencias extremas... La vida de casado lo mataría de aburrimiento.

—Pero, sobre todo, matará de tristeza a su esposa —remarcó Jacob en voz alta, justificándose por lo que haría. Volvería a seducir a Turnour, le probaría a lady Harriet que no todos los hombres tenían pasta de maridos, que el enamoramiento, cuando se apagaba, no siempre daba paso al amor, sino que, la mayoría de las veces, al desamor. Que ese ímpetu romántico podía ser reemplazado por otras pasiones que generaban el mismo éxtasis y que esas pasiones eran brindadas en «La Nueva París».

Decidido, bajó hacia el salón principal, donde la señorita Priovona ensayaba su acto de la noche. La voz de la mujer hacía eco en el lugar vacío, era magistral. ¡Y eso que era solo la práctica!, jamás agotaba la voz en ellas, en cambio, por las noches, daba todo de sí.

—Maravilloso, sublime —aplaudió Bourke, Priovona le brindó una sonrisa no muy halagüeña. Sabía que ella jamás sería su amante, porque Bourke no tenía compañeras fijas. Prefería mantener a las mujeres cerca de sus sábanas, pero lejos de su corazón; y a las amantes, aunque fuesen romances imposibles, mientras duraba el affaire había que amarlas.

—Gracias, esta noche lo haré mejor —dijo la mujer, Harry dejó de atender al criado que acomodaba las copas de cristal y corrió a ayudarla. Le tendió la mano para que la dama bajase del escenario, ese simple contacto le hizo suspirar como un nene—. Salvo que me pida algo diferente, señor Bourke.

—No, solo le pediré brillar, que es algo que le sale natural. —Le tendió el brazo y caminaron por el salón vacío. Las bailarinas retomaron el ensayo de su parte y sus zapatos resonaron en la madera marcando el ritmo.

—Tan adulador, seguro quiere algo. ¿Por qué no va al grano? Usted no es mi adorado Peel, es demasiado pragmático para ser un eximio seductor.

—No sé si me halaga o me insulta.

—Ni lo uno ni lo otro, lo describo, y estoy segura de que usted considera a esa descripción favorecedora. Le gusta verse como un hombre racional.

—Soy un hombre racional.

Priovona hizo un gesto que dejaba en claro que había escuchado los rumores, el cotilleo decía que lady Harriet lo tenía hecho un loco y se alzaban las apuestas: la locura siempre ha sido una aliada del amor.

—Un hombre racional que irá al grano.

—Quiero que esta noche pongas particular atención a lord Turnour...

—Hace noches que no viene.

—Vendrá esta —confirmó Bourke—, cuando le haga saber que usted estará dispuesta a recibirlo en el camerino. Es un hombre generoso, usted ha perdido a su último benefactor y nuestro adorado Peel está demasiado enamorado.

—Oh, Patrick. Una pena —suspiró—, siempre pensé que tendríamos nuestra temporada. Pero es que no se puede competir con la señorita Anglich, una debe reconocerse perdedora, ¿verdad?

—¿Está siendo irónica? —No notaba el matiz sardónico en la voz, lo que sí sabía era que Hyacinth no era ni la mitad de agraciada que Priovona y ni un cuarto de lo talentosa.

—Claro que no, esa muchacha es un encanto.

—Temo estar volviéndome loco.

—No está loco, señor Bourke, solo ciego. No hay nadie más ciego que el que solo mira con los ojos y no deja espacio al corazón.

—Y ahora todos son filósofos —gruñó. Priovona rio—. ¿Probará suerte con Turnour?

—Lo haré, tiene razón, necesito un benefactor; qué gana usted es la pregunta. Sabe que si hago negocios en «La Nueva París» con mi talento es porque usted siempre ha sido honesto respecto a los beneficios, a lo que se cuece aquí.

—¿Yo? Pues probar mi teoría, lady Harriet juega con fuego, no todos los hombres se enamoran, hay corazones que son intocables, de piedra, cerrados a cal y canto. Hay personas que no han nacido para amar y solo aspiran al placer, se deleitan del enamoramiento, pero luego... luego rompen a las personas que se atrevieron a quererlos, se van sin mirar los fragmentos que dejan detrás.

—¿Habla de Turnour o de alguien más?

—Hablo de una subespecie dentro del ser humano —respondió, tajante, sabedor de que había dicho de más.

—Cuente conmigo, negocios son negocios —dijo la mujer al llegar a su camerino—, pero no cuente con ganar, eso está más allá de mi poder.

—También más allá del poder de lady Harriet, sea cual sea la brujería que maneje.

Priovona volvió a reír.

—También más allá del suyo, señor. Hay cosas que solo están en manos del destino. —Hizo una leve reverencia como despedida—. Hasta esta noche, señor Bourke, y que el destino nos muestre sus naipes.

***

El carruaje de lady Lettice Standhope irrumpió en la noche de la gran casona de té. Las farolas ya estaban casi todas apagadas, solo resplandecía la de la cocina, donde Pierre Dupont avanzaba con las delicias para agasajar a los clientes el día próximo. A falta de instrucción, el cochero se dirigió allí, porque no consideraba apropiado llamar a una casa respetable a esas horas.

—¡*Merde*! —maldijo Dupont, dejando el paño limpio sobre la mesa de trabajo y corriendo al encuentro inesperado—. *Ce qui s'est passé?* —Utilizaba el idioma francés con las personas que no formaban parte del personal de la casona Ruthven.

El cochero no entendió ni una palabra, el famoso chef, acostumbrado a hacerse oír, no se detuvo a traducirse, sino que abrió la portezuela para hallar a

la dama en un mar de llantos.

—¿Un accidente? —preguntó ya en inglés. Ayudó a la dama a bajar, pero las piernas de la mujer apenas respondían.

—No —respondió escueto el cochero y ayudó en la labor. El alboroto despertó a los demás miembros de la casona, los primeros en alistarse fueron Alain y Amelie, quienes la reconocieron de inmediato.

—¡Hable, hombre!, ¿no ve que ella no puede?

—No sabía a dónde más acudir, lo siento —explicó el cochero sin evacuar ninguna duda. Lady Harriet se apersonó, llevaba un salto de cama sobre su camisón y la larga trenza castaña caía en el medio de su espalda. Alzaba la lámpara de aceite con la que había estado leyendo hasta recién.

—Sea lo que sea, ha hecho lo correcto, aquí le brindaremos la ayuda necesaria... —La acompañaron al interior, tía Esme y Poppy lucían un aspecto similar al de su sobrina, con la salvedad que, en lugar de trenzas, empleaban unos nudos de algodón para armar los rizos.

—Trae leche tibia, Dupont —ordenó Susan, al ver al hombre paralizado.

—¿Leche tibia? ¡*Mon dieu*!, las tonterías que hay que oír —dijo el hombre y desapareció camino a la cocina; las mujeres intentaron sonsacar información de lo sucedido, pero solo consiguieron más hipos y lamentos de lady Lettice. La abanicaron, le buscaron una medida de brandy, nada conseguía sacarla de su estupor. Hasta que Dupont regresó.

No lo hizo con la absurda sugerencia de leche tibia, sino con los más apetitosos Éclair que nadie hubiera visto en vida. Se trataba de una preparación sorpresa para la degustación del señor Bleir y la señorita Gilber, que no eran almas gemelas sino estómagos gemelos destinados a encontrarse. Pues esa unión tendría que esperar, porque el corazón de lady Lettice demanda azúcar, chocolate y una cantidad obscena de nata.

En cuanto un bocado tocó su boca, el dolor salió expelido de su cuerpo en forma de verborragia manchada de dulce y expuso lo que la atormentaba.

—Turnour ha recaído —explicó—, sé que su espíritu es débil, lo hemos hablado y aceptado de ese modo. Él quiere cambiar, lo sé, me lo ha dicho, y aunque puede parecer una promesa vacía de sus labios, lo ha dicho de verdad.

—Lo sé —la serenó Harriet. Se acuclilló delante de ella y le cogió las manos—. Lo sé muy bien.

Turnour había sido de los que ingresaron llenando el extraño formulario, había llegado al salón de té como un náufrago a una isla en mitad del océano. Necesitaba encontrar un sentido, estaba perdido, y había atestiguado cómo muchos de sus compañeros de juerga eran felices luego de hallar el amor. Así que, como un último intento de redimirse, había pedido la admisión.

Fue un caso difícil, era de los libertinos que no parecen domarse. Debieron deliberar por semanas con su tía e incluyeron a Susan en la decisión, hasta concluir que todas las almas merecían una segunda oportunidad. Incluso Turnour. Y una vez Amelie y Alain le abrieron las puertas, tía Poppy, Esme, Susan y ella suspiraron aliviadas al confirmar que su decisión fue acertada: una mirada de Turnour a Lettice bastó para confirmar que hasta el más perdido puede encontrar el camino.

—Él le pidió a su ayudante de cámara que, si alguna vez equivocaba el camino, me avisara de inmediato. Y eso ha sucedido hoy —terminó su confesión llevándose un éclair completo a la boca. Como no podía hablar, la nata se lo impedía, extendió la nota a lady Harriet.

Esta se incorporó y le dolieron un poco las rodillas. Ya no era una niña que pudiera estar en cuclillas mucho tiempo. En cuanto sus ojos leyeron las palabras, su rostro transmutó. Apretó los dientes, gruñó y quiso hacer trizas la nota.

—¿Qué sucede, Harriet?

—Sucede que nuestro amigo Bourke se ha tomado muy en serio mi consejo de... «ocuparse de sus clientes», eso sucede.

—¡Ese hombre! —gruñó Susan.

—Pero el pecado es de Turnour —dijo con atino Lettice—, puedo enfadarme con el diablo por ser tentador, mas siempre es culpa del pecador el pecado.

—En eso tiene razón, milady, y es justamente esa claridad de mente lo que ha hecho a Turnour caer a sus pies. No le pediré que perdone lo imperdonable, solo que averigüemos si hay algo que perdonar.

—Está en ese salón de perdición —se lamentó la dama, rompiendo una vez más en llanto—, donde está la mujer que más ha deseado en su vida...

—Hasta ahora.

—Harriet —la llamó Poppy a un lado, una vez lejos de los oídos externos, agregó—: No le alimentes falsas esperanzas. Turnour era una apuesta arriesgada, tal vez nos hemos equivocado con él.

—Claro, y considero esa opción, pero todos merecen un juicio justo, con evidencias y defensa, y eso iré a buscar.

—¿A dónde irás a buscar eso? —se espantó Poppy—. Oh, no... ¿no estarás pensando...?

—¡Por supuesto que lo estoy pensando! Hasta que Turnour no firme su pacto con el diablo será considerado inocente. ¿Sabes?, Patrick Peel sigue trabajando allí, asiste cada noche, y sin embargo jamás le ha fallado a la señorita Anglich. Estar en un espacio festivo no implica un pecado en sí mismo, bien lo sabemos nosotras...

—Nosotras no somos *ese* espacio festivo, Harriet.

—Iré a cambiarme —anunció—, Alain, despierta a Keith, necesito sus servicios. —Y sin más, corrió escalera arriba.

Esme se acercó a Poppy, las dos miraron a lady Lettice y negaron con la cabeza; Turnour podía tener una posibilidad de redimirse, incluso de ser feliz, pero no era esa lucha la que daban por perdida, sino otra:

—Irá a enfrentar a Bourke, ¿verdad? —preguntó tía Esme—, ¿por qué será que ese hombre no puede dejarla en paz? —se lamentó.

—Esa no es la pregunta, querida.

—¿Y cuál es?

—¿Por qué nuestra Harriet, que siempre se ha mantenido indiferente a todos los hombres, con él no deja de picar cada anzuelo que lanza?

Capítulo 8



—¿Por qué me ayuda? —preguntó Lettice una vez en el coche. Harriet le palmeó la mano enguantada y le brindó una sonrisa calma, mas no contestó a su pregunta. No podía, no sabía.

¿Tanto creía en el amor?, ¿de verdad consideraba que Turnour era *salvable?* La respuesta era no, no era tan ingenua como la acusaba el señor Bourke. Se trataba de una declaración de principios y el dueño de «La Nueva París» iba a oírla de sus labios.

Durante el trayecto, Harriet abrió la cortina de su carruaje y miró al exterior. Continuaba el buen clima, el cielo se veía estrellado y apenas se necesitaban algunas farolas para ver el camino. La luna extendía una luz plateada por las fachadas y los adoquines de la calle, la brisa tibia traía el aroma de cuero, flores y vitalidad a sus fosas nasales. Londres tenía otra vida por las noches, una existencia que permanecía algo oculta para lady Harriet.

Su corazón se aceleró por la expectativa, la piel se le erizó al pensar que salía de su zona segura y se adentraba en el fantástico mundo oculto para las mujeres.

—Debería pensárselo mejor —insistió Lettice, volvía a su cauce ahora que la primera impresión remitía—, que Turnour falle no es su culpa, pero gracias a usted muchas otras damas podrán encontrar al compañero perfecto. Es menester que mantenga su buen nombre, sin él, el salón de té se derrumbará; no quiero ser la culpable de eso.

—Y no lo será, tranquila —la animó Harriet. El carruaje conducido por Keith dobló en una de las calles y las luces de «La Nueva París» la encandilaron. Eran

tan brillantes que se abrían camino hacia el cielo, compitiendo con la luna. La boca cayó por su propio peso y asomó el rostro por la ventanilla. Había coches por doquier, parecía una pequeña isla viva en una ciudad que dormía.

Harriet apartó los pensamientos y el sentido común al que quería conducirla su compañera de andanza, no era tiempo de analizar cuánto estaba en juego, porque para ella, sobre la mesa, la apuesta era mayor: su espíritu.

Detrás del salón de té había algo más que la creencia en el amor o el altruismo, se escondía un grito de rebeldía, de independencia. Una respuesta de lady Harriet a la sociedad que la hirió.

Porque sí, la hirió. Como no quería regodearse en ese dolor del pasado y era de las que hacían de las cicatrices, arte, bajó de un salto de su carruaje antes de que este se detuviera por completo y alzó la mirada al enorme cartel que brillaba gracias a un juego de cristales y lámparas de aceite.

—Menos mal que no competimos por el proveedor de aceite, porque consume más que alcohol. —Lettice descendió detrás de ella, pero no se quedó tan pasmada por los brillos del lugar. A ella le importaba que Turnour estaba allí dentro, disfrutando de los brazos de una cantante de ópera, recayendo en un vicio del que le había jurado querer sanar.

—Milady —susurró Lettice—, mejor marchémonos. Podré recuperarme de la decepción amorosa y... —La voz se le quebró, necesitó cubrirse la boca con el pañuelo para ahogar el llanto. A Harriet eso la conmovió.

—Ya estamos aquí y no tenemos nada que perder —respondió con firmeza, encaminándose hacia la puerta.

—¡Claro que sí! —dijo lady Lettice—, podemos perder la reputación... —Un borracho salió del lugar, tambaleándose, y se sostuvo contra la pared para no caer. Una náusea lo asaltó, logró contener el vómito—, los zapatos... —enumeró la mujer, mirando por donde pisaban—, ¿el bolso?

—Son solo libertinos, no tienen ni el coraje de ser ladrones. Excepto uno —masculló—. Uno que se esconde detrás de esos muros y quiere robarme los clientes.

No era del todo cierto y, además, pensando así le daba la razón a Bourke de que compartían clientela. No obstante, esa noche no estaba para la superioridad moral ni el sentido común. ¡Ese hombre la había reducido a su nivel y ahora se comportaba exactamente igual con él!

Y, debía admitir solo para sí, era más divertido que ser solo ella. Ser lady Harriet Ruthven podía ser, incluso en sus más osadas circunstancias, muy aburrido.

—Milady... —intentó razonar Lettice una vez más.

—Lettice —Harriet no había llegado tan lejos en la vida por ser de las que se rendían, cogió a su congénere de los hombros y la instó a mirarla a los ojos—, aquí estamos ante dos escenarios posibles: o Turnour es un capullo —Carraspeó —, perdón, un tontuelo sin remedio, en cuyo caso, al enfrentarlo reemplazarás esta pena que te acongoja por la más profunda ira y sanarás más rápido... o Turnour es una víctima de las maquinaciones de Jacob Bourke, en cuyo caso lo salvarás y verán reforzado el amor. El único escenario no posible es el que se habita en la incertidumbre.

—Eso sonó bastante sabio.

—Gracias... —Harriet la soltó e hizo un gesto de alarde con su mentón. Tras lo cual, la sonrisa satisfecha por su elocuencia se esfumó y se encaminó hacia la gran puerta de «La Nueva París» Ni bien entró al vestíbulo y miró en derredor, exclamó—. ¡Odio a este maldito!

—Es igual al del salón de té —Lettice puso en palabras el pensamiento de Harriet, salvando algunos mínimos detalles, sí, era igual.

—Lo sé —bufó Harriet.

Y lo peor era que no se podían acusar de copia alguna. Ambos vestíbulos se habían diseñado en total desconocimiento del otro, pero con el mismo objetivo: preservar la intimidad de los clientes. Sin embargo, había algo que Jacob sí le había copiado a Harriet.

—Dígame que usted no es escocés —le rogó la lady al guardia con kilt que custodiaba la puerta de ingreso.

—Douglas MacGregor a sus servicios —respondió el hombre, efectuando una reverencia.

—Y trabaja hace pocas semanas aquí, ¿verdad?

—Una, ¿cómo lo supo? —preguntó sorprendido el hombre. Luego se aclaró la garganta—. Disculpe, no debo hablar con los clientes salvo excepciones. Solo debo decir: «No puede entrar sin invitación».

—Lo voy a matar. Voy a buscarlo, voy a encontrarlo y... —Estrujó sus manos a los costados del cuerpo—, voy a matarlo. ¡Esto es personal!

—Pero dijo que Turnour... —intervino Lettice.

—¡No Turnour! A Bourke... Voy a matar a Jacob Bourke.

—Pues tendrá que poner mucho esmero, milady... —dijo el aludido, abandonando las sombras del vestíbulo—, porque ya ha escuchado a mi guardia escocés, no puede entrar sin invitación, y no recuerdo haberla invitado.

—¿Por qué no puede dejarlo estar, señor Bourke? —Harriet se volvió hacia el hombre. Disimuló el impacto de verlo vestido de frac, le sentaba demasiado bien. Con los días de calor, siempre que sus caminos se habían cruzado el hombre había lucido trajes de verano que lo hacían ver exótico; pero era indiscutible que un buen atuendo de gala le sentaba de maravilla a cualquiera.

—¿Por qué no puede hacerlo usted? —redobló la apuesta Jacob. Un paso más y sus cuerpos quedaron a pocos centímetros de distancia. Verla le había provocado un extraño cosquilleo en el estómago, la sensación de victoria de saber que esa dama no era como cualquier otra persona. No se rendía, iba a por lo que quería, se abría camino. Otra dama de su alcurnia hubiese permanecido refugiada en el hogar, cuidada por su generoso primo y acompañada de sus tías. Incluso, se habría conseguido un amante discreto, ¿por qué no?, en lugar de poner su rostro, su nombre y su reputación al servicio de la felicidad de otros.

Lo reconocía, esa mujer lo intrigaba, y en su plan de *probar* que se equivocaba con Turnour se escondía el verdadero deseo de ponerla a ella a prueba. De tirar el anzuelo y ver si su naturaleza osada llegaba tan lejos.

Y sí, lo hacía.

No obstante, era un hombre orgulloso, y la admiración no bastaba para saldar cuentas.

—Porque hay personas que sufren de por medio, señor Bourke, que usted no tenga corazón no quiere decir que los demás tampoco.

—Oh, eso. Usted debe ser lady Lettice... —dijo en dirección a la segunda dama. La observó y negó con la cabeza—. Dios le da pan al que no tiene dientes. Es demasiado para Turnour, milady, lo que hago aquí es un servicio a la comunidad. Le ahorro el mal trago de conocer la naturaleza de Turnour después de efectuar el juramento de hasta que la muerte nos separe.

—¡Pero si yo conozco la naturaleza de Turnour! Él me lo ha dicho —replicó la dama. Harriet rodó los ojos.

—¿Realmente cree que engaño a mis clientes, señor Bourke? ¡Eso es lo que usted hace!

—¡Claro que no! Aquí todos saben a qué vienen.

—En mí salón de té también. Lady Lettice sabe muy bien quién es Turnour, cuáles son sus debilidades y fortalezas. No hay ningún engaño, y si lo que hubo es una equivocación, lo cual es posible, porque aquí somos todos seres humanos, entonces se aclarará y ambas partes de la pareja, como adultos que son, tomarán la mejor decisión posible. ¿Tan difícil le resulta de creer?

—¡Sí! —exclamó Jacob, alzando las manos en un gesto de obviedad—. Los adultos son más infantiles que los niños.

—Lo dirá por usted —gruñó Harriet.

—Perdone... pero ¿quién está a mitad de la noche en un salón de caballeros? Las personas adultas toman decisiones impulsivas, milady. A veces se necesita un buen amigo que nos abra los ojos.

—Oh, ¡señor Bourke! Qué bueno es usted... Que no lo escuche el vaticano que lo canonizan —se mofó. Jacob elevó una comisura de sus labios como respuesta al sarcasmo—. Y ya que es taaaan generoso, lleve a mi amiga junto a Turnour para que vea con sus dos hermosos ojos el enooormeee error cometido. La prueba del milagro y de su inconmensurable bondad...

—¿Terminó con el sarcasmo?

—No, tengo más. Solo prefiero no gastarlo en usted. —Cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Para que vea que no soy un hombre rencoroso, sino que solo doy lo que recibo... —dijo Jacob, disfrutando de su parcial victoria—, le probaré que aquí somos abiertos y recibimos a todos, solo con ciertos requisitos, al parecer compartidos con usted, por lo que imagino que no opondrá queja alguna. —Harriet ladeó la cabeza—. Dado que no la ha invitado nadie, podrá ingresar si completa este breve formulario con preguntas generales. —Dicho lo cual, fue hacia una pequeña mesa recibidora, muy similar a la que tenían las damas en el salón de té, y sacó de allí varias hojas.

Demasiadas hojas.

El muy maldito las tenía preparadas. El formulario consistía en unas treinta páginas de preguntas que extendió a Harriet con un gesto de fingida amabilidad.

—¿En serio? —inquirió ella, frunció el ceño al leer una pregunta sobre las hermanas Brontë, en este caso no sobre la obra Cumbres Borrascosas en particular, sino sobre su opinión acerca de la influencia de su vida de hijas de vicario en la obra. Casi carcajea cuando llegó a la parte de...—, ¿justifique su respuesta?

—Claro, me tomo mi trabajo muy en serio. Ahora, si no le importa, tengo asuntos que atender. Douglas les hará compañía, ¿les apetece una copa mientras tanto?

Jacob esperaba que Harriet le lanzara los papeles por el rostro, airada, y se marchase de allí hecha una furia. Nada de eso sucedió, la dama sonrió, buscó una butaca, la arrastró cerca de la mesa de recepción y cogió de allí la pluma y el tintero.

—Por supuesto, si es tan amable, le aceptaré algún licor dulce.

—¿Melocotón?, ¿licor irlandés?, ¿*lemoncello*?

—Lemoncello, claro.

Lettice observó el intercambio sin entender. Douglas tampoco lo hacía, así que compartieron una mirada de complicidad y se encogieron de hombros al mismo tiempo.

—Enseguida... —dijo Jacob y abandonó el vestíbulo, sin demora, una muchacha le trajo una medida de licor en un pequeño vaso. Cuando Harriet comprobó que el señor Bourke no estaba a la vista, chistó en dirección a Lettice.

—Ven, rellena este formulario y distrae al grandote, yo iré a buscar a Turnour.

—Milady, creo que Bourke tiene razón; ha probado la naturaleza de Turnour.

—El nombre Bourke y la expresión «tiene razón» no combinan bien. No se preocupe, yo me encargaré de esto. Usted... usted solo justifique la respuesta...

Harriet bebió el lemoncello de un trago, el calor y el ánimo le recorrieron el cuerpo. Tras lo cual, con la espalda pegada a la pared para que Douglas no la viera, abandonó el vestíbulo buscando una forma alternativa de ingresar a «La Nueva París».

Corrió en dirección al carruaje y llamó la atención de Keith.

—¿Puedes creer que ha contratado a un escocés como guardia?

—Claro, es mi primo.

—¡Keith! —lo reprendió, pero el alcohol empezaba a surtir efecto y se encogió de hombros—. Tienes razón, todos necesitamos trabajo.

—Y el señor Bourke paga muy bien.

—¿Mejor que yo? —preguntó, dispuesta a ganar esa contienda también.

—El mismo precio, ¿se han puesto de acuerdo?

Pues no, no lo habían hecho. Al igual que con el vestíbulo, parecía que, simplemente, pensaban igual. Era irritante, ¡ella no tenía nada que ver con ese hombre!, ¿cómo podían estar tan en sintonía? Era una pregunta que debía aguardar para después, porque ahora debía entrar a «La Nueva París» y dar con Turnour... ¿Luego? No lo sabía, esa cruzada ya nada tenía que ver con el amor... era un asunto de venganza. Cerró los puños a los lados.

—Ven, ayúdame a entrar. Tiene que haber una puerta de servicio...

—Claro, allí —señaló Keith, la puerta era tan evidente que Harriet se echó a reír. Los criados iban y venían atareados por las tareas. Cada vez que la puerta se abría, la música del interior llegaba a sus oídos.

—Y me acusa a mí de bruja, ¿oyes a esa cantante? ¡Es una sirena! —se lamentó, yendo en esa dirección. Los criados estaban tan absortos que apenas repararon en ella, pese a que su atuendo gritaba *lady* a todo lo alto. En cuanto llegó a la segunda puerta, Harry la detuvo.

—Este no es un sitio para una dama...

—Me he perdido.

—Se ha perdido bastante, porque este barrio no es un barrio para una dama.

—Rayos... —masculló. Hizo una reverencia y retrocedió de espaldas, un paso, otro, hasta alcanzar la puerta y buscar, desde allí, una ventana—. ¡Keith, ayuda!

—Sí, milady... —acató el hombre.

—Ayúdame a pasar por esa ventana —pidió ella, dando brincos. La ventana junto a las cocinas daba al depósito. No llegaba a ver qué había del otro lado, pero no importaba. Un ingreso era un ingreso.

—Milady... —rogó Keith.

—Oh, no seas aguafiestas. Venga... Pon las manos así —señaló. El escocés lo hizo, y Harriet se valió del improvisado escalón para alcanzar la ventana. Era de las pequeñas, a la altura del techo, que servían más de ventilación que de iluminación. Lo bueno era que se abrían fácil, lo malo era que ella, con todas sus enaguas, no pasaría con facilidad. Consiguió empujar el cristal y pasar el torso.

La cadera... pues... —. ¡Prometo dejar los dulces! —gruñó, empujándose con todas sus fuerzas. Del otro lado Keith no podía hacer nada, sus manos ya habían cumplido el rol de elevarla, ahora de nada servían. Era cuestión de destreza más que de fortaleza; Harriet empezó a mover la cadera de lado a lado... de lado a lado... de lado a lado...

—Siga así y la contrato para el espectáculo —dijo Bourke, desde las sombras. Harriet estaba demasiado atorada para asustarse.

—¡Deje de hacer eso de salir de las sombras! No sé quién le ha dicho que tiene efecto teatral, pero sabe qué, le han mentido.

—Sin duda, efecto teatral tiene su trasero en esa ventana.

—Pues sí, ya lo ve, soy una artista. ¿Piensa ayudarme?, ¿o piensa seguir hablando de traseros frente a una dama?

—Cuando es el trasero de esa *dama* el que está atorado, no veo otro tema relevante de conversación.

—Yo sí —dijo una nueva voz, Harriet la reconoció.

—¡Señor Peel, benditos los oídos que lo oyen! Diría los ojos que lo ven, pero, como podrá percatarse, no puedo voltearme. —Había conseguido pasar hasta la mitad de su cadera por la ventana, por lo que estaba sentada en el alfeizar. Solo que sentada con las piernas hacia fuera, el trasero atorado y la espalda hacia el depósito.

—¿Qué demonios es esto?

—Esto... —dijo Jacob—, es lady Harriet, la dama que tú dices que no debo temer. No lo sé, Patrick, a mí me resulta bastante temeraria.

—Tiene razón, señor Bourke, cuando salga de aquí tendrá mucho qué temer. Sobre todo, por intervenir en la pareja de Turnour y lady Lettice.

—Sobre eso vengo a hablar —dijo Peel y se acercó a Harriet. Intentó tirar de ella, fracasó. Harriet cayó de espaldas, pero sus piernas permanecieron atascadas en el alféizar. De modo que quedó cabeza abajo, desde esa posición, tuvo la más indecorosa vista de la entrepierna masculina. Intentó tragar saliva, algo complicado cuando la gravedad no está de nuestro lado.

—¡Por Dios, Patrick, ¿puedes disparar un cañón y no puedes coger a una dama? —Jacob se apiadó de Harriet y la cogió de la cintura, enderezó su espalda hasta regresarla a una posición natural y tiró con todas sus fuerzas. Se oyó el leve sonido de una rasgadura de tela, pero no tanto para que se preocuparan.

Además, mejor la tela que la piel. Lo único que quedó del otro lado fue uno de los zapatos, que se le había aflojado en el forcejeo.

Jacob retuvo a Harriet en sus brazos sin soltarla, no había en el gesto un acto proteccionista, sino que la dama pesaba tan poco, acostumbrado como estaba a levantar cajas de botellas, que ni se dio cuenta de que no la había soltado. La acomodó en sus brazos y se volvió hacia su amigo:

—¿Qué ha pasado con Turnour?

—Eso, ¿qué ha pasado con Turnour? —repreguntó Harriet, desde ese extraño lugar, con sus piernas pendiendo del antebrazo del Bourke. y sus manos cogidas a sus hombros.

—Lo siento, pero primero me tendrán que decir qué sucede aquí.

—¿No es evidente? —dijeron los dos a coro.

—¡No! ¿Puedes soltar a lady Harriet? —remarcó Patrick lo que sí era evidente: lo indecoroso de la situación—, si hubiese un testigo menos laxo que yo, se tendrían que casar ante tamaña cercanía.

—¡Ahh! —gritaron los dos, soltándose de inmediato. Se limpiaron la ropa como si se hubieran contagiado la peste—. La boca se te haga a un lado, Patrick —lo reprendió Jacob.

—Y la vista también, haré como si no hubiera atestiguado nada. Pero primero quiero una explicación no escandalosa sobre esto, porque puede que sea un dandi y libertino reformado, pero hasta los libertinos reformados tenemos códigos.

—Vengo en busca de Turnour —explicó Harriet.

—¿Por la ventana del depósito?

—Me han negado el ingreso...

—¡Jacob!

—Yo no hice tal cosa, le entregué un formulario de ingreso. Ahora, Patrick... ve al asunto, ¿Qué ha sucedido con Turnour?

—Turnour está llorando, borracho, en el escenario. Le pide a Priovona que cante por su amada Lettice, a quien jura haber perdido por estar aquí.

—¿Lo ve? —le recriminó Harriet, dio un rodeo ante los dos hombres—. Turnour ama a Lettice, un tropezón no es caída.

Jacob fue tras ella, no para ganar la disputa, sino porque se daba cuenta de que a Harriet el lemoncello le había infundido una temeridad mayor de la que la

caracterizaba. Que, dicho fuera, era demasiada y tenía a Bourke pasmado. Y de ser osada a arruinarse había un paso, un paso que el dueño de «La Nueva París» evitó a último momento. La cogió de la cintura y la regresó a las sombras justo antes de que atravesara la gran cortina burdeos que separaba los corredores de servicio del salón principal.

—La pueden reconocer —le susurró al oído. La piel de Harriet se erizó al contacto con ese aliento tibio y esa mano rodeando su cintura. Las piernas se le aflojaron al entender que él tenía razón, había llevado esa aventura al límite.

La curiosidad pudo con ambos, y, sin soltarse, asomaron sus cabezas por a través de la tela. Una tercera cabeza, la de Patrick, se sumó, las tres formaron una línea recta, vertical, de curiosos en las sombras. Mirando el improvisado espectáculo que comenzaba a desarrollarse en el escenario de «La Nueva París».

Lettice había oído la voz de Turnour, y, rogando a Douglas, consiguió pasar al salón. Turnour la vio, cayó de rodillas y juró que no era digno de su bondad, pero que, si lograba perdonarlo, sería el más amable de los maridos. Los libertinos aplaudían, se reían y elevaban sus copas a modo de brindis por los enamorados. Priovona, con sus dotes artísticas, salvaba el espectáculo de la total decadencia y entonó una canción de amor. Las bailarinas, las unas casi sin ropas, y las otras con atuendos masculinos, improvisaron un altar y comenzaron una ceremonia ridícula, pero divertida.

Patrick negó con la cabeza, no por lo extraña que se había puesto la noche, sino porque Harriet y Jacob se miraban y en sus ojos brillaba la misma idea:

—¡Esto es oro! —En sus mentes un nuevo proyecto tomó forma, una ciudad en un lugar soleado, que se caracterizara por el juego, el espectáculo y la ostentación, donde la gente se fuera a casar, en esa vorágine de diversión. Los dos negaron con la cabeza y soltaron al unísono—. Jamás en Inglaterra... capaz en América, pero nunca en las Islas Británicas. —Y, rendidos ante la conclusión conjunta, escondieron su cabeza tras el cortinaje.

—No sé cómo lo hace —dijo Jacob, acompañando a Lady Harriet de regreso al carruaje. La atención estaba puesta en la reciente pareja, podría volver con cierta discreción a casa—. No sé cómo ha logrado que Turnour se reforme.

—Eso es lo que no entiende, señor Bourke. —La brisa de la noche comenzó a despejar el efecto del lemoncello—. Yo no lo he reformado, ni siquiera lady

Lettice lo ha hecho. Fue él quien eligió libremente, lo hizo cuando decidió ir a mi salón de té.

—¿Por qué no me dice la verdad? Termine con el enigma y la dejaré en paz.

—¡Es que le digo la verdad!

—No, no lo hace. El mundo lleva años siendo tal cual lo conozco, los hombres y las mujeres, insatisfechos, llenan sus vacíos con hedonismo...

Llegaron junto al carruaje, Keith hizo las veces de carabina. Les permitió hablar con total libertad, aunque sin apartar los ojos de Bourke en ningún momento,

—Y el problema no es el hedonismo... —dijo ella.

—¡Exacto!

—El problema es el vacío, señor Bourke. ¿Por qué la gente debe sentirse vacía?

—¿Y el matrimonio las llenará?

—El amor las llenará —corrigió Harriet.

—Es una moda, milady. Le deseo el mejor de los éxitos, pero cuando el clima cambie, cuando la moda pase, la gente volverá a ser la que era. Ya no se trata de proveedores o ganancias, se trata de decepción. ¿Sabe lo que duele una decepción?, ¿sabe lo que eso les hará a todas esas parejas que confiaron en que serían felices?

Harriet entendió que Bourke hablaba desde el dolor, pero también golpeaba donde a ella le dolía. Cruzó los brazos a la altura de su pecho, ya no con desafío, sino en un acto de protección. Se abrazó a sí misma, y Jacob pudo leer en ese gesto el sufrimiento. Se lamentó, abrió la boca para soltar una disculpa; ella lo detuvo alzando una mano un segundo y regresándola al lugar en el que estaba.

—No se disculpe si lo que ha dicho es lo que piensa. —Él asintió, se sintió conmovido por eso, por no obligarlo a una disculpa—. Claro que sé lo que es una decepción, soy una solterona...

—¡Por favor!, debe tener como mucho veintisiete años...

—Veintinueve.

—A diferencia de mí, usted los lleva muy bien —bromeó, sacando a relucir el insulto de ella el día de las carreras de carruajes. Harriet se sonrojó, el color de sus mejillas se disimuló bajo la luna. No así el brillo de sus ojos. Jacob quiso saber si alguien le había roto el corazón, él le rompería las rodillas y dejaría al

mundo equilibrado. ¿De dónde había nacido esa necesidad de venganza? De la admiración hacia ella, de la certeza de que cualquiera que la hiciera sufrir merecía el infierno... incluso si era él.

—Cuando por fin me pude presentar en sociedad ya era mayor, pero igual lo hice con mucha ilusión, señor Bourke. Realmente quería hallar lo que mis padres tuvieron; sin embargo, lo único que escuchaba era que ellos habían sido «muy afortunados», que amarse era una cuestión de suerte. ¡Y claro que dependerá de la suerte cuando no puedes conocer a tu pareja antes del altar!, cuando cada charla, cada paseo está supervisado, cuando el cortejo es ensayado y falso... El amor puede ser muy difícil de hallar, puede que haya una dosis de azar, pero también es necesario trabajo, dedicación... Esa fue mi decepción, darme cuenta de que los hombres que me cortejaban no se interesaban en conocerme, en descubrir si podrían amarme, les importaba mi dote, mi linaje o mi apariencia. Por supuesto... ¿por qué habría de importarles?, si no conseguían amarme, podrían venir a sitios como este, a llenar el vacío, mientras yo permanecía languideciendo en casa, anhelando algo que me había sido arrebatado.

—¿Realmente cree que se puede llegar a conocer a otro completamente?, ¿que el amor hará cambiar a alguien como Turnour?

—Cambiar no, ser aceptado. No nos pondremos nunca de acuerdo, señor Bourke, y ¿sabe qué?, no es necesario que lo hagamos. De eso se trata la tolerancia, si todos pensáramos igual, no sería una virtud.

—Vaya, últimamente está el mundo muy sabio para un bruto como yo —se quejó Jacob. Soltó el aire—. ¿Sabe qué?, lo acepto... acepto que hizo un gran trabajo con Turnour y le otorgo el beneficio de la duda.

—Oh, muchas gracias —ironizó ella—, es usted la mar de generoso. —Sus brazos se descruzaron, Jacob interpretó eso como un triunfo. Volvía la Harriet que le gustaba...

¡Momento!, había pensado que «le gustaba». Rápido, sal de ahí, Jacob, alertó su cabeza y le lanzó la red de salvataje a modo de idea.

—Por eso, si me consigue probar que lord Forbes es capaz de amar... Entonces, me rendiré.

—No necesito que se rinda...

—¿No?, ¿no es por eso por lo que está aquí?, ¿para vencer? Venga ya, milady... —Le brindó una media sonrisa—, puede seguir engañando con la fachada de dama buena a los demás... —Se inclinó hacia ella—, pero yo sé que usted ama los desafíos. La sociedad la hirió con sus reglas de cortejo, y usted se burló de ella con su salón de té. Yo casi le arrebato a Turnour, y usted está aquí, a riesgo de su reputación —Keith mostró los dientes—, bueno, sin tanto riesgo... Milady, usted no es de las que temen los desafíos... —Se alejó de ella—, pero, si me equivoco y en realidad no es tan valiente o tal vez no cree tanto en sus habilidades de celestina...

Le dio la espalda y se alejó. Harriet cogió aire, intentó ser madura, adulta, racional y responsable. Hizo lo que cualquier dama bien educada haría... se volvió hacia el coche, en silencio, y se subió. Una vez aupada, dijo:

—¿Lord Forbes, eh? —y sonrió.

La luna se reflejó en los dientes de Jacob. Él también había sonreído. Qué divertida empezaba a ser la vida desde que sus caminos se habían cruzado.

Capítulo 9



Llevaba noches durmiendo como un bebé. Y esto no se debía a ningún cambio en su rutina. Tanto sus hábitos nocturnos como diurnos seguían siendo los mismos. Abandonaba «La Nueva París» a mitad de la madrugada y amanecía dos horas después que el sol. Como mucho alcanzaba un total de cinco horas de descanso, pero, joder, eran comparables a diez horas de sueño continuado. Sin importar lo que hiciera, no sentía ni una gota de agotamiento ni de cansancio. O, quizás, lo mejor era decir que ni una gota de frustración le recorría la frente.

No había descubierto el misterio que se escondía tras las puertas del salón de lady Harriet, un misterio que le había estado dando vueltas en la cabeza durante semanas. ¡Vaya imbécil! Había sido una pérdida de tiempo y de cabeza. Ahora comprendía que no era necesario saber. Lo único que debía hacer era meterse en el terreno de juego, hallar ese punto intermedio en el que él y su adversaria lanzaran los dados de mutuo acuerdo para mover sus piezas. Porque, en realidad, lo que importaba no era el juego, sino la capacidad de sus jugadores. El placer contra el amor. «La Nueva París» contra el «Salón de Té». ¿Quién ganaría? ¡Eso era lo verdaderamente importante! Y la respuesta era... él.

Cada noche, cuando veía ingresar a lord Forbes en las instalaciones de «La Nueva París», Bourke saboreaba el triunfo. El hombre parecía un maestro del hedonismo. ¡Al demonio el amor! Sí, estaba saboreando ese momento que tanto había imaginado: ver a lady Harriet ante él. Rendida, dándole la razón. O parte de ella, pues no era tan rencoroso ni incrédulo. Debían de existir personas que se amaran. Muy pocas, perdidas por el mundo, por supuesto. Pero no allí, en el

epicentro londinense, donde las apariencias, las normas sociales y las arcas patrimoniales pesaban más que cualquier sentimiento.

Nada peor que lord Forbes, un hombre con el corazón roto y una herencia tan suntuosa que le permitía alimentar a medio continente si lo deseaba. Peor para el amor, vale aclarar, pues, con tanto dinero, en vez de alimentar estómagos vacíos, compraba todas las atenciones habidas y por haber, que le hacían olvidar su nombre, su pasado y sus heridas.

Estaba tan de buen humor esa mañana que decidió disfrutar de un desayuno completo y relajado. Café, huevos, tostadas, lonchas de pavo, queso... Y frutas, todas las frutas de temporada posibles. Un pequeño festín a primera hora del día.

—¿Se encuentra bien, señor? —interrogó Harry al verlo comer un par de uvas verdes con tanta felicidad. Seguido de una loncha de pavo y queso. Para concluir con un higo.

—¡De maravilla! No recuerdo haberme sentido tan bien en mucho tiempo. —Sorbió café, estaba un poco atragantado, engullir y hablar no era recomendable —. Es más —continuó cuando tuvo la garganta liberada—, me atrevo a decir que ni las malas noticias del periódico podrían alterar mi bienestar.

—¡Pues ya mismo se lo traigo! —Harry dejó a su señor con la palabra y una tostada en la boca. El hombre fue en busca del periódico, quizás, con una lectura rápida, la verdadera versión Bourke volvía a tomar posesión de él—. Aquí tiene... —Lo apoyó en la mesa.

—No era necesaria tanta molestia —masculló entre dientes Jacob tratando de mantener la sonrisa en los labios. Cogió el periódico con desgana. La realidad era que prefería seguir flotando en su nube personal, donde el triunfo estaba garantizado. Lord Forbes había brindado con él hacía apenas unas horas. El lord lucía condenadamente feliz; de hecho, había pagado una ronda completa de champán para todos los presentes. No se cuestionó cuál era el motivo que había llevado al hombre a tal festejo. En «La Nueva París» cada uno brindaba por lo que le daba la gana; Jacob no cuestionaba nada, solo acompañaba con un buen servicio: esa era su función. Cogió otro higo, se lo metió en la boca y, como aún no estaba satisfecho, mordió una tostada. «A masticar», se dijo, «la combinación de sabores se dará sola». Desplegó el periódico y abrió una página al azar: ¡el apartado de sociales! ¡Otra casualidad! Intentó masticar más rápido, necesitaba

tragar con urgencia. Al demonio, habló con la boca llena—. Veamos a quiénes ha convencido de casarse... —Leyó los nombres de los tórtolos más recientes de Londres: Lord Joseph Forbes y Lady Florence Calum—. ¡¿Qué demonios?! —Escupió restos de tostada, de higo... de pavo, queso. Harry se atrevía a jurar que su jefe había escupido hasta los restos de las comidas de la semana anterior—. ¡No es posible!... No, no, esto no puede ser verdad. —Sorbió café, hizo gárgaras con la tibia infusión, tragó—. ¿De dónde has sacado este periódico? —dijo evidenciando las primeras señales de crisis mental. Lo sacudió, le dio vuelta para un lado, para el otro. Comprobó la fecha de impresión, la calidad del papel, la tinta.

—Lo ha dejado el repartidor, señor...

—¡¿Qué repartidor?! —Se incorporó con brusquedad. Casi arrastra el borde del mantel.

—El mismo de siempre. —Harry se encogió de hombros. La sonrisa se había borrado de los labios de su jefe—. ¿Algún inconveniente, señor?, ¿mala noticia? —Como buen empleado, había ojeado las noticias ni bien el periódico fue entregado. Desde su análisis, no había nada que pudiese preocupar o alterar a su jefe. Realmente no comprendía el origen de la desesperación repentina.

—¿Mala noticia? No, eso es quedarse corto con la expresión, Harry... —Caminó de un lado al otro del salón. Se mesó el cabello. Resopló—, esto es el colapso de la realidad tal cual la experimentamos, el mundo va a sucumbir. —El nivel de exageración de Jacob superaba la capacidad mental de Harry. El hombre lo miraba con ojos entornados. Bueno, haría a un lado el dramatismo e intentaría ser más claro para que lo entendiera—. ¡Lord Forbes anunció su compromiso!

—Oh, eso... sí, lo he oído y leído también —señaló el periódico. Hizo un ademán al aire quitándole importancia al asunto. No era una noticia preocupante. No era el fin del mundo como su jefe pensaba.

—Espera, has dicho que lo has oído...—Se acercó a Harry, como si el que no hubiese oído bien fuese él—. ¿Dónde lo has oído?, ¿cuándo lo has oído?, ¿cómo lo has oído? —lo interrogó como si este fuese un maleante y él un agente de Scotland Yard. Es más, ni respiró entre pregunta y pregunta. El interrogatorio repentino puso al hombre en jaque, no sabía si responder o no, temía por la sanidad mental de su jefe—. ¡Demonios, habla Harry, que tú no eres Lady

Harriet para jugar la carta del enigmático conmigo! ¡Vamos, hombre! ¿Dónde, cuándo, cómo? —repitió con insistencia.

—Ehhh... —Harry titubeó. Debía responder rápido y de manera concisa—. ¡En «La Nueva París»!, anoche... eh, de los labios de Lord Forbes.

—¿Eh? —No, no lo creía—. Debes de estar equivocado —Harry negó con la cabeza—, anoche estuve con Lord Forbes —Harry asintió, ¡Maldición! Jacob comenzaba a dudar de sus recuerdos—, brindamos con champaña... —Harry alzó la ceja derecha. Jacob tragó saliva. No dudaba de sus recuerdos, dudaba de su incapacidad para analizar el entorno—. Estaba feliz, con... —El que titubeó en esa ocasión fue él. Harry lo instó a seguir—, con ánimos de festejos, por lo visto tenía buenas not... —Harry se encogió de hombros—. ¡Mierda! —maldijo en voz alta al darse cuenta de lo que todos habían oído y comprendido menos él. Sintió que las piernas se le debilitaban, que le faltaba el aire. Apoyó su mano en el hombro de Harry para buscar soporte.

—Respire, señor... tranquilo. —Apartó una de las sillas más cercanas y lo guio hasta ella—. Siéntese, descanse, por favor.

—Yo brindé con él, Harry... lo hice. ¡No sabía por qué demonios brindábamos, pero lo hice!

—Y sí, señor, es parte de su trabajo —intentó consolarlo Harry, se lo notaba un tanto angustiado a su jefe, como si la fatalidad le hubiese rozado la punta de la nariz sin siquiera darse él cuenta—, ¿con cuántos miembros brinda por noche? Imposible recordarlos a todos, sin ir más lejos —lo palmeó a la espalda como a un bebé que se lo calmaba para dormir—, brindó también con el señor Parker. —Harry acompañaba a su señor en su jornada nocturna, pero a diferencia de Bourke, se retiraba pasada la medianoche a descansar, de esa manera, podía estar de pie en la mañana antes que su jefe. Jacob continuaba en «La Nueva París» hasta altas horas de la madrugada.

—Sí, el señor Parker... brindó por su buena racha en las carreras de caballos. —Jacob se apretó la cabeza con las manos, golpeó su frente, resopló, rio con sorna. Lo recordaba. Alzó su copa a la par de Parker por esos malditos caballos ganadores. Harry carraspeó, bueno, el señor Parker no le servía de ejemplo.

—También brindó con lord Jarvis. —Ni él recordaba el motivo del brindis, y eso que él no bebía, su señor lo recordaría aún menos, considerando que bebía con ellos. Un sorbo, solo uno, como muestra de cortesía. Pero un sorbo por aquí,

otro por allá, sumaban un par de copas al final de la noche—. Y Lord Jarvis tiene como deporte favorito brindar... —El hombre hallaba cualquier motivo para festejo con tal de beber en exceso. Nadie le prestaba demasiada atención.

—Brindó por la muerte de su tío... —rio con nerviosismo Jacob—, pues él es su heredero en la cadena sucesoria familiar. —También lo recordaba. Como recordaba todos los otros condenados, hedonistas y egoístas motivos de festejo. Lord Grammer festejó que su antigua amante, que lo había cambiado por un empresario americano, regresó rendida a sus pies. El señor Sheppard, festejó por la quiebra de su competidor de la industria algodonera. Lord Kenton, por su nueva adquisición de terrenos, uno que compró a mitad de su valor a Lord Carver, pues este necesitaba dinero para librarse de la prisión de deudores—. Lo recuerdo todo, Harry, yo siempre lo recuerdo todo, ya sabes lo que opino.

—Un brindis es motivo de celebración para ellos, y para nosotros, una oportunidad de información —repitió como si fuera una regla secreta dentro de «La Nueva París»—. Supongo que alguna vez puede fallar, señor. —Le dio otra palmada en la espalda—. A veces el agotamiento nos juega una mala pasada. —Pese a que se lo veía espléndido, lleno de vitalidad y dispuesto a afrontar cada día con más motivación que el anterior, por dentro, debería de estar luchando con un cansancio extremo.

—No a mí, Harry, llevo años viviendo bajo la influencia de la luna y la noche —concluyó para sí sumido en la resignación. Como si reconociera su error, no, error no, una ciega necedad. Si olvidaba lo que había oído, si se mantenía en la negación, quizás... nada sucedería, ¿verdad? Eso había sucedido con el brindis de Lord Forbes—. Todo estaba bien... —reconoció sabedor que había perdido. No era la primera vez en la vida que se hallaba frente a un fracaso, sin embargo, este tenía un sabor distinto en su boca. Le pesaba en el cuerpo, como si una gran roca hiciera presión en su pecho, una que lo agobiaba, le quitaba el aire—. Todo estaba bien hasta que... —Inhaló profundo, recuperó la estabilidad en su cuerpo y se incorporó.

—¿Hasta qué, señor? —Harry mantuvo la preocupación, los cambiantes matices emocionales de su señor eran una novedad para él, no sabía muy bien cómo ayudarlo. Y claramente, necesitaba ayuda.

—Hasta... hasta hoy —Si quería salvaguardar lo poco que le quedaba de sanidad mental, debía ser él quién diera el primer paso a la rendición, de lo

contrario, el otro paso que daría en dirección opuesta sería directo a la obsesión. Entonces, ella tendría razón. Entonces, ella volvería a ganar. Y al parecer, ella siempre ganaba, parecía que la buenaventura la acompañaba, la cogía de la mano y caminaba a su par. Nunca la abandonaba ¡Cómo la maldita y jodida primavera que estaba dispuesta a no marcharse jamás!

El sabueso escocés lo olió. Por supuesto que lo hizo, no habría otra explicación. En cuanto Jacob puso el pie en el sendero principal, Keith Duncan asomó la cabeza por la puerta y salió a recibirlo. Bueno, eso es un eufemismo; simplemente hizo lo que siempre hacía: cruzarse de brazos con una pose temeraria en el descansillo de la escalera.

—Ni te molestes en decirlo... —Jacob alzó la mano. Podía ver que los labios del hombre estaban decididos a recitar la misma frase de siempre—. No, no tengo invitación y, si te soy sincero, ya no la quiero. —La resignación se apoderó de su cuerpo. No tenía intenciones de desafiar ni provocar a nadie. Fin del juego para él. Estaba agotado, tan agotado, que tomó asiento en uno de los peldaños de la escalera. Indefectiblemente, le dio la espalda a Duncan—. Sabes, hoy me he dado cuenta de que vivir en la ignorancia, en ocasiones, es la única manera que tenemos para afrontar la vida. —Eso había hecho él con Lord Forbes, el hombre había brindado por su matrimonio y él decidió acallar esas palabras y dejar que la música y el alboroto nocturno tomaran la supremacía de su mente. Fue un recurso cobarde, pero necesario—. Creo que no estamos preparados para comprender la vida en todo su esplendor... para mantener la cordura, nuestra existencia debe limitarse a nuestro entorno. Cada uno debe construir su pequeño mundo privado... —Por un lado, «La Nueva París», por el otro, el salón de té. Dos mundos diferentes. Con habitantes diferentes. Con formas de vida igual de diferentes. Y los mundos no deben de mezclarse, pues cuando lo hacen, no se juntan tan solo colapsan, ¿verdad?—. Algo me dice, Duncan, que siempre has sabido esto, por eso no me dejaste traspasar esta frontera... —sacudió la cabeza, rio, reconociendo lo que, de seguro, Lady Harriet comprendió desde un principio. Que sus mundos podían coexistir sin necesidad de colapsar—. Lo que sea que suceda aquí dentro se aleja de todas leyes de la física de mi mundo...

—¿Por qué lo dice? ¿Acaso cree que la gravedad está jugando en su contra? —Quién preguntó no fue Duncan. Fue Harriet.

Jacob sonrió. Oír su voz le resultó placentero, como un rayo de sol de primera mañana en el rostro: cálido, que te recuerda que estás vivo y que has abierto los ojos un día más. Y eso, amanecer un día más, es el verdadero triunfo en esta vida. Giró el rostro y la vio sentada a su lado, un escalón más arriba. Harriet correspondió a su sonrisa. Por primera vez, no estaban el uno frente al otro como rivales o enemigos. Mejor dicho, Jacob no la veía así. Posiblemente nunca lo fue; él decidió otorgarle ese papel como mecanismo de defensa para mantenerse alejado de ella. De lo contrario, habría reconocido mucho antes que estar a su lado era reconfortante.

—Sí, pero no la gravedad de mi mundo... la del suyo, milady, una gravedad que me hace caer rendido a sus pies. ¡Me rindo! —Y al decirlo, se liberó. Porque el cielo nublado de su corazón se despejó y expuso la verdad de sus sentimientos. Ahí, a sus pies, comprendía que ella no era ni su amiga ni su enemigo, y, aun así, no podía dejarla ir. Se trataba de ella, no del juego. Pero esos extraños sentimientos que afloraban debían de ser analizados una vez que alzara la bandera blanca entre ambos, luego se retiraría a su mundo a tratar de descifrar la nueva melodía de su corazón.

—No tiene que rendirse, señor Bourke, nunca fue necesario rendirse. En cierta forma, siempre se lo he dicho, usted y yo somos los extremos de una misma cuerda.

—¡Lo dice usted! —carcajeó. Su trasero subió un escalón más y la igualó en altura. Uno al lado del otro, casi con los brazos pegados. Keith resopló con fuerza, nunca se había marchado, y con su bufido le recordaba a Jacob que mantuviera distancia—. Ya, ya... grandulón —Se separó un par de centímetros. Keith volvió a resoplar. Harriet rio—. De acuerdo —La distancia se amplió, un metro, quizás un poco más.

—Veo que se ha tomado muy en serio lo de ser extremos de una misma cuerda —se burló ella. Miró a Keith, le hizo un gesto, y deslizó su trasero para acortar la distancia—. No somos niños —dijo por lo bajo como una excusa. Le agradaba sentir el perfume del hombre. Una refrescante mezcla cítrica. Le recordaba a su fragancia favorita, el aroma de las verbenas a primera hora de la mañana, cuando estas estaban cubiertas de rocío—. Aunque reconozco que me

he comportado como tal... —No podía quitar de su cabeza los sucesos acontecidos en la noche en la que fue a «La Nueva París». Podía alegar que lo hizo en pos del bienestar de la pareja de enamorados que, huelga decir, ya se había casado felizmente. Pero no. Lo hizo en parte por ego y en parte por un extraño anhelo. Al igual que él, ella también tenía sus sombras; allí se resguardaba y construía primaveras y arcoíris para todos, pero no para ella. Su corazón habitaba una realidad con el mismo matiz que el de Bourke. No era que no creyera en el amor, sino que priorizaba la felicidad de los demás por encima de la suya propia. ¿Por qué? No lo sabía, y fue él quien despertó esa pregunta en su mente... en su corazón—. Si usted se rinde, yo también... aunque nunca fue mi intención convertir esto en una competencia, así que lamento si eso fue lo que le hice creer.

—No es necesario que cargue con esa culpa, si usted me hizo creer eso fue porque yo germiné esa idea en usted, milady. —Jacob flexionó sus rodillas y apoyó sus codos en estas, con la barbilla sostenida por sus manos. En esa postura, se dedicó a contemplar el jardín de ingreso, era preferible contemplar los rosales antes que el rostro de Harriet. De lo contrario, quedaría atrapado en su mirada y no podría escapar jamás. Quizás sí era una hechicera después de todo—. En su defensa, yo fui el primero en querer llegar al otro extremo de la cuerda.

—Tiene razón, y ha fallado en cada ocasión —se burló Harriet—. En cambio, yo... —Alzó el mentón con satisfacción.

—Eh, ¿acaso no hablamos de rendición hace apenas unos segundos? —La miró de soslayo. ¡Diablos! Estaba sonriendo. Regresó su vista a los rosales—. No vale vanagloriarse de batallas ganadas...

—De nuevo, tiene usted razón, señor Bourke. Además, es un falso triunfo, no nos olvidemos que yo profané su templo sagrado porque... porque usted me lo permitió. —Si él hubiese querido impedirle el ingreso, lo hubiese hecho, solo dejó que ella se escabullera.

—Se lo permití porque me tomó por sorpresa —mintió. El recuerdo de ella colgando del alféizar, luego en sus brazos, era la base argumental de todos sus sueños. Cada noche, de una u otra manera, la soñaba.

—El factor sorpresa siempre es el mejor... y usted es pésimo en ello —dijo casi sin pensarlo. Jacob rio a carcajadas—. De hecho, lo esperaba, sabía que hoy

iba a venir.

—¡Dios santo, tan evidente soy para usted! —continuó riendo. ¡Al demonio las rosas! —Volteó su cuerpo hacia ella tanto como pudo. Su rodilla flexionada tuvo que lustrar el piso de mármol del escalón para tener una posición cómoda —. Dígamelo a la cara, me ha tomado el pelo todo este tiempo, ¿verdad? He sido su entretenimiento personal.

—Si le sirve de consuelo, si yo hubiese estado en su lugar, hubiese hecho lo mismo —Se volteó a él, lo imitó en posición—, igual de evidente que usted. Y no, no le he tomado el pelo, aunque... —Se mordió el labio inferior para contener sus ganas de reír. ¡Demonios! Jacob comenzó a sentir calor en el cuerpo, al bordo del sofoco, el sol de primavera ardía como el de verano por culpa de la disimulada sonrisa de Lady Harriet.

—Dígalo, no se contenga, menos ahora que hemos alcanzado la tregua definitiva. —La observó con deleite, no fingiría, las mariposas de su estómago despertaban. Era en vano resistirse, al fin de cuentas, era primavera, ¿no?

—Aunque reconozco que ha sido un inesperado entretenimiento para mí, gracias, señor Bourke.

—Ha sido un placer, lady Harriet —dijo con una exhalación. Como si lo dicho fuese un punto final. Porque joder, de pronto, lo sintió así.

—Bueno, supongo que, si hemos establecido una tregua definitiva, este es el final, ¿no es así? —Se incorporó con lentitud, se acomodó la falda. Y desde esa posición vertical, lo miró, extendió su mano.

¡Mierda! Debía echarse atrás, la guerra debía continuar entre ellos si eso le permitía estar a su lado. Si con eso podía verla una vez más él... él estaba dispuesto a hacer colapsar su mundo contra el de ella. Sin embargo, no dijo nada, extendió su mano, cogió la de Harriet y se incorporó hasta igualarla en verticalidad.

—Así es, la tregua definitiva, el final... Usted siga con su trabajo, en su mundo, que yo haré lo mismo en el mío.

Las manos no se soltaban, no querían hacerlo. Las miradas tampoco. Parecían dispuestas a grabar ese instante en el tiempo para perpetuarlo, para hacer de ese encuentro un recuerdo eterno que hiciera un eco en el universo.

—Milady... —La más cruel realidad decidió intervenir en ese encuentro de almas y corazones solitarios. Una realidad con voz masculina y tono escocés.

Pues sí, Keith Duncan hacía su trabajo a la perfección, y eso incluía preservar la reputación de su señora. Ese contacto de manos también logró erizarle la piel al sabueso escocés. Rompía las reglas de todo protocolo... no social, sino emocional.

Harriet retrajo su mano, apartó su mirada de la de él, y con una forzada reverencia se despidió dispuesta a regresar a su mundo, uno sin Jacob Bourke.

—Milady... —Ese «milady» sonó diferente en labios de Jacob, la hizo detenerse sin siquiera dudarlo. Se volteó a él. Las miradas volvieron a unirse, anhelantes de permanecer unidas más segundos, minutos, lo que fuese—. Ha dicho que somos los extremos de una misma cuerda...

—Sí —susurró ella.

—Si usted, si su extremo es el amor... ¿qué queda para mí?, ¿el odio? —No quería ese extremo, pensar que él significaba eso para Lady Harriet mataba una a una a las mariposas recién nacidas de su estómago.

—No, señor Bourke ¿Quién le hizo creer que lo opuesto al amor es el odio?

Jacob se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo es?

Harriet regresó sobre sus pasos. Lo enfrentó, la distancia entre ambos volvió a ser mínima.

—No, señor Bourke, lo opuesto al amor es el miedo... la cobardía.

—¿Me está tratando de cobarde? —Lo era, pues lo que lo retenía allí era algo que le resultaba imposible de confesar. Reconocer lo que sentía lo hacía temblar como un niño aterrado.

—¿Lo es?

—No. —No era un cobarde, solo era un sobreviviente.

Harriet vio en sus ojos ese brillo que era el indicio de que una puerta se abría, una que dejaba entrar la luz. ¿Qué puerta? La de su corazón.

—De ser así, señor Bourke... ¡Bienvenido!

Capítulo 10



La puerta que se abría era más que simbólica. Tras el intercambio en el salón de té, a Lady Harriet le llegó una nota del señor Bourke. Ignoró a tía Poppy y tía Esme que arqueaban las cejas ante la incipiente sonrisa que asomaba en sus labios.

—¿No se rinde aún? —preguntó Esme, con hastío.

—Acordamos que ya no será un asunto de rendición —respondió Harriet, apresurándose en dirección a su secreter. Leyó las palabras de Jacob, se percató de su caligrafía firme y algo inclinada, como si el viento agitara su mano sobre el papel.

«Lady Harriet, me temo que su muestra de sabiduría no ha aplacado mi deseo de conocer más. Y como nada se da sin retorno, le propongo un trato. Usted me enseña qué sucede dentro del salón de té y yo expongo hacia usted qué tiene de seductor el hedonismo. Atentamente, a la espera de su respuesta. Señor Jacob Bourke. Pd: entenderé si mi propuesta es demasiado arriesgada, hay otras cosas que también son para valientes».

—Ay, señor Bourke —murmuró Harriet, conteniendo la risa.

—¡Ay, Señor! A secas —replicó Poppy, rodando los ojos. Esme la miró y negó con la cabeza.

—¿Pueden dejar de preocuparse?

—¡Jamás! —clamaron las tías al unísono—. Harriet, cariño, me alegro de que te estés divirtiendo, pero sabes lo que ha averiguado Amelie...

—¿Que lord Forbes es feliz?

—¡Eso no! —especificó Poppy—, que la señorita Vivian Gray parece obsesionada contigo.

—Y no es la única —musitó Esme—, al parecer te has hecho muy notoria últimamente.

Las mejillas de Harriet se colorearon. Tía Esme daba en el clavo, Bourke le otorgaba justo eso que le había faltado en su presentación en sociedad: atención. Y no una atención vacía o actuada, sino aquella que demanda una parte de uno. Tiempo, pensamientos, deseo de compartir. Jacob no se había dado por satisfecho, no parecía decir «hasta aquí» cuando de ella se trataba y... lo admitía, era halagador. Por su lado, como bien había dicho el hombre, nada se daba sin retorno, y ella empezaba a retribuir la atención con el mismo esmero.

—Pues Vivian Gray adora magullar vidas con sus cotilleos, no subestimo su capacidad de destrucción, pero tampoco me considero especial por ello. Su pluma viperina ha malogrado más de una felicidad, ¿por qué sería yo diferente?

—Pero para el señor Bourke sí eres diferente, ¿verdad? Por eso en él sí pones tu atención, ¿eso dices? —pinchó Poppy. El rojo de las mejillas viajó hasta las orejas de Harriet.

—Bueno... sí. Su atención se siente diferente.

—¿Has oído Esme, no ha dicho que es diferente, sino que se siente diferente?

—¡Venga ya! —se quejó Harriet, porque al rubor se le sumaba el ardor y empezaban a quemarle los lóbulos. Dejó a sus tías conversando, sobre ella, claro, y se enfocó en responder a la misiva.

«Señor Bourke, lamento que mis palabras fueran tan significantes para usted; pensé que, viniendo de una ingenua romántica como yo, caerían en saco roto. Viendo que no, la responsabilidad sobre mis obras me demanda compensarlo. Si aún se considera valiente, le extiendo una invitación al salón de té. No obstante... y es un «No obstante» muy amplio, de hacerlo debe someterse a las reglas. ¿Aún no lo abandona el coraje?, a la espera de su respuesta, Lady Harriet Ruthven».

—Keith —llamó a su custodio—, por favor, lleve la respuesta al señor Bourke. —Le extendió la misiva que solo lucía un pequeño sello de cera como muestra de intimidad.

Dado que sus tías asechaban para abordar una conversación que ella quería evitar, fue directo a la biblioteca a buscar una lectura reconfortante. No llegó a

elegir un tomo, que Keith estaba de vuelta. El corazón de Harriet se aceleró, lo primero que pensó era en que había sido rechazada, en que había llevado el juego de desafíos muy lejos.

Mil pensamientos pasaron por su mente antes de que su mano cogiera la carta y reaparecieran Poppy, Esme y, en esa ocasión, Susan, para observar su reacción.

—¡Dile, Keith! —insistió Susan, molesta porque el escocés fuera tan corto de palabras.

—El señor Bourke está en un carruaje a unos metros de aquí, por eso fue tan rápida la respuesta.

Era un hecho, el rubor de Harriet se había expandido por todo el cuerpo.

—¿Te ha salido una urticaria? —preguntó tía Esme, Poppy disimuló una tos —, le consultamos a Dupont si sus ágiles manos pueden preparar con la misma destreza un ungüento de caléndula.

Harriet las ignoró, pero cuando se volvió para leer la carta y vio su reflejo en el cristal, casi se espanta de lo sonrojada que estaba.

—Nunca conseguí ser comedida en mis reacciones —se criticó, había sido una de las razones de su fracaso social. En su rostro se leía el agrado, el desagrado, el hastío... pero era la primera vez que se reflejaba el virginal pudor ante la atención de un hombre.

—Al señor Bourke no parece molestarle —remarcó Susan, recibió un codazo de Poppy por respuesta.

Harriet se pasó el reverso de la mano por las mejillas, tratando de enfriarlas un poco, y leyó la nota:

«Lady Harriet, que usted hable de someterse a las reglas hace el asunto más interesante, siempre pensé que en sus labios —y en su pluma— la palabra reglas iría acompañada del verbo romper. No deja de sorprenderme, y como las sorpresas no son buenas para la salud en un hombre de mi avanzada edad, me someteré solo a una última. Una sorpresa que devele el resto de los enigmas. Extienda esa invitación y será retribuida con una igual para «La Nueva París». En sus manos, señor Jacob Bourke».

—¿En sus manos? —exclamó Susan, al arrebatarle la misiva. Tía Poppy y tía Esme le quitaron la nota a Susan para leerla, pero como una era miope y la otra tenía presbicia, debieron confiar en las palabras de la asistente.

—¡Basta de chiquilinadas! —las reprendió Harriet—, solo quiere conocer el negocio...

—Ay, sí, y yo soy un hada del bosque —replicó Susan.

—Además, ¿nosotras chiquilinas? —sumaron Poppy y Esme.

Tenían razón, había sido Harriet quien se metió en ese embrollo por comportarse como una niña desafiada en lugar de como una dama madura, al borde de los treinta.

—¿Qué harás? —insistió Esme, ante el silencio de su sonrisa.

—Invitarlo, claro, y darle una prueba de lo que sucede en el salón de té.

—¿Tendré que ser yo la que complete la pregunta? —inquirió Poppy, con fastidio. Al ver que Susan y Esme le daban la palabra, así lo hizo—. ¿Qué harás si se enamora de alguna de las invitadas?

—Celebrar ese amor —respondió Harriet, con la voz rasposa. Algo se le había atorado en la garganta.

—¿Y qué harás si es de ti de quien se enamora...? —completó Esme. Harriet ignoró la pregunta, le había dicho a Jacob que la cobardía era lo opuesto al amor, y allí estaba la prueba. Lo único que le impedía contestar era ese miedo atroz, descomunal... el miedo de que fuera, finalmente, su turno de amar.

Susan, Amelie, Alain y, en esta ocasión, Keith se pusieron manos a la obra. Más allá de las bromas y desafíos, el famoso formulario de ingreso que habían escrito Harriet con sus tías tenía un fin: conocer a sus clientes para otorgarle una experiencia única. Por eso, cada uno de ellos firmaba un acuerdo de confidencialidad explícito y uno implícito, ese secretismo era el que rodeaba al lugar y había enardecido la curiosidad del señor Bourke. Aunque no solo de él, claro, Harriet estaba ya al corriente de que se encontraba en el foco de atención de Vivian Gray. Esa mujer había arruinado a muchos de sus clientes e intentado arruinar a muchos otros, se trataba de un nuevo punto en común con el señor Bourke, ambos la detestaban y... ambos la espiaban. Pero Harriet no estaba dispuesta a condicionar su vida por el miedo al escándalo, ¡no hacía nada malo! Y solo una mente pervertida como la de la señorita Gray podía ver un comportamiento indecoroso donde solo existía amistad, compañerismo y, si todo salía bien, amor.

De modo que cerró sus oídos a los rumores en torno a Gray y los abrió a los que involucraban a Jacob Bourke. Cuando su nuevo *cliente* accedió a respetar las reglas, se refería a esto, a permitir que se inmiscuyeran un poco en su vida sin traspasar los límites de la intimidad.

—Hay realmente muy poca información sobre él —dijo Susan. Depositó su trasero en una butaca y comenzó a abanicarse con las pocas notas que había recogido—. ¿Quién lo diría? ¡Es intachable!

Intachable, lo que se decía intachable, no era. Sin embargo, la información sobre amoríos no formaba parte del reporte. Allí esas cosas no importaban, salvo que existiesen corazones rotos. Cosa que no estaban en el haber del señor Bourke.

—Pareces decepcionada —comentó Harriet, cogiendo las notas de Susan. Amelie tampoco había hallado nada relevante, solo que Bourke no confiaba en Gray ni había pactado con ella para destruir al salón de té.

—La ha enviado a plantar espárragos a Australia —confirmó Amelie, ampliando la lista a favor del señor Bourke.

—¿Por qué les cuesta pensar que no es tan malo? —preguntó Harriet, algo frustrada por la falta de información.

—Porque su salón de caballeros es el epítome de lo que usted detesta, la separación del alma y el cuerpo, la idea de que solo existe el placer material; y el espíritu... pues que Dios se encargue si existe. ¿Cuántas mujeres han languidecido por eso? —expuso Susan las palabras que siempre blandía Harriet cuando renegaba de la sociedad británica.

—Y eso no ha cambiado, lo que sí cambió fue mi idea de que los hombres que recurren a esos placeres lo hacen siempre por maldad. A veces, son solo las primeras víctimas de ese pensamiento; la ausencia de ejemplos felices los hace caer en el cinismo. Pero fíjate cómo reaccionan cuando al fin les presentamos la posibilidad... eso es lo que diferencia a los crueles y egoístas que solo buscan el placer, de aquellos que, desesperanzados, lo abrazan para llenar el vacío.

—Suele ser una buena jueza de carácter, milady, no seré yo quien se lo discuta —aceptó Amelie. Susan, en cambio, afirmó:

—Hasta no verlo, no lo creo.

Harriet sonrió.

—Ay, Susan, Susan... que la esperanza aluda a esperar, no quiere decir que sea una actividad pasiva. La esperanza es un ejercicio que demanda mucho trabajo, no se puede esperar mucho sin hacer nada, ¿verdad?

—Mmmm —fue su única respuesta. No era desprecio hacia Bourke, sino resguardo. Era evidente que Harriet empezaba a caer ante el extraño encanto del hombre, y como amiga de su señora, no toleraría que le rompieran el corazón. Equivocarse con Forbes o con Turnour podía ser riesgoso para el negocio, pero no peligroso de verdad. En cambio, arriesgarse así...

—De todas maneras, Susan, Amelie... si no consigo información de valor, será solo una visita ordinaria y una tarde amena. El enigma de nuestro salón de té no surtirá efecto.

Alain tampoco consiguió gran cosa, y Harriet se rindió a que solo pasarían una buena tarde, conversarían, quizá se abriera a conocer a alguien interesante entre sus invitadas y hasta allí llegaría. Tal vez había puesto muchas expectativas en el asunto. Sin más, se puso de pie para ir a supervisar la cocina de Dupont, cuando Keith regresó y, parco como siempre, dijo:

—Creo que conseguí lo que necesita.

Amelie, Alain y Susan se incorporaron, algo ofendidos.

—¿Tú?

Los tres solían ser los expertos en el asunto, nunca habían fallado... hasta ahora.

—Pues sí, soy más que un grandulón torpe, ¿saben? —se lamentó, dolido.

—Claro que sí, Keith... —Harriet lo consoló y lo acompañó a la sala—. Eres mucho más que eso, eres un amigo, un guardia, un cochero... y ahora... un informante de lujo.

—Bueno, tampoco para exagerar —se quejó Susan. Harriet clavó sus ojos en ella, la mujer se rindió y ocupó el lugar junto al escocés—. ¿Cómo lo has averiguado?

—Lo importante es qué ha averiguado.

—Permítame disentir —insistió Susan, aún ofendida por no haber sido ella quien hallaba la información. Si había un método que se le escapaba, quería conocerlo.

—Pues el cómo... bebiendo whisky escocés, claro. Con Harry y con mi primo Douglas. El qué...

—Sí, el qué... —Lo zamarreó Harriet, impaciente—, dime qué averiguaste...

Y a medida que Keith exponía algunos secretos guardados del señor Bourke, Harriet confirmaba algo que siempre guio su obrar: rostros vemos, historias desconocemos.

***

—El asunto requiere nuestra intervención, Poppy —anunció Esme a pocos minutos de que el salón de té abriera sus puertas y el *nuevo cliente* se apersonara.

—Me lo temía.

—Es más grave de lo que parece —dijo la mujer, blandiendo el informe de Susan. Un informe extra, en el que se rompían algunas reglas impuestas por Harriet. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—¿Qué dice allí?, ¿tiene hijos bastardos?, ¿está casado en otro país?, ¿debe dinero a un prestamista?

—No, no y no. Algo mucho peor... —Esme tomó aire antes de exponer—: es... es...

—Ay, por favor —se sumó Susan, que había conseguido eximirse de sus actividades por cinco minutos. Asomó la nariz por el corredor para constatar que Harriet no había notado su ausencia—. Lo que este hombre tiene es que es perfecto para Harriet y ella empieza a darse cuenta.

Esa noticia tomó por sorpresa a Poppy que le arrebató las hojas a Esme. Leyó por arriba lo que allí decía y negó con la cabeza.

—Nada de amantes escandalosas ni celosas, solo relaciones adultas consensuadas. Nada de deudas. Nada de problemas con el alcohol, el juego o cualquier otro vicio. Ni un acto de violencia en su haber. ¿Qué demonios es esto?

—¡La verdad! —explicó Susan—. Su apariencia de libertino hedonista no es más que una jugada publicitaria.

—Pero ese no es nuestro problema, Poppy —siguió Esme.

—Nuestro problema es que Harriet está armando todo para que el señor Bourke se vincule con la señorita Summer.

—¿Por qué? —preguntó Poppy, exaltada.

—¿Por qué va a ser, Poppy? ¡Porque se ha dado cuenta que Bourke se ha acercado a su corazón y tiene miedo! Lo que me lleva al principio de nuestra

conversación: ¡El asunto requiere nuestra intervención!

—Claro que la requiere —respondió la aludida, lanzando el informe al fuego. Harriet no debía enterarse de que habían indagado más allá de lo permitido por el salón de té—. Valentía no es no tener miedo, valentía es hacerlo con miedo.

—Y a veces, para atreverse a hacerlo con miedo... —continuó Esme.

—Es necesario un empujón —terminó Susan. Y las tres abandonaron la sala para ponerse en acción.

Capítulo 11



—¿Cómo que se ha torcido el tobillo, señorita Summer? —La muchacha estaba con un pie en alto, una taza de té sobre el vientre y rodeada de pastelillos especiales hechos por el señor Dupont.

—Ha sido un accidente de lo más tonto... —mintió la muchacha; antes de que pudiera continuar con su puesta en escena, hizo la entrada triunfal el señor George Redford. A la señorita Summer le temblaron las piernas y le comenzó a faltar el aire.

—Lo mejor para usted, señorita Summer —le susurró Poppy al oído.

—Oh, hacerles un favor a ustedes es lo más parecido al paraíso —respondió Summer en tono soñador. El señor Redford fue a su lado a saludarla.

—Me he enterado de la terrible noticia —dijo el hombre con su voz de barítono. Casi suspiran las cuatro mujeres presentes: Esme, Poppy, Harriet y, por supuesto, la aludida señorita Summer. ¡Ese hombre era magnético!—. Como una tarde sin usted es lo mismo que un día sin sol, prefiero el resguardo de esta sala en su compañía, que un segundo lejos de usted. ¿Le apetece que le lea?, ¿o prefiere que toque el piano?

—Tóqueme... —carraspeó Summer, se volcó el té—, que toque el piano. Eso sería maravilloso.

—Sus deseos son órdenes. —Sin más, el hombre fue al banquillo del piano y, con sus dedos ágiles y su voz de ángel, deleitó a la dama con la música.

—Bueno —se lamentó Harriet—, tendré que buscar un segundo plan para el señor Bourke.

—Lo pensé —dijo Poppy—, pero curiosamente todos están ocupados hoy. Puedes cancelarle al señor Bourke o...

—Ya está por llegar, ¿o qué?

—O ser tú quien haga pareja con él... ¡Solo en el tenis! —se apresuró a corregir Poppy.

Harriet miró derredor, su tía tenía razón, todos parecían ocupados. Cada pareja con su igual y, los que aún no habían encontrado un alma afín, parecían sufrir cada uno de una congoja diferente. Hmmm, era extraño...

Como extraño era que a la señorita Summer no se le hubiera inflamado el tobillo teniendo en cuenta que juraba no poder pisar. Keith anunció la llegada del señor Bourke y ya no hubo tiempo para cavilaciones.

—Bien, seré yo su pareja en el tenis. Luego veremos si la señorita Summer... —se interrumpió, era en vano insistir con ella. La muchacha estaba cautivada por Redford, y Redford por ella. Una nueva pareja exitosa, un triunfo que le sabía a traición dado que le rompía los planes.

—Eso, eso... —la empujó tía Poppy—, una actividad a la vez. Al fin de cuentas, es la primera vez que viene Bourke, recién estudiaremos su interacción con el entorno. No podemos encontrarle la pareja perfecta sin verlo en acción.

Su tía tenía un punto, de modo que, olvidando el contratiempo, fue en dirección al señor Bourke y lo saludó. Este devolvió la reverencia y le besó el dorso de la mano, antes de estudiar el ambiente con atención.

—No deja de sorprenderme... —comentó, caminando a la par de la anfitriona y regalando saludos al pasar. Algunos de los hombres de allí le eran conocidos, otros, en cambio, pertenecían a un mundo completamente opuesto.

—¿Qué hay de sorpresivo aquí, señor Bourke?

—Nada. Exactamente nada. Me esperaba hechizos, rituales, música sacra... no lo sé... cualquier cosa menos este ambiente... distendido —dijo al fin.

—El ambiente distendido es el hechizo. Dígame, ¿en qué otro lugar de Londres existe un espacio distendido?

—En «La Nueva París» —replicó, con una media sonrisa. Harriet le devolvió el gesto.

—Mmm, eso me han dicho, pero aún no lo he comprobado.

—¿Lo hará?, ¿realmente acepta el trato?

—Claro, o aún no se convence de que no soy una cobarde.

—De eso ya estoy seguro —susurró Jacob, y Harriet se estremeció—. Y dígame, además de panecillos, té...

—Vodka...

—Vodka... ¿qué planeamos para esta tarde? —Llegaron juntos a la mesa dispuesta al final del salón, allí Harriet cogió una limonada y Jacob se decantó por té frío. Se volvieron a ver a los presentes en un giro coordinado.

—En lo que a usted respecta, empezaremos por un partido de tenis. ¿Qué le parece?

—Me parece que Harry estuvo hablando de más... —siseó Jacob, sin ofensa. Había accedido a que indagara sobre él, a cambio, él podía indagar sobre ella cuando llegara el turno. Pero jamás pensó que Harriet hallaría ese detalle en su pasado, solo Harry estaba al tanto de ello. Ni siquiera Patrick lo sabía.

—Le ha costado una botella entera de escocés a Keith, así que cuenta como extorsión —bromeó Harriet—. ¿Por qué ha dejado el tenis? —le preguntó.

Su informe decía que el señor Bourke era un amante de ese deporte, lo disfrutaba como ninguno y se había destacado en él en la época del internado. Sin embargo, y pese a que tenía un traje de deporte en su armario, llevaba años sin practicarlo. Mas no podía deshacerse del equipo ni la raqueta, algo le impedía dar esa etapa de su vida como cerrada.

—No es una historia feliz —evadió él la respuesta. Fingió dar otro paseo, Harriet lo siguió hasta que abandonaron el interior de la casa y llegaron a los jardines. El silencio de ella no se sentía como indiferencia ante sus escuetas palabras, sino como un respeto a su dolor. Tal vez por eso se animó a decirle más—. En uno de los partidos que disputaba, se presentó mi padre ebrio. Gané, estaba feliz, pero esa felicidad me duró poco. Alguien provocó a mi padre sobre un asunto personal y... y terminaron a los golpes. Era joven y me costó entender que su comportamiento no me definía, sentí demasiada vergüenza, como si el borracho hubiera sido yo...

Caminaron un poco más, sus cuerpos estaban cada vez más cerca. Se dieron cuenta solo cuando sus manos se rozaron en el vaivén del andar. Se miraron sorprendidos, pero no se alejaron. Jacob volvió la cabeza, buscando el centenar de carabinas que lo juzgarían como un libertino y a Harriet, como una perdida. Nada de eso halló, estaban casi a solas, los demás absortos en sus charlas y juegos, sin meterse en la vida ajena. Sonrió.

—Empieza a entender la magia, ¿verdad, señor Bourke?

—Así parece, milady.

Anduvieron sin rumbo un poco más, hasta que las risas y señas los llamaron a regresar.

—Parece que ya es hora del partido... puede decir que no, si le resulta incómodo.

—¡Claro que no! Solo tengo una condición, que usted sea mi compañera...

—Menos mal que lo dice —rio ella, y el corazón de Jacob se aceleró más de lo debido—, porque quien iba a ser su compañera se ha torcido el tobillo —explicó, algo en su voz parecía remarcar que no creía que fuera así.

—¿No está tan segura?, ¿cree que complotan en nuestra contra? —preguntó, siguiendo la dirección de su mirada. Estaba puesta en el vestíbulo, donde tía Poppy y tía Esme aguardaban con la segunda pareja que disputaría el partido.

—Hasta hace unos minutos, hubiera dicho «no sé». Ahora... señor Bourke, estoy segura de que así es. De modo que le otorgaré la posibilidad de huir, se suponía que tenía que venir a conocer el lugar, pero me parece que mis tías lo han engatusado... Nos han engatusado...

—¿Huir, de qué? —preguntó; la sonrisa en sus labios no llegó a su mirada, en la superficie de sus iris la pregunta era genuina—. ¿De usted?

—De la trampa que mis tías han planeado.

La sonrisa al fin alcanzó su mirada.

—Nada he de temer —bromeó—, tengo a la compañera más osada. Sea cual sea esa trampa, venceremos, ¿no es así? —Le tendió la mano para sellar el pacto.

—Venceremos —reafirmó ella, sintiendo los dedos de él cercar los suyos.

Perdieron. Tanto en la cancha, como en sus suposiciones. Ilusos aquellos que creían que podían vencer a las confabulaciones de tía Esme y tía Poppy, más si ellas trabajaban en conjunto con Susan y sumaban aliados entre los clientes del salón de té.

Harriet había ideado el partido de tenis como algo distendido, un momento en el que su invitado pudiera reconectar con la pasión olvidada y, que, en ese contexto, se resaltara lo mucho que tenía en común con la señorita Summer. Nada de eso iba a suceder. La pareja contrincante sufría de un ¿golpe de calor? Lady Lucy y el señor Agar más que sufrir de un sofoco, sufrían de un ataque de

risa. Fingían no poder moverse por el vahído, mas las carcajadas eran incontenibles. Eran tal para cual, algo que Harriet ya sabía, ninguno de los dos era capaz de mentir.

—Las que sí son capaces de mentir son ustedes —dijo en dirección de sus tías y Susan.

—¿Nosotras? —clamaron las mujeres, ofendidas, llevando sus dedos índices al pecho en un gesto actuado.

—¿Qué traman? Ya les he dicho que nuestras diferencias con el señor Bourke están saldadas, no tienen por qué espantarlo.

—Claro, espantarlo —carraspeó Esme, Susan le palmeó la espalda.

En reemplazo de Lucy y el señor Agar, su tía Poppy había sugerido que se sumara al partido otra de las recientes parejas. La señorita Hilary Guest, la hija del vicario Guest, quien estaba invitado por ser el elegido por los enamorados para casarlos, y lord Marshall Desmond. Esos dos habían asistido al salón de té por sugerencia del mismo vicario. Lord Desmond llevaba visitando a su hija Hilary desde que sus padres habían muerto y no podían poner pegas a esa unión por debajo de sus condiciones. Pero, hasta ahora, no se había animado a proponer matrimonio. Hilary, por su parte, amaba a Marshall, mas no lo quería empujar a renunciar a una mujer con mayor dote y prefería seguir adorándolo como amigo. El espacio del salón de té era ideal para ellos dos, en opinión de Guest. Para ser vicario era muy abierto de miras.

—Será pan comido, milady —prometió Bourke. Debido al cambio de pareja, los reemplazantes jugarían con ropa de tarde y no con prendas deportivas al igual que ellos. Harriet observó a sus contrincantes y suspiró. Creía falsamente que sus tías buscaban el fracaso.

—Lo será —respondió, camino a la cancha de tenis. Keith había colocado la red y había alisado el suelo, pues no era una cancha profesional. La idea era pasar un buen rato.

—Al menos, será una sensación. —Jacob miró alrededor, todos los invitados se habían sumado como espectadores. Harriet rodó los ojos.

—Espero que no sea tímido.

—Oh, claro —respondió acercándose a ella—, Modesto es mi segundo nombre.

Harriet soltó una risa aliviada, no pretendía hacerle pasar un mal trago al hombre. Bueno, aceptó, tampoco podía salir tan mal con Hilary y Marshall del otro lado, ¿verdad?

Los dos vestían de negro, Marshall por el duelo y Hilary... ¡vaya uno a saber! Amaba el negro. Lucía un estilo gótico, algo recargado, que no se excedía justamente por ser monocromo. Si ese vestido con volados y frunces de tela fuese de colores, la verían desde América. Completaba su atuendo con un pequeño sombrero de lado que tenía un tul... del mismo color negro. ¿El parasol?, pues también. Lo depositó a un lado antes de posicionarse en el lugar.

—Los veo bastante seguros a ambos —le comentó Bourke, mientras hacía unos ejercicios de estiramiento. Harriet lo imitó y sintió la mirada fija del hombre en ella.

—Mmmm, ambos son más de gustos académicos... supongo que mis tías los propusieron para sacarlos de su zona segura, animarlos a ir más allá. Ya deberían estar casados...

—¿Ha podido casar a Forbes y no a esos dos? —preguntó sorprendido. Era evidente que Hilary y Marshall se amaban.

—Ya le he dicho, el miedo es el enemigo del amor.

—¡A sus posiciones! —clamó tía Esme. Jacob y Harriet se sonrieron y se apartaron. Bourke tomaría la parte trasera de la cancha y Harriet la delantera. Al otro lado, la disposición era similar, y le tocaba a Lord Marshall hacer el primer saque.

—¿Intelectuales de qué tipo? —preguntó Jacob, al ver la seguridad de su adversario.

—Fisicomatemáticos.

—Eh... —fue su onomatopeya sorprendida. La cual fue coreada por un «eh» igual de pasmoso por parte de Harriet.

Hilary se volvió hacia su compañero y dijo:

—Lanzamiento rectilíneo uniformemente acelerado en aproximadamente treinta grados en el eje horizontal y diez en el vertical.

—¿Con una fuerza de treinta newtons?

—Si quiere dar ventaja, milord... —bromeó Hilary. Harriet y Jacob se miraron, abrieron los ojos con desmesura. Entonces el lord hizo el saque, preciso, perfecto, que Bourke debió correr para alcanzar.

—¿Intelectuales, eh? —replicó Bourke. La pelota pasó por la red. Hilary la corrió y devolvió el golpe. Harriet alzó la raqueta, deteniendo el transcurso de la pelota y devolviéndola a la cancha contraria. Marshall la alcanzó, pero no consiguió imprimir demasiada fuerza, pasó rozando la red. Harriet volvió a golpearla, trató de desviarla lejos de los dos contrarios—. Buen golpe, milady.

—Fuerza centrípeta, milord —clamó Hilary a su compañero.

—¿De qué demonios hablan? —murmuró Jacob. Pero se quedó sin palabras cuando Marshall alcanzó la bola de espaldas y, girando con todo su cuerpo, dio un revés. La bola fue a toda velocidad hacia el rostro de Bourke, que consiguió golpearla pasándola al otro lado.

—¡Tercera ley de Newton! —recomendó el lord. Y Hilary alzó la raqueta, sin moverla, dejó que la pelota la golpeara y por su propia reacción, saliera disparada hacia el otro lado. Harriet se lanzó de pecho al suelo, sin éxito, la bola golpeó justo al lado de su raqueta.

Hilary y Marshall festejaron, Jacob se acercó a socorrerla y la puso de pie. Harriet se limpió el polvo.

—Conque esas tenemos... —dijeron los dos, entornando los ojos—, pues esa tendrán.

Volvieron a posiciones. La pasión competitiva se había apoderado de ellos, corrían, sudaban, daban todo de sí. Congeniaban para vencer a ese enemigo letal que estaba del otro lado. Hilary y Marshall seguían soltando órdenes en términos físicos; «lanzamiento de bola curva», «acción y reacción», «usted sea cateto mayor, que lanzará por la hipotenusa».

—Demonios, hoy he aprendido más matemática que en mis años de escuela —se quejó Jacob, Harriet le tendió la mano, pues su trasero había impactado sobre el suelo cuando alcanzó la bola. Ganaron ese punto, pero iban dos sets abajo. Se jugaban la dignidad.

—¡Última bola! —anunció tía Esme con cierto agrado en la voz.

—¿Lista? —preguntó Jacob.

—Nunca estuve más lista en mi vida —respondió Harriet.

Del otro lado anunciaron un movimiento en términos físicos, sacaba Hilary, defendía Marshall. De este lado de la cancha era Jacob quien custodiaba la red.

Golpe, pase, golpe, pase, golpe, pase... Los espectadores empezaron a clamar, a sostener el aliento. Se escuchaban los quejidos de los jugadores.

—Tercera de Newton —ordenó Marshall una vez más. Harriet ya había entendido muy bien lo que eso significaba: un golpe corto que caería muy cerca de la red. Corrió hacia ella, Jacob también, las dos raquetas se encontraron en el medio para impedir que la bola cayera al suelo, lo consiguieron, pero no sin enredarse en la red. Marshall aprovechó que los adversarios estaban en el medio.

—Cuarenta y cinco grados, milord... —animó Hilary.

—Cuarenta y cinco grados para usted, señorita Guest... —Y, con todas sus fuerzas, propició el mejor golpe de su vida. La bola tocó el lado interno de la línea de cancha.

—¡Punto! —gritó Esme, eufórica por el ritmo vertiginoso del partido—. ¡Punto y último set para la señorita Guest y lord Marshall!

—¿Hemos perdido? —preguntaron Jacob y Harriet en un susurro, enredados, mientras se miraban sin creerlo—. ¿Hemos perdido?

Pero nadie pierde cuando el que juega es el amor. Porque del otro lado de la red, Marshall abrazó a Hilary:

—Es usted la mejor compañera que un hombre podría tener...

—¿En el tenis? —preguntó ella—, ¿en la ciencia?

—En la vida... —Y la besó ante el clamor desbocado de los espectadores. Jacob y Harriet dejaron de lado su derrota para disfrutar de ese triunfo ajeno que iba más allá del partido. Se sumaron a los aplausos. El vicario Guest se acercó a la pareja:

—Espero que esto signifique una propuesta de matrimonio, milord.

Lord Marshall Desmond clavó su rodilla al suelo y, quitándose el anillo del condado, lo extendió hacia Hilary:

—¿Aceptas ser mi esposa?

—Sí, sí... mil veces sí. —Entre abrazos, volvieron a besarse.

Jacob apartó la vista de la escena un segundo, se dio cuenta de que sonreía como un niño, de que estaba hasta conmovido.

—Empiezo a entenderlo.

—No es magia, señor Bourke —lo animó Harriet, secándose una lágrima de felicidad. Siempre lloraba cuando atestiguaba una propuesta—, es amor.

—¿Y el amor no es magia? —susurró él, tomando recaudo que Harriet no lo oyera.

Los deportistas utilizaron las instalaciones para higienizarse y cambiarse de prendas. Susan ayudó a Harriet con premura, apenas le dio espacio para cotillear:

—Es que debo preparar un brindis para la pareja y usted está muy ocupada, milady.

—De eso nada, ni bien esté presentable, me encargaré de hablar con Dupont para que sirva algún tentempié y abriremos champán...

—Si así lo desea... —Susan sonrió, Harriet frunció el ceño. Esa sonrisa escondía algo, un secreto que no tardaría en descubrir cuando esta abandonó la habitación asegurando que volvería en un minuto y nunca lo hizo. Harriet aguardó unos cinco minutos antes de saberse engañada, terminó de peinarse por sus medios, recogiendo el cabello con un moño simple y abandonó la alcoba para reencontrarse con sus invitados.

O, mejor dicho, con *su* invitado. Los demás habían desaparecido. Harriet corrió hacia la ventana para ver los carruajes alejarse con destino a un improvisado picnic.

—¡Rayos! —Se volvió hacia Bourke, este le brindó una sonrisa confundida.

Jacob no comprendía bien qué sucedía allí, era consciente de que tía Poppy, tía Esme y Susan lo detestaban. También Keith. Y, sin embargo, parecían confabular ahora para brindarle tiempo a solas con Harriet. ¿Era una trampa o un obsequio? Porque si era honesto con él mismo, la idea de pasar más horas en compañía de lady Harriet se presentaba como el remate perfecto de esa tarde.

—En tal caso, supongo que debemos dar la velada por terminada —dijo Jacob, no sin un matiz de decepción en la voz.

—No voy a obligarlo a quedarse, aunque...

—Aunque... —pidió él, casi cualquier idea le sentaría bien si extendía el momento. La estaba pasando muy bien.

—Había planeado una actividad en el vivero.

La respuesta le impactó. Clavó en ella sus ojos y atestiguó el modo en que las mejillas de la mujer se coloreaban. Tenía una tendencia a ponerse roja como una fresa, una tendencia que hallaba encantadora. Nada de rubores fingidos, ni de gestos comedidos. No... toda ella se encendía ante el pudor.

—Vaya... —fue lo único que pudo responder. De pronto se sintió algo incómodo y tuvo el impulso de huir. Fue entonces, justo antes de que una excusa genérica abandonara sus labios, cuando comprendió a qué se refería Harriet cuando decía que la cobardía era el sentimiento contrario al amor. El vivero significaba enfrentarse a algo más hondo que la escena de su padre borracho en un partido de tenis. Expresó la línea de sus pensamientos en voz alta—: ¿Por qué no? El partido de tenis no salió tan mal...

—Perdimos —dijo ella, sin entender cómo había llegado a ese punto. Él rio.

—Me refiero a mi regreso triunfal a las canchas. Siempre temí que, si volvía a jugar, el recuerdo de ese bochorno me paralizaría. En cambio, lo excéntrico de nuestros contrincantes y lo... gratificante de mi compañera —le extendió la mano— hicieron del momento algo grato. Casi hasta siento deseo de retomar mis prácticas.

—Me alegro —respondió, depositó su mano en la palma extendida de él—. Eso quiere decir que está abierto a la posibilidad de recuperar su pasión por las plantas.

—Nunca la perdí, solo la soterré una temporada.

Él llevó la mano de ella a su antebrazo y juntos caminaron hasta el vivero de la gran casona. Harriet no pensaba hacer de ese plan algo en solitario, por lo que había dispuesto varios potes y preparados para replantar orquídeas. La idea era que las parejas, mientras trabajaban, pudieran tener conversaciones amenas y menos estructuradas de lo que permitía la sociedad.

—Sabe...—Jacob intentó que no se le notara el nerviosismo en la voz. Harriet no podía saber lo que implicaba para él volver a un vivero, había elegido esas opciones con información a medias, con lo poco que sabía Harry al respecto. Sin embargo, a cada paso que daba a su lado, más seguro estaba de que allí, aunque ella lo negara, sí había magia. Un hechizo que hacía al sol brillar en Londres y que conseguía que las cosas se situaran en tiempo y lugar. La sincronía es también una forma de milagro. Como no quería ahondar en eso, prefirió bromear a costa de ellos mismos—. Resulta que la señorita Vivian Gray tenía razón...

—¿Esa víbora? —masculló Harriet

—Veo que tenemos la misma apreciación sobre nuestra amiga en común —rio él—, pero ¿puede negarlo?

—¿En qué tiene razón?

Jacob se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—En que aquí suceden cosas escandalosas. —Harriet se estremeció, el aliento del señor Bourke le recorrió la piel como una brisa ardiente.

—¿A qué se refiere? —preguntó entre espantada y expectante. Algo dentro de ella, cuando estaba cerca de él, ansiaba el escándalo y no solo por el desafío a las normas, sino como un llamado a la libertad.

—He presenciado un beso, en plena luz del día, milady, ¿no le parece escandaloso? —fingió espantarse Jacob. Harriet rio, aliviada de poder escapar del camino oscuro de sus pensamientos, unos pensamientos que él parecía leer en su ya patente rubor. Rodó los ojos con exageración—. Huelga decir que he visto su enagua en nuestro juego de tenis, ¡más de tres veces!

—Y no cuenta con que ahora menciona esa prenda delante de una dama.

—¡Este sitio es la meca de lo indecoroso! ¿Qué dirán las matronas?

—Que eso es imposible, porque las respetadas lady Poppy y lady Esme jamás permitirían que algo así sucediera ante sus ojos... Ni contar con la solterona lady Harriet... —rio.

—Ya me lo sospechaba —entornó los ojos Jacob—, son una farsa. Traen aquí a dulces e ingenuos libertinos y, cuando menos se lo esperan, ¡zas!... Están en un indecoroso picnic donde dos enamorados se cogen de las manos. ¿Dónde han quedado los valores?

—Lo siento si esto es demasiado para el dueño de «La Nueva París», entenderé que quiera mantener su buen nombre al resguardo y no estar a solas conmigo en el vivero.

—Mi reputación ya está echada a perder —suspiró Jacob y elevó una plegaria a los cielos—, solo me queda confiar en que sus intenciones sean nobles.

—Todo lo noble que puede ser plantar orquídeas.

El vivero, debido al buen clima, estaba al descubierto. Varias plantas se disponían en el suelo, excepto las orquídeas que estaban en las mesas de trabajo junto al sustrato, los guantes y las pequeñas palas.

—Entonces, este era su gran secreto, milady.

—Le dije que no era gran cosa, pero se basa en una verdad universal, señor Bourke: las personas desean amar y ser amadas, es la sociedad la que se interpone con sus absurdas reglas. Lord Marshal llevaba meses visitando a la

señorita Hilary, era el ambiente lo que lo limitaba, con sus reglas de té, de conversación, de carabinas... ¿cómo podían descubrir que tenían tanto en común?, ¿cómo iba a atreverse a declarar su amor en un ambiente tan... tan... encorsetado? Necesitaba de ese partido de tenis tanto o más que usted, de lo único que me lamento es de no haberme dado cuenta antes. Tuvieron que ser mis tías, con vaya uno a saber qué maquinación, quienes cambiaron el curso de la tarde en su beneficio. —Se situaron uno al lado del otro en la mesa de trabajo y se colocaron los guantes en gestos casi idénticos—. Tal vez tenga razón, señor Bourke, tal vez sí haya algo de magia después de todo.

—¿Lo ve? Es lo que tiene ser un hombre racional e ilustrado... como tal, creo en la magia. ¡Aguarde!, ¿qué hace? —la detuvo al verla coger la orquídea.

—¡Me ha asustado!

—Y usted a mí. ¿Qué le han hecho esas raíces para que las desprecie tanto?

Harriet carcajeó.

—¡Qué exagerado!

—Venga, debe hacerlo así... —Cogió otra orquídea y procedió a desenredar las raíces con tanta delicadeza que Harriet abandonó su tarea solo para observarlo trabajar—. Las raíces son las más sensibles y delicadas; para que la flor sea hermosa, lo que no se ve debe ser nutrido y cuidado con cariño.

—¿Hablamos de plantas, señor Bourke, o su sabiduría va más allá?

—La mía no, yo soy un simple hombre de negocios, es la sabiduría de las plantas. Ellas nos enseñan lo elemental en la vida, su existencia es tan sencilla y a la vez tan perfecta, que le hacen preguntarse a uno qué demonios hace con la vida...

Era un enigma que Harriet no se atrevía a responder. Jacob continuó y luego cogió las tijeras, le explicó cómo diferenciar las raíces que necesitaban ser eliminadas de aquellas que aún podían aferrarse.

—Realmente sabe mucho de esto, ¿verdad? —Harriet posó su cabeza en la mano y siguió observando sin hacer nada.

—Y usted es una pésima alumna, ya veo que esta era la verdadera confabulación, necesitaban alguien que les trasplantara las orquídeas.

—Lo ha pillado, señor Bourke, es que el jardinero está enfermo —bromeó ella —. ¿Cómo puede haber abandonado algo que se le da tan bien? —soltó la pregunta en un susurro, no tenía intención de expresarla, solo le había nacido,

embobada como estaba ante las manos del hombre trabajando. No sabía por qué le gustaban tanto, se había quitado los guantes para ser más delicado y exponía sus dedos largos y firmes, sus tendones, al servicio de la vida. Suspiró.

Jacob también lo hizo. Luego pareció quedarse sin aire, hasta que fue capaz de vocalizar:

—No se lo he contado jamás a nadie... —Ella apartó la mirada de sus manos y la fijó en sus ojos—. Mi padre... esa tarde no fue la primera vez en estar borracho, tampoco la última. Él pasaba sus días así desde que mi madre lo abandonó... Nos abandonó —se corrigió con la voz ronca.

—Lo siento. —Harriet posó su mano en la de él.

—Mi padre, con la huida de ella, fue preso de una enorme ira. Se sentía estafado, quería eso que le habían prometido con el matrimonio: una mujer fiel, muchos hijos y una casa llena de bordados. ¡Estaba tan empeñado, joder! —maldijo, Harriet no se horrorizó, por lo que él se ahorró la disculpa ante su exabrupto—. Si tan solo lo hubiera dejado ir, ¿sabe?, si tan solo hubiera aceptado que su matrimonio fue un fracaso y se hubiera buscado una amante, como los demás... si hubiese asistido a un salón de caballeros a divertirse, a comprobar que su vida no terminaba con ella...

—Si hubiese existido una «Nueva París» para él —completó Harriet.

—Entonces, tal vez, yo no hubiese perdido a mi madre por su egoísmo y a mi padre por su rencor. —Soltó una de esas risas que más que risas son bufido—. Aquí me ve ahora, sigo siendo un pobre niño sin amor. Uno con algunas canas en su cabello y dolor de rodillas...

—No desmerezca su dolor, y no hablo del de la rodilla... Aunque ¿se la ha hecho ver por un médico? —Jacob sonrió, ella volvió al tema principal—, me refiero al otro dolor. Cada uno carga con lo suyo como puede. Y ya ve, otra vez la prueba, somos dos extremos de la misma cuerda... ¿Cuánto sufrimiento se ahorraría si los matrimonios, los cortejos, fueran siempre honestos? Nada en mí se opone a quienes buscan disfrutar, me opongo a quienes creen que ese disfrute solo se halla fuera del matrimonio. Y eso, por lo visto, fue lo que la huida de su madre implantó en usted.

—Y yo era sustrato fértil, porque echó hondas raíces.

—Todos los niños fueron, son y serán sustrato fértil, señor Bourke.

—Con mi madre compartíamos la pasión por las plantas, eran nuestros únicos momentos juntos. Cuando se fue... bueno, yo intenté continuar, pensaba que ella regresaría y que estaría muy orgullosa de cómo había mantenido el vivero. —Los dedos de ella se enredaron en los de él, le quitó la pala y lo instó a mirarla a los ojos—. Como imaginará, no volvió, y cuando lo entendí, eché llave al lugar y nunca más volví. —Retomó la tarea con las orquídeas por la necesidad de hacer algo que lo distrajera de la mirada de Harriet, sentir los ojos de ella en él se percibía como un abrazo—. En realidad, miento, sí volví... Cuando mi padre murió de cirrosis fui para poder vender la casa.

—¿Y cómo se sintió?

—Extraño... algunas plantas habían muerto, pero otras habían crecido demasiado. Nadie se había ocupado del lugar en mi ausencia y, en lugar de muerte, había vida. Vida salvaje, desordenada, pero vida...

—Tiene razón, Jacob —dijo, llamándolo por su nombre de pila—, las plantas enseñan. Los corazones se pueden cerrar, pero la vida que habita en ellos siempre encontrará el modo de perdurar, hasta poder romper la estructura que los encierra... Hay flores que crecen hasta entre los adoquines.

No volvieron a hablar del tema, el resto de la tarde la pasaron plantando orquídeas y riendo de la torpeza de Harriet. Al fin de cuentas, ella no estaba en los planes, era un truco de magia más de ese ser que algunos llaman destino.

Capítulo 12



Se encontraba en su despacho, con el libro contable sobre el escritorio y la vista puesta en la ventana. Lanzaba al aire una bola y la cogía de manera mecánica. Su mente estaba lejos de los números, que ya no lo agobiaban, y más cerca del verdadero enigma que llevaba semanas sin soltar sus ideas: Lady Harriet.

Repasaba una y otra vez, como un niño con su cuento preferido, lo sucedido en el salón de té. Entendía por qué Patrick no le había podido explicar lo que allí pasaba, por qué solo con los propios ojos se podía descubrir el encanto. Él, que jamás se había abierto emocionalmente a nadie, había clavado un puñal en su pecho y develado varios secretos de su pasado.

No recordaba la última vez que había hablado de la ebriedad de su padre o del abandono de su madre; mucho menos tenía presente un momento en que hubiera relatado tal historia sin atisbos de vergüenza. Harriet parecía habérsela sonsacado con la misma delicadeza que él trataba a las raíces de una orquídea.

Ahora tenía que enfrentar otra verdad, una que no estaba en el pasado, sino en el presente: Lady Harriet se había colado en su pecho y era hora de tomar una decisión, o la dejaba enraizar o la arrancaba antes de que fuera demasiado tarde.

—Señor Bourke —Harry llamó su atención, traía café y las misivas de la mañana—, la señora Jackson ha enviado una nota, su mensajero aguarda por respuesta.

Jacob sabía de qué iba la nota, la respuesta que tenía que dar estaba ligada a la pregunta central, ¿seguir adelante con Lady Harriet? Cogió la nota y vio que

Harry esperaba, tenía que llegar a un veredicto en ese mismo instante. No siempre la vida nos da la oportunidad de sopesar las opciones.

Soltó la bola y la reemplazó por una pluma, se inclinó sobre el escritorio, pero su mano quedó pendida sobre el papel sin escribir nada. Un pequeño temblor en su pulso se manifestó como la verdad de sus sentimientos:

—Tengo miedo... —susurró tan débilmente que Harry no lo oyó. Eso era lo que pasaba, Harriet era más sabia en ese aspecto, la cobardía era lo contrario al amor. Se hallaba, debía reconocerlo, ante la puerta cerrada de otro enigmático salón, uno que nunca se había atrevido a conocer. Harriet lo había invitado a abrir esa inesperada puerta, tras esta se encontraba el miedo de terminar atrapado en la vida de su padre o dar un paso a ese mundo que ya no se le presentaba como gris, sino lleno de colores. ¿Qué lo retenía?, pues lo evidente, no sabía si Harriet también atravesaría esa puerta con él—. Ella también tiene miedo...

—¿Señor? —Harry había escuchado su segunda proclamación. Jacob lo ignoró, no por malicia, sino porque no podía escribir, pensar y responder tres asuntos separados. Pero al menos sí tenía una certeza, cogió el papel y respondió a la señorita Jackson.

«Por favor, envíe el vestido a Lady Harriet a través de nuestro sistema de entregas habitual. Ellos sabrán preparar el paquete indicado. Muchas gracias, atentamente, señor Jacob Bourke». Puso el sello y se lo extendió a Harry. Tras lo cual, se sirvió un café y volvió a coger la bola.

Había meditado mucho sobre la segunda parte de su acuerdo, y la razón era lo que esa mañana le había hecho temblar el pulso. No quería que lady Harriet saliera herida. La primera parte del pacto había sido el salón de té, ahora era su turno de revelar los placeres de «La Nueva París», con la salvedad de que él no saldría mancillado por visitar un evento *supuestamente* rodeado de matronas, en cambio Harriet caminaría en la delgada línea del peligro.

¿Y si caía, él estaría dispuesto a extender los brazos para salvarla?, ¿y si no se atrevía, quería decir que el único en enfrentar la cobardía era él?

No iba a pensar más, se volvería loco. Era mejor dejarse llevar. Ese fue su veredicto, soltó la bola y se puso a trabajar. Pero en su mente, en ese rincón al que había empujado sus miedos, brillaba una certeza. Nunca sabías lo que el otro sentía, nunca estarías seguro de eso, enamorarse era un riesgo, siempre lo

sería, por eso para amar había que tener coraje... el mayor de los corajes, el de mostrarse vulnerable. Él ya lo había hecho, ¿Harriet, lo haría?

***

Harriet sintió un cosquilleo intenso en la boca del estómago, una cosquilla que ascendía hasta su garganta y pujaba de sus labios para dibujar una sonrisa. Quería contener la respuesta física, disimular... le estaba resultando imposible.

—¿No dirás nada? —le preguntó a Susan, quien estaba a su lado y, más que mirarla, la estudiaba en detalle.

—¿Yo? —Se señaló con exageración.

—No sé qué les pasa, las tías están igual que tú; pasaron de opinar de todo a estar más calladas que un monje de claustro.

Susan se encogió de hombros. Calladas, lo que se decía calladas no estaban. Cuando las tres mujeres se reunían, una bandada de pericos hacía menos ruido que ellas. Solo mantenían sus bocas selladas ante Harriet, porque no querían intervenir en el curso de la historia. Confiaban en ella, en su sentido común, pero también entendían que era necesario que tomara un par de riesgos. Las tres mujeres habían estado a su lado en los tiempos de su presentación en sociedad, habían atestiguado su decepción, su aburrimiento... y ahora eran espectadoras de un cambio en ella. Si se convertían en chaperonas, en la voz de la conciencia, Harriet se vería una vez más como en aquel entonces, encorsetada en las reglas sociales.

El salón de té dependía de su buen nombre, pero ¿su felicidad?, ¿valía el salón de té que ella apartara su dicha en pos de la de los demás?

Si se expresaban y, por casualidad, ese pensamiento se colaba en sus palabras, dinamitaría el entusiasmo de Harriet y la haría dudar. Dudar más de lo que ya lo hacía.

Para enfrentar el temor que provoca abrir el corazón hay que erradicar el resto de los temores: al qué dirán, al efecto que nuestros actos tienen en los demás, a las consecuencias en uno si las cosas no salen bien. Así que Susan, con todo esfuerzo, mantuvo su boca cerrada y observó.

Observó cómo Harriet se sonrojaba, cómo plegaba la misiva que tenía en sus manos, cómo sus ojos buscaban un punto en el jardín y meditaba. No había

abierto el resto de los obsequios, sino que fue directamente a por sus palabras. Atesoraba más lo que Jacob Bourke tenía para decir que lo que tenía para regalar.

«Mi estimada Lady Harriet, he analizado mucho nuestro acuerdo y me debato entre los dos extremos: el de valerme de él para compartir una nueva velada y el de permitirle deshacerse de él como un caballero. Y ahora estoy escindido entre dos posturas, la de lanzarle un desafío, sabiendo que no puede negarse a uno, y la de dejar un espacio en blanco como si fuera una bandera de rendición. Entonces, como soy un decidido indeciso, he hecho ambas. La invitación a la ópera sigue en pie, los obsequios son suyos, elija lo que elija, y un carruaje la esperará después de la ópera... de usted dependerá subir o huir. Suyo, señor Jacob Bourke».

Susan se movía inquieta en la silla, ¡quería saber! Y la espera empezaba a ser una tortura. Sin más, olvidando lo acordado con tía Esme y tía Poppy, se puso de pie y le arrebató la nota.

—¡Ey!

—Es que tienes cara de que se ha muerto alguien... —se defendió Susan.

—¡Claro que no! —Harriet volvió a coger la carta. Ahora Susan sabía que había una invitación más allá de la ópera, esperaba que cerrara la boca con sus tías—. Es solo que... —Se volvió a mirar la ventana.

—Ay, mi Dios —se quejó Susan y se dejó caer en la silla con poca elegancia—, has visto a tantas mujeres en tu situación y ahora no puedes reconocerte en ella. Dime que no piensas que el señor Bourke está siendo *frío*, o que se ha *arrepentido*.

—¡Susan! —Tía Poppy la reprendió desde la puerta.

—Hemos acordado no meternos —dijo tía Esme, revelando su presencia.

—¿Y escuchar tras la puerta es no meterse? —inquirió Harriet, se permitió sonreír. Las prefería así, que en el ostracismo anterior.

—¡Niña, es que te estábamos dando espacio!, ¿no es eso lo que hacemos en el salón de té?, ¿dar espacio?

—Espacio a los enamorados —especificó ella. Susan negó con la cabeza, sus tías se sumaron a ese baile de cráneos.

—Aún no lo asume.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Esme. Harriet ardió, Susan le sirvió de aliada.

—La invita a la ópera, y le ha obsequiado todo eso que aún no se dispone a abrir.

—Es una invitación normal —dijo en su defensa, agradeciendo que Susan no contara el resto—, es más, ustedes están invitadas también.

Las tías se miraron de soslayo.

—Le dice que puede negarse —agregó Susan, seguido de un—: hmmm-hmmm.

—Hmmm-hmmm —corearon las tías.

—¡Venga ya!, ¿por qué no dicen lo que piensan? —se frustró Harriet. Fue su turno de dejarse caer rendida en el sofá.

—¿Tú qué piensas? —indagó Susan.

—Pienso que le da igual, que lo hace porque fue parte del trato, pero me permite negarme —confesó, disfrazando el tono angustioso de su voz con uno de absoluto pragmatismo. Las risas de las tres la obligaron a incorporarse—. ¿De qué se ríen?

—Cuando los poetas se enamoran, se ponen tan cursis... —dijo tía Poppy.

—Cuando los hombres serios se enamoran, se muestran tan pragmáticos... —agregó tía Esme.

—Pero cuando los hombres esquivos se enamoran... —siguió Susan.

—¡Son unos completos cobardes! —completaron a coro.

—Ay, mi niña —retomó Esme—, estás haciendo a ese hombre temblar. ¿No lo ves?

—No... —reconoció ella, frunciendo el ceño. No lo veía en absoluto. Las tres mujeres volvieron a carcajear.

—Lo que tía Esme quiere decirte, y yo soy más didáctica —tomó la palabra Poppy—, es que esto ya no es un juego, Harriet. Que la decisión que tomes al respecto es importante, aunque él no lo diga directamente, porque está un poquitín asustado...

—¡Terriblemente aterrado! —corrigió Susan.

—Decía —Poppy calló a Susan con una mirada—, la decisión es si tomas lo que él quiere darte. Sé que eres una buena muchacha y entenderás lo que implica aceptar su invitación a la ópera...

—Menos mal que tú eres la didáctica, tía Poppy —se lamentó Harriet. Susan rodó los ojos.

—Lo que te dicen es que él ya cayó rendido a usted, milady. Si va a la ópera, es una aceptación de su muestra de cariño y una respuesta afirmativa de su parte. Si va y no lo quiere, sería cruel, sería como esas vanidosas muchachas que han jugado con esos corazones que llenaron tanto al salón de té de miembros como a «La Nueva París» de clientes. Si sus sentimientos no son los mismos, deberá rechazar la invitación amablemente... y como el señor Bourke está aterrado de que eso suceda, en lugar de expresar eso libremente, anda ahí de metáforas de banderas blancas y *nosequé*.

Poppy intentó alcanzar la misiva para leer con sus propios ojos la metáfora de las banderas blancas, pero solo frunció el ceño y se lamentó de no llevar sus gafas. Harriet recuperó la carta y la guardó en su secreter... ¡Bajo llave! Miró a Susan una vez más en mutuo entendimiento. Era más que una invitación a la ópera.

—¡Ahora, abre los obsequios! —se quejó Esme, demasiado ansiosa ante los paquetes envueltos en papel de seda y con moños dorados.

Harriet aceptó a regañadientes; temía que entre los regalos hubiese una señal de que el plan implicaba algo más que una ida a la ópera. No sabía qué, ese era el pacto. Así como ella lo había sorprendido con las actividades del salón de té, él le mostraría por qué tantas personas buscaban diversión en «La Nueva París». Optó por comenzar con el envoltorio más grande y amorfo, tampoco ella conseguía adivinar qué contenía.

Deshizo el lazo y el papel de seda cayó revelando un helecho. Las hojas estaban sujetas para que no se dañaran con el traslado y las desató también. Entre ellas había una nota mucho más breve:

«Si matas un helecho, debes resignarte a que la jardinería no es lo tuyo. J.B». La sonrisa se abrió paso en su rostro ya sin poder ser contenida.

—¿Creen que necesite sol, medio sol, sombra...?

Tía Poppy le arrebató la planta como si se tratara de un niño al que una cruel bruja estuviera por asesinar. La acunó sobre su pecho.

—Aleja tus manos criminales de esta pobrecita. —Miró derredor hasta hallar un sitio perfecto y la depositó allí con cuidado. Cuando regresó, Harriet abría el siguiente regalo.

El estuche llevaba la marca dorada de Peterson, el joyero más exclusivo de Inglaterra. De pronto la sonrisa se borró y tomó real conciencia de lo que Susan le había dicho: aceptar una joya así era una declaración por sí misma. Obsequiarla también. Hay gestos que hablan más que mil palabras, y para aquellos que las palabras le son esquivas, los actos son su idioma.

La joya... o, mejor dicho, las joyas no llevaban nota. Levantó la tapa, revelando el contenido, y se quedó sin aliento. Sus tías y Susan asomaron sus cabezas por encima de los hombros de Harriet y, a diferencia de la dama, dejaron ir sus exclamaciones.

—Podría ser una piedra más grande —comentó Susan, consiguiendo que dejaran el estupor y lo reemplazaran por humor.

—Ay, Susan... —la reprendió entre risas Esme.

Eran unos diamantes pequeños, sí, pero de una belleza descomunal. Una piedra más ostentosa podría considerarse una muestra de posesión, de nuevo rico o de intención de compra. En cambio, aquellas piezas perfectas de joyería eran acordes a una lady... Eran acordes a un caballero cortejando a una lady. Porque, si las aceptaba... si dejaba que esos pendientes y ese pequeño colgante decoraran sus lóbulos y cuello, estaría aceptando mucho más. Cerró el estuche con aprensión, necesitaba pensar qué hacer al respecto, por lo que fue a por el último obsequio.

Se trataba de una caja bastante grande y plana, esta sí tenía una pequeña nota: «Para la ópera. J.B.». Deshizo el lazo y abrió la caja. El terciopelo púrpura brilló bajo el sol, mostrando su tornasolado.

—¡Rayos! —masculló. Tragó saliva, si la pieza de joyería era íntima, esto...

—¿Rayos?, pues maldice bien, muchacha —la reprendió Poppy—, porque tendrás que hacer algo al respecto.

Harriet extendió el vestido, era tan hermoso que la dejaba sin aliento. Su piel cosquilleaba por el deseo de ponérselo, de vestir ese terciopelo. Pero también de que él la viera usarlo, de que sus ojos la recorrieran, de que reparara en los detalles...

Al igual que él en el salón de té, Harriet finalmente lo entendió. Era puro placer, era permitirse por una noche todos esos pecados que la sociedad castigaba: la vanidad, la avaricia, la lujuria... Era abrir las rejas de esa jaula que ella había experimentado en su presentación social y que había intentado

romper con el salón de té. Mas no había llegado tan lejos, aún eran unas damas respetables que ponían límite al placer; la invitación era a romper ese último límite... con él. A conocer aquello que le era vedado a las señoritas, aquel misterio que tenía como fin dominar, someter: mientras las damas soñaran con romances ingenuos y los caballeros tuvieran sueños de lujuria, ambos mundos no se entenderían jamás. Se elevaría la lucha de los sexos, hombres contra mujeres, una lucha que se llevaba a la intimidad de los matrimonios y los condenaba a la infelicidad.

Y esa infelicidad era muy rentable. La gente compra más cuando es infeliz, compran vestidos para sentirse bonitas al ser ignoradas por sus esposos, y estos, regalan joyas para compensar sus fallas. La gente infeliz compra el folletín de Vivian Gray, para comprobar que otros son tan infelices como ellos. Los desdichados emprenden proyectos vacíos, que abandonan después, al darse cuenta de que no llena el espacio en que debería estar el amor y el placer: grandes casas para mostrar que serán infelices pero ricos; grandes viajes para constatar que, al menos, no son desdichados bajo el mismo techo que sus criados... Alcohol, juerga, apuestas... Dinero, dinero, dinero... La infelicidad era el gran negocio del mundo.

Harriet lo había intentado desafiar; Jacob, en cambio, intentó domarlo, coger ese negocio por las riendas e impedir que dañe a alguien más. Pero solo las dos caras de una moneda construyen la verdad del objeto, no se podía entender a Harriet sin Jacob ni a Jacob sin Harriet.

Él se había atrevido a ver el otro lado, ¿se atrevería ella?

—No me lanzas un desafío —Contestó a las palabras escritas por Jacob—, pero igual yo recojo el guante, señor Bourke.

Era hora de prepararse para enfrentar la segunda parte de su acuerdo y averiguar si, en efecto, eran dos caras de la misma moneda.

***

En cuanto la vio llegar a la ópera, sintió que el mundo se abría bajo sus pies. La espera había terminado, la incertidumbre también. Lady Harriet había aceptado seguir el juego, ver dónde los llevaba, y eso lo llenaba de expectación. La ópera estaba a rebalsar de personas, las mujeres Ruthven se abrieron paso, saludando

cordialmente de camino al palco de Lord Thomas Ruthven. Las miradas estaban puestas en Harriet, susurraban a su paso.

—Las sonrisas son relajadas, Bourke —le dijo Peel a su lado, le golpeó la espalda—, si aprietas los dientes, más que sonreír, parece una amenaza de un felino.

Intentó aflojar la mandíbula.

—¿Así?

—¡No! —rio Patrick y buscó en la multitud lo que había provocado ese extraño gesto en su amigo. No tardó en encontrarla, Lady Harriet no pasaba desapercibida con su vestido color obispo—. ¡Vaya!

—Exacto, vaya...

Los amigos se encaminaron a su propio palco, Bourke había alquilado el que estaba enfrentado al de Lord Thomas, como parte del juego de seducción. Pero ahora quería enviar todo al demonio, secuestrarla como un pirata y llevársela de allí. Una vez atravesaron la cortina, un lacayo les acercó una bandeja con champán. Cogieron sus copas y, en lugar de sentarse, se apoyaron del borde del balcón a la espera de que las damas reaparecieran. Patrick había invitado a Hyacinth y a la señora Anglich, pero estas estaban muy apremiadas con los preparativos de la boda y no pudieron asistir. Peel intentaba disimular su aburrimiento; sin su prometida, la ópera no le representaba demasiado entretenimiento. ¿Con quién podría sentarse a hablar de cuántos gusanos de seda habían sido necesarios para el vestido de Lady Beatrice?, ¿y con quién bromearía sobre el hecho de que usaban caca de gusanos? De pensar en esa conversación, sonrió solo, ajeno a que la mandíbula de su amigo había vuelto a tensarse.

—¿Puedes explicar qué te sucede, Bourke? El rechinar de tus dientes es demasiado molesto y me arruinará el espectáculo.

—¡Mis dientes no rechinan!

—Te quedarás sin molares, ¿quieres un hueco en tu sonrisa? —Esa amenaza dio resultado, Jacob tenía su dosis de vanidad y sabía que su sonrisa era su mejor rasgo: blanca, con todos los dientes y bastante pareja. Bebió un sorbo de champán, en el mismo instante en que Lady Harriet reaparecía en su palco. Soltó el aire aliviado.

—Soy un mero burgués; aunque los tiempos cambien, Patrick, tengo menos posibilidades...

—¿Desde cuándo eso fue un impedimento para ti?

—Nunca lo fue, ni lo es ahora. Lo que intento decir es que... míralos... Actúan como si fuera la primera vez que la ven, como si lady Harriet fuera una debutante y esta, su primera aparición en sociedad. ¡La han ignorado siempre! La han tachado de vieja o de simplemente «un buen partido», como si fuera una mera inversión. Y ahora, basta con que... —Los dientes volvieron a rechinar.

—Con que tú pongas los ojos en ella para que todos se den cuenta de su valor... —Patrick rodó los ojos—. Hombre, llevas toda la vida diciendo que la sociedad es una panda de peleles, y ahora te sorprendes porque se muestran como una panda de peleles. Deberías estar orgulloso de haber probado que siempre tuviste razón.

—Mmm...

Patrick se sentó con gracia en una de las butacas y miró la escena, la espalda de su amigo le impedía divisar el escenario, sin embargo, el espectáculo tenía lugar en otro lugar. Allí, entre esa gente que va a mirar y ser vista, que vive y respira por y para la aprobación ajena.

—¿Me dices que preferirías estar equivocado? —lo pinchó, sabiendo la respuesta.

—Si un error mío le ahorraba dolor a ella...

—¡Lo sabía! Sabía que lo entenderías...

—¿Qué cosa? —preguntó Jacob, apartando la mirada de Harriet a fuerza de voluntad.

—Has descubierto el enigma, mi gran amigo, pero... ¿qué es el saber sin la práctica?, la pregunta entonces serás, ¿qué harás con lo que has descubierto?

¿Qué haría?, lo que fuera para que Harriet eligiera sus brazos.

—Gracias, gracias... muy amable, gracias... —reverenció Harriet, dando pasos de reversa hasta llegar al palco. Otro hombre la interceptó, ya no recordaba los nombres. Chocó con él—. Disculpe...

—Es un honor, por usted me convertiría en la piedra que se cruza en su camino.

—¿Me quiere hacer tropezar? —preguntó, confundida. Tía Poppy tiró de ella, Esme estaba a punto de fingir un vahído.

—No, claro que no, me refiero a... —El hombre se sonrojó, había querido sonar poético y había fracasado.

—Eres un tonto, Peter. Lady Harriet no necesita tropezar, es un ángel, tiene alas —dijo lord Badwin.

—Si así mira a los ángeles, lord Badwin, lo esperarán en el infierno —le gruñó Esme, abriendo el abanico para cubrir el escote de su sobrina. Poppy siguió tirando de ella, hasta conseguir alcanzar el palco. Las tres mujeres cerraron la cortina y soltaron el aliento al unísono.

—¡Esto es un infierno! —Se volvieron a la vez para encontrarse con la mirada ardiente de Jacob Bourke al otro lado del anfiteatro—. Y hablando del diablo... —completó Poppy.

—¿De dónde habrá sacado la idea de hacer que vengas así vestida a la ópera? —gruñó Esme.

—Creo que de algo que dije... —Harriet se lamentó y alegró a la vez.

—¿Pues qué le dijiste para que crea que necesitas la atención de todo Londr...? ¡Ahhh! —Poppy la pellizcó—. ¡No hagas eso!

—Si es que no te callas.

—¿Y por qué debería callarme?

—Ya sabes por qué.

—Si supiera por qué, estaría callada, ¿no lo crees?

—No, tú no te callas ni en el sermón del párroco.

—Por las sandeces que hay que escuchar...

—Tías... —Las detuvo Harriet. Se sentaron y el lacayo les trajo el champán. La joven bebió un sorbo para tranquilizarse, y escuchó a sus tías cuchichear.

—Le debe haber dicho cómo fue su presentación en sociedad —susurró Poppy.

—Qué hombre tonto —respondió Esme en el mismo tono—, si ella no quiere la atención de los demás, quiere la de él.

—Y él no quería jugar tenis con la señorita Summer, y, sin embargo, si no fuera por nosotras, Harriet hubiera sido una mera espectadora.

—¿Dices que el señor Bourke necesita abrir los ojos?

—O tías que los abran por él —completó Poppy.

Harriet ignoró la conversación, no porque las mujeres estuvieran equivocadas, sino porque el desacierto de Jacob era encantador. Había hecho esto para complacerla, le había obsequiado una revancha social, la posibilidad de pasearse entre aquellos que la despreciaron por vieja o que la vieron solo como una dote, e ignorarlos como la habían ignorado a ella. A la verdadera Harriet, la mujer que habitaba dentro, con mucho para dar, con muchos recovecos para descubrir.

—Pero, señor Bourke... —murmuró, apenas moviendo los labios, sintiendo los ojos de él fijos en los de ella—, las revanchas no son necesarias. A las personas infelices no las satisface, y las felices, no las necesitan.

Y gracias a él, ella pertenecía al grupo de las segundas. Ya no quería revanchas, ni desafíos, ni rebeldías. Ansiaba un remanso, un lugar seguro en el que ser feliz. ¿Sería Jacob ese lugar?

De todas maneras, el obsequio era hermoso. Lucía despampanante con su vestido —y así se sentía—, la ópera estimulaba sus sentidos, la mirada de él en ella la hacía vibrar... Una de las reglas del hedonismo era no pensar en el pasado ni en el futuro, solo en el presente; y esa noche era embriagadora.

Se olvidó de los demás caballeros, de los desplantes; se olvidó de su título, de los enfrentamientos con Jacob... Dejó atrás los miedos, la reputación, las miradas ajenas... y empezó a sentir. A percibir el terciopelo contra su piel, como la antelación de una caricia; los ojos oscuros de él, llenos de promesas; la música en sus oídos, cual canto de sirena; la noche se abría llena de posibilidades y Harriet las quería explorar todas.

Bebió una segunda copa de champán, las burbujas hicieron cosquillas en su garganta, y la siguiente vez que sus ojos se cruzaron, se sonrieron. Los dos habían llegado a la misma conclusión: al demonio con los demás, el mundo, esa noche, era de ellos.

A mitad de la velada, le llegó una nota de él «¿Escándalo sí o no? J.B.». Ella le respondió: «No es nuestra culpa que se escandalicen tan fácil. L.H.». En cuanto la respuesta llegó a sus manos, Jacob se puso de pie, le brindó una burlona reverencia y abandonó el palco.

Harriet midió el tiempo que él tardó en llegar a ella en latidos del corazón. Ciento noventa y nueve... al doscientos, el lacayo informó que el señor Bourke solicitaba presentar sus respetos.

—Vaya —dijo Poppy, extendiendo la mano para que Jacob la besara—, Lord Badwin comparó a nuestra Harriet con un ángel, pero al parecer, el que tiene alas es usted. No ha tardado ni dos minutos en recorrer la ópera.

—Hay que ver lo que hace un hombre con el estímulo adecuado... —respondió, y le brindó una media sonrisa a Harriet, que, como era habitual en ella, se sonrojó hasta la raíz del cabello. Jacob no pudo evitar que la sonrisa se volviera carcajada, y ella lo acompañó.

—Eso cuenta como crueldad —le recriminó, ardiendo.

—Exacto —intervino Esme, abanicando a su sobrina—, además, si algo comparten los ángeles y los demonios son las alas. Yo no estaría tan segura de la comparación, Poppy.

—Bueno, bueno... ni ángel ni demonio, hombre y bastante común —dijo Poppy.

—¡Oiga, milady...! Que este hombre tiene sentimientos —bromeó Jacob.

—Y ego... un ego que no necesita ser alimentado. Imagino que estará contento, ha captado la atención de la dama más hermosa de la noche por encima de todos esos mequetrefes. ¡Ha hecho su declaración!

Harriet pasó del sonrojo a la palidez, Jacob fijó en ella sus ojos.

—Se equivoca, lady Poppy, hacía mucho que no me irritaba tanto por esos mequetrefes.

—¿Se ha puesto celoso? —lo pinchó Esme.

—No, los celos son una muestra de desconfianza. Lo que me ha irritado es mi propia necedad... —respondió, cogió la mano de Harriet para al fin depositar el beso en el revés enguantado—, solo en el juego y en los negocios, el que arriesga no gana. En las cosas serias, arriesgar es de imbéciles.

—¡Vaya! No lo hacía conservador, señor Bourke —intentó bromear Harriet.

—Nunca había tenido algo que conservar, milady.

Él retuvo la mano de ella en la de él, las miradas fijas, las bocas entreabiertas para respirar...

El carraspeo de las tías los hizo separarse. En esa ocasión, no solo Harriet estaba sonrojada. Jacob, pese a su piel bronceada, denotaba un ligero rubor en sus mejillas.

—El último acto está por comenzar —dijo Jacob, a modo de despedida.

—Después del espectáculo que han dado, el último acto acaba de finalizar —gruñó Poppy. Cerró el abanico y golpeó con él el antebrazo de Bourke—. Vaya a su sitio como un buen niño, ya lo dije y lo reitero, usted necesita o mejorar su sentido común o dos tías que le digan qué hacer.

—Prefiero las tías, pero me temo que volveríamos a pelear con lady Harriet por los mejores proveedores, ¿o acaso hay mejores tías que ustedes, miladies?

Las dos ancianas se sonrojaron como su sobrina, era un rasgo de familia. Harriet se cubrió la boca con el abanico para contener la carcajada.

—Adulador —lo reprendió.

—O buen negociante... —replicó. Desde el umbral, se volvió solo un instante, para ofrecer una sonrisa al borde de la impertinencia—. Damas... —saludó y se fue. Harriet volvió a contar cuántos latidos de su corazón le llevaba a Jacob volver a su vista, esta vez fueron más, ¿había sido más lento o ella tenía el pulso acelerado?

Lo vio reaparecer y soltó el aliento, lo volvió a contener de un golpe cuando Esme la codeó.

—Mira abajo —ordenó la tía.

En la multitud, con sus ojos fijos en ella, estaba la señorita Vivian Gray con su libreta de notas, apuntando alguna nueva sentencia social.

Al finalizar la ópera, Jacob se desvaneció. A las damas Ruthven las rodearon un centenar de personas, de pronto eran una celebridad. Sin embargo, Harriet notó que nada había cambiado. Esos caballeros estaban más ansiosos en hacerse ver y escuchar, que en verla y escucharla. Y lo peor, mientras más distante se mostraba, más parecían esos hombres esforzarse. Tía Poppy, como siempre, gracias a su experiencia, consiguió abrirse camino hasta llegar al coche; no tardaron en auparse y soltar el aliento aliviadas.

—Empiezo a pensar que el problema fuimos nosotras —dijo tía Esme, abanicándose con ahínco—, no tenemos la paciencia para las temporadas londinenses. Hemos arrancado a la flor antes de que pudieran apreciar sus pétalos.

Harriet carcajeó por el dramatismo de su tía.

—Claro que no es su culpa, tías. Ni suyas, ni mía, ni de nadie... No estoy hecha para estos cortejos. —El carruaje se puso en camino y el corazón de

Harriet empezó a acelerarse; sabía que aguardaba por ella otro coche que la llevaría a lo prohibido.

—Los cortejos no están hechos para nadie —coincidió tía Poppy—, por eso el salón de té es un éxito. Esos hombres no estaban interesados en conocerte, querida, solo en hacerse ver y...

Harriet alzó la mano y detuvo la diatriba que, hasta hacía unas semanas, era compartida. Algo había cambiado en ella; y el motor de ese cambio tenía nombre y apellido.

—Todos queremos ser vistos y escuchados, tía. No puedo juzgarlos por eso, yo misma estuve en su lugar.

—¿Ya no? —Poppy arqueó una ceja, Harriet no respondió. Esme, en cambio, no pudo mantener sus labios cerrados.

—Ya encontró a quien lo haga.

—Y no justamente en un evento social —completó ella, zanjando el asunto. Jacob le había mostrado que, del otro lado, también había víctimas. No solo estaban aquellos que se casaban sin conocer a sus parejas y luego, o eran infelices o escapaban; sino también quienes habían sido engañados sobre el matrimonio y se marchitaban en él hasta la depresión. El problema no eran las personas, que, como había dicho, buscaban todas lo mismo: amar y ser amadas; el problema era el espacio restringido en que debían hallarlo y en el que luego debía crecer ese amor.

Los matrimonios en ese contexto eran como su helecho en la maceta, había nacido para crecer salvaje sobre el suelo, pero era limitado a una maceta y, con ello, al cuidado constante de quien lo tenía en su poder. Ya no era el enigma del salón de té el que teñía su relación con Bourke, ahora era el de «La Nueva París», era descubrir cómo era habitar el suelo salvaje, el cielo abierto, cuánto se podía crecer si se salía de la maceta.

¿Para qué?, pues ella seguiría siendo siempre una romántica después de todo, su respuesta sería: para liberar a los matrimonios de las macetas, no para renunciar a ellos. ¿No sería fantástico que los enamorados pudieran seguir compartiendo lo que los unió una vez casados?, sin normas, sin límites. Si amaban danzar, nadie que les dijera que era impropio bailar toda la noche con la misma pareja; si disfrutaban cabalgar, que pudieran ser un equipo de equitación juntos, sin que la sociedad los juzgara por contar con una dama en una actividad

de hombres; si amaban nadar, lo hicieran juntos, sin esas estúpidas normas de los baños públicos en que debían mantenerse separados. ¿No haría eso que más parejas fueran felices?

Creía que sí, pero... pero ella misma desconocía ese cielo abierto. Nunca lo había explorado, porque era una dama y lo tenía prohibido. Jamás había cabalgado a horcajadas, ni había bailado una noche completa con un único caballero ni mucho menos se había bañado ante la mirada del sexo opuesto. Era su turno de descubrir el enigmático salón de hedonismo del señor Bourke.

—Estás muy pensativa —le dijo Esme al llegar a casa.

—Pensaba que siempre consideramos el salón de té como un lugar para traer la diversión al matrimonio, pero nunca tuvimos en cuenta que hay que sacar al matrimonio al mundo de la diversión también.

—Para ser una señorita soltera, piensas mucho en eso últimamente. —Tía Poppy ladeó la cabeza.

—Y has empezado a dejar de sonrojarte cuando lo mencionamos —agregó Esme. Harriet sonrió y, en efecto, no se ruborizó.

—Tal vez porque entendí que no hay nada de qué avergonzarse...

—¡Oh, Dios! —se lamentaron—, es el primer paso para el escándalo. Que vuelva la vergüenza —terminó Poppy.

—Jamás, lo siento —Harriet carcajeó y entró con premura a la casa—, creo que estoy muy feliz con mi determinación de convertirme en una hedonista... —Tía Poppy fingió un desmayo, Esme la cogió y le abanicó el rostro—. Sin dejar de ser una dama, claro —completó, al llegar al descansillo de la escalera.

—Así está mejor. —Poppy se incorporó de inmediato, revelando que su comportamiento había sido mera actuación. Cuando la joven desapareció, Esme agregó:

—Por fin ha descubierto que se puede ser una correcta dama...

—Y una completa libertina.

Y se echaron a reír. No se llegaba a ser tan abiertas de mente sin tener un par de historias en su haber, ¿verdad?

Capítulo 13



La espera se estaba haciendo eterna. Sabía que debía aguardar a que la mayoría de los criados y sus tías se fueran a la cama para escabullirse, ya le había dicho a Keith que pasara a recogerla antes del alba; ser osada no era lo mismo que perder la sensatez, o... lo que era lo mismo en Inglaterra, como bien había expuesto Jane Austen en su obra... la reputación. Al menos no de manera insalvable. Era consciente de que Vivian Gray le seguía los pasos, ansiosa de hallar algo que pudiera usar en su contra. Lo lógico sería no alimentarla, pero eso implicaba también seguir en su juego, darle poder, permitirle que con su simple presencia y sus reglas absurdas comandara la vida de los demás.

Antes desterrada al ostracismo, se dijo Harriet, y se puso de pie al tiempo que sonaba la campana del reloj de la sala. Era hora. Susan le confesó que prefería no saber demasiado, pues la única forma para no irse de boca y conservar un secreto intacto era no conociéndolo.

Se escabulló fuera de la casona y caminó por el sendero trasero hasta la parte posterior; sonrió al recordar que por allí había intentado colarse Jacob aquella primera vez. Vio a lo lejos la luz en el establo que le aseguraba que Keith estaba despierto. Tenía muy buenos amigos y esperaba que eso se debiera a que ella también lo era, la lealtad y el cariño era algo que se ganaba con pequeños actos. Actos como los que Jacob le brindaba esa noche, desde otorgarle una velada que la resarciera ante aquellos que la ignoraron en el pasado, hasta una escapada que le hiciera olvidar de esa pueril ofensa.

Miró a la espesura de la noche, la luna brillaba y alcanzaba para divisar siluetas. Empezó a impacientarse y a repiquetear los pies contra el suelo; parte de esa dinámica con el señor Bourke dependía de su confianza. Él, al contarle lo de sus padres, había confiado en ella; era su turno de retribuir. Y para Harriet, quien organizaba un salón de té, que era una perfecta celestina y cargaba en sus espaldas la administración del hogar de su primo y mil cosas más, soltar las riendas y *dejarse llevar* era su forma de demostrar confianza.

Y Jacob lo entendía muy bien.

Un relincho en su nuca la asustó, Harriet chilló y una mano le cubrió la boca. No lo hizo con fuerza, eso ayudó a serenarla.

—Chitón, es usted un desastre para las escapadas furtivas —le susurró Jacob al oído, desde detrás. No podía verlo, solo sentirlo, y la piel se le erizó—. ¿Tiene frío? —Sin esperar respuesta, Harriet oyó el ruido del roce de telas y, en menos de unos segundos, la chaqueta de él le cubría los hombros.

—¿Cómo ha llegado sin que lo oiga?

—Si vamos a hacer algo prohibido, el secreto y la discreción son fundamentales. —La luna iluminó su sonrisa y Harriet por fin se acostumbró a su presencia, pudiendo divisar su rostro en la penumbra.

—Hace ver esto como si fuera un crimen.

—Y usted mi cómplice, claro. —Se subió al caballo y le tendió la mano—. Espero que esté segura, porque si nos cogen en el robo al banco iremos juntos a prisión.

Por supuesto, bromeaba. Harriet le cogió la mano y clavó su pie en el cabestrillo, él tiró y ayudó el impulso de ella hasta sentarla de lado sobre la montura.

—¿Qué haremos con el botín?

—Pues gastarlo en cosas más criminales aún. —Los brazos de él la rodearon para coger las riendas y ponerse en marcha.

—¿No era mejor un coche?

—¡Claro que no! ¿Qué clase de caballero romántico secuestrando a una dama sería si le tengo que pedir a Fineas que me ayude en la labor?

Harriet rio.

—¿Un caballero moderno y pragmático, quizá?

—El pragmatismo siempre arruina la diversión. —Chasqueó la lengua, decepcionado—. Si va a ser pragmática, tendremos que dejar el robo al banco para otro día, milady. Porque hoy la idea es hacerlo sin plan.

—Diría que tiene usted razón, señor Bourke, pero qué clase de damisela en apuros sería si puedo escapar del enredo tan fácilmente. Así no se escriben las novelas de folletín...

—O tendrían muchísimas menos páginas. El sentido común arruina la ficción y hoy pretendemos vivir en una —prometió él, poniendo la montura al galope.

Jacob se había esmerado mucho en esa cita, Harriet podía notarlo; ya no lo hacía por un desafío, no se trataba de demostrarle que la vida solo con placer bastaba. Lo hacía, aunque él siquiera se había dado cuenta de sus motivos, para probarle que en sus brazos no tenía que elegir. No se trataba solo de conocerse sin barreras, sino de atisbar lo que sería la vida a su lado. El equilibrio perfecto entre compañeros de andanzas, amigos y... ¿amantes?

La deseaba, de eso no había dudas. El movimiento del caballo la hacía rozarse contra él y la brisa de frente le traía a su nariz el perfume dulzón de Harriet, olía a vainilla y a frutas exóticas. Mas no se atrevía siquiera a soñar con ella, en la cama, en sus brazos; sería un delirio que lo llevaría al manicomio, si comenzaba a soñar con eso, y en el mundo real no era posible, se abrazaría a la locura por siempre. Como en esos momentos se abrazaba a ella, valiéndose de las riendas como excusa.

Harriet soltó un suspiro ahogado cuando arribaron.

—No creo que me acostumbre alguna vez a lo hermosa que se ve «La Nueva París» por las noches, con todas esas lámparas encendidas.

—Me agrada que te guste —Dio un rodeo y la condujo a la parte trasera, ella lo miró sin comprender cuando él desmontó de un salto y le tendió los brazos para ayudarla a bajar. La cogió de la cintura y la retuvo más de lo debido antes de permitirle tocar el suelo con los pies—, y espero que la entrada alternativa también sea de tu gusto —completó—, no podía permitir que te vieran aquí, alguien podría reconocerte.

—Estaba preparada para ello —respondió Harriet y se volvió hacia la nueva entrada—, de todos modos, creo que esta me gusta más.

Jacob había puesto una alfombra y la había rodeado de pequeñas antorchas, como las que se empleaban en los jardines. Bourke la detuvo.

—¿Has venido aun pensando que tu reputación podía estar en juego?

—Sí. La reputación es algo bueno, señor Bourke, me ha servido para montar el salón de té; pero deja de ser positivo cuando la mirada del otro pesa más que la de uno mismo. A veces, dependiendo de quien te juzga, lo que parece un insulto es un halago.

—¿Por qué siento que estamos hablando de Vivian Gray? —preguntó Jacob, con un leve estremecimiento. Tanto así que buscó en las sombras a la mujer, temeroso de que los siguiera. Harriet rio y le cogió el rostro con las manos para que la mirara a ella y no en dirección a las callejuelas. Eso bastó para hacerle olvidar cualquier peligro, de hecho, hasta olvidó cómo se hablaba. Sí, Harriet se había referido a ella, pues la había visto en la ópera, pero, así como no quería que la viperina mujer afectara su obrar, tampoco le apetecía que condicionara el de Jacob.

—Vivian Gray, Fulana, Fulano, lord Fulanito... Mil nombres, el mismo espíritu. Ni siquiera en eso son especiales. Ahora... ¿me tendrá aquí toda la noche?

Bourke sacudió la cabeza para volver en sí.

—No, no, claro que no. Acompáñeme, milady... —Entraron por aquella puerta alternativa. Harriet recordaba un poco «La Nueva París» de su furtiva visita anterior, por eso pudo darse cuenta de que Jacob había cerrado un piso entero para recibirla. Su parte más modesta sintió que era mucho, que debía poner un reparo; pero luego se acordó de que estaba allí para aprender sobre el hedonismo, el pecado y el placer. Uno de ellos era la ostentación y la vanidad: su vestido de terciopelo púrpura, los diamantes y ahora, un sitio que facturaba miles de libras cerrado parcialmente para ella. Sin contar, claro, con la compañía de su dueño, un hombre apuesto y rico.

—Empiezo a entender a las amantes... —murmuró muy por lo bajo.

—¿Cómo dice? —Jacob creyó escuchar sus palabras, pero como no daba crédito, pensó que se equivocaba.

—Que esto es magnífico —dijo ella, con una sonrisa, y él supo que no había malinterpretado. Sintió a su corazón dar un brinco, el deseo calentándole las venas y... ¿furia?, ¿acaso estaba enojado? ¡Sí, porque ella nunca sería una

amante! Ella debía ser más, ella debía ser suya, ella... —. ¿Se encuentra bien? Se ha puesto rojo... —Harriet cogió su abanico, artículo indispensable en una ópera, y lo blandió ante su rostro.

—Sí, sí... perfecto. —Sonrió y Harriet dio un paso atrás, asustada. Vale, Patrick tenía razón, no se le estaba dando bien el asunto de sonreír para esconder emociones. Parecía una hiena. Cerró los labios de golpe, estaba fracasando en su intento de seducción.

¡De mostrar «La Nueva París»!, se corrigió mentalmente.

—¿Seguimos? —propuso, para salir del aprieto.

—Si me promete que no se desmayará.

—Lo siento —gruñó—, mal me parece que no seré capaz de tal promesa.

Subieron juntos la escalera hasta la segunda planta, eran las galerías desde las cuales se podía ver todo el salón y, por supuesto, el escenario. Había mesas redondas, sillas con tapizados rojos, cortinas burdeos y dorado para dar mayor o menor privacidad, según lo quieran los clientes, y algunas puertas que conducían a salas de juego privadas. ¿Qué juegos?, los que les apetecieran, cartas, dados, billar... amatorios. Aunque no era un burdel y nada más lejos que proveer el sitio para los encuentros físicos, era imposible no imaginar a dos amantes escabulléndose tras esas puertas para alejarse de los ojos curiosos e ir más allá de las normas.

A eso se disponían Jacob y Harriet, a romper las normas con una cita que sería hasta escandalosa en el salón de té. Una cita a solas, con todos los placeres a su disposición.

—¡Vaya! —exclamó Harriet y olvidó las formas al entrar. Dio un paso al frente para poder observar todo: había una mesa de billar, otra con una cantidad asombrosa de platillos diversos y una última, más pequeña, con un paño para jugar con los naipes. Todo ello acompañado de una decoración exquisita. Hasta entonces, los dos se habían dado cuenta de que muchos espacios del salón de té y de «La Nueva París» eran similares, pensaban parecido respecto a lo que generaba un ambiente distendido sin perder el buen gusto. Sin embargo, allí se encontraba aquello que Harriet desconocía, ese mundo que se le prometía solo a los hombres y a las mujeres *perdidas*. Pues habrá que perderse más seguido, pensó Harriet, observándolo todo. Las arañas en los techos, los empapelados delicados con patrones de dibujos hipnóticos, el brillo de los muebles y los

olores... sobre todo los olores. En una ciudad en la que era difícil escapar del hedor del Támesis y de los miles de habitantes que se ganaban la vida a sol y sombra, el aroma a cera de abeja con miel, de tapiz limpio y de manjares era una caricia erótica. Su estómago rugió por respuesta, Harriet se llevó la mano al vientre—. Perdón —dijo, cohibida.

Jacob le sonrió.

—Nada de qué disculparse, de hecho, tu estómago me ha hecho un favor; he preparado todo, pero no sabía por dónde comenzar. Empecemos por la comida.

Junto a la mesa no había sillas, sino divanes. Una experiencia muy romana —o al menos como a la gente le gustaba pensar que eran los romanos—, en la que uno se recostaba, cómodo, a degustar manjares. Así lo hicieron, uno en cada diván, enfrentados de modo de verse los rostros. Los pies de ella en dirección a la cabecera de él y viceversa.

Los platillos eran variados, no solo porque los había dulces y salados, sino porque eran de todas las proveniencias. Los dulces turcos, caviar ruso, jamón ibérico, frutas tropicales que Harriet jamás había probado... Estaba dispuesto en su mayoría para comer con las manos y si bien ella siempre había pensado que los cubiertos tenían la finalidad de la practicidad y la higiene, ahora empezaba a considerar la posibilidad de que el asunto tuviera un matiz completamente distinto. Necesitó quitarse los guantes, revelar sus manos antes de comenzar a comer. Ya el acto de quitárselos delante de la mirada hambrienta de Jacob fue escandalosamente seductor por sí mismo. Se ruborizó, claro, era algo que le sucedía a menudo; de hecho, era un rasgo de sí que detestaba, porque la hacía demasiado transparente. Mas en esa ocasión el rubor se sintió distinto, más general, en cada rincón de su cuerpo; menos bochornoso, y algo le hacía presumir que el señor Bourke notaba la diferencia.

¿Tanto la había estudiado para conocer los diversos matices de sus sonrojos? La respuesta era sí, mil veces sí. Jacob Bourke había hecho aquello que los demás no se atrevieron, aquello que la hizo abrir el salón de té: se dedicó a conocerla.

Como fuera, su ardiente mirada no terminó allí. Porque comer con las manos requería llevarse los dedos a la boca, lamerlos ocasionalmente, mostrar los finos dientes para rasgar la porción... Y así como él seguía sus movimientos, hipnotizado, ella comenzó a hacer lo mismo. El silencio no era incómodo, sino

tenso, se escuchaban sus respiraciones pausadas, la electricidad que recorría el aire y les recordaba que estaban a una extensión de brazo de tocarse.

Jacob Bourke era un hombre apuesto a su manera, una manera bastante salvaje. Moreno, de piel bronceada, de ojos café casi negros y una altura que excedía media cabeza a la mayoría de sus congéneres. Pero era su boca lo que ahora captaba la atención de Harriet, no solo por lo sensual de verlo comer, sino también por su sonrisa —genuina— una que develaba sus dientes blancos, que se veían aún más claros por el contraste de su piel. Y los hoyuelos, era inevitable ser cautivada por estos, que se formaban en sus mejillas y le definían aún más el mentón. Las muchachas se rendían ante los dandis, era verdad, pero ella era de la idea de que nada podía vencer al atractivo natural del señor Bourke.

—¿Cuál es su veneno? —preguntó Jacob, ella lo miró confundido y él se echó a reír—. ¿Qué le gusta beber?

—¿Veneno?

—En general es con lo que matamos las penas... y a nosotros mismos.

—Veo que los hedonistas, aunque lo intenten, no pueden despegarse del todo del mundo del sufrimiento —bromeó ella—, se les escapa en las palabras.

—¿Se imagina que algún día alguien quiera analizar la verdad implícita en cada una de las palabras? —Los dos se estremecieron ante la idea.

—Sería toda una ciencia —se imaginó Harriet.

—Imposible, dudo que alguien le pagara a un médico o un científico para hablar y que este descubra qué esconde en realidad. —Los dos asintieron ante tal absurda idea—. Entonces, ¿qué bebe?

—Mmm, no me gustan mucho las bebidas alcohólicas. Tolero el champán, pero me da dolor de cabeza... —Lo pensó un poco, frunció los labios—. Me gusta el oporto, porque es dulce, o al menos me gusta cuando el chef Dupont se lo echa a los postres.

—Oporto será.

Conversaron un poco más de banalidades, en especial del origen del Oporto y de por qué era un vino dulce; justamente lo habían hecho los portugueses para que los vinos soportaran los viajes hasta Inglaterra sin echarse a perder y, sin proponerse como tal, habían creado una bebida única y tan característica de su país que nadie podía beberla sin pensar en las playas portuguesas y en el cálido

sol de sus cielos. Parecían haber capturado en una botella lo dorado y dulce de sus tierras.

—Venga —Jacob le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie—, es hora del espectáculo.

Harriet no preguntó, solo se dejó llevar. Se volvió a colocar los guantes, pero después de la asistencia masculina. Por lo que sus manos se rozaron, piel con piel, una sensación que permaneció en las yemas de los dedos de ella mucho tiempo después de que las hubiera cubierto con la tela.

Antes de abandonar la habitación, Jacob la retuvo.

—Por precaución —susurró y cogió dos máscaras. Le colocó una a juego con su vestido, en púrpura y plata, con unas plumas blancas que le enmarcaban la mirada; él, en cambio, no necesitaba camuflarse, pero lo hizo solo para acompañarla. Se colocó una en blanco y negro, que dejaba al descubierto solo su mentón. Harriet necesitó contener el aire al verlo, ese rasgo que ella hallaba el más tentador de él, al ser el único visible ahora, se elevaba al nivel de magnético para sus ojos.

Juntos salieron de la habitación y caminaron por la galería. Las voces de los hombres y mujeres que estaban abajo les llegaban claras, aturdidoras y divertidas. Se oían carcajadas, arengas, bromas... todo era alegría. Se dispusieron al fondo, de frente al escenario, y como en un acto mágico, las voces empezaron a desvanecerse, a callarse, y los clientes dejaron lo que estaban haciendo para poner atención.

De pronto, ante Harriet, se abrieron las cortinas del escenario y se expuso el mejor espectáculo que jamás vio en su vida. Ballet colorido, figuras que se alzaban y volaban por el cielo sostenidas de arnés, actos circenses mezclados con el mejor teatro londinense y... Ella... La señorita Priovona, la mejor voz femenina de la época.

—Las rígidas normas sociales no solo ponen un coto al amor, también lo hacen con el arte. Mira, Harriet, lo que es posible cuando se rompen, cuando la mejor cantante de ópera puede unirse al mejor espectáculo circense...

Su nombre en labios de él la hizo estremecer tanto como la verdad de sus palabras; no era una anarquista, no estaba en contra de todas las leyes y todas las normas, pero admitía que algunas de ellas, sobre todo aquellas que se ejercían por fuera de las instituciones, no buscaban el orden, el pacto entre

individuos, la justicia... buscaban el poder. Personas como Vivian Gray cogían ese mísero poder y lo ejercían hacia abajo con crueldad, porque eran infelices y miserables. Les gustaba que una palabra suya bastara para destrozar... ¿qué?, no importaba: una pareja, una obra de arte, un artista... un amor. Pero las palabras y los actos también podían construir, y lo que Jacob había hecho con su dolor, con ese desamor que presenció de pequeño, era maravilloso. No se había regodeado en el rencor hacia la sociedad, sino que había intentado crear una mejor. A su manera, con sus errores, pero mejor. Un lugar, al igual que el salón de té, en donde la gente fuera libre de ser... de ser ellos mismos.

—Lo repito, somos los extremos de una misma cuerda, Jacob —le respondió, empleando su nombre como hizo él—, una que tira para un único lado. Tú y yo, a nuestra manera, intentamos lo mismo.

—Y los dos tuvimos éxito. La felicidad no es una sola, hay tantas felicidades como personas en el mundo, fui un tonto al creer que podías *robarme clientes*, fueron ellos los que decidieron ser felices aquí y luego allí.

—Porque comprendieron algo que, nosotros, tan tercos tardamos en ver. El amor no es renunciar a la diversión y la diversión no es renunciar al amor; así como la ópera no tiene que renunciar al circo ni el circo a la ópera. Se puede montar un espectáculo único, colorido, con las dos cosas...

—Siempre y cuando se encuentre al compañero indicado.

Harriet se volvió hacia él y repitió:

—Con el compañero indicado.

La obra terminó con Priovona alcanzando una nota tan alta que temblaron los cristales, tras lo cual, lo hicieron las paredes y el suelo por los aplausos y zapateos del público, extasiado por el espectáculo. Nadie se había percatado de la pareja que observaba el escenario desde la galería.

Harriet y Jacob regresaron a la sala de juegos, se evidenciaba el paso de criados porque habían recogido los platos vacíos, las copas y dispuestos más manjares y bebidas.

—Me gustaría tener cuatro estómagos como las vacas —comentó Harriet, y Bourke se echó a reír. Le agradaba cuando la gran lady perdía parte de sus pulidos modales y se mostraba tal cual era; rio también, pero en esa ocasión para sus adentros, al pensar en los mequetrefes que perdieron su oportunidad. Él era el rey del pecado, de la noche y la diversión, mas en ese momento sería la

vanidad lo que lo llevaría al infierno. La soberbia abyecta que lo invadía al saberse receptor de la atención de lady Harriet—. ¿Y ahora?

—Ahora vamos a jugar y apostar —dijo él y la condujo a la pequeña mesa, no sin antes recoger otro de los dulces turcos y llevarlo con una servilleta junto a ella—. No tendrá cuatro estómagos, pero es por todos sabido que lo dulce va al corazón y no a la panza.

—Dígaselo a mi corsé...

—Encantado le ayudo a aflojarlo —respondió sin pensar—. Me refiero... No quería... No piense que...

Harriet soltó una carcajada, mitad divertida mitad avergonzada. Una parte de ella quería sentir las manos de él aflojando los lazos del corsé.

—Es la primera vez que veo a alguien sonrojarse más que yo. Tome asiento y vayamos a lo nuestro, que es... —expuso ella, aún sonriendo— el hecho de que no tengo dinero para apuestas.

—¿Quién dijo que apostaríamos dinero? —Jacob extendió unos falsos cheques, eran como los reales, con el sello de «La Nueva París» como garante, pero en esa ocasión no había un importe escrito, sino una frase.

—Vale por una prenda —leyó Harriet uno—, vale por una verdad —leyó otro. Había tres y tres, lo que implicaba que el juego no se extendería hasta desnudarse, aún mantenía cierto decoro.

—Tendrá que jugarlos sabiamente —explicó él.

—Vale, y el juego será...

—Écarté.

—Oh, ¡vaya refinamiento! —bromeó Harriet—, yo me preparaba para el Vingt-et-un. —Era un juego considerado vulgar por lo arriesgado, propio de los salones de juegos de los bajos fondos.

—¿Por quién me toma? —Jacob fingió ofensa, llevándose la palma de la mano a la frente y haciendo a Harriet reír—. Estoy en presencia de una dama, sé comportarme.

—Pues como esta dama a lo único que se le permite jugar en los salones es al Écarté... prepárese para perder.

—Eso lo veremos.

—¿Barajo yo? —preguntó Jacob, con una ceja levantada.

—No. Las damas primero —replicó Harriet y dejó danzar los naipes en sus manos enguantadas.

Jacob aceptó con una reverencia teatral. Ella cortó el mazo con precisión. Repartió: dos cartas primero, luego tres, como dictaba el reglamento y dejó una carta descubierta del mazo, revelando un corazón.

—Triunfos de corazones. Muy apropiado —murmuró Harriet.

Jacob se permitió una sonrisa. Ambos recogieron sus cartas.

Harriet las observó un instante. No reveló nada. Él también examinó las suyas.

—¿Cambio? —preguntó Jacob, ofreciendo la opción como primer jugador.

—Tres cartas —respondió ella sin dudar.

Él le entregó tres del talón. Luego hizo su propio cambio: dos. Se miraron. Él elevó la ceja.

—¿Propones?

—Por supuesto. ¿Aceptas?

—Sería grosero no hacerlo.

Jacob jugó un rey de tréboles. Harriet respondió con un as de tréboles.

—Un punto para mí —dijo, depositando la carta con elegancia.

Jacob jugó un diez de corazones, esperando tal vez tentar una carta baja. Harriet sonrió como una gata que olfatea el plato de leche. Jugó la reina de corazones.

—Dos —contó, sin mirar su expresión.

Él intentó recobrar terreno: un as de diamantes. Ella dudó un momento, luego colocó un rey de diamantes.

—Bien jugado —admitió él.

Jacob bajó un siete de corazones, de nuevo apelando a la estrategia. Harriet lo superó con un ocho de corazones. Jacob gruñó por lo bajo, medio divertido.

—Eso es tres para mí —dijo Harriet y su mano fue al colgante de diamantes, jugueteó con él y robó cualquier atención de Bourke en el juego.

Ya sin posibilidad de ganar, Jacob lanzó una dama de picas. Harriet cerró la mano con su as de picas.

—Cinco —dijo con regocijo contenido—. ¿Eso no equivale a dos puntos, señor Bourke? Revele su apuesta —ordenó con gracia, él sonrió. Había apostado una prenda, ella... una verdad.

—Rayos —gruñó. Él quería sonsacarle algunas verdades y ahora solo le quedaban dos posibilidades.

—¿Me ha subestimado?

—Jamás, pero usted siempre consigue sorprenderme. —Se desanudó el corbatín, Harriet siguió los movimientos con la mirada y casi pierde el hilo de sus pensamientos cuando Jacob, una vez liberada de la prenda, desabrochó el primer botón. Una mandíbula como esa necesitaba un cuello como aquel. Harriet tuvo que admitir que estaba completamente obnubilada con el señor Bourke, había visto hombres apuestos, pero lo que él le generaba era a otro nivel.

Jugaron otra mano, Jacob puso todo de sí para ganar y Harriet le obsequió una de esas carcajadas espontáneas.

—Empieza usted a ser mejor perdedora —le dijo él—, revele su apuesta. —Harriet volteó su cheque y develó que había apostado una prenda. Con cuidado, se quitó uno de los guantes y lo depositó junto al corbatín de él. Aprovechando que tenía los dedos libres, cogió el dulce y se lo llevó a la boca. Eso debía considerarse trampas, pensó Jacob al perder la siguiente ronda.

—Vaya, se ha confiado y ha apostado «verdad». —Harriet miró el cheque, el valor que tenía. Lo pensó mucho, temía excederse, pero realmente quería saber, de modo que soltó su pregunta—. ¿Alguna vez estuvo enamorado?

Jacob se reclinó sobre su silla y la observó en detalle antes de responder, le agradaba que le preguntara eso, le traía tranquilidad: no era el único con el corazón en juego. Además, se valdría de su uso del pretérito perfecto para responder, porque si le hubiera preguntado «alguna vez ha estado enamorado», estaría en serios problemas.

—No. He estado interesado, cautivado en algún momento... encaprichado..., pero jamás me enamoré —empleó el mismo tiempo verbal. Tras un prolongado silencio, propuso—. ¿Seguimos?

—Seguimos.

La siguiente ronda la ganó él, y ella se quitó el segundo guante. Bourke sonrió, Harriet era muy buena jugando écarté, mas no apostando. Pronto solo le quedarían verdades en su haber y él se aseguraría de al menos ganar una. Fue el turno de ella de ganar.

—Prenda... Mmm...

Jacob la complació quitándose un calcetín. Harriet por poco se queda sin aire de la risa mientras él desnudaba su pie con la gracia con la que las damas se quitan los guantes. Tiraba de la tela a la altura de cada dedo y luego, suavemente, deslizó la prenda por su pie hasta revelarlo. Movió los dedos libres ante los ojos de Harriet.

—Agradezca que me he bañado para la ocasión... —bromeó él.

—Nunca más dichosa —le siguió el chiste.

Las dos últimas rondas estuvieron reñidas; Harriet aún jugaba, ajena al matiz serio que le imprimía Jacob. Bourke era consciente de que a su contrincante solo le restaban cheques de verdad y se los ganaría a como diera lugar. Necesitaba saber todo de ella, pero para eso no le alcanzaría la vida. En cambio, para descubrir algunos detalles esa noche sería ideal.

—Oh, señor Bourke. Ha sido despiadado —se quejó ella al perder una vez más—. Si las matronas lo vieran jugar al écarté, lo prohibirían en los salones.

—Pues hagamos que no se enteren.

Dieron vuelta los cheques y Jacob saboreó el de ella que decía «Verdad».

—Dispare —pidió Harriet, fingiendo rendición.

—¿Algún caballero la ha besado? —indagó él, en su voz no había dejos de diversión. Harriet volvió a sonrojarse como antes, por la vergüenza, y Jacob fue preso de una sensación desconocida para él: los pueriles celos. Jamás los había experimentado, porque jamás... jamás había deseado tanto a una mujer como a lady Harriet.

—No —confesó al fin—, nadie se interesó en mí de ese modo. Tuve dos propuestas matrimoniales y ningún beso, ¿puede creerlo? —intentó mofarse de sí misma.

—Me cuesta creer que el mundo esté tan plagado de imbéciles, pero esta noche lo agradezco. ¿Última ronda?

—¿Jugará a matar o morir como la anterior?

—Siempre —la desafió él.

La partida fue intensa, no rompieron el contacto visual, los corazones de ambos se detuvieron ante la última carta. ¿Él o ella? Los dos tenían un cheque de verdad por apostar, pero, en el fondo, nada que ocultar.

—¡Rayos! —se lamentó Harriet al perder una última vez—, si no fuese por la discreción, tendría que contarle esto a tía Poppy y tía Esme, no podrán creer que

encontré la horma a mi zapato. —Se refería a alguien tan bueno como ella en el écarté, sin embargo, sus palabras fueron más asertivas de lo que creyó—. Haga su última pregunta, señor Bourke.

Él se inclinó sobre la mesa, acortando el espacio entre los dos. La cogió del mentón con delicadeza y clavó en ella su mirada café.

—Si se lo propusiera, ¿me haría el honor de permitirme ser el primer hombre en besarla?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—¿De verdad tiene que preguntarlo? —respondió ella, muy bajo, la voz apenas le salía por la garganta debido a la falta de aire.

—Sí; puedo arriesgar en el juego, pero no puedo arriesgar con usted. Es demasiado importante.

Harriet abrió la boca, la respuesta salió junto a un suspiro.

—Sí, si me lo propusiera, le respondería que sí.

Jacob pasó el pulgar por el mentón femenino, muy cerca de su boca. Sus ojos se fijaron allí, en el sonrojo, en la forma en que se entreabrían.

—¿Puedo besarla, lady Harriet? —preguntó él.

—Sí, señor Bourke.

Jacob se puso de pie y le tendió la mano para que ella hiciera lo mismo; la acompañó hasta el diván que habían usado a la hora de comer, solo que se sentaron en el mismo, uno al lado del otro. La mano masculina fue con delicadeza a la nuca de ella, la instó a volverse hacia él. Cuando Jacob entornó los párpados, ella volvió a confiar en él y simplemente cerró los ojos. El segundo que tardó en posar su boca sobre la de ella se hizo eterno, cargado de expectación, de promesas.

El primer roce la hizo abrir los ojos de golpe, se sintió como un rayo, como si toda la energía masculina que habitaba el cuerpo del señor Bourke hubiera sido transmitida al de ella, llenándola de su energía vital. Al ver que él aún mantenía los párpados bajos, volvió a cerrar los suyos. El beso se intensificó, la presión de sus labios sobre los de ella se hizo agradable y ya no se sorprendió al sentir el roce de la lengua masculina. Por el contrario, con los ojos cerrados parecía ver mediante el resto de los sentidos, y estos le clamaban que abriera la boca y lo dejara entrar. Así lo hizo.

Las lenguas se tocaron, apenas las puntas; eso fue suficiente para desatar una hoguera. Harriet salió al encuentro de esa boca y él hizo lo mismo, mas en ningún momento el beso se volvió torpe, ni siquiera debido a la inexperiencia de la dama. Bourke resultó un perfecto profesor, con su mano, que aún hacía una suave presión en la nuca de Harriet, la guiaba como un experimentado capitán a un barco en un mar brioso. Sin necesidad de pensar ni analizar, la dama ladeó la cabeza consiguiendo el ángulo perfecto para la invasión de él.

Las bocas ya no eran suficientes, sus cuerpos empezaron a buscarse, los brazos se cercaron el uno al otro y no cabía un alfiler entre ellos. Se separaron apenas, solo para mirarse y coger aire, y retomaron ansiosos la tarea de besarse. Harriet enredó sus dedos entre los cabellos de él, Jacob la cogió de la cintura y la llevó a su regazo, sin volver quitar las manos de allí.

Había rubores y rubores, descubrió Harriet. Y todos eran delatores. Allí, bajo la luz de las arañas, los dos estaban ruborizados por la pasión. Era un sonrojo que no solo se instalaba en las mejillas, sino en cada rincón. Los labios de Jacob abandonaron su boca para bajar por su mentón, por su cuello, hasta el punto de su pulso. Allí el perfume era más intenso, embriagador. Sin previo aviso, Harriet notó los dientes de Bourke, clavándose suavemente a la par de un gruñido, y casi como un animal herido, soltó a su presa y se apartó.

—Jacob... —Harriet se preocupó por haber hecho algo mal. Él respondió con otro gruñido.

—Hasta aquí, Harriet —susurró. Luego soltó una risa ronca que le puso la piel de gallina—. Joder, y yo creía ser fuerte. —La cogió de la cintura de nuevo para regresarla a su sitio; sus manos no respondieron la comanda, su cuerpo empezaba a rebelarse contra el rey que habitaba en el cerebro de Bourke—. Es mejor que demos esta hermosa velada por finalizada...

—¿Así finalizan habitualmente las veladas en «La Nueva París»?

—No.

—Entonces, ¿aún me oculta algo, señor Bourke?

—Harriet... —suplicó él y en el mismo ruego se rindió—. ¿Estás segura?

Fue el turno de ella de reír roncamente.

—¿Se puede estar alguna vez completamente seguro de algo? Sé lo que quiero, si eso le preocupa, señor Bourke. —Mordió su labio para contener la

sonrisa que se formaba en ellos, solo consiguió hacerla más seductora—. Y conozco las consecuencias... pero ¿segura?

Ahí radicaba el valor en amar a otro, uno nunca termina de conocer lo que habita en el corazón ajeno, por eso no se puede amar sin confianza.

—Sé que piensas que lo contrario al amor es la cobardía, Harriet, y créeme que lo entiendo. Me he sentido aterrado toda la noche; no obstante, hay algo que quiero que sepas, que conmigo no necesitas ser valiente. No quiero ser la tormenta, lo arriesgado, lo osado... Pretendo ser el ser más aburrido del mundo...

Harriet le acarició el rostro, el significado de sus palabras era la más dulce declaración que jamás le hubieran hecho.

—Dudo que un libertino hedonista como usted, señor Bourke, pueda ser aburrido...

—Pero lo intentaré. Quiero ser para ti el mayor de los remansos; que sepas que en mis brazos siempre estarás segura...

Harriet asintió y Jacob lo hizo tras ella. Las bocas volvieron a unirse en un feroz beso. Harriet había estado segura de su deseo, de lo que ella quería... ahora estaba segura de él. Y eso...

Eso era el amor de verdad.

No sería allí donde le hiciera el amor por primera vez, no cuando podría entrar algún criado o un cliente ebrio quisiera romper las reglas de no subir a la segunda planta. Seguridad, eso sería para Harriet y empezaría por ese momento. La cogió en brazos y, sin despegar sus bocas, besándose a cada instante, golpeando en cada pared y usando cada superficie como sostén, fue conduciéndola por los intrincados corredores de «La Nueva París» hasta llevarla fuera, y, desde allí, cruzar la calle hasta su casa.

El hogar Bourke fue escenario de la misma secuencia; ya a solas, se permitieron demorarse más en cada rincón. La escalera recibió un honor especial, cuando el trasero de Harriet se depositó en un escalón y el cuerpo de Jacob la cubrió por completo.

La forma de la escalera hizo que Harriet se arqueara, lanzando la cabeza hacia atrás, apoyada en sus antebrazos, con el pecho hacia adelante. Jacob se dio un festín, bajando con su boca hasta el valle de sus senos que el hermoso vestido

empujaba hacia arriba formando montículos. No fue más lejos, necesitaban llegar a la habitación.

Cogiéndola en brazos, la cargó los peldaños que faltaban y la llevó a su alcoba. A Harriet le hubiera gustado explorar ese espacio masculino, impregnado de la esencia de él, pero su concentración se hallaba en otro lugar. En Marte, por ejemplo. Porque sin dudas no habitaba en su cabeza. El cerebro se le había hecho humo, de esa manera se había fusionado con su cuerpo para disfrutar con él. Jacob no estimulaba solo su cuerpo, sino también su mente, cada uno de sus sentidos sucumbía a ese hombre.

—Ahora sí puede ayudarme con el corsé, señor Bourke... —dijo ella, poniendo los pies en el suelo y dándole la espalda.

—¿Seguirás llamándome señor Bourke, Harriet? —Le besó el cuello desde atrás—. Prefiero cuando me dices Jacob.

—Lo sé, como también sé que usted es un poco caprichoso, y si le doy todos los gustos se aburrirá de mí.

Bromeaba, era su forma de coquetear. Él lo sabía, aun así, se vio en la obligación de aclarar.

—Jamás me aburriré de ti, Harriet. Y si me aburriera, entonces empezaría a adorar el aburrimiento, sería mi actividad preferida. —Tras desabotonar la línea de la espalda de su vestido y aflojar los lazos del corsé, la hizo volverse para seguir besándose.

Se desvistieron con manos presurosas. Ansiosos de develar el último enigma: cómo se sentían sus pieles juntas. Jacob acompañó a Harriet a la cama, la ayudó a tenderse y clavó una rodilla a su lado, sobre el colchón, solo para inclinarse sobre ella y observarla con deleite.

—Intento no hacer comentarios comunes, pero, Harriet, qué difícil es no decirte en este momento que eres condenadamente hermosa.

—Pues si esos son los comentarios comunes, no me parecen tan malos —respondió, aceptando el halago—. He notado que el pecado más grave entre los hedonistas no es la lujuria, es la vanidad. —Lo miró con una sonrisa pícara—. Y me encanta.

—Me alegro, primero, porque yo también me siento vanidoso en estos momentos, contigo a mi lado. Y segundo, porque ahora tendré que probarte que te equivocas...

—¿Sí?

—La lujuria es el primero de los pecados.

Se recostó a su lado y volvió a besarla, usó su lengua, sus dientes, para hacer de aquel beso algo inolvidable. Sus manos, mientras tanto, recorrían cada rincón y descubrían los sitios que hacían a Harriet estremecer. Él... él no lo necesitaba, no había espacio de su cuerpo, de su piel, que no ardiera de deseo por ella.

Descubrió que Harriet era muy sensible en la cintura, cualquier roce le hacía cosquillas; y cuando esas cosquillas la recorrían, le erizaba los pezones y la obligaba a soltar suaves gemidos que eran música en los oídos de Jacob. Siguió con sus tortuosas caricias; subió con su palma por el muslo femenino, justo hasta la unión con su pelvis y allí se detuvo. Hizo lo mismo desde la cadera hasta el seno, sin acariciar el pezón, y desde la espalda hasta su coxis. En ningún momento dejó de besarla. Esas caricias inconclusas alimentaban las palpitaciones en las zonas erógenas de Harriet, su centro femenino latía furioso, celoso de no recibir las atenciones que les eran brindadas al resto. Lo mismo sus senos, que se volvían pesados por el deseo, con los pezones enhiestos clamando consideración.

Y solo cuando pensó que caería en la locura, el índice de Jacob se abrió camino entre los pliegues, tocando el punto sensible y haciéndola casi gritar. Él cerró los ojos conteniéndose, para no asaltarla como un animal. Era la primera vez de ella y debía ser suave, considerado... y pasional. Las vírgenes rara vez llegaban al orgasmo, esa experiencia solía darse en la obligación marital, y las mujeres la soportaban con estoicismo.

Pero Harriet no era su esposa, no aún, se dijo casi como un juramento solemne; esa noche era su amante, su amiga, su díscola aprendiz... esa noche tenía que enseñarle el porqué de que tantos hombres y mujeres eligieran *perderse*. Solo que ellos se perderían para hallarse el uno en el otro.

Esparció la humedad con el dedo, acariciando el punto secreto de Harriet. La sintió lista, al borde de la cima, recién entonces ocupó el espacio entre sus piernas y condujo su miembro a la entrada femenina.

Harriet notó la presión, la resistencia de su cuerpo; cerró los ojos como había hecho durante el primer beso y dejó que el cuerpo tomara las riendas. En esas lindes, era más sabedor que el cerebro. Al igual que entonces, su centro supo qué hacer, se abrió lentamente como un pimpollo que ansía ser flor. Le

costó amoldarse, mas no hubo dolor. Jacob avanzó milímetro a milímetro, sin dejar de besarla en los labios, de acariciar su piel.

Ambos gimieron al unísono cuando sus cuerpos se unieron por completo. Bourke aguardó unos segundos antes de comenzar a moverse, lentamente, hacia fuera y hacia dentro. Harriet se aferró de sus hombros, ya no pudo mantener los ojos cerrados, quería embeberse de esa imagen poderosa de Jacob sobre ella, de su expresión de deleite, de sus pupilas dilatadas. A medida que el movimiento se hacía más rítmico, el placer de antes de la invasión regresaba... para luego hacerse más intenso. Y más... y más... y más...

Su cuerpo entero respondió a los embistes, demandaba más. Estaba al límite, cada músculo se tensó, cada latido de su corazón era un tic-tac de un reloj que iba a marcar el nuevo día.

Una nueva vida.

Se arqueó contra él, Jacob pasó el brazo por debajo de su espalda, a la altura de su cintura y la sostuvo contra él al tiempo que iba hondo dentro de ella. Así, en sus brazos, la sintió estremecerse al alcanzar el clímax, la vio dejar caer la cabeza hacia atrás, rendida ante él, entregada en cuerpo, en alma... en confianza.

Y supo que había que tener valor para amar, porque amar era nunca más necesitar ser valiente.

—Te tengo... —le susurró tras su propio orgasmo. No era una proclamación de propiedad, sino la certeza de que, mientras él la aferrase, ella jamás caería.

Harriet lo vio dormir plácidamente, una tenue sonrisa dibujaba sus labios laxos por el sueño. Le parecía una crueldad despertarlo, pero tenía que regresar a casa. Keith llevaba horas esperándola y si sus tías se levantaban y no la veían se preocuparían... o peor, adivinarían lo que había sucedido.

Se vistió con premura y abandonó la casa, dejando solo una nota tras de sí. Las luces de «La Nueva París» apenas resplandecían, de ellas se valió para divisar el coche y subirse a él.

Cuando dejaron la calle, volvió la vista atrás para divisar ese lugar que tantas felicidades le había dado; no obstante, en lugar de eso, lo que divisó fue otra cosa: a Vivian Gray en las sombras, con sus ojos de águila puestos en el carruaje de los Ruthven.

Capítulo 14



Mantener la calma, eso tenía que hacer. Era un hombre maduro, racional y responsable, que sabía muy bien cómo gestionar y administrar su negocio. Por supuesto que podía trasladar esa experiencia a los otros ámbitos de su vida. ¿Qué tan difícil podía ser gestionar sus sentimientos? Lo había hecho en más de una ocasión, las mujeres con las que se vinculó siempre comprendieron que el único lugar que podían ocupar a su lado era en la cama, y por un par de horas, hasta que el sol asomara en el horizonte. Luego, no había espacio ni predisposición de su parte para algo más profundo y personal.

¡Oh, no, al demonio la calma! ¿Y si ella...?

Se incorporó en la cama y la sábana se deslizó por su pecho desnudo, dejando todo su torso al descubierto. También quedó al descubierto la repentina sensación de miedo: ¿y si Harriet...? , pensó, ¿creía que ella era igual que todas las demás para él? ¿Quizás se marchó porque sintió que debía seguir las mismas reglas del juego que todas las demás mujeres que habían compartido su cama?

Un gemido de espanto se le escapó de la boca. Se cubrió los labios con la mano. El hecho de pensar que ella pudo haberse sentido tratada como una más le causaba un profundo dolor en el pecho, como si le estuvieran desgarrando por dentro. ¡No, imposible! Recordó sus palabras, sus caricias, la forma en que la besó. Sus caricias jamás podrían enviar un mensaje equivocado, ¿o sí? ¡Maldición! ¿Cómo explicarle que sus manos habían encontrado su verdadera vocación en esta vida: acariciar su piel, recorrer cada curva de su cuerpo y enredarse en su cabello? ¡Tenía que decírselo!

Apartó la sábana con brusquedad: iría a por ella. Le diría con total claridad que deseaba que esa noche volviera a repetirse. No, deseaba que a esa noche le siguiera el día, un día también a su lado. Por supuesto, cada uno en lo suyo, porque él tenía responsabilidades laborales y ella también. No es que fueran a estar pegados el uno al otro como crías de zarigüeya. ¡Pues no! Además, no eran dos jovencitos enamorados dispuestos a dedicar cada minuto de sus vidas al otro. Como personas adultas, podían entender que no podrían estar pendientes el uno del otro las veinticuatro horas del día. Y eso, por supuesto, no era algo que Harriet necesitara comprender, lo sabía muy bien. Ella, al igual que él, era una experta en organizar su tiempo en función de su negocio. Lo personal siempre ocupaba el último lugar, ¿verdad?

De pronto, contempló su desnudez total. Sintió frío, pero no en el cuerpo, sino en el corazón. Volvió a cubrirse con la sábana y la estiró tanto como pudo para que le llegara al cuello. Estar solo y desnudo en medio de la cama, en medio de esa inmensa y solitaria cama, lo hacía sentirse vacío y abandonado. Se preguntó si así se sentían las damas después de pasar una noche con él. ¿Se habría marchado Harriet para ir a atender su negocio sin siquiera despertarlo, sin un adiós, sin siquiera un... un beso de despedida!

Se ovilló de lado en la cama y se cubrió también con la cobija hasta la cabeza; solo se le veía la coronilla. Solo un par de pelos rebeldes indicaban que bajo aquel montón de sábanas y mantas se hallaba el amo y señor de «La Nueva París». El gobernante supremo de ese territorio hedonista se retorcía en el silencio de un dolor inesperado, ¿cuál? ¡El dolor de sentirse solo un recurso de placer momentáneo!

—¿Señor?... —Harry carraspeó. Verlo comportándose como un crío era una faceta nueva en su jefe—. ¿Señor? —repitió con tono más alto ante la falta, adrede, de respuesta.

—No estoy aquí... —dijo desde la improvisada guarida de telas que lo cobijaba. Un buen artilugio para ocultar sus emociones.

—¿Y dónde está, señor? Tengo que entregarle algo.

—Simplemente no estoy, ¡de acuerdo! Cuando me encuentre te aviso, Harry... —protestó, necesitaba un tiempo a solas para digerir ese bocadillo de primera mañana: la ausencia de Harriet. ¡Maldición, tendría que estar en sus brazos! A falta de ella, abrazó una almohada.

—Bueno, de ser así —Harry rodó los ojos, esa mañana su señor estaba dramáticamente infantil. Y como a todo niño, ya se le pasaría el mal humor. Dejaría de jugar a las escondidas en tres...—, cuando lo encuentre, por favor, avísele que tengo una nota de lady Harriet —Dos... Uno— para él. —Ni bien finalizó, Jacob se destapó con brusquedad, estiró su brazo y cogió la nota que este sostenía en la mano—. Oh, vaya, está de regreso, señor, un gusto verlo de nuevo.

—Sí, sí... el gusto es mutuo. —Abrió la nota, leyó con rapidez, eran tan solo un par de líneas. Sonrió, incluso se sonrojó. Abandonó la guarida de telas, se incorporó con energías renovadas. Quedó desnudo y de pie frente a Harry. Le dio un suave puñetazo en el pecho—. ¿Por qué no me lo has dicho antes, hombre?

—¿Qué cosa, señor? —Fue en busca de la bata de Jacob. No había desayunado aún, y ver los cojones de su jefe con el estómago vacío no era un hábito saludable.

—¡Que tenías una nota de Harriet! —Se giró cuando Harry estuvo de nuevo frente a él y se dejó colocar la bata por este— ¿te la ha dado en persona? —volvió a girar. Harry asintió—. O sea que la has visto antes de que se marchara... —Harry exhaló y asintió de nuevo—. ¿Cómo lucía? —Estaba ansioso, si no le daban una respuesta que aplacara su incertidumbre, no podría continuar con las actividades del resto del día. Las palabras de Harriet no le serían suficientes: *Keith vino a por mí, quedarme a tu lado es mi deseo, mas no una opción. Nos vemos luego*—. ¿Cómo crees que se sentía? —interrogó con una sonrisa en los labios luego de que en su cabeza resonara como un eco: quedarme a tu lado es mi deseo.

—A ver... —Harry fingió hacer memoria, como si recordara algo de antaño para generar más expectativa en Bourke—, ¿cómo lucía... mmm? —Se acarició la barbilla. Jacob estaba pendiente de sus labios, de sus gestos, como si estos le pudieran brindar más información—. Oh, sí, lucía igual que ayer, el mismo vestido... —dijo finalmente tratando de contener la risa, la expresión de su señor era impagable, esperaba más información—, solo más despeinada. Sí, bastante despeinada diría. —Tosió para disimular la risa. Jacob clavó sus ojos en él y Harry retomó su actitud seria—. En cuanto a lo otro... creo que noté algo...

—¡¿Qué?! —Sonrió de par en par.

—Que estaba tan sonriente y sonrojada como usted.

Jacob giró su rostro en dirección al espejo. Sonreía, sí, no podía evitar hacerlo, como si los músculos faciales hubieran cobrado vida propia. En cuanto a sus mejillas... parecían dos tomates.

—En esta habitación hace mucho calor —carraspeó y fue directo a la jofaina. Necesitaba refrescar su rostro—, abre la ventana, deja que la brisa de la mañana haga su trabajo —sentenció con su habitual tono de mando. Harry se encaminó a la ventana, apartó las cortinas, y abrió los cristales—. Es más, pídele a Jenny que me prepare un baño, tengo que hacer unos recados... —Llámese recados a ir al salón de té a ver a Harriet. Al final de cuentas, su nota finalizaba con un «nos vemos luego». No había necesidad de analizar demasiado, como buen caballero, él convertiría ese «vernos» en realidad. Podría dejar los asuntos de «La Nueva París» en manos de Peel.

—Su baño está listo, señor, supuse que lo requería. —Evitó compartir la razón de su suposición: una noche a puro sudor. Fue el turno de Harry en el sonrojo.

—Ah, perfecto... —dijo encaminándose al cuarto contiguo de lavado—, desayunaré en el despacho —continuó con las indicaciones—, prepara doble ración, y en cuanto Patrick llegue, dile que me espere allí...

—De acuerdo, señor —dijo y se retiró al oír que su cuerpo se zambullía en el agua.

Que Jacob estuviera de buen humor no podría considerarse una novedad. Lo que sí era una novedad inesperada era el mal humor de Patrick Peel, uno que atravesó el armonioso aire del despacho como si fuese una flecha envenenada lanzada por el enemigo.

—¿Conoces a Lisa Pearl, verdad? —Ni «hola» ni «buen día», Patrick nunca fue tan directo en su vida. Jacob detuvo la taza de café que sostenía a mitad del camino a su boca.

—Por supuesto que la conozco, la pregunta es cómo la conoces tú. —Se había olvidado de comentarle sobre el asunto, lo veía tan feliz con la señorita Anglich y, a la vez, tan ocupado con la organización de su boda y su labor en «La Nueva París» que le pareció innecesario sobrecargar la mente de su amigo con información no tan relevante.

—Sabes que trabaja en el periódico, ¿verdad?

—Sí, fue el señor Kennedy quién le otorgó un puesto a pedido mío. Quería que me mantuviera al tanto de las maniobras de la señorita Gray. —Ahora que mencionaba a la mujer se sorprendió de su repentina ausencia. Hasta hacía unas semanas, la muy taimada lo asechaba en cada ocasión que podía, se había mostrado igual de obsesionada que él con respecto al salón de té. Unir fuerzas, esa era la meta de Gray, aliarse con el fin de destruir un enemigo en común. ¡Harriet! La taza en su mano comenzó a temblar cuando un nerviosismo repentino tomó control de su cuerpo. Regresó la taza a la bandeja—, pero aún no he tenido noticias de ella.

—Hasta hoy... —agregó Patrick, apartó la silla al otro lado del escritorio y tomó asiento frente a Jacob. Este lo miró expectante, pero Peel se tomó su tiempo. Se sirvió café, al fin de cuentas había una taza que esperaba a por él. Sorbió la infusión, mientras lo hacía buscaba la forma correcta de trasladar la información, el hecho de cómo una cosa llevó a la otra. Así que empezó por el principio—. Me han otorgado el permiso de matrimonio.

—Bien, me da gusto saberlo, Hyacinth debe de estar contenta. —Jacob respiró profundo y con lentitud con la intención de mantener la calma, una parte de él quería coger del cuello a Patrick, sacudirlo y gritarle: ¡Ve a lo importante de una condenada vez! La otra parte, la que lo respetaba y apreciaba, se obligaba a escucharlo y compartir la dicha de su amigo.

—Los dos lo estamos, recibí la noticia ayer por la mañana, para la noche ya habíamos decidido fecha.

—¿Cuándo es la boda? —Tuvo la cortesía de preguntar.

—Dentro de tres meses —dijo ansioso y feliz en partes iguales. No veía la hora de compartir los días y las noches junto a su amada. Desde que la había conocido, no compartía cama con ninguna otra mujer. ¡Y no era algo que le pesara! No extrañaba el calor de un cuerpo femenino, no, tan solo anhelaba sentir el calor del cuerpo de Hyacinth a su lado—. Ese fue el motivo que me llevó al periódico, pretendía hacer público el anuncio de nuestras nupcias, y allí... —Volvió a sorber café, lo saboreó, era una molienda de un grano de excelente calidad. Tomó nota mental: consultarle a Harry sobre el proveedor de café, a su esposa, bueno, futura esposa, le encantaría.

—Y allí... ¡¿qué?! —Jacob palmeó la mesa, hasta ahí llegó su paciencia mañanera, los rodeos mentales de su amigo no contribuían a la falsa calma que intentaba mantener—. Habla de una vez, dime lo que has venido a decir, y, después, si quieres, te juro que te ayudo a armar la lista de invitados para tu boda. —Si eso no era un sacrificio en nombre de la amistad, ¿qué lo era?

—Oh, sí, lo siento... —Regresó la taza a la bandeja—, allí me interceptó la señora Pearl, y me dio un recado para ti —Se acarició la barbilla—, un recado un tanto extraño diría.

—Eso déjalo a mi criterio, Patrick —lo instó a que continuara.

—Pasado mañana, al amanecer, el enemigo intentará volar los puentes. —Si existía alguien conocedor de las expresiones militares, ese era Patrick, pero no entendía cómo demonios encajaba eso en la vida cotidiana de su amigo—. ¿Acaso tienes algún plan bélico en mente, Jacob? —lo interrogó con burla.

—Espera... ¿has dicho pasado mañana? —Patrick asintió. Al amanecer del viernes, la muy traicionera de Vivian Gray haría estallar todo por los aires. La pregunta era, ¿qué?—. ¡Mierda! —Se incorporó con brusquedad y susurró entre dientes—: Harriet.

—¡Por los cielos, Jacob! —Patrick se mostró inquieto ante lo oído, algo que interpretó erróneamente—, ¿todavía no has podido limar las asperezas entre Lady Harriet y tú?

—Oh, no te preocupes, no hay asperezas. Al contrario —gruñó enfurecido. Cogió su chaqueta que había colgado en el respaldo de la silla y se la colocó de camino a la puerta. Patrick fue tras él, intentaba comprender lo que sucedía—, si alguien se atreve a volar el puente que me lleva hacia ella, yo destruiré el camino del enemigo antes de que este pueda acercarse.

—¿De qué rayos hablas, Jacob? —Le detuvo a mitad del corredor. Patrick comenzaba a culparse por el hecho de no entender el motivo que había puesto en una alerta feroz a Jacob, tan dedicado a sus asuntos personales había estado que sentía que le había fallado como amigo. Lo cogió del hombro—. Habla claro conmigo, si te han declarado la guerra, dime dónde y cuándo, que me alisto para ir a la batalla contigo. —Quizás sonó muy dramático, pero era verdad, se enfrentaría a quién sea si su amigo lo necesitaba.

—Agradezco tu compromiso con la causa —Aportó la mano de su amigo con delicadeza, luego palmeó su espalda—, pero esto no es una batalla, es un duelo

personal y no pienso esperar al amanecer de pasado mañana para desenfundar mi arma. ¡Voy a dispararle a esa maldita urraca ahora mismo! —gruñó con furia. Retomó su caminata en dirección al hall de recepción—. ¡Harry! —llamó con un grito a su mano derecha.

—¿Señor? —La capacidad de Harry de apersonarse en segundos en cualquier lugar de la casa podría considerarse casi un acto de magia.

—¡Ve a por Fineas! —dijo también con un grito pese a estar a un par de pasos de Harry

—Fineas se encuentra en la entrada, señor, con el coche... —Harry se masajeó las orejas. Los gritos de Bourke eran potentes—, con el coche listo —completó mientras veía a su señor marcharse sin demora. El paso acelerado de Bourke le agitó los cabellos cuando pasó a su lado. Asomó el rostro por la puerta, contempló el cielo despejado, se encogió de hombros—. Demasiado soleado, nadie espera un vendaval...

—¿Qué vendaval? —preguntó Peel, cuando estuvo junto a Harry.

—El vendaval Bourke.

—¡Rayos! —protestó para sí Patrick, y al trote siguió los pasos de su ofuscado amigo. Logró llegar al carruaje antes de que Fineas emprendiera viaje, casi saltó al interior de la cabina, tomando por sorpresa a Jacob.

—¿Qué haces?

—¿Qué te parece que hago? —Se acomodó en la butaca frente a Jacob—. ¡Ir contigo! Tú le disparas a la urraca y yo la entierro por ti. —Alzó una ceja en complicidad. Jacob le devolvió el gesto.

—¿Sabes qué urraca vamos a cazar?

—No, pero me da lo mismo, soy tu sepulturero personal. Si me necesitas, allí estaré...

Para cuando llegaron a destino, la urraca en cuestión adquirió rostro, nombre y apellido: Vivian Gray. Patrick elaboró en su mente el resto de historia faltante. Sabía muy bien que Gray había ido en busca de Jacob para hacer colapsar el negocio de lady Harriet y este se había negado, no porque no desearan lo mismo —en un principio—, sino porque Jacob manejaba otros códigos morales. Volviendo al asunto de «en un principio», era indiscutible el hecho de que Jacob pretendía —mejor dicho, pretendió, tiempo pasado— desenmascarar a lady Harriet, mas no hundirla. Así que, la referencia de hacer

«volar el puente» claramente se refería a ella y a su salón de té. Y, conociendo los planes iniciales de la mujer, no era sorpresivo el repentino ataque que se avecinaba en cuestión de horas.

—Dudo mucho que haya podido conseguir información del salón o de sus miembros. —Patrick trataba de develar el origen de la fuente que podría haberle brindado material a la mujer. Conocía a casi todos sus miembros, y la cláusula de confidencialidad era aceptada y mantenida por todos. No por obligación legal, sino como muestra de agradecimiento a su anfitriona. Una muestra de cortesía y fidelidad por haberlos ayudado a hallar el amor.

—Yo también, no creas que he pasado por el alto tu evasivo silencio. —Le recordó, no le había revelado nada. El peor espía del mundo resultó ser—. Por respeto a ti y a Hyacinth, no te presioné para que hablaras. Recuérdame no infiltrarte más en los negocios de la competencia. —Debía reconocer que la compañía de Patrick había reducido su intensidad de vendaval a brisa de verano. Le encantaría enterrar a esa maldita urraca traicionera, pero prefería una vida lejos de las rejas de la prisión, pues deseaba vivir el resto de sus días junto a Harriet. Su mente hizo una pausa con el único propósito de repetir el último pensamiento: *deseaba vivir el resto de sus días junto a Harriet. El resto de sus días... junto a Harriet... Harriet... Harriet...sus días... su vida con Harriet.*

—¡Ey! —Patrick chasqueó los dedos cerca de la nariz de Jacob, parecía que su amigo se había perdido en algún recóndito lugar de su mente—. ¿En qué piensas?, ¿supones algo?

—Supongo muchas cosas, pero creo que lo mejor es enfocarme en una estrategia, no creo que vaya a por el salón de té, va a por...

—Lady Harriet —concluyó Patrick siguiendo la idea de su amigo—. Me pregunto qué ha hallado en su contra, la reputación de la dama es intachable.

—Era intachable —masculló por lo bajo—, hasta que yo me crucé en su camino —finalizó con una exhalación. Se sentía culpable, no debió arrastrarla consigo, no debió llevarla a las profundidades de su mundo, porque en el suyo no había códigos en nombre del amor, cuando las reglas del placer gobiernan, la traición siempre se halla a la vuelta de la esquina. Quizás uno de los miembros de «La Nueva París» la reconoció y habló más de lo debido. Harriet tenía razón, a falta de amor, uno llena los vacíos con lo que encuentra, y cuando no es suficiente, cuando nos sentimos incompletos, pretendemos que los demás

sientan lo mismo. No queremos ser los únicos que vemos el mundo en blanco o en negro, queremos que el mundo colorido de los demás se vuelva igual de monocromático que el nuestro.

—¿De qué hablas?, ¿qué has hecho? —preguntó justo cuando el carro se detuvo en las puertas de la casa de la señorita Gray. Las casualidades de la vida hicieron que arribaran en el preciso momento en que esta abandonaba su hogar. Jacob se lanzó del carruaje para interceptarla. Las preguntas de Patrick quedaron flotando en el interior de la cabina a la espera de respuesta. Quiso descender a la par de su amigo, él se lo impidió cerrando la portezuela.

—No, quédate aquí, esto es entre ella y yo.

La orden resonó en los oídos de la aludida. Sonrió victoriosa, que Jacob Bourke estuviese en la puerta de su casa era un preámbulo de triunfo para ella. Le resultaba una idea maravillosa verlo rogar. Porque lo haría, estaba segura.

—Entre usted y yo no hay nada, señor Bourke, le recuerdo que me negó su colaboración.

—Y se la seguiré negando, por eso estoy aquí. —No le agradaba intimidar a las mujeres con una actitud de superioridad masculina, no era esa clase de hombre, pero lo sería para esa clase de mujer. La enfrentó, la distancia entre sus cuerpos fue mínima—. Estoy aquí para impedir que su veneno se disperse por la ciudad.

—No se haga el hombre altruista conmigo, usted y yo sabemos que solo le importa mi veneno porque este intoxicará la sangre de... su... mmmm —Se llevó el índice a los labios, ladeó la cabeza, lo observó y chasqueó la lengua—, no me decido aún, ¿amada? ¡No!, ¿amante? —exclamó sabiendo que eso lo haría enfurecer.

—¡Cierra tu maldita boca! —gruñó entre dientes. Fue un gruñido profundo, gutural, nacido de las profundidades del infierno que comenzaba a arder dentro de Jacob. Dio un paso hacia ella. Gray se mantuvo firme, pese a sentir el fuego que se desprendía del cuerpo del hombre, no retrocedió. Estaba dispuesta a hacer arder todo Londres, poco le importaban las víctimas colaterales si eso le daba el podio de oro en el rubro de prensa amarillista. Los rumores destruyen vidas, pero también incentivan a otras. Los rumores son como una sustancia tóxica que, por un breve tiempo, te hace sentir en las nubes, luego, cuando pierde efecto, te regresa a la tierra. Y la tierra, joder, era aburrida. Era su deber

mantener en las nubes a todos aquellos que lo deseaban y necesitaban. Alguien debía de pagar ese precio, alguien debía de ser sacrificado.

—Oh, veo que ha perdido la formalidad, señor Bourke. De ser así, hablemos en los mismos términos. —Se elevó en puntas de pie y alzó el mentón para poder llegar a la altura del rostro de Jacob—. ¿Qué le hace pensar que voy a cerrar mi boca? No lo he hecho antes, menos lo haré ahora... he visto con mis propios ojos la verdad que pretende ocultar. La vi salir a la madrugada de «La Nueva París», pasó la noche allí, pasó la noche en tus brazos, ¿verdad? —Lo miró a los ojos, el brillo en los ojos de Bourke le sirvió como confirmación—. ¿Quién iba a imaginar que la respetable e inmaculada Lady Harriet...? —Hizo una pausa, regresó sus talones al suelo, le dolían las pantorrillas por intentar imitarlo en altura. Le sonrió antes de agregar—: de inmaculada y respetable no tiene nada —rio con ganas, rio a centímetros del rostro de Jacob. Él la cogió del cuello.

—Si no cierras tu boca... —Apretó en torno a su cuello sin fuerza, solo una amenaza—, te juro que yo te la cerraré. —Aflojó la presión un poco más, pero no la liberó. La gente a su alrededor, los vecinos, todos presenciaban espantados la escena.

—¡Bravo, bravo! —intentó bromear Gray—, sé lo que pretendes hacer, quieres robarle el lugar de repudio social a tu adorada lady Harriet... de nada sirve, tú terminarás tras las rejas y ella excluida de la sociedad como una maldita paria. —Volvió a reír. Él presionó, usó su autocontrol para no matarla, porque por dentro estaba dispuesto a partirle el condenado cuello.

—¡Jacob! —Fue el grito de Patrick lo que le ayudó a no sucumbir. Jacob se detuvo. Cuando Peel llegó a su lado, lo cogió por las muñecas e hizo que soltara a la mujer.

Vivian se masajeó el cuello, no era la primera vez que recibía una reacción violenta por parte de los ciudadanos. Tenía muchos enemigos, se los había ganado, y no todos eran amables. Lo sabía, un día amanecería flotando en el Támesis, y ese pensamiento, para ella, era esa dosis tóxica que la hacía flotar en las nubes. Sí, se sentía poderosa.

—Aunque cerrara mi boca, es demasiado tarde. Mi editor ya tiene en sus manos la primicia más esperada por Londres. En unos días, cuando la ciudad se ponga en contra de Lady Ruthven y su salón se convierta en sinónimo de deshonra, me lo agradecerá... «La Nueva París» volverá a brillar de nuevo.

—«La Nueva París» no necesita de ti para brillar —respondió Patrick a falta de las palabras de Jacob. Parecía que estaba en un estado repentino de conmoción, uno que le impedía reaccionar.

El resto de sus días... junto a Harriet. Sus días... su vida con Harriet. Eso se repetía en su mente. En medio de esas palabras, otras surgieron y brotaron de su boca como una proclamación de guerra inminente:

—Antes de que eso suceda, prefiero que «La Nueva París» arda hasta que sus cimientos se conviertan en cenizas...

Vivian aplaudió con ganas, como quién quiere hacer que toda la audiencia de un teatro haga lo mismo. La atención de la gente continuaba en ellos. ¡Vaya espectáculo!

—Resultó ser... ser... un maldito imbécil enamorado, señor Bourke —retomó la formalidad. La verdad era que Vivian Gray odiaba la felicidad. No la conocía en persona, por eso vivía para destruir la de los demás. En realidad, eso le deba felicidad: ver la dicha ajena hecha añicos—. ¿Está dispuesto a perder su imperio solo para proteger a una mujer que tendrá a todo el mundo en su contra?

La respuesta fue inmediata en el corazón de Jacob... sí. No hubo ni un atisbo de duda. Nunca tuvo tanta certeza en su vida. La certeza de que amaba a Lady Harriet Ruthven.

—Sí, y si todo el mundo estuviera en su contra... yo estoy dispuesto a estar en contra del mundo solo para protegerla —sentenció con esa certeza desbordante dentro de su pecho. Giró sobre sus talones y se encaminó a su coche. La dejó con la boca abierta, imposibilitada de ganar esa batalla de confesiones. La sonrisa de triunfo se esfumó del rostro de la mujer. ¿Cómo se le puede ganar a un hombre dispuesto a todo por la mujer que ama?

Por primera vez, Vivian Gray temió. Quizás porque era la primera vez que se enfrentaba a un hombre verdaderamente enamorado.

—¿Tienes tu libreta a mano? —Le preguntó a Patrick cuando estuvieron junto al carruaje.

—Sí. —Patrick siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta una pequeña libreta y un lápiz de grafito.

—Dámela, por favor. —Patrick se los entregó de inmediato—. Gírate... —le pidió. Utilizó su espalda como apoyo. Escribió una nota y se la regresó. Lo instó a subir a la cabina del carro—. Ve al periódico ahora mismo y diles que publiquen

esto... paga lo que sea, utiliza todos los contactos que tengamos, haz que lo publiquen en el apartado de sociales, ¿de acuerdo?

Patrick abrió la libreta y leyó lo escrito por Jacob.

—¡Qué demonios! —exclamó. Miró a su amigo. Esperaba una explicación.

—Ahora puedo responder a tu pregunta de minutos atrás —le dijo.

¡Mierda! Ya ni recordaba a qué pregunta se refería.

—¿A cuál?

—¿Qué has hecho? Eso me preguntaste... Amarla, eso he hecho, eso hago. —Cerró la portezuela con un fuerte golpe y le gritó las indicaciones a su cochero—. ¡Fineas, llévalo hasta el periódico!

—De acuerdo, señor. —Fineas agitó las riendas.

—¿Y tú? —Patrick asomó el rostro por la ventanilla—. ¿Adónde irás?

Alzó la mano al aire con un gesto brusco, más tarde se lo diría. Si Vivian Gray no hubiese estado presente, lo hubiese gritado a los cuatro vientos para que todo el mundo lo oyese... *A buscar a mi esposa*.

Capítulo 15



Tenía que reconocer que la falta de descanso haría mella a media mañana. Los bostezos serían sus compañeros inseparables durante todo el día. Pero merecerían la pena, pues cada uno de ellos le recordaría la noche que había pasado en brazos de Jacob.

Jacob... Jacob... Jacob. Repitió su nombre un centenar de veces; deseaba acostumbrarse a él. Ya no más señor Bourke, habían traspasado ese límite. Y, por todo lo que le era sagrado, juraba que seguiría desafiando todos los límites con él.

Jacob... Jacob... Jacob. Bostezaba y sonreía. Sonreía y bostezaba. Contemplaba las molduras del techo mientras avanzaba por el pasillo y sonreía. Miraba la punta de sus botines y los bordados de los tapetes decorativos del salón, y bostezaba. Por supuesto, también sonreía. Se sentía maravillosamente agotada, pero también liviana como una pluma, como si estuviera flotando o caminando por las nubes.

—Parece que alguien no se ha dado cuenta de la tormenta que se avecina... —Tía Poppy le dio la bienvenida al salón comedor con esas palabras.

Harriet estaba tan sumergida en su mundo, protagonizado por... Jacob. Jacob... Lo dicho por su tía no resultó más que un lejano zumbido. Se sentó en su silla habitual, en la cabecera de la mesa. Cogió la servilleta de tela, la desplegó sobre su falda, volvió a sonreír, bostezó una vez más y, justo antes de disponerse a coger un scone tibio, alzó la mirada. ¡Por fin observaba a su alrededor! Frunció el ceño.

¡Cielos! Todos estaban allí. Todos la miraban. Poppy, Esme y Susan la observaban desde la comodidad de sus sillas. Amelie, Pierre, Hazel y, por supuesto, Keith Duncan estaban de pie, formando una hilera en el extremo opuesto de la mesa. No cabía duda, la expresión de Duncan lo delataba: les había contado todo. O él o Susan. Su aventura nocturna tenía poco de secreto y mucho de rumor. Un rumor en su punto justo, recién salido del horno, lo que lo hacía más apetecible.

—¿Qué? —Y su interrogante los involucró a todos. Las palabras siempre son más convenientes que las miradas. ¡Joder!—. Si tienen algo para decir, díganlo. —Se sirvió café, requeriría cantidades obscenas de café si deseaba cumplir con todas las tareas del día.

—No, creo que la que tiene mucho para decir... — Poppy carraspeó, no porque no se atreviera a continuar, sino porque Esme la había interrumpido con un codazo disimulado. Se miraron de soslayo y se hicieron algún que otro gesto con los labios. ¡Rayos! Habían acordado no ser tan directas; el objetivo era que Harriet contara lo ocurrido por propia voluntad.

—No, en realidad, no tengo mucho para decir —Acercó la taza a sus labios, disfrutó del aroma a café, luego sorbió con lentitud—, creo que lo que pretenden es que comparta los detalles de la noche con ustedes —Volvió a sorber y, mientras lo hacía, miró a cada uno de los rostros que había allí. Ninguno expresaba sensación de espanto ante la suposición que albergaban en sus mentes. Sí, Harriet, nuestra lady Harriet, pasó la noche con un hombre. ¡Oh, qué atrocidad, qué comportamiento tan desvergonzado! No, sus rostros confesaban sin disimulo que querían detalles, ¡querían el chisme completo, no les bastaba con el principio y el final! Querían el tocino y el queso del emparedado, no las rebanadas de pan—, y eso... lo lamento, no va a suceder. —Sonrió con picardía. Regresó la taza a la mesa, cogió el scone tan anhelado y lo mordió. Masticó ante la atenta mirada de todos.

Tía Poppy apretó los labios. ¡Maldición! Tenía prohibido hablar, Esme le apretaba la mano para forzarla al silencio.

—De acuerdo, respetamos tu decisión... tu... secretismo —finalizó tía Esme, pese a desear con desesperación detalles jugosos. Bueno, no tan jugosos, esos quedarían bien guardados en el recuerdo de Harriet. Pero al menos esperaba un, no sé... ¡Besa de maravilla! ¡Siento que puedo morir en sus brazos! ¡El vello en

su pecho se riza cuando lo acaricio! Las mejillas de Esme comenzaron a arder, recordó los tiempos en brazos de su esposo. ¡Qué época hermosa! No pasaba ni una noche en la que ella no añorara el calor del cuerpo de su esposo junto al de ella. ¡Maldición! En esa ocasión fue Esme quien apretó sus labios para no exigir más información. Poppy no pasó por alto el tono rojizo en las mejillas de su cuñada, y fue su turno de apretarle la mano. Así, apretándose mutuamente se contuvieron de hablar, de reclamar, de suplicar. Miraron a Susan.

—¡Ya, suficiente, no seas aguafiestas! —exclamó Susan, era la única que no tenía a su lado a alguien que la pudiera contener. Esme y Poppy gesticularon un silencioso «gracias», exhalaron—. No pretenderás que finjamos desconocimiento, ¿verdad? ¡Has pasado la noche con un hombre! —dijo lo que todos querían decir. Fue la vocera oficial del salón de té.

—Disculpen, ¿quién les ha dicho que pasé la noche con un hombre? Pasé la noche jugando al écarté —bromeó.

—¿Écarté?, eso juegas en casa —le recordó Poppy.

—Es verdad, pero nunca había jugado con compañeros que me puedan ganar.

—Partida de Écarté o no, da lo mismo —Poppy lo reconoció para sí, era pésima en ese juego—, ¿qué piensa hacer el señor Bourke al respecto?

—¿Perdón? —Dejó el scone sobre el platillo. Tenía deseos de untarle mantequilla, pero el cuestionamiento le quitó las ganas de continuar comiendo —. No sé a qué te refieres... —mintió, sabía muy bien la intención de la pregunta. ¡Boda en puerta! Era una obligación moral por parte del señor Bourke solicitar su mano en matrimonio. Poppy alzó la ceja derecha. Esme la izquierda. Miró a Susan, esta tenía ambas cejas en lo alto. Miró al resto de los participantes. ¡Cielo santo! Parecía una epidemia de cejas alzadas.

—Si lo desea, ya puedo comenzar a organizar el menú y el pastel de boda. —Pierre Dupont abandonó el frente de batalla comandado por las cejas, y lanzó la bandera blanca: No necesitamos saber, solo necesitamos proceder. Avanzar al siguiente peldaño: campañas de iglesia.

—¿Qué le hace pensar que va a ser usted quién elabore el pastel de bodas? —le recriminó Hazel. Dio medio giro con su cuerpo para enfrentarlo.

—Disculpe, ¿es acaso usted una pastelera certificada? —Pierre también se giró, la enfrentó.

—¿Es usted un pastelero certificado? Que yo sepa, nunca ha mostrado dicho certificado.

Mientras Pierre y Hazel comenzaban a discutir por décima cuarta vez en la mañana, Poppy y Esme comenzaron a debatir sobre la elección de telas para la confección del vestido de bodas.

—Seda... satén. No, brocado de seda. —Esme amaba el brocado de seda. Su vestido de novia fue confeccionado con esa tela hermosamente bordada con hilos de plata y oro.

—Oh, y tul, también encaje. ¡Ah, y organza, definitivamente, organza! —Poppy no se había casado por decisión propia, pero eso no quitaba el hecho que, en sus tiempos de debutante, no hubiese soñado con su vestido de bodas. ¡Con organza, por supuesto!

—Pero que sea organza bordada —agregó Esme. Sí, su obsesión eran los bordados. ¿Quién lo diría, no?

Por su parte, Susan hizo lo que sabía hacer, organizar la agenda de Harriet. Convocó a Amelie, y compartió con esta los pasos a seguir.

—Necesito que vayas al salón de madame Dubois y solicites una cita...

—¿Una cita? —cuestionó Amelie. Se miraron. Coincidieron de inmediato en pensamientos.

—Tienes razón, dile que se reserve toda la semana para el diseño y confección del vestido...

—De acuerdo —dijo Amelie dispuesta abandonar la casona de inmediato.

—Espera, también ve y dile al vicario que...

Harriet sintió que una repentina jaqueca se apoderaba de su cabeza. Las voces se convirtieron en un bullicio molesto. Un zumbido intenso atacó sus oídos. Sintió un leve mareo. Cerró los ojos y el bullicio la atacó sin piedad: seda, vicario, vestido... brocado... fecha... Pastel de fresas... No, de limón... Seda... vicario... vestido... brocado... fecha... Pastel de fresas... No, de limón... Satén... Tul... Pavo... No, pescado del día... Harriet pensó que iba a tener un ataque de nervios. ¡Por todos los cielos! Batió las palmas sobre la mesa y se puso en pie de un salto.

—¡Tú! —señaló a Keith Duncan que no hacía más que permanecer de pie y en silencio—. ¡Tú, esto es tu culpa, maldito bocazas!

—¿Yo, milady? —Keith se encogió de hombros—. No he dicho ni una sola palabra. —Era verdad. Todo había sido una suposición generalizada del resto del grupo, una a la que Susan había dado voz creyendo que había sido Keith el delator. Tenía que ser más firme con sus empleados, definitivamente, pensó sin intención de llevar a cabo esa tarea.

—No arremetas contra el señor Duncan —Poppy la reprendió—, tu fiel soldado ha defendido con su silencio tu... —Miró a Esme, y una vez que obtuvo la aprobación de su cuñada, lanzó la daga verbal— tu honor perdido. Dicho sea de paso, era hora que lo perdieras. —Poppy era una solterona de cincuenta años, pero en términos de honor, sí, nos referimos a ese honor específico, lo había perdido tiempo atrás. Nunca fue esposa, sin embargo, conoció las mieles del placer en brazos masculinos muy afectuosos. Enhorabuena para su sobrina. Susan y Esme asintieron a la par de las palabras de Poppy.

—Gracias por mencionarlo, quizás quieras publicarlo en el apartado de sociales para que el resto de Londres se entere.

—No exageres, cariño —intervino Esme—. Estamos en la intimidad del hogar, del salón de té... y qué es eso que siempre nos repites —la invitó a que ella completara la oración.

—Lo que sucede dentro del salón de té —repitió entre dientes su lema de negocios favorito— queda en el salón de té. —Cada uno de los presentes asintió. Incluso Hazel y Pierre, que hicieron una pausa para jurar lealtad al lema de la casona Ruthven. Harriet regresó su trasero a la silla—. Salvo esto... —Apoyó los codos sobre la mesa y dejó que su frente reposara en sus manos—, de esto se enterara todo Londres.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Susan creyendo lo peor. Y lo peor era—: No me digas que crees que ese malnacido de Bourke es... es... capaz de... —Se mordió el labio inferior antes de finalizar porque lo único que haría sería maldecir a ese hijo de perra. Como todo hombre, seguro se vanagloriaba de haber conquistado el corazón y el cuerpo de una mujer. ¡Un auténtico hijo de perra!

A buen entendedor, pocas palabras. Todos interpretaron lo mismo. ¡Ese malnacido de Bourke!

—¡Que no se atreva a poner un pie en este lugar! —bufó Poppy.

—Y sí, que se puede esperar de un hombre como él, solo conoce el lenguaje de la noche, de los excesos, de las traiciones —confesó Esme con dolorosa resignación. Por un momento llegó a creer que ese hombre era el adecuado para su sobrina. ¡Patrañas! Maldito traicionero.

—Esperen, si él ha generado el rumor, nosotras podemos generar otro... —sugirió Amelie, nada peor para un hombre que ser dejado en ridículo, más aún cuando se habla de su hombría.

Oh, sí, excelente plan, pensaron todos. Dejarlo en ridículo, pero... mmm, eso no era suficiente.

—Señor pastelero certificado, ¿cree usted que es capaz de preparar algún tipo de... de...? —Hazel tenía otro plan en mente, uno basado en intoxicación alimentaria. Un intercambio de miradas con su archienemigo fue suficiente para que este interpretara su pensamiento. Se sonrieron.

—Oh, sí, bombones, petit four, bocadillos... Los prepararé a todos, se los haremos degustar a como dé lugar, y le juro, señora Hazel... recordada el sabor de estos por el resto de su miserable vida. —Volvieron a sonreír en complicidad. ¿Se sonrieron dos veces consecutivas? ¡Vaya logro! Algo nunca visto—. Es más, si lo desea, puede ayudarme en su elaboración.

—Lo ayudaré, por supuesto que lo haré. —Por primera vez desde que se conocían, estrecharon sus manos.

Harriet no quería seguir hablando, además, su voz se perdería en medio de ese nuevo bullicio generalizado. Ni siquiera mencionó su jaqueca, que aumentaba a cada segundo y palabra. Miró a Keith y este rompió el silencio. Era el momento de decir esas palabras que no había dicho antes.

—¡No es Bourke! —alzó la voz. Lo dijo con un tono que para él era bajo y suave. Para los oídos de los demás, resonó como un grito. Todos se callaron de repente y dirigieron su atención a él. Carraspeó, tragó saliva, y continuó en lo que para él era un tono de susurro—. No es él el problema. Es Vivian Gray.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Susan a Harriet. Esta hizo un gesto que indicaba que no iba a responder, lo dejaba todo en boca de Keith. Susan volteó su rostro hacia Keith—. ¿Qué quieres decir con eso?

—La señora Gray la vio en la ópera, también la vio cuando partimos de «La Nueva París» a última hora de la madrugada...

Una vez más, a buen entendedor, pocas palabras. Con decir el nombre de la mujer bastaba. No se necesitaban muchas más explicaciones. Lo que la harpía de Gray publicara en el periódico local significaría la condena del salón de té. Peor aún, la condena social para Harriet.

Un silencio absoluto invadió el comedor. Apenas se oían las respiraciones. Ni siquiera hubo miradas cómplices; cada uno, a su manera, pensaba en estrategias de supervivencia y ataque. Eran un pequeño ejército y Gray era un general desquiciado dispuesto a todo. El armamento de la mujer eran las palabras y la difamación. El armamento del salón de té era... era... ¡Rayos! Quizás alguien debía ser sacrificado. Alguien tenía que ser el señuelo inicial y ese alguien era...

—Puede que Bourke no sea el problema completo al que nos enfrentamos, pero... —Susan no se andaría con rodeos, ni le quitaría responsabilidad al hombre—, pero es parte del problema...

—No, te equivocas, ese hombre es parte del problema, es el problema completo y la raíz del problema —exclamó enfurecida Poppy—. Desde que puso un pie en este lugar lo hizo con el propósito de destruirnos, ¿no es así? —Miró en derredor, como si estuviese en una asamblea en la cámara de lores y buscara aprobación. La obtuvo, asintieron.

—Él y su incansable obsesión... —rezongó Esme sabedora que se encontraban ante el fin del salón de té. La revelación de Gray las obligaría a cerrar las puertas de la casona Ruthven y las condenaría a la exclusión social. Chasqueó la lengua. ¡Qué pena, fue bello mientras duró!

De pronto, como si el cielo mismo estuviese igual de enfurecido que ellos, el celeste firmamento se tiñó de gris y un fuerte trueno hizo que los cimientos de la casa vibraran.

—¡Cielo santo! —exclamaron sus tías llevándose las manos al pecho. ¿Cuánto tiempo hacía que no llovía y tronaba en Londres? ¡Meses! Se habían acostumbrado a los días soleados—. Pareciera que el cielo va a caer sobre nuestras cabezas —agregó Poppy luego de observar las nubes grises al otro lado de la ventana.

Harriet se incorporó y se acercó a la ventana. Contempló la tormenta que parecía estar a punto de estallar. Suspiró y, por un momento, sintió lástima por todos los miembros del club. En especial, por aquellos que aún no habían encontrado a su pareja perfecta. Quizás, con el tiempo, también se sentiría

culpable. ¿De qué? De haber antepuesto su felicidad a la de ellos. Lo supo en cuanto decidió compartir su noche, su cuerpo y su corazón con Jacob: todo se vendría abajo. Sí, quizá se sentiría culpable con el tiempo, pero no ese día.

—Tía Poppy, tus palabras han sido premonitorias, una tormenta se avecina.

—¿Y qué haremos al respecto? —preguntó Susan, estaba dispuesta a ser el soldado a la vanguardia. De ser necesario, iniciaría el ataque.

—¿Qué haremos? —repitió con una sonrisa de feliz aceptación en sus labios. Nadie pudo ver su expresión, ya que estaba de espaldas. Harriet seguía junto a la ventana, como si esperara ver caer la primera gota de lluvia. Mientras los demás seguían emitiendo juicios de valor sobre Jacob, ella solo pensaba en las actividades al aire libre de esa tarde. ¡Maldición! Tendría que suspenderlas y decepcionar a lady Matilde. Llevaba más de una semana planeando la actividad de lanzamiento de bala con Lord Charles, un aficionado a ese deporte, y Lady Matilde quería explorarlo con él—. Modificar las actividades del día, eso haremos, me da la sensación de que si llueve, el cielo lo hará por horas, quizás días. Supongo que es una invitación indirecta a que cerremos nuestras puertas.

Por lo visto, la eterna primavera de Londres llegaba a su fin. ¡Qué pena, fue bello mientras duró!

—¿Momentáneamente, verdad? —Susan sintió el peso de las palabras de Harriet. Todos estaban decididos a alistarse para la guerra. Todos menos «su» general. Lady Harriet Ruthven se rendía.

Harriet regresó junto a la mesa, no tomó asiento, solo se quedó de pie en la cabecera, mirando a su familia y equipo de trabajo.

—No lo sé, conocemos muy bien los parámetros morales de esta sociedad, y lo siento por ustedes y el salón, pero mi decisión personal los ha arrastrado a la condena conmigo... Les pido disculpas. —Lo sentía, mas no se arrepentía. Si pudiese volver el tiempo atrás, volvería a elegir lo mismo. Su momento en brazos de Jacob. Comprendía ahora que la búsqueda de amor para otros se había convertido en su excusa personal. Tal vez porque se creyó incapaz de elegir a la persona correcta. Tal vez porque, pese a decir que lo opuesto al amor es el miedo, ella, en lo referido a su corazón, había sido la más cobarde de todos.

Les pido disculpas...

Resoplaron, exhalaron, sacudieron las manos al aire restando importancia a lo que Harriet, creía, era su culpa. Si ella deseaba ir a la guerra, irían. Si ella

deseaba rendirse, serían su soporte, el colchón en el cual su cuerpo podía caer y descansar sin daño alguno.

—Cariño, las disculpas no son necesarias. Nada de esto es tu culpa. —Poppy extendió su mano por sobre la mesa, cogió la de Harriet, y le brindó un afectuoso apretón. Nadie se atrevería a juzgar sus decisiones, la respetaban, así como ella los respetaba a todos ellos. ¡Al demonio Londres! Ah, y también —: El que sí tendría que sentirse culpable es ese maldito desgraciado de Bourke...

Para el grupo, la mejor forma de lidiar con su situación era centrar su atención en atacar a Jacob. Retomaron los planes de asalto en torno a él. Amelie y Susan comenzaron a elaborar el rumor que harían circular entre las mujeres: Jacob Bourke era «hombre» desde el punto de vista biológico, pero en lo que respecta a su hombría, uf... esta era inexistente. Hazel y Dupont llegaron a la conclusión de que era fundamental indagar en los alimentos que prefería su enemigo e, incluso, descubrir si su cuerpo reaccionaba mal ante alguno de ellos. De ser así, ese sería el punto de partida para elaborar el menú.

—Por favor, tratemos de dejar a Jacob fuera de esto —dijo Harriet a modo de súplica. Tenían que ocuparse de cosas más importantes, como, por ejemplo, organizar las actividades de los últimos días del salón de té.

—¿Jacob? —repitió Poppy en tono interrogativo. La epidemia de cejas alzadas volvió a dar indicios. Que lo llamara por su nombre de pila con tanta ligereza y seguridad, confesaba un vínculo personal entre ambos.

La tormenta de preguntas que se avecinaba en el salón comedor —aunque todavía no había comenzado, solo se escuchaban truenos lejanos— fue interrumpida por la llegada del único miembro del equipo que no estaba presente, quien parecía estar en un estado de evidente conmoción. Sin aire en los pulmones, con la lengua fuera como la de un bulldog agotado y con un sudor casi inhumano en la frente, así regresó Alain a la casona. Lo habían enviado en busca de los primeros rumores y, por lo visto, traía uno muy importante.

—Toma agua, muchacho. —Keith lo palmeó a la espalda para ver si con eso lo ayudaba a recomponer su postura. Este apenas se podía mantener erguido, utilizó la mesa como sostén por un par de segundos.

Fue su hermana la se encomendó a la tarea de ayudarlo, cogió un vaso repleto con limonada, era lo único que tenía a mano, fue hasta él y lo instó a beber. Alain lo cogió y sorbió con desesperación.

—¿Has oído algo? —le preguntó. Alain asintió.

—Bourke... —Apenas pudo susurrar el nombre. Nadie pudo oírlo, solo Amelie.

—¿Bourke? —repitió ella. Alain asintió, pero sabedor de que no tenía la fuerza para hablar en voz alta, tiró del brazo de su hermana hasta que su oído estuvo lo suficientemente cerca para susurrarle.

—¡Cuando no, ese malnacido! —exclamó Poppy enfurecida. Ese hombre era peor que Gray.

—¿Qué? —Amelie solo pudo oír la mitad de sus palabras, repitió algunas—, poner el mundo en contra de Harriet, ¿eso ha dicho Bourke?, ¿eso pretende? —Y la que alzó sus cejas, fue la aludida. No, no podía ser verdad. Alain negó. Harriet exhaló. Alain respiró profundo y repitió al oído de su hermana—. Ahhh, ahora sí... —Amelie resopló. Su hermano también.

—¡Demonios, Amelie! ¿Bourke ha dicho qué? ¡Habla! —la increpó Esme. Ni en las novelas de folletín había tanta tensión argumental. Todavía no se podía definir si estaban ante una historia de amor o una de traición.

—Si todo el mundo estuviera en su contra... —repitió Amelie, antes de continuar, hizo una pausa para mirar a su hermano y recibir su aprobación. Sí, lo estás diciendo bien, continúa— yo estoy dispuesto a estar en contra del mundo solo para protegerla.

De todos los rumores posibles, el único que recorría la ciudad a la velocidad del rayo era ese. El amor que Jacob Bourke sentía por lady Harriet era capaz de enfrentarse a todo y a todos por ella, ¡por su honor!

¡Maldita sea! El silencio volvió a apoderarse de todos los presentes. El silencio fue tal que pudieron oír el suave repiqueteo de la lluvia golpeando el cristal de la ventana. Finalmente llovía en Londres.

Harriet se sentó de nuevo, cogió el scone a medio comer que había olvidado en la mesa y se sirvió más café, porque el que quedaba en su taza seguro que estaba tibio; el de la tetera no, todavía humeaba.

—Vamos a tener que reorganizar el esquema del día —le dijo a Susan, esta abrió su cuaderno sin decir ni una palabra. Tenía muchas modificaciones que hacer dadas las inesperadas circunstancias climatológicas.

Hazel y Dupont volvieron a la cocina. Alain y Amelie se dispusieron a ir con el resto de los empleados para darles las nuevas indicaciones. Debían priorizar el

orden y la decoración de las instalaciones internas del salón de té, ya que los jardines no serían el centro de reunión. También debían hacer hincapié en la decoración del invernadero, que era una buena opción para quienes querían más privacidad.

Tía Poppy y Esme continuaron también con su desayuno, que habían interrumpido, y se sirvieron más té, ya que el que tenían en la taza estaba igual de tibio que el café de Harriet. Una cogió un muffin inglés y la otra, una tostada. Una optó por beicon, la otra por dulce de melocotón. Masticaron en silencio mientras escuchaban la conversación entre su sobrina y Susan. La tormenta requería muchos cambios; sería un día largo y agotador.

—Siempre lo supe —dijo por lo bajo Poppy en dirección a su cuñada—. Bourke tiene ese brillo en la mirada.... —Esme asintió, mordió su tostada—, ese brillo encantador en su mirada.

Harriet disimuló su sonrisa.

De sinvergüenza a encantador en un par de minutos. Jacob Bourke no lo sabía, pero no solo había conquistado el corazón de Lady Harriet, también se había ganado el corazón de todos los miembros de la casona Ruthven. Desde ese día en adelante, sería el miembro más querido del salón de té.

Capítulo 16



Si le hubieran preguntado semanas atrás, habría proclamado a los cuatro vientos que amaba los días nublados y que el gris oscuro del cielo le provocaba sentimientos reconfortantes. Los días de lluvia eran sus favoritos. No por una cuestión de contemplación de la naturaleza, sino porque en esos días «La Nueva París» se llenaba de visitantes. Los días nublados suelen entristecer aún más a los corazones rotos y vacíos; esos días se prestan a la melancolía y nada mejor que el alcohol para combatirla. Alcohol y excesos de todo tipo. Solo así se olvida por un momento el dolor que llevamos en el alma, ¿verdad?

Los días grises, la tristeza y el desamor eran buenos para los negocios. Sin embargo, allí estaba él, maldiciendo al cielo cuando la primera gota de lluvia resbaló por su frente.

Y a una gota le siguió otra, y otra, y otra, y otra... ¡Demonios! Tuvo que correr en busca de un refugio momentáneo. La fuerza de esa tormenta inesperada arrasó con todo; no dio tiempo a que los transeúntes lentos y perezosos pensaran, mientras que los más espabilados y ágiles detenían los coches de alquiler que pasaban por la calle y se subían a ellos para llegar a su hogar o destino sin la ropa empapada. Jacob no se consideraba ni lento ni perezoso; su falta de reacción se debía al torrente de pensamientos que inundaban su mente. Sí, estaba pensando en tantas cosas a la vez que no hubo lugar para una idea tan simple como: *¡rápido, coge ese coche de alquiler ante que otro lo haga!*

—¡Bourke! —le gritaron desde el otro lado de la calle. Jacob siguió el camino de ese grito, era Platten, invitándolo a ingresar a su licorería.

Jacob estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ni se dio cuenta de dónde estaba; solo sabía que estaba lejos de Harriet y de la casona Ruthven. Se arrepentía de su decisión precipitada. ¿De cuál? Peel iba en coche al periódico y él caminaba hacia el salón de té. ¡Qué estupidez! El periódico quedaba a menos de diez minutos de la casa de Vivian Gray, ¡y la mujer en cuestión hacía ese recorrido a pie! Tendría que haber cogido él el coche. En fin, ya era tarde. Cruzó la calle a la carrera, llegó a la acera de enfrente, dio un par de pasos y llegó junto a Platten, que lo invitó a entrar en su negocio.

—Gracias... —le dijo ni bien estuvo al resguardo de la lluvia. Se quedaron junto a la puerta, mirando el afuera a través del cristal.

—¿Quién iba a pensar que la lluvia nos tomaría por sorpresa, verdad? —bromeó Platten cruzado de brazos—. ¡A nosotros, los londinenses! —completó con sarcasmo. Estaban más acostumbrados a los días grises que a los de sol. No había margen de sorpresa real. Lo inédito e inesperado fue esa eterna primavera que, hasta hacía unas horas, había tomado el control climatológico de la ciudad —. Supongo que ya era tiempo de regresar a la cotidianidad, ¿no?

Jacob lo escuchaba hablar sin apartar la mirada del cristal y prestaba atención a cada gota que veía caer. De repente, un relámpago atravesó el cielo y, segundos después, un trueno retumbó con fuerza. Las botellas de los aparadores de la licorería vibraron y chocaron entre sí, haciendo que el tintineo se notara más.

—¿Y si no queremos regresar a eso? —susurró más para él que para Platten. Hablaba consigo mismo—. ¿Y si nos damos cuenta de que la cotidianidad que hemos aceptado fue porque era lo único que conocíamos? —giró sobre sus talones en busca de una respuesta por parte del hombre. Platten lo observaba con el ceño fruncido, se rascó la cabeza.

—Yo estoy hablando de la lluvia —dijo para poner un punto de cierre al extraño debate filosófico. De todas maneras, amplió su apreciación—. Estamos acostumbrados a la lluvia en esta ciudad, pero parece que hoy nos hemos olvidado de ello. Corremos, nos refugiamos, regresamos a casa dejando todos los pendientes a un lado solo para no mojarnos. De aquí a unos días, cuando recordemos que mojarnos no es lo peor que puede sucedernos, caminaremos

bajo la lluvia como siempre lo hemos hecho... y, bueno, los coches de alquiler no estarán todos ocupados —agregó como nota de color. Lo había visto intentar coger uno sin éxito. Rio—. Ahora, volviendo al inicio, yo me refería a la lluvia... ¿Usted, Bourke? —Apoyó la mano en su hombro. Había oído el rumor: Bourke cogió a Vivian Gray por el cuello. Bourke ama a una mujer.

—Yo... yo me he acostumbrado a los días de sol. ¡Quiero los días de sol en mi vida! —reconoció como si estuviese ante una epifanía—. Pero quiero el sol aquí —dijo golpeando su pecho, allí en el centro, en donde estaba alojado su corazón—, sin importar cuánto llueva afuera, quiero que el sol brille aquí.

—Pues eso está difícil, Bourke. —Platten volvió a mirar a través del cristal de su puerta, la lluvia parecía cobrar cada vez más intensidad—, los soles no pueden adquirirse en el mercado como a un buen whisky.

—Tienes razón... —le dijo y abrió la puerta, decidido a marcharse.

—¿Qué hace? La lluvia no va a menguar —Observó las nubes grises, casi negras—, va a empeorar.

—Me has hecho acordar que estoy acostumbrado a caminar bajo la lluvia, así que... —Sonrió cuando la lluvia lo cubrió por completo—, así que voy en busca de mi sol... en busca de mi primavera sin perder un minuto más.

Harriet... Harriet... Harriet. De pies a cabeza empapado, así estaba, de todas maneras, sonreía. Corría bajo la lluvia y sonreía. Hundía sus zapatos en un charco de agua y sonreía.

Harriet... Harriet... Harriet. Sus labios se ensanchaban de punta a punta, hasta el límite máximo de sus comisuras, cada vez que su mente repetía su nombre.

Pero... dejó de sonreír en cuanto llegó a las escaleras de entrada de la casona Ruthven.

—¿Harriet? —murmuró con los labios tensos, una mueca de preocupación reemplazó a su sonrisa. También reemplazó el nombre de Harriet por el correcto, por el nombre que estaba acostumbrado a pronunciar cuando se hallaba en el ingreso del salón de té—. ¿Señor Keith Duncan? —Dónde rayos estaba metido el sabueso escocés, ese que podía olerlo a metros de distancia. ¡Joder! La puerta estaba abierta. Y no cualquier puerta, la del salón, aquella que había intentado traspasar en más de una ocasión sin éxito. Confirmado, sus

labios se tensaron con razón y la preocupación creció en él—. ¡Keith! —llamó al hombre casi a tono de grito—. ¡Keith! —repitió mientras se adentraba al lugar como si fuese un invasor. No lo era, claro que no, pero de serlo, no había nadie dispuesto a interrumpir su fechoría. ¡Qué demonios! Avanzó a la espera de que alguien lo detuviera. Una doncella vestida con el uniforme del salón de té atravesó el vestíbulo de recepción, lo hizo con tanta rapidez y con sus pensamientos puestos en vaya uno a saber qué cosa, que ni cuenta de su presencia se dio. Jacob carraspeó con fuerza a modo de llamado de atención para la muchacha. Esta se detuvo por un instante, lo oteó sin darle verdadera importancia. Es más, solo se limitó a decir:

—El salón de té hoy permanecerá cerrado... —Y se marchó.

—¿Eh? —Eso fue lo único que logró balbucear Jabob cuando estuvo de nuevo a solas. Dos segundos, ese fue el tiempo exacto en el que su mente perfiló más de cien escenarios posibles, todos catastróficos. Comenzó a deambular por la casona, su caminata frenética iba dejando una hilera de gotas con cada paso que daba, parecía un representante de la lluvia bajo ese techo—. ¡Harriet!... —Llamó a viva voz una vez que estuvo en el corredor principal. Abrió una puerta, parecía ser una sala destinada a la música y a las actividades artísticas. Vacía, completamente vacía—. ¡Harriet! —En esa ocasión su grito fue ahogado por la angustia que le oprimía la garganta. Abrió otra puerta, la biblioteca. Vacía. Otra puerta, otra habitación igual de vacía. La sensación de agobio creció en su pecho cuando el nombre de Harriet comenzó a resonar como un eco. ¡La casona parecía deshabitada! ¿Qué demonios estaba sucediendo? Una lejana conversación llegó a sus oídos. ¡Por fin, algo de vida en esa casa!

—De prisa, lleva esto a la habitación de Harriet, dile que pronto se sentirá mejor, que la ayuda está en camino...

Jacob imaginó otros escenarios, en especial aquel en el que Harriet sabía lo que iba a ocurrir: Vivian Gray estaba a punto de convertir su mundo en cenizas, su hermoso mundo de amor y citas perfectas sin normas sociales rígidas. ¿Cómo lo haría? Destruyendo su prestigio social junto con el salón de té de un solo golpe... Lo peor era que lo había utilizado a él para lograrlo. ¿Sería capaz de explicarle que, en un principio, sí, era verdad, quería desenmascararla para que su negocio perdiera popularidad y miembros, pero que jamás concibió un golpe tan bajo? Esperaba que ella no pensara que él... que había formado parte de todo

aquello... que todo había sido un engaño, un juego de traición. ¡Mierda! Solo de pensarlo, se le rompía el corazón. ¡No quería ni imaginar lo que Harriet estaría sintiendo en ese momento por su culpa!

—Eres un imbécil, un maldito imbécil... Debiste suponer que Gray no se rendiría —balbuceó mientras intentaba localizar los pasos de la persona que se dirigía a la habitación de Harriet. La casona era enorme, más de lo que uno pensaría viéndola desde afuera. ¡Rayos! Cuando finalmente arribó a la escalera que conducía a la planta alta, la persona en cuestión, esa que sería su guía, ya no estaba. Subió por la escalera, llegó al corredor superior. ¡Otra vez, rayos! Una, dos, tres... seis... ocho habitaciones. ¡Ocho! Al demonio todo, si tenía que irrumpir en cada una de las habitaciones, lo haría—. ¡Harriet! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, al tiempo que abría la primera puerta a su derecha. Por suerte, o no tan suerte, estaba vacía. Viendo y considerando que repetir sin pausa el nombre de su amada no le daba buen resultado, y, como que siguiera así, tendría un ataque (de nervios o de furia, todavía era indefinido, pero ataque al fin), optó por otra estrategia antes de abrir la siguiente puerta—: ¡Alguien en esta condenada casa puede responder!, ¡¿hay alguien vivo en este maldito lugar?! —Nervios y furia juntos, la peor combinación de todas tomó dominio de él y de su grito. Y con buen resultado, pues una puerta se abrió y por esta se asomó un rostro conocido.

—¿Señor... Bourke? —Esme apenas mostró el rostro, pues había subido a su habitación para cambiarse de ropa, se le había humedecido por la lluvia. Lo miró de pies a cabeza, el cabello empapado pegado a la frente, igual que su ropa, pegada al cuerpo. Casi que le extiende su bata, sentía frío de tan solo verlo. Pero bueno, no se la daría, ni loca expondría su ropa íntima ante él—. ¿Cómo llegó... —se corrigió de inmediato, cambió de interrogatorio, todavía no tenían un vínculo tan familiar como para que deambulara por ahí con tanta confianza—, digo... ¿qué hace aquí?, ¿por qué grita?

—¡Harriet! —Eso fue lo único que su boca pudo decir, su corazón desbordado había reducido su vocabulario a ese solo nombre.

—Déjeme decirle que su expresión «condenada casa» estuvo de más. —Sí, no importaba que estuviera en bata y con el cabello suelto, lo reprendería de todas maneras. ¡Vaya falta de respeto!

—¡La habitación de Harriet! —Bendito sea su corazón que se calmó por unos segundos para poder formar una oración.

Una oración que no le brindó mucho contexto a tía Esme, quizás fue por la expresión de furioso espanto en Bourke que esta señaló con su índice la última puerta a la izquierda del corredor. Bourke pasó como un vendaval a su lado e hizo que su bata se agitara, Esme se ajustó el lazo en la cintura, tuvo un leve escalofrío, y recién ahí articuló palabra:

—La habitación de Harriet es esa… pero… pero Harriet no está en la casa. —Se encogió de hombros, y cerró su puerta. A diferencia de Bourke, todavía joven y fuerte, ella sí cogería una gripe si no se quitaba la ropa húmeda. No se preocupó más, Amelie se haría cargo de él.

La puerta estaba abierta ¡Maldición! La hubiese preferido cerrada, pues lo que veía lo tomaba por sorpresa. Una devastadora sorpresa. Las piernas le temblaron, debió sostenerse del marco de la puerta. ¡Cielo santo! Ella, la mujer que amaba, estaba recostada en la cama, cubierta con un edredón y con un paño que le tapaba la cabeza y la mitad del rostro. Junto a ella, Amelie, con un cuenco de agua y varios paños húmedos más.

—¿Qué hace aquí? —le cuestionó Amelie en cuanto lo vio parado bajo el umbral de la puerta—. No es un buen momento, señor Bourke… —Jacob se acercó a ella y llevó su dedo índice cerca de sus labios como una forma de indicarle que hiciera silencio. Amelie frunció el ceño. ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? ¡¿La había mandado a callar?! Resopló con fastidio. Luego recordó las palabras que Bourke había proclamado ante los habitantes de Londres… Mmm, si eso, *me pondré en contra del mundo para protegerte*, o algo por el estilo. Como fuese, era encantador.

—¿Cómo está ella? —le preguntó con un susurro. ¡Se le retorcía el corazón al verla así!

—Bien, estará mejor cuando el médico la revise —dijo con el mismo tono de susurro de Bourke.

¿Médico? ¡Médico!… ¡Hasta dónde había escalado la situación para llegar a ese punto, la de necesitar un médico! Si él no hacía algo al respecto, le daría un patatús. Y no podía tener un patatús, el médico tenía que atender las necesidades de Harriet, no la de un imbécil que se mareaba. Respiró profundo, se dijo a sí mismo: *Joder, eres un hombre, puedes con esto.*

Por supuesto que podía, cogió la bandeja que Amelie cargaba en brazos, la instó a moverse para cambiar de lugar con ella, la empujó con su cadera, y tomó asiento en la silla que estaba junto a la cama.

—Yo me ocupo de ahora en más... —Él cambiaría esos paños húmedos, sostendría su mano de ser necesario. Desde ese día en adelante, se ocuparía de las necesidades de Harriet. Sí, desde ese día hasta que la muerte los separara. Todavía no habían oficializado sus votos matrimoniales, pero en su corazón estos ya estaban grabados.

—¿Disculpe? —El ceño de Amelie volvió a fruncirse.

—¿Qué ha sucedido? —le consultó casi con un murmullo. Amelie recién le había cambiado el paño húmedo en la cabeza, esperaría unos minutos antes de hacer el recambio.

Amelie exhaló con agotamiento. ¿Acaso había recibido un golpe en la cabeza ese hombre? Quizás la lluvia le había provocado un cuadro gripal inmediato y deliraba por la fiebre. En fin, se resignó a dejarlo ser.

—No sabría ni por dónde empezar... —La mañana había sido épica.

—Es por lo de Vivian Gray, ¿verdad? —Jacob cogió la mano de la dama convaleciente. Esta gimió. A él se le retorció el corazón, las tripas, los sesos. Todo lo que se podía retorcer en su interior, lo hizo.

—S...sssí, podría decirse que sí. —Amelie llegó a esa conclusión. ¿Qué venía primero, el huevo o la gallina? Daba igual.

Jacob contuvo las ganas de besar la mano de Harriet, de acariciar su delicada mandíbula... En fin, solo le brindó un afectuoso y delicado apretón, con su pulgar trazó círculos en el dorso de su mano. Pero deseaba intimidad, no quería contener más a sus palabras, la verdaderas, aquellas que había ido a confesar.

—Por favor, déjanos a solas...

—No, ¿por qué habría de hacerlo? —dijo Amelie en voz bastante alta. Jacob la miró de soslayo, una vez más, la mandó a callar.

—Por favor, necesito decirle algo —gesticuló con lentitud para que la muchacha lo comprendiera. No, por lo visto, no lo comprendía. Amelie no hacía más que fruncir el ceño y encoger sus hombros—. Solo unas palabras... eso es todo.

—De acuerdo, de acuerdo... —musitó ella, pero no se marchó, solo se alejó. Algo que le indicó con gestos también: *me quedaré allí, en la puerta, dígale lo*

que tenga que decirle. Finalmente, resopló. Bourke era un romántico, claramente, pero también terco y agotador.

—Sé que tú jamás lo dirás, lo negarás... lo harás desde la bondad de tu corazón, pero yo no puedo hacer lo mismo, porque sé que esto es mi responsabilidad. ¡Qué tú estés así es mi culpa! —Acercó su rostro a la mano que sostenía, la rozó con su mejilla. Amelie carraspeó, la mano se soltó, es más, le apartó el rostro—. Lo merezco, lo merezco... tienes razón, es tarde para estos arrepentimientos, porque estos te han dañado a ti, no a mí. ¡Es verdad! Pero estoy aquí para compensar ese daño. —La mano hizo un gesto débil al aire, como si le dijera: *está bien, no es necesario, puedes irte*. Jacob volvió a coger su mano, enredó su dedos a los de ella—. Por supuesto que sé que tú puedes con esto, que no necesitas de mi ayuda... que esto no significa que te hayas rendido, lo sé, tú puedes con todo, lo has demostrado. ¡Joder, eres la mujer más maravillosa que existe en esta tierra, Harriet!

—Señor Bourke, no es... —Amelie intentó interrumpirlo.

—Shhh, shhhh, no interfieras... —La miró de soslayo. Casi que la maldice, lo había interrumpido en su mejor momento—. No pienso marcharme hasta que mi corazón termine de decir lo que ha venido a decir —Amelie rodó los ojos, resopló y se cruzó de brazos. Jacob consideró que la reacción de la muchacha era una invitación a que continuara—, la única aquí que puede silenciarme es Harriet. —Hizo una delicada presión en la mano que sostenía, esta quiso volver a soltarse del agarre, al no lograrlo, sacudió su mano izquierda libre, sí...sí, continúa, eso parecía decirle. Jacob carraspeó, luego hizo uso de su mejor tono meloso—: No te equivocaste cuando me dijiste que estaba obsesionado contigo y el salón, es verdad, lo estaba, y esa obsesión fue lo que causó esto. Pero si te soy sincero, aunque esa obsesión esté por dinamitar los cimientos de tu mundo, agradezco esa bendita obsesión, porque eso me trajo hasta ti... Jamás creí que fuese posible amar así, y no me refiero solo a amarte, porque lo que aprendí a tu lado es mucho más, aprendí a amar los días soleados, los días de lluvia, aprendí a amar mi vida de nuevo... y en medio de todo eso me enamoré de ti...—Los dedos de esa delicada mano se entrelazaron a los suyos. Lo consideró como una respuesta previa a la pregunta que haría a continuación. Sonrió, estaba feliz—. Al principio creí que eras... —rio ante la rememoración—, que eras una hechicera, que con embrujos y magia hacías que los corazones latieran y amaran...

Supongo que no me equivoqué, porque hiciste magia en mí. Ahora me pregunto y te pregunto, ¿he hecho lo mismo en ti, en tu corazón?

Amelie hizo un último intento. Fue hasta él, por lo visto, esa sería la única manera de detenerlo.

—Señor Bourke...

—¡Por los cielos, déjame terminar! —protestó. ¿En verdad, justo en ese momento lo interrumpió?—. Si tu respuesta es «sí», te haré otra pregunta... ¿Quieres ser mi esposa...?

—Señor Bourke... —Amelie lo cogió por el hombro—. No es Harriet...

—¿...Harriet? —completó su proposición interrumpida. Se mantuvo en silencio por unos segundos. Luego volteó su rostro a Amelie—. ¿Eh?

—¿Jacob? —Finalmente, Harriet, se hizo presente en la habitación—. ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida desde el umbral de la puerta. Había llegado en el preciso instante en el que este decía su nombre.

—¿Yo?... ¿Qué haces tú ahí? —Miró a la mujer en la cama, la miró a ella, miró a Amelie. Otra vez a Harriet, otra vez a la mujer que yacía en la cama. Soltó con espanto la mano que sostenía como si estuviera sosteniendo una serpiente de cascabel—. ¿Quién está aquí? —dijo apartando el paño húmedo del rostro. ¡Maldición! Una muchacha con el ojo izquierdo morado y los labios enrojecidos e hinchados.

—¡Lady Matilde! —exclamaron al unísono Harriet, Amelie y la joven lady. La aludida en cuestión lo dijo en tono de susurro, le dolía hablar por el golpe que había recibido.

Lady Matilde se incorporó sobre la cama, se llevó la mano a la boca, apretó sus labios, y habló con dificultad:

—Mi corazón le pertenece a Lord Charles, pero si ese no fuese el caso... mi respuesta sería un «sí» —le dijo a Jacob. Este se sonrojó. Lady Matilde miró a Harriet, esta tenía el ceño fruncido, se había perdido el detalle más importante. Así que Lady Matilde se tomó el atrevimiento de hacerle el resumen—: Quiere casarse contigo...

—Pues, lo que sea que quiera hacer tendrá que esperar —exclamó Tía Poppy cuando ingresó a la habitación. Hizo a un lado a Harriet para tener libre acceso a la puerta, no llegaba sola, a su lado estaba el doctor Hill y Lord Charles—. Por

favor, necesitamos privacidad. —Hizo palmas al aire, y con un gesto le indicó a Amelie cómo proceder.

Y Amelie procedió, cogió por los hombros a Jacob y lo guio en dirección a la puerta. Una vez en el umbral, le dio una palmada en la espalda y lo empujó fuera, directo al corredor. Hizo exactamente lo mismo con Harriet. ¡Sí, con Harriet! Hombros, palmada, y adiós... Cerró la puerta ante las narices de ambos.

En la soledad y silencio del corredor, Harriet y Jacob se miraron, se sonrieron. Les daba gusto volver a verse, la mañana había sido un torbellino emocional para los dos, pero ahora que estaban juntos, todo se hacía menos pesado y más calmo. Todo era muy luminoso... ¡Muy luminoso!

—¡Ha dejado de llover! —clamó Harriet feliz cuando los rayos del sol atravesaron el cristal de la ventana del corredor. Los dos se encaminaron a la ventana para contemplar el afuera. Se cogieron de la mano cuando estuvieron el uno al lado del otro. El agarre fue natural e inmediato, como si cogerse de las manos fuese una necesidad en ambos, como si fuese un gesto íntimo y cotidiano —. Pensé que llovería por días...

—Yo también... —Entrelazaron sus dedos mientras observaban cómo las nubes grises comenzaban a abrirse para devolverle el protagonismo al sol.

—¡Estás empapado! —Harriet evaluó el estado general de Jacob. Mojado de pies a cabeza—. ¿Caminaste bajo la lluvia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba verte. —Jacob estornudó.

—Podrías haber esperado a que la lluvia terminara. —Con su mano libre le apartó el cabello húmedo pegado en la frente.

—No. —Él volvió a estornudar—. Necesitaba verte... te extrañaba. —Le acarició la mejilla.

—Te enfermarás, de seguro, cogerás una gripe.

—Sí, es probable. —Otro estornudo. Tomó distancia de ella, lo que faltaba, que Harriet también se engripara por su culpa. Sin embargo, fue ella quién se acercó y lo besó. ¡Joder, lo tomó por sorpresa!—. ¿Qué has hecho? Te contagiaras tú también.

Harriet se encogió de hombros y sonrió. Soltó su mano, giró sobre sí y avanzó por el corredor.

—Según recuerdo... es en la salud y en la enfermedad ¿no? —le dijo mientras se alejaba—. Pues bien, si debo tener gripe, la tendré a tu lado...

—Espera, espera... ¿Eso quiere decir que tu respuesta es un «sí»? —Fue tras ella. Harriet rio. Él dudó, quizás era una broma, ¿no?—. Sí, tiene que ser un sí, ¿verdad? —Harriet se encogió de brazos de nuevo—. ¡Harriet!... ¿Es un sí, verdad? —La vio descender por la escalera, él se detuvo en el primer peldaño, estaba estupefacto. Todavía podía tener un patatús—. ¿Harriet?... ¡¿Harriet?!

Oyó el abrir de una puerta, luego le siguió una voz:

—Sí, señor Bourke, es un sí... —le dijo Esme asomando el rostro por la puerta de su habitación. Chasqueó la lengua, y volvió a cerrar la puerta. Le faltaba terminar con su peinado. En fin... ¡Ay, los hombres!

—Es un sí... —susurró Jacob—. ¡Sí! —gritó con los brazos en alto—. Me ha dicho que sí... —dijo mirando en derredor. No había nadie con quién festejar—. Me ha dicho que sí —repitió sonriente y se dispuso a bajar por la escalera en busca de su futura esposa.

Capítulo 17



—Le quedará una marca... —sentenció con certeza Jacob. Hablaba del labio de Lady Matilde. Él pudo verlo en primer plano.

—No diga tonterías, ¿es usted médico, señor Bourke? —increpó Poppy—. De haberlo sabido, no hubiéramos salido corriendo en busca de uno —finalizó con sarcasmo. Le habría gustado rodar los ojos para completar su cuadro dramático, pero estaba demasiado cansada. A duras penas había llegado hasta el comedor, pero lo había hecho porque Pierre le había prometido prepararle su nueva infusión favorita: chocolate caliente. ¡Eso le devolvería el alma al cuerpo! Con unos petit fours con nata y fresa, por supuesto. Cuando el señor Dupont puso la taza humeante sobre la mesa, Poppy se deleitó con el aroma. Cerró los ojos por unos segundos. Unos minutos de descanso no le vendrían mal; ya estaba harta de tanto trote. ¡Vaya día! Eterno y agotador. Lo peor era que las agujas del reloj ni siquiera habían pasado de la una de la tarde.

—A todo esto, ¿qué sucedió para que el rostro de Lady Matilde terminara en esas condiciones? —preguntó Jacob. Él también recibió su taza de chocolate caliente. Era la primera vez que la probaba, y según el chef francés, era perfecta para recuperar la temperatura corporal perdida. Así que ahí estaba él, vestido con ropa de Keith Duncan y cubierto con una manta, sorbiendo su chocolate caliente. ¡Bendito sea el cielo y Pierre Dupont! Era una delicia.

—¿Quieres la historia larga o la resumida? —Harriet acercó su taza humeante hasta su nariz, inspiró profundamente. El chocolate caliente era la

medicina perfecta para el cuerpo, para el alma y también para los corazones angustiados.

—La más resumida posible...

—De acuerdo... ¿Susan? —Le dijo a su amiga y asistente, estaba al otro lado de la mesa—. Haz tu magia. —Era la especialista en informes diarios.

—Lady Matilde quería practicar lanzamiento de bala con lord Charles. No fue posible por la lluvia. No quiso desistir. Le sugerimos una aproximación a la actividad en el gazebo... —Ella sorbió su té, no le agradaba el chocolate caliente. Prefería el chocolate en su formato tradicional: bombones—, lanzó la bala... golpeó a una de las columnas del gazebo. Una teja cayó del techo. Lord Charles intentó ponerla a resguardo, este resbaló, entonces fue Lady Matilde quién quiso resguardarlo, cayeron los dos al suelo, el lord lo hizo sobre ella... mejor dicho, su cabeza.

—¿Su cabeza? —Jacob intentaba crear la imagen del incidente en su mente.

—Sí, su cabeza... —Susan cogió dos scones—. Esta es la cabeza de Lady Matilde —Colocó un scone sobre la mesa, sostuvo el otro scones en el aire—, esta es la cabeza de Lord Charles. —Luego estrelló el scone que tenía en lo alto contra el que estaba en el plato. La representación fue brutal—. ¿Ahora lo entiende? —Se llevó un trozo de scone machacado a la boca.

Oyeron un ronquido, este fue emitido por Poppy.

—Oh, sí, has sido muy clara, Susan. Lo que me lleva a repetir, le quedará una marca en el labio.

—¿Es usted médico, señor Bourke? —Volvió a decir Poppy sin abrir los ojos. Es más, emitió otro ronquido.

—¿Está dormida y aun así quiere llevarme la contraria? —le susurró Jacob a Harriet.

—Sí, cuando detesta a alguien, lo detesta hasta en sueños. Tiene esa habilidad. —Esme fue la que respondió, conocía a la perfección a su cuñada.

—¿Me detesta? —interrogó Jacob con ojos de cachorro abandonado. Harriet, Esme, Susan, asintieron con un movimiento de cabeza. Hasta Dupont que, todavía estaba en el salón, asintió—. Mala suerte para ella entonces... me tendrá que tolerar cuando me case con su sobrina.

—¿Y cuándo sería eso, señor Bourke? —Poppy abrió los ojos, volteó su rostro a él. ¿Dormida? ¡Ja! Se cruzó de brazos.

Las miradas de Esme y Susan se sumaron a la interrogativa visual. La única que no hizo contacto con la mirada de Jacob fue la otra parte de la ecuación matrimonial. Harriet optó por degustar su chocolate caliente en silencio.

—Mmm... ¿cuándo sería? —Jacob regresó la taza al plato. Se mesó el cabello, se rascó la cabeza, carraspeó. Las mujeres alzaron las cejas—. Sería ... mmm, tendría que ser en cualquier momento... —Lo atravesaron con las miradas, parecía que los ojos femeninos estaban dispuestos a lanzar dagas envenenadas contra él. ¡Con justa razón! Faltaba un detalle que no había compartido aún. Un detalle en base a una decisión que él había tomado unilateralmente. ¡Vaya forma de iniciar un matrimonio! Sin considerar la opinión de la futura esposa. ¡Increíble Jacob, te has ganado el premio a mejor futuro esposo desconsiderado! —, sí... tendría que ser en cualquier momento entre... bueno, cualquier momento entre hoy y ... y la mañana del viernes.

—¡¿Qué?! —exclamaron todas. Incluso Harriet. Fue esta la que continuó con las preguntas—. ¿Qué has hecho?, ¿por qué algo has hecho, verdad? —No tomaría una decisión precipitada sin una razón de peso. Quizás aún no lo conocía lo suficiente como para hacer esa suposición, pero sí sabía que Jacob utilizaba una dinámica mental similar a la suya. Eran los dos extremos de una misma cuerda, ¿no? Se miraron. Sonrieron. Sumó uno más uno. Sumó a Gray con la sección de sociales del periódico que se publicaba los viernes. No necesitaban palabras, pues sus pensamientos siempre iban a la par. Un anuncio nupcial, uno que arrancaría de raíz el rumor sobre Vivian Gray. No eran amantes, eran marido y mujer. ¿Qué hay de malo en eso? Era una estrategia precipitada, pero eficaz. Ella habría hecho lo mismo, pensó—. ¿Y si no aceptaba tu propuesta?, ¿si te decía que no?

—Hubiese quedado en ridículo ante todos... y eso los mantendría con su atención puesta en mí, no en ti.

—Fue una buena jugada, señor Bourke —concluyó Harriet alzando su taza.

—Lo sé, señora Bourke. —Alzó su taza en simbólico brindis.

—¿De qué hablan? —gesticularon Esme y Poppy en dirección a Susan. Parecía que Jacob y Harriet tenían una conversación privada que solo ellos entendían.

—Vivian Gray —gesticuló Susan. Ella sí entendía la conversación encriptada. Y coincidía con Harriet, era una buena jugada de contraataque contra la maldita

arpía—. Es un buen plan, señor Bourke, pero... —intervino ella contemplando el aspecto negativo al que se tendrían que enfrentar—, o se prepara para el ridículo, o se preparan para partir rumbo a Escocia ya mismo. —Susan era práctica, si expresaba un problema lo hacía porque también tenía una posible solución. Casarse en esas tierras era la única alternativa posible ante la falta de un permiso de bodas.

—Sí, eso mismo he pensado yo. —Coincidió Jacob con Susan. Debían partir a Escocia lo antes posible. Harriet también arribó a la misma conclusión.

—¿Por qué se marcharían a Escocia? —A Esme no le parecía una idea adecuada.

—¡Vaya absurdo! —protestó Poppy—. Señor Bourke, le recuerdo que lo detesto y, sí no puedo estar presente en la boda de mi sobrina, lo detestaré aún más. ¡Escocia! —bufó, finalmente cogió su taza con chocolate caliente. Sorbió—. Mi cuerpo no tolerará semejante viaje —murmuró sobre la taza.

—Ni el mío —agregó Esme.

—Es la única manera posible, de qué otra manera tendremos una boda a la brevedad...— alegó él. Había pensado en otras posibilidades. Y no las había.

—Jacob tiene razón, tías, de qué otra manera le ganaríamos a Gray —Harriet mencionó a la enemiga familiar, quizás, de esa manera, las mujeres cederían.

—Nadie ha dicho que no se casen, solo hemos dicho que no es necesario ir a las corridas a Escocia para hacerlo —dijo con total tranquilidad Esme, como si tuviese una solución mejor. ¡Y la tenía! Mejor dicho, la tenían. Miró de soslayo a Poppy. Esta se tomó un segundo, hizo una pausa, dejó de beber el chocolate y habló por sobre el borde de la taza:

—El vicario Guest —dijo, y continuó sorbiendo.

—Es solo un vicario —les recordó Harriet. Habían organizado más de dos docenas de bodas con él, pero con permisos previos. Nada de bodas apresuradas sin la bendición de la reina.

—El vicario Guest es íntimo amigo del Obispo Swims, ¿lo olvidas? Y los miércoles se reúnen en la vicaría para jugar al ajedrez. —Un detalle que solo sus tías, al parecer, conocían y recordaban. El obispo Swims, el favorito de la Reina. Este podría oficiar y legitimar la boda si el vicario se lo pedía. Y Guest, por supuesto, lo haría. Sorbió su último trago de chocolate caliente, y sonrió—. ¡Delicioso! —exclamó Poppy y se levantó de la mesa—. Vamos... vamos a la

tienda de madame Dubois a por un vestido de novia —sentenció a modo de dictamen—. ¿No pensarás casarte con un vestido de tarde, verdad?

—La realidad es que no estaba en mis planes casarme, pero ahora que lo expones de esa manera... —Se levantó dispuesta a ir por un vestido. Quizás no de novia, pero un vestido nuevo al fin, no todos los días una se casaba. Lo haría estrenando atuendo. ¡Para la suerte! —Se levantó también. Susan la imitó. Esme siguió los pasos de su cuñada. El único que se quedó sentado fue Jacob.

—¿Qué hace?, ¿piensa casarse luciendo la ropa del señor Duncan? —le recriminó Poppy.

—No, no... por supuesto que no.

—Entonces mueva el trasero, señor Bourke... muévalo, hay una boda que celebrar.

Una boda que celebrar, esa indicación recorrió cada uno de los rincones de la casona Ruthven... y en cuestión de horas, la casona se convirtió en templo sagrado y en salón de bodas.

Acepta por esposo a Jacob Bourke... Por supuesto que sí. En la salud y en la enfermedad, y también en los negocios... Para toda la vida.

Acepta por esposa a Lady Harriet Ruthven... Por supuesto que sí, pensé que nunca me lo preguntaría. Sí, desde hoy hasta el fin de mis días.

Los declaro marido y mujer.

¿Puedo besarla ya?

Sí, puede besarla.

***

—¡Debe de ser una maldita broma! —gritó Vivian Gray en medio de la acera frente a la fachada del periódico. Golpeó el suelo con los tacos de sus botines, como si fuese una niña de cinco años a la que se le negaba un dulce.

—Ojalá fuese una maldita broma, señorita Gray, porque de ser así, no tendríamos que preocuparnos por el prestigio perdido. —El hombre le lanzó a la cara uno de los cuadernos personales de la mujer. También un par de lápices de grafito. Las últimas pertenencias de la mujer que habían quedado en el periódico.

—¡Es imposible que estén casados! ¡Imposible! Créame, se lo probaré. —Lo cogió del brazo, suplicó, casi se pone de rodillas ante él. Theodore Maxwell, el jefe del apartado de sociales del periódico, la apartó con brusquedad. Vivian cayó de nalgas al suelo.

—¿Imposible? El Obispo Swims fue el que ofició la boda, y lo hizo con el beneplácito de la Reina. La próxima semana saldrá una publicación en dónde se hará público el agradecimiento de la soberana a Lady Harriet por ayudar a conformar tantos matrimonios felices... Tus palabras venenosas contra las de la Reina, dime, ¿cuáles crees que tendrán mayor peso? —rio para disimular que estaba enfurecido con la mujer. Ni se molestó en ayudarla a incorporarse. ¡Vaya incordio! Si hasta él debió escuchar las quejas de su superior—. Hazte el favor de desaparecer, Gray, nadie quiere oír tus malditos rumores ni verte el condenado rostro. Es más, yo ya me cansé de verte. —Sacudió la mano al aire y regresó al interior de las instalaciones del periódico—. No la dejen pasar —le ordenó al personal de seguridad—, ni hoy, ni mañana, ni nunca más...

—Te arrepentirás de esto, Maxwell, ¡juro que te arrepentirás! —Recogió su cuaderno, sus lápices. Se incorporó como pudo y se sacudió la falda. ¡Rayos! Todos la miraban. Y su tobillo... ¡Mierda! Se lo torció en la escalera al caer hacia atrás. Caminar hasta su casa sería muy doloroso, lo más conveniente era utilizar un coche de alquiler. Se detuvo en el borde de la acera para hacerle señas al coche más cercano.

Un coche se detuvo a medio metro de dónde ella estaba, pero... pero no era de alquiler. Reconoció al cochero sentado en el pescante. Era empleado de Bourke. ¡Maldición!, dijo entre dientes apretados. ¡Lo que le faltaba!

—¿Se encuentra bien, señorita Gray? —Jacob asomó el rostro por la ventanilla.

—¡Vete al infierno, Bourke! —Caminaría, no le daría el gusto de triunfo al muy desgraciado. Aunque fuese rengueando, caminaría.

—No, gracias, no tengo deseos de compartir vivienda con usted, señorita. —Fineas avanzó por la calle a la par de la mujer con la intención de que su jefe continuara con la conversación—: Menos aún, considerando que, desde hace un poco más de un día, vivo en el paraíso...

—Buena suerte con su paraíso. Regrese a él —gruñó ella. Sabía a qué se refería. Oh, su bello matrimonio—, espero que sea duradero.

—¡Oh, qué palabras tan sinceras las suyas! Las puedo considerar como felicitaciones, ¿verdad?

Gray se detuvo a la espera de que el carruaje la igualara, deseaba tener el rostro de Jacob frente a ella, cuando así lo estuvo, le respondió:

—Sí, felicitaciones que nacen desde lo más profundo de mis entrañas, señor Bourke. —El odio vibró con cada vocal y consonante que salió de su boca—. Es una pena no poder felicitar a su esposa también.

—No, por favor, no me diga eso, no quiero sumar más penas a su día... espere ahí. —Se retrajo de la ventanilla, y una vez que esta quedó libre, se asomó el rostro sonriente de Harriet.

¡Mierda!, maldijo Gray. También tendría que lidiar con ella. ¡Tierra, ábrete y trágame!

—Gracias por tan hermosas palabras, señorita Gray. Sabe, todo el mundo la considera una arpía, y yo... yo jamás lo creí así. Y ahora que la veo, la comprendo y me doy cuenta de que no me equivoqué.

—¿Y qué comprendió, si se puede saber?

—Que solo es una mujer solitaria e infeliz ¡Pero no pierda la fe, puede ser feliz, quizás hasta pueda encontrar el amor también! Se lo dice alguien experta en el asunto. Tenga... —le dijo, retrajo el brazo al interior del carruaje. Exhibió ante ella su ramo de flores, el que había utilizado en su boda. Se lo arrojó. Vivian lo cogió en el aire, el cuaderno y los lápices fueron de nuevo a parar al suelo—. Son peonías, mis favoritas... y también tiene unas ramas de tomillo —le dijo en confidencia—, ese es un secreto familiar, tomillo para alejar la mala suerte. Así que espero que la buena suerte la acompañe de ahora en más... —Golpeó la portezuela del carro como una indicación a Fineas. Este retomó la marcha—. Sea feliz, señorita Gray, porque la gente feliz no mete sus narices en los asuntos ajenos —le dijo como despedida.

La furia era tal en Vivian Gray que estuvo a punto de descargarla con el ramo de flores. Casi lo destruye... casi, pero era demasiado bello. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien le había regalado flores? Bueno, aunque eso no debía de considerarse un regalo, ¿no es así? Entonces, ¿qué era? Quizás una invitación a una tregua... ¡Jamás! Los destruiría. No a ese ramo de flores, pero si a ese matrimonio. ¡Lo juraba, cómo que se llamaba Vivian Margaret Gray, lo juraba!

—Disculpe, señorita... ¿Esto es suyo? —le preguntó un caballero que se encontraba acuclillado ante ella. Sostenía en sus manos el cuaderno y los lápices que ella dejó caer. Sus ojos color del cielo no se apartaban de los de Vivian, esperaba una respuesta desde ese lugar, a sus pies.

—Sí, sí, gracias, no era necesaria la molestia —dijo mientras extendía su mano para recuperar sus pertenencias. El hombre finalmente se incorporó. ¡Rayos! Era un caballero muy alto. Delgado. Elegante... Oh, y también tenía una hermosa sonrisa. Vivian miró en derredor buscando a la destinataria de esa sonrisa, porque sin duda, no era ella. ¡No, esperen, sí, le sonreía a ella!

—No es molestia alguna, por favor, el que debería agradecerle soy yo... me ha permitido comportarme como un caballero —bromeó con simpatía.

—Pues, de ser así, ha cumplido con su rol. Muchas gracias —intentó corresponderle con una sonrisa auténtica e igual de luminosa que la de él, pero bueno, no estaba acostumbrada. Hizo lo que pudo. Es más, se atrevió a hacer una pequeña reverencia, era su turno de comportarse como una auténtica dama. ¡Mierda! Trastabilló, le dolía la pierna de la caída de minutos atrás. Su cuerpo se tambaleó de un lado al otro. El hombre la cogió del brazo.

—¿Está usted bien? —La preocupación en su voz sonó sincera.

—He sido torpe y he tropezado hace unos momentos —No le contaría la verdad detrás del origen de su caída, ¿qué le diría? Me empujaron por ser una arpía traicionera que vende rumores por un par de libras—, es solo una molestia pasajera.

—Pasajera o no, es una molestia al fin. Si me lo permite, la acompañaré hasta que llegue a su destino. —Le brindó su brazo para que ella se sostuviera de él.

—Puede que mi destino sea largo, ¿señor...?

—Banner... Miles Banner. Y no se preocupe, largo o corto, como sea, estoy dispuesto a ir a su lado, ¿señorita...?

—Gray... Vivian Gray.

Se sonrieron. Esa sería la primera de muchas sonrisas entre ellos.

Una vez más, sin siquiera proponérselo, Lady Harriet Ruthven de Bourke lo consiguió... la magia sucedió dentro del corazón menos esperado. La primavera volvió a flotar en el aire de la ciudad. Las mariposas revolotearon por sobre las

flores y dentro de los estómagos de todos aquellos que estaban dispuestos a entregarse a ese sentimiento llamado amor.

Y lo bueno del amor, ¿saben qué es? Que no importa cuánto lo ignoremos, lo olvidemos, lo neguemos, siempre está ahí, en nosotros, esperando su momento perfecto para florecer.

Y ustedes... ¿Están dispuestos a florecer también? Espero que sí.

Epílogo



12 años después...

Harriet Ruthven de Bourke no solía rendirse fácilmente, pero tras el nacimiento de su tercer hijo, reconoció que tal vez, solo tal vez, había sido imprudente pretender continuar con la dirección del salón de té, ser madre a tiempo completo y, de paso, escribir un libro de memorias titulado «Cómo casar y cazar a los libertinos de Londres».

Por su parte, Jacob Bourke y Patrick Peel continuaban con «La Nueva París», aunque ahora habían agregado una sección que se llamaba «La Futura París» y era una noche exclusiva para mujeres. ¡Era el escándalo de la temporada!

—Jacob... —gritó Harriet desde el piso de arriba—, ¿has visto la agenda del día?

—¿La que tiene la reunión con el vicario, la clase de esgrima de Philip y la cita con la señora Peabody, que cree que nuestro hijo es un enviado del diablo?

—¡Esa misma!

—La tiene Camile. Al parecer ahora es la directora de eventos. —Camile era la mayor de sus hijas y seguía los pasos de su madre; le gustaba tener todo bajo control y organizar cuanto evento se cruzara en su camino. Su sueño: montar una empresa que la gente contratara para sus fiestas y así poder olvidarse de todo para solo enfocarse en disfrutar. ¡Sin dudas, Camile era digna hija de Jacob y Harriet!

Ambos se rieron. Al parecer, el caos doméstico era su nueva dinámica. Harriet llevaba el manejo del hogar con la misma libertad que el salón de té, el

balance perfecto entre normas, decoro y espacio para ser uno mismo. Jacob, en cambio, había suavizado sus bordes, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta. Seguía siendo un hombre de negocios... pero ahora también sabía cambiar pañales sin estropear su chaleco.

Las tías Poppy y Esme se habían convertido en abuelas honorarias, aunque se negaban a admitirlo por temor a sentirse mayores. Poppy se encargaba de enseñar a los niños a romper las reglas pareciendo ser toda una dama correcta; era la aliada perfecta para las travesuras. Esme, más diplomática, se especializaba en cuentos antes de dormir donde siempre triunfaba la inteligencia femenina. Ambas discutían a diario sobre el nombre más adecuado para el gato de la familia, el cual llevaba ya tres años con ellos.

Pierre Dupont y la señora Haziel se enfrentaban a diario, como siempre, salvo cuando la orden venía de Camile; a ella no podían decirle que no. En cambio, cuando se trataba de Philip, el hijo del medio, la disputa volvía a alzarse. Ya no sobre quién cocinaba mejor o cómo debían hacerse las cosas, sino sobre quién lo malcriaba más.

¡Y Philip Bourke sabía sacar provecho de ello!, era el hijo de Jacob, sí, su apariencia no lo ponía en duda. Mas su obrar... ¡Cualquiera diría que era la encarnación de Patrick, todo un dandi!, aunque ahora su rol de «El más dulce de la casa», se veía amenazado por el nacimiento de Edith, la menor de la familia.

En ese hermoso caos transcurría la vida de los Bourke, y era tan agobiante que, cuando Harry, Jenny, las tías Esme y Poppy, Susan y los niños complotaron para obsequiarles una tarde libre a Jacob y Harriet, estos no dudaron en aceptar. Ni siquiera se atrevieron a fingir por cortesía; cogieron su canasta de picnic, los caballos y huyeron de allí despavoridos.

Llegaron juntos a un arroyo, y se echaron sobre las mantas a disfrutar del ansiado silencio. Pero como el destino gusta de jugar con quienes juegan con él, el cielo se oscureció y una nube rebelde soltó su aguacero sobre ellos.

—¿Nos marchamos? —preguntó él.

—¡Ni loca! Es solo agua, ¿tú sabes lo que nos espera en casa? —bromeó Harriet y permaneció recostada, con la lluvia mojándole el rostro y el vestido. Jacob se echó a su lado y dejó que el agua hiciera lo mismo con él.

—Si alguien me hubiera dicho que terminaría así, lo habría llamado lunático —dijo Jacob, mirando el cielo, como si esperara una opinión divina.

—¿Así cómo? —preguntó Harriet.

—Empapado, en medio de una tormenta, huyendo de mis hermosos y agotadores tres hijos, con una esposa que me acompaña en estrategia... —El gato había sido de la misma idea: huir, por lo que se había escondido en la canasta. Eligió salir en ese momento, Jacob rio—: y un gato sin nombre... No olvidemos el gato sin nombre.

Harriet rió.

—Oh, por favor, Jacob. Nadie permanece junto a otro en la lluvia si no está totalmente enamorado... o si ha olvidado el paraguas.

—O ambas cosas, estoy completamente enamorado y no pensé siquiera en coger un paraguas.

Se miraron por un momento en silencio, sonriéndose.

—¿Crees que se aburran de nosotros ahora que somos tan...? —preguntó ella sin hallar la palabra precisa. ¿Respetables?, ¿familiares?, ¿normales?

—¿Quiénes, los niños? —dedujo Jacob, quizá Harriet creía que ese tiempo libre obsequiado por los pequeños respondía al aburrimiento—. Lo dudo, ellos parecen encontrarnos eternamente fascinantes, sus mejores aliados para el caos...

—No. —Rio, sabía que sus hijos los adoraban y era recíproco—. Me refiero a los lectores de la sección de cotilleo de Vivian Gray... —bajó la voz como si la mujer pudiera escucharlos; seguía escribiendo sobre la vida de los demás, pero ya no lo hacía con malicia. Ahora exponía los finales felices como un acto de esperanza y el matrimonio Bourke era su tema preferido—. Y a los de mis memorias, claro.

Jacob se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero supongo que prefiero aburrir con ternura que escandalizar con tragedia. Además, siempre podemos hacer algo inesperado.

—¿Como qué?

—No lo sé... podríamos tener gemelos.

Harriet soltó una carcajada tan fuerte que asustó al gato sin nombre, que dormía junto a ella.

—¡Jacob Bourke, ni lo sueñes!

Y él, que solía soñar con fiestas, salones privados y negociaciones sin final feliz, solo pudo pensar que, de todos sus negocios exitosos, esta vida compartida

era la mejor empresa que había hecho.

Cuando sus hijos crecieran, quizás se escandalizarían al leer en alguna vieja edición del periódico lo que una vez se dijo sobre sus padres: que ella había fundado un salón de té revolucionario y él había sido un libertino admirado por todos. Qué sorpresa se llevarían al verlos discutir por quién había dejado los juguetes en el pasillo o si el pudín tenía suficiente nuez moscada.

Pero eso, pensaban ambos mientras la nube se disipaba, sería parte del encanto: haber convertido una historia que comenzó con una rivalidad feroz y una tensión densa como previa a una tormenta, en una vida hecha de risas, migas en el mantel y amor, mucho amor.

No hay vida que ofrezca una primavera eterna, a veces, los nubarrones aparecen, sueltan sus gotas, sus rayos y sacuden el cielo. El amor, es tempestad y calma, es aprender a abrigarse el uno al otro cuando llueve y disfrutar, festejar, cuando al fin sale el sol.

Domar a un libertino



Serie Prometheus



Síguenos en las redes sociales

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor

 /scarlettoconnores

Cuentas de Lune Noir

 /lune.noir.libros

 https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial

 /LuneNoir7

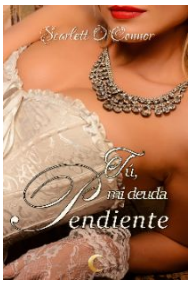
Icons made by: flaticon
https://www.flaticon.es/autores/freepik
www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.
https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir

Otras obras de Scarlett O'Connor

Serie Señoritas de Shakespeare



Tú, mi deuda pendiente



Serie Señoritas Americanas



Serie Señoritas británicas



Serie Familia Evans



Serie Floreros y Canallas



Serie Caballeros desdeñados



Serie Corazones de Escocia

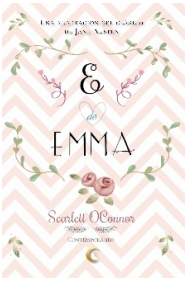


Contemporáneo

Serie Shell Island



Contemporáneo







Otras obras de La editorial Lune Noir



